JULEN BERRUETA

UN AMIGO EN EL INFIERNO

La odisea de un grupo de republicanos por la Europa de los totalitarismos

ESPASA

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
CITAS
PRIMERA PARTE. RUSIA
1. UN REENCUENTRO INESPERADO
2. INTERROGATORIO
3. ¿DIALOGAR CON FASCISTAS?
4. LA MUERTE EN LOS OJOS
5. LABIOS AGRIETADOS
6. TRINCHERAS EN LA NIEVE
SEGUNDA PARTE. BARCELONA
7. A LAS BARRICADAS
8. AMOR Y REVOLUCIÓN
9. UN SILENCIO RECONCILIADOR
10. TRAICIÓN DE MAYO
11. PRIMER ADIÓS
12. UNA ESPERANZA A LA QUE AFERRARSE
13. EL ADIÓS DEFINITIVO
TERCERA PARTE. FRANCIA
14. FRANCIA NO ES EL FUTURO
15. UNA MISTERIOSA MENSAJERA
16. EL FASCISMO AZOTA DE NUEVO
17. AL SUR
18. LA RATONERA DE VICHY
19. LA GESTAPO EN VICHY
20. EN EL CORAZÓN DEL NAZISMO
CUARTA PARTE. ALEMANIA
21. UN AMOR EN BERLÍN
22. UNA NOCHE LLUVIOSA
23. LEONOR
24. UN BERLÍN ESPAÑOL
25. VAGONES A NINGUNA PARTE
26. REGALO DE LOS CIELOS
27. LAS CALLES DE BERLÍN
28. ASALTO A LA EMBAJADA
29. UN NUEVO COMIENZO

30. LA PAZ, PARA EL RESTO
QUINTA PARTE. RUSIA
31. HUELGA DE HAMBRE
32. VISTAS A ARARAT
33. UNA INESPERADA VISITA
34. CONVERSACIONES INCÓMODAS
35. LA MUERTE QUE REANUDÓ EL MUNDO
36. CARTAS DESDE EL INFIERNO
37. «ASÍ NOS DECIMOS ADIÓS EN RUSIA»
38. EL BARCO DE LA LIBERTAD
39. LA COSTA BARCELONESA
SEXTA PARTE. HOGAR
40. EL CONSEJO DE UNA ANTIGUA AMISTAD
41. EL FIN DE LOS TRECE
42. UN NUEVO COMIENZO
43. PARÍS
44. AITANA
45. UN ÚLTIMO COMIENZO
LOS BERLINESES. UNA HISTORIA REAL
ESPAÑOLES EN EL GULAG
BIOGRAFÍAS DE LOS BERLINESES
AGRADECIMIENTOS
BIBLIOGRAFÍA
NOTAS
CRÉDITOS

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

En 1945, en plena batalla de Berlín, un grupo de 36 españoles republicanos se encontraban en la capital alemana para ocupar la abandonada embajada franquista. La mayoría de estos hombres habían sufrido el exilio y las penalidades de la Guerra Civil española y la humillación de los campos de concentración franceses.

Motivados por el hambre, unos viajaron a Alemania a trabajar, mientras que a otros los forzaron a ejercer de mano de obra esclava. En mitad del colapso alemán, optaron por combatir contra el fascismo e izar la bandera tricolor en el complejo diplomático. Sin embargo, los soviéticos decidieron detenerlos sin motivo aparente y recluirlos en un Gulag.

Nada más llegar allí, en medio del más remoto de los parajes posible, y tras un interminable viaje en tren de varios días, se encontraron con otros compatriotas españoles que, brazo en alto, le saludaron al grito de «¡Arriba España!»…

JULEN BERRUETA MAGARIÑO

UN AMIGO EN EL INFIERNO

La odisea de un grupo de republicanos por la Europa de los totalitarismos

ESPASA

A todo aquel que aparece indirectamente en este libro,
porque lo hace directamente en mi vida.

Os saludo, amigos, y digo: no os olvidéis de lo que habéis visto, ni permitáis que vuestros hijos, hermanos, madres, amigos y conocidos sufran lo que vosotros habéis padecido.

RAFAEL PELAYO DE HUNGRÍA,
superviviente comunista del Gulag

Tenía ante mis manos una tarjeta y un bolígrafo.
Quería escribir y no sabía a quién.

EUSEBIO CALAVIA BELLOSILLO,
superviviente divisionario del Gulag

Nuestro amor es y debe ser algo más, una colaboración de obras, una unión de energías por la lucha, en lugar de girar alrededor de nuestra felicidad: y quizá la felicidad, por otra parte, es justamente eso.

ANTONIO GRAMSCI

PRIMERA PARTE
RUSIA

1

UN REENCUENTRO INESPERADO

En la librería de padre había de todo menos libros. Las estanterías de madera estaban ocupadas por antiguos jarrones que pertenecieron a mis abuelos, joyeros y otros elementos insustanciales. Había informes, sí; soporíferos documentos relacionados con su trabajo en el Ayuntamiento, pero libros como tal no había. A madre tampoco le apasionaba la lectura. Ella prefería dedicarse única y exclusivamente a las labores del hogar, como si la literatura fuera a derribar los pilares de su pequeño y amueblado cosmos. A menudo, me preguntaba cuánta gente no sabría leer por no poder permitírselo y cuántos de los que habían tenido la oportunidad de conocer el arte de las letras renegaban de un placer capaz de abarcar mundos más allá del nuestro. La única vez que la librería cumplió la función que le había destinado el carpintero fue cuando Manolo, el librero del barrio y amigo de mi padre, nos regaló unos cuantos ejemplares con motivo de su jubilación. Fue así como llegaron a mis manos los libros manoseados, descosidos y amarillentos que despertaron en mí la curiosidad para soñar. Los colocaron en el anaquel más alejado del salón para no perturbar el orden de los catálogos de mi padre y no alterar la distribución que mi madre había decidido que era la óptima para nuestra casa. El rincón más apartado se convirtió en mi válvula de escape de una rutina que me sabía a poco.

A veces leía a autores de los que había oído hablar en la escuela, como eran los casos de Garcilaso de la Vega o Calderón de la Barca, a quienes recitábamos prácticamente todas las semanas. Pero pronto me interesé por las novelas

de escritores que más me llamaban la atención por su exotismo: Turguénev, Dostoyevski, Pushkin, Tolstói. Ni siquiera sabía si los pronunciaba correctamente cuando los mencionaba con mis contadas amistades. Todos ellos formaban parte de una colección de tapa dura en perfecto estado, y contaban con ilustraciones que calcaba cuando mis ojos no me permitían leer más debido al cansancio. A través de su literatura viajaba desde mi mecedora, y con sus personajes aprendía lo que mi entorno era incapaz de proporcionarme. Sumergido en la delicadeza de estos autores, aprendí a apreciar el silencio y la soledad, elementos completamente desconocidos en mi casa, donde las visitas vecinales y la radio saturaban el ambiente. Pero, sobre todo, con ellos aprendí que a miles de kilómetros se escondía una tierra salvaje gobernada por tiranos en la que la poesía y la literatura trataban de domar al frío y a la austeridad de los hombres.

La lectura me condujo a Rusia, y Rusia a una utopía en la que todos los seres humanos eran iguales, independientemente de su origen. El mes de octubre, el mismo en el que nací, trazó la hoja de ruta de su nueva entelequia. Ya no quedaban ni zares, ni reyes ni terratenientes que mandaran autoritariamente al pueblo hambriento y enfurecido que había escrito punto final en los anales de la historia. Sobre los cimientos de la solidaridad, la justicia y el deber había prendido la llama del socialismo en el gélido país al ocaso de la Gran Guerra, cuando todavía no era capaz de diferenciar la mano derecha de la izquierda. Una década más tarde, a los dieciséis, ya tenía claro que mi corazón e ideología compartían el mismo color y hemisferio.

Reemplacé los autores prerrevolucionarios por lecturas políticas. Intenté aprender ruso por mi cuenta, con un resultado negligente, y me formé con hombres y mujeres que replicaban las ideas importadas de la Unión Soviética a instancias de cambiar el futuro de España. Mi familia me tachaba de soñador, de idealista. Una vez, padre incluso llegó a calificarme como «perturbador de la paz». Ellos no

comprendían la violencia que existía bajo la aceptación de su realidad. Ellos, sumidos en su monotonía, se preocupaban únicamente por los suyos, y yo en cambio por el devenir de la humanidad. Cuando bajaba al pueblo y observaba los buques que amarraban en el puerto pensaba en si un día me atrevería a dejar Palma. Ansiaba que llegara el momento en que la isla que me hizo prisionero quedara atrás y el país que me habían descubierto los libros se abriera paso en mi vida.

Cuando el esperado día al fin llegó, ya en mi madurez, todo era diferente a cuanto había imaginado en el pasado. El 22 de mayo de 1945 pisaba por primera vez tierra soviética. Habían pasado casi tres décadas de la revolución bolchevique, tiempo suficiente para haberse erigido como una de las grandes potencias del mundo por encima de Europa y en consonancia con los Estados Unidos. Sin embargo, la baldosa sobre la que apoyé mi pie izquierdo al bajar del tren no pertenecía a la histórica estación ferroviaria de Pavelétskaya, la misma que años atrás había albergado el cuerpo sin vida del gran pensador de la Revolución rusa para que su pueblo pudiera despedirlo con honores. Tampoco divisaba a lo lejos la gran catedral de San Basilio, cuyos colores se decía que contrastaban con el cielo gris de Moscú. Tampoco estábamos en Leningrado. La capital de las majestuosas cúpulas e incontables campanarios tendría que esperar. No reconocía en esa realidad nada de lo que había leído en mi juventud. Aquello era más bien un extenso e interminable prado en el cual ninguna montaña o colina marcaba el final del paisaje. La nada se extendía sobre un horizonte que se desvanecía bajo mi limitado campo de visión. Todo indicaba que el vasto cielo iba a ceder en cualquier momento. La tundra que se desplegaba a mi alrededor no solo describía la flora de la zona; confirmaba lo lejos que estaba de Moscú, y qué decir de casa.

Abatido y exhausto había llegado a la Unión Soviética. El interminable trayecto y el chirrido de los raíles ensordecieron mis oídos, ya de por sí insensibles por culpa

del frío que invadía mi cuerpo. El viento, fruto de la velocidad a la que viajábamos, penetraba hasta los huesos. La pequeña estufa escupía más humo que calor y, ante la imposibilidad de esquivarlo, solo cabía entretenerse con las formas que este dibujaba hasta difuminarse en el aire. De esta forma uno se olvidaba momentáneamente del hambre, pero sobre todo de la sed. En todos estos años había descubierto que el hambre es una incomodidad que solo se manifiesta a corto plazo. Sabía que si afrontaba un día sin comer, el segundo sería mucho más llevadero. Mi cuerpo, tras veinticuatro horas de rugidos estomacales exigiendo lo que era suyo, se hacía a la idea de que no había nada que ingerir. Pero con el agua es distinto. Una vez hecho a la idea de que me apetecía refrescar mi garganta, toda mi cabeza giraba en torno a mi desesperación. Deseaba un mísero sorbo, una gota, una superficie húmeda que lamer. Si hubiera llovido, habría podido ingeniármelas para llevar a mi boca las gotas salvadoras vertidas desde las nubes; si hubiéramos viajado en invierno, habríamos devorado los carámbanos formados en los techos. Lamentablemente, estábamos en verano y el hombre dedicado a nutrirnos diariamente aparecía cada tres días.

Por lo que pude averiguar, viajábamos en un vagón adecuado para el ganado. Había restos de paja en el suelo, un hedor imborrable, a pesar del desinfectante con el que habían rociado el convoy, y las ventanas estaban cubiertas de barrotes para impedir que los animales se cayeran. Llegué a pensar que quizá habían instalado las rejillas para nosotros. Un animal no sería tan estúpido como para precipitarse, mientras que un hombre en tales circunstancias sería lo suficientemente inteligente como para quitarse la vida saltando al vacío.

Lo mejor era recoger la dispersa paja y tumbarse encima para que la espalda no sufriera demasiado. En posición fetal y con la mirada perdida dejaba pasar las horas con la mente en blanco. Pensar resultaba peligroso. Volver al pasado y tomar decisiones alternativas para no acabar en aquel transporte era demasiado doloroso para

alguien que todavía creía mantener la cordura. Ni siquiera sentí alivio alguno cuando las máquinas decidieron pararse y el silbato de la locomotora confirmó el final del trayecto. Sabía que el camino estaba siendo el preludio de una meta aún más terrible, un entreacto entre el primer infierno vivido en el corazón de Europa y el segundo que se avecinaba en el Este.

Al menos no estaba solo. Con la misma expresión alicaída, tan solo las órdenes de los soldados rusos rompían con el silencio coral de los trece españoles que acabábamos de arribar a las afueras de una pequeña aldea, si por aldea entendemos un cúmulo de casas de madera medio derruidas. Había luz en algunas de ellas, por lo que debían de estar habitadas pese a su penoso estado. ¿Quién viviría en aquel inhóspito lugar? Por lo pronto, nadie con capacidad de decisión. Jamás habría acertado en un mapa nuestra localización. Lo único que me podía servir como punto de partida, si no había calculado mal, era que nos encontrábamos a ocho días a toda máquina de nuestro último destino reconocido: Berlín.

El nuevo escenario que se mostraba ante nosotros desmembraba por completo la poca esperanza que teníamos de disfrutar, después de tantos años, la brisa de libertad que considerábamos merecer.

Con tal de no llamar la atención de los guardias, continuaba empecinado en mantener mi voto de silencio que, por el momento, no contaba con fecha de caducidad. Había dejado de hablar desde el instante en que descubrí, en mitad del camino, que nos trasladaban a Rusia. Uno puede desorientarse y no saber adónde lo envían, pero conoce perfectamente cuándo le están alejando de su hogar. Me había prometido a mí mismo no volver a hablar. Todo cuanto había manifestado a lo largo de mi vida me había condenado a este infierno sin nombre. Aunque podía conversar con mis compañeros, con quienes había compartido tantas noches de buena música y jolgorio meses antes, prefería guardar silencio para saldar mi deuda por todas aquellas veces que debía haber callado. Ahora tan

solo hacía uso de mis cinco sentidos, siendo todos eclipsados por la vista. Seguía siendo en vano. No había forma de averiguar nuestro paradero.

La estación de tren en la que nos habíamos detenido estaba a poco más de trescientos metros de lo que parecía un campo de trabajo. Enseguida caí en la cuenta de que recalaríamos en uno de los cientos de áreas de reclusión esparcidos por todo el territorio soviético. Habíamos escuchado mil historias, hasta entonces falacias, de decenas de miles de disidentes políticos encerrados en los lugares más inhóspitos de Rusia. Todo indicaba que el rumor estaba más cerca de ser realidad que de ser una leyenda. Y nada auguraba que nosotros fuéramos a librarnos de aquella cárcel. A estas alturas, el grupo de españoles ya estábamos acostumbrados a lo que implicaba vivir en una zona rectangular vallada y vigilada por numerosas garitas de unos diez metros de altura. Habíamos sido dotados de esta penosa experiencia en la Europa de los totalitarismos, pero teníamos la esperanza de que después de la guerra los campos de concentración hubieran llegado a su fin.

Lo primero que llamaba la atención era el portón de hierro oxidado en el cual se exponía un mensaje en ruso que se me hacía complicado de leer. En su interior se veía a gente caminar con prisa y sin percatarse de nuestra presencia, hombres concentrados en su labor y ajenos a cualquier problema que no fuera el de su propia supervivencia. Ni siquiera el sonido chirriante de las puertas oxidadas les hizo girarse por mera curiosidad para observar a sus recién llegados vecinos.

Mientras cruzábamos la entrada del recinto en fila india, Ernesto se atrevió a lanzar una pregunta al vuelo sin demasiada confianza en que la incógnita fuera resuelta.

—¿Dónde estamos?

Como era de esperar, no hubo respuesta alguna por parte de los reclutas rusos que nos escoltaban con fusil en mano. No eran los mismos que nos habían forzado a subir a la misteriosa máquina de vapor que nos había traído hasta aquí. Estos eran más jóvenes, no debían de superar la

barrera de los treinta, y se les sentía ligeramente tensos. No entendían nada y tampoco parecía interesarles responder cualquier tipo de cuestión. *Davai, davai! (¡Adelante!, ¡adelante!)* era lo único que salía de sus bocas. Entonces sabíamos que debíamos aligerar el paso si no queríamos ser reprendidos una segunda vez. En su lugar, la curiosidad de Ernesto llamó la atención de dos presos que se encontraban trasladando varios sacos de grano de trigo. Tenían el rostro ennegrecido del polvo que se levantaba con el solo pisar de las botas. A pesar del cansancio palpable en su jadeo profundo y el estado de sus ropajes, ambos destacaban por ser hombres robustos que dejaban entrever un físico envidiable. Al escuchar la voz de Ernesto, dejaron a un lado sus obligaciones y dieron cinco pasos hacia adelante hasta que los demás integrantes del grupo advirtieron su presencia. Tras detenerse, uno de ellos alzó el brazo derecho y gritó una frase que me heló el alma.

—¡Arriba España!

Esta vez tampoco hubo contestación. Nuestro silencio lo dijo todo. Al ser el primero de la fila, no podía ver la reacción de mis compañeros, pero tenía claro que todos habían agachado la cabeza, con una sensación de vergüenza y desdén que los había sacado de la desolación que venían arrastrando desde la estación. No había camisa azul, ni impolutas botas negras, ni siquiera un fino bigote sobre sus labios, pero, pese a su estado zarrapastroso, el saludo romano seguía intimidando como nunca. El fantasma de Franco había recalado en la Unión Soviética. El pasado seguía siendo presente y, pese a haber terminado la guerra, los criminales se negaban a perecer.

Seguimos el camino trazado por los soldados, quienes hicieron caso omiso al alegato fascista. Los dos hombres, confundidos, no tuvieron más remedio que recoger sus sacos y continuar con su labor, no sin dejar de mirar cómo nos alejábamos guiados por los armados rusos. La reacción de los soviéticos se debía a su ignorancia e indiferencia; la nuestra, al estupor. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres y por qué hablaban nuestra lengua? Peor aún, ¿por qué la

empleaban para verter esas dos palabras que tanto daño habían hecho a nuestro hogar?

2
INTERROGATORIO

No sabría decir cuánto tiempo me tomó tratar de asimilar lo acontecido. Pero para cuando volví en mí ya me encontraba junto con mis compatriotas en una caseta de madera vacía donde varios hombres que se negaban a mirarnos a los ojos nos rasuraron la cabeza y nos mandaron asearnos, esta vez sí, bajo una mirada lasciva y humillante. La peor parte se la llevaron Manuela y Leonor, a quienes mantuvieron en la ducha durante cinco minutos más solo para poder inmortalizar sus desnudos cuerpos en sus retinas. Tiritando y con las articulaciones doloridas, fui el primero en salir de aquella especie de ducha improvisada con una manguera que nos apuntaba indiscriminadamente. Mi delgada fisionomía no soportaba las bajas temperaturas. Cada vez que mi cuerpo temblaba por la ausencia de calor me acordaba del Mediterráneo que tanto echaba de menos y de que quizá jamás debía haber salido de Mallorca. Pero la juventud y los sueños nublan la mente de uno sin pensar en su integridad y bienestar. Desde que crucé la frontera con Francia, asocié Europa con el invierno. Un invierno eterno en el que las contadas veces que el sol se imponía en el cielo me devolvía, al menos en mi imaginación, al sur de los Pirineos. Desnudo y estremecido, avergonzado de mirar a mis compañeros en la misma situación, proyectaba la vista al pasado, donde la calidez y el hogar confluían en mi memoria.

Sin ningún tipo de prenda con la que secarnos y eludir el frío, nos obligaron a permanecer a la intemperie hasta que nuestros recién cortados cabellos dejaron de gotear. A los diez minutos, ya estábamos preparados para seguir con

el ritual de bienvenida. Pronto nos daríamos cuenta de que lo único que tendríamos a nuestro alcance era el tiempo, y que cualquier atajo o inquietud por ahorrar tiempo no era sino una forma más de proporcionarnos lo que ya teníamos en abundancia.

Se nos condujo a un diminuto vestuario donde se nos concedió ropa nueva. Nueva para nosotros, evidentemente. La muda se veía a años luz de estar para estrenar, y aún más lejos de oler a limpio. Como había imaginado, no teníamos para todos. A mí me tocó un calcetín húmedo y una especie de calzón ancho que de no ser por los pantalones y un improvisado cordón que hacía de cinturón no podría vestirlo. Solo quedaba una camisa, a la cual le faltaban la mayoría de los botones, y lo restante eran mantas agujereadas que solo servían como una capa más para las prendas que traíamos con nosotros. Quizá en un pasado el campo funcionó con condiciones mínimamente favorables, con uniformes para todos y una planificación decente. El estado actual del recinto era deplorable en todos los sentidos. La indiferencia de los soviéticos para con sus prisioneros era total en todos los aspectos.

El siguiente paso fue registrarnos. Mientras los demás internos del campo almorzaban, a los españoles nos obligaron a entrar en un modesto monasterio ortodoxo desvalijado. Si fuera destacaban cuatro cúpulas de un color dorado impoluto, dentro reinaba la oscuridad. Los bolcheviques lo habían ocupado en la sangrienta guerra civil que había sacudido a todo el país entre 1917 y 1922. La Guardia Blanca controlaba estos lares sobre los que caminábamos hasta que los comunistas consiguieron expulsarlos en un acto de venganza y orgullo que no respondía a intereses militares. La revolución no se había impuesto en todo el territorio ruso desde su nacimiento. Durante seis años, los rojos tuvieron que esforzarse en acabar con toda resistencia blanca que se empeñaba en no dejar morir la tradición zarista. Pese a su victoria, pronto comprobarían que aquellas tierras servían de poco, y no tardaron en emplear la llana superficie sobre la que se

asentaba el monasterio para otras funciones maquiavélicas que nada tenían que ver con la siembra, el ganado o el rezo. Una vez ejecutados los monjes que lo habitaban, adaptaron el sagrado templo transformándolo en la sede principal del campo de prisioneros en el que nos habían internado, y ahora nos disponíamos a rendir cuentas en su interior a los comunistas en vez de a Dios.

El monasterio, ligeramente escorado del centro del recinto, dividía los barracones de madera de una modesta arboleda mal cuidada. La mano del hombre todavía no había llegado a aquel rincón que en un futuro se vería reemplazado por otra de las estructuras de madera que serviría para alojar a futuros prisioneros. Si algo había en abundancia en aquel lugar, además del tiempo, era el espacio infinito. Si fuera por los rusos, no tendrían inconveniente alguno en construir decenas de réplicas del campo a lo largo de la tundra para recluir a todos los que no comulgaran con sus ideas.

Uno a uno fuimos introducidos en una pequeña sala improvisada donde nos esperaba un hombre de mediana edad, con un rostro amable y una educación que hasta el momento no habíamos percibido por parte de ninguno de los rusos. Llevaba lentes de un cristal grueso y en el escritorio del despacho tenía amontonados decenas de libros que ocupaban casi toda la mesa. Entre los títulos en alfabeto cirílico, reconocí una edición en castellano del Quijote que llamó mi atención.

—Siéntese —se dirigió a mí cuando terminó de hablar con Jonás. Según contaban los primeros interrogados, a todos nos preguntaba lo mismo—. Alfredo Morales, ¿cierto? Mi nombre es Vladislav, estoy a cargo del funcionamiento de este *lagpunkt*. Aquí tengo apuntados sus datos biográficos y los del resto. Su amigo Jonás es dado a la habladuría, pero quiero saber más de usted. —La fluidez de su español me sorprendió enormemente, y aunque me sentí tentado de atiborrarme a preguntas en relación con los dos internos que nos habían gritado a la entrada, decidí no romper mi juramento y no abrir la boca—. Entiendo, no quiere hablar.

La mitad hablan y la otra mitad callan. Pronto se darán cuenta de que ninguna de las dos opciones sirve de gran cosa. Mientras permanezcan aquí, me aseguraré de que no les falte de nada. Cuando salgan les mostrarán dónde dormirán las próximas semanas. Estamos en verano, pero pronto llegará el frío que ustedes tanto detestan. Recuerden que esto no es un castigo, tan solo una medida de prevención. El partido no quiere espías en su país. —Tras una breve pausa de cinco segundos y después de confirmar que no iba a entrar en su juego, prosiguió con su discurso —. ¿Sabe? Se lo he dicho ya a sus compañeros anteriormente: los españoles son gente impredecible. Lo viví en su guerra, donde fui asesor militar. Aterricé en Madrid en agosto de 1936 con el objetivo de coordinar varias ofensivas en la sierra. Un desastre. Voceaban cuando no había nada por lo que luchar, y agachaban la cabeza cuando tocaba actuar. Usted ha decidido tomar una tercera vía. Ha dejado de ser español.

Efectivamente, llevaba años sin ser español. No porque lo dijera un soviético con aires de grandeza dialéctica, sino porque no me quedaba ningún documento que avalara mi nacionalidad. Solo un nombre y un apellido españoles, y un pasado lejano que ocultaba en mi interior. Me era indiferente que Jonás hubiera dado las identidades de todo el grupo. Ya no me identificaba con nada que tuviera que ver con mi pasado.

No pasó demasiado tiempo hasta que mi comportamiento comenzó a incomodar a Vladislav, quien enseguida me hizo un gesto para que me marchara y diera paso al siguiente español. Los otros compañeros, los que sí se habían dignado a responder a las preguntas, comentaron que Vladislav era un hombre de fiar. Viajaba asiduamente a Moscú, por lo que era difícil contactar con él en el campo. Repitieron lo que me había dicho: no éramos prisioneros, simplemente querían asegurarse de que no formábamos parte de ninguna red que buscara tumbar a la gloriosa Unión Soviética.

Uno de los motivos por los que prefería mantenerme al

margen de mis compatriotas, y por lo que no echaba de menos hablar, era la confianza que algunos seguían profesando por un país que nos había privado de nuestra libertad. Daba igual si a uno le arrebataban toda dignidad que seguirían creyendo en el partido. A estas alturas, había dejado de sentirme reconocido con el comunismo que tanto había defendido a lo largo de mi vida. Mis ideas no se habían alterado, eran los demás los que habían adoptado una fe ciega en Stalin y en el Politburó. Habían sustituido a Dios por el comunismo; ya no creían en la libertad y la igualdad porque fueran condiciones inherentes a una vida digna, creían porque lo predicaba a su particular manera el partido.

Finalmente, ya hacia el anochecer, entramos en nuestra nueva morada. El lugar de reposo que Vladislav había prometido era un barracón maloliente repleto de literas. Cada uno de nosotros elegimos una de las muchas camas que se repartían por el alargado compartimento. La estructura parecía estable, aunque los huecos entre los tablones de madera de las paredes vaticinaban una fría noche y un insoportable invierno si nada lo remediaba para entonces. Mi cuerpo volvía a sentirse agredido. Los colchones estaban llenos de escasa paja y heno, pero la mayor parte era serrín. No había almohadas, aunque sí una funda para cada uno que algunos rellenamos con parte de nuestras prendas.

—¡Nos traen a Rusia y nos tratan como si fuéramos sucios fascistas! —estalló Ernesto, quien recorría nervioso el estrecho pasillo que había entre las literas.

—No te alteres y siéntate. Debe de haber un error en todo esto —trataba de calmar Manuela, quien sujetaba con fuerza la mano de su hijo.

Ángel tenía diez años. Sus recuerdos no conocían tiempos de paz. Había sido criado por su madre, oriunda de Santander, y fue ella quien le enseñó a sobrevivir en un mundo en el que la desgracia y el dolor campaban a sus anchas. Para él, España no era sino un fantasma lejano del que hablaba todo el mundo, un pasado del que los mayores

no sabían escindirse y en el que buscaban transmitir su pena a quien nada tenía que ver con ello —porque la tristeza también se hereda—. Un país que era el suyo pero en el que no vivía, una tierra que debía odiar y añorar al mismo tiempo. Desde que lo conocía, no le había visto llorar ni una sola vez. Sus ojos oscuros, aunque eternamente vidriosos, destilaban la fuerza que su pequeño cuerpo aún era incapaz de mostrar por la edad. Sus pupilas habían absorbido en una sola década lo que un hombre corriente no podría padecer en nueve vidas. Ángel conocía a la perfección que vivir significaba luchar; y para luchar debía renunciar a su infancia.

Ernesto, por otro lado, debía de tener cuarenta y pocos. Jamás se lo había preguntado, aunque llevara más tiempo con él que con el resto. Por lo general, ninguno de nosotros preguntaba nada a nadie; bastante teníamos con convivir durante tanto tiempo en condiciones de absoluta miseria. De complexión musculosa, medía alrededor de dos metros. Llamaba la atención allá adonde iba. Tenía las pestañas espesas, acorde con su tamaño, y unos oscuros ojos ligeramente saltones. Todos sabíamos que era catalán, no por su evidente acento, o porque yo lo conociera desde hacía años, sino porque no paraba de decir que Tarragona, su ciudad natal, era la más bonita de toda la costa del Levante. Hasta que la guerra llegó a su vida, se dedicaba a vender helados por el paseo marítimo, estudiando el perfil de los veraneantes y subiéndoles el precio a aquellos que de lejos se les veía su origen burgués. Solía decirnos que la riqueza tenía un hedor diferente al sudor del obrero, que el olor del pudiente se adhería al cuerpo de forma que no había perfume caro ni barato que tapara la verdadera esencia del adinerado. Por eso, cuando recorría el tramo entre la catedral y el circo romano de Tarraco, agudizaba su olfato y subía el precio de los dulces a quienes podían permitírselo. Hasta que estalló la guerra ese era su particular modo de equilibrar la injusta desigualdad de clases de la sociedad española. Cuando los militares escogieron la vía de la violencia, dejó su puestecito en

Tarragona y acudió a Barcelona a iniciar la revolución social con una mano delante y otra detrás. Sin saber dónde iba a dormir en un país en guerra pero con la conciencia clara de que no podía quedarse de brazos cruzados. Ernesto era, sin duda alguna, el más bragado de los trece españoles que compartíamos barracón.

Por el contrario, Jonás era el más nervioso e irritante de todos. De origen gallego, se había pasado desde 1936 saltando de un lado a otro, tratando de evadir el peligro y hallándolo en cada destino. Primero, con la sublevación en su propio pueblo, pasó la frontera a Asturias y de allí marchó a Francia en cuanto tuvo oportunidad. Ya después, con España a sus espaldas, junto a nosotros hasta acabar en el campo de trabajo.

Luego, había dos hermanos un tanto reservados que se llamaban Tomás y Alfonso, de Castellón. Eran bajitos y rechonchos, e iban juntos a todas partes. Se habían tomado tan en serio lo de no separarse que ambos habían llegado hasta el fin del mundo. Desde fuera, generaba cierta gracia observar cómo se desenvolvían en su día a día. Llevaban toda la vida afiliados al Partido Comunista de España y habían sido grandes admiradores de Stalin y de la modernización que llevó a cabo en la Unión Soviética. Lo mismo sucedía con Leonor, a quien, pese a mantener distancias con la línea que había seguido el país después de la muerte de Lenin, la conocíamos como *La joven Pasionaria*. Era, como su mote indica, la más joven del grupo. Su cabello dorado y su piel blanca como la nieve hacían que la gente con la que se cruzaba se dirigiera a ella en cualquier idioma menos en español. Medía alrededor de un metro setenta y, aunque nació en Málaga, tenía familia en Alemania. No se separaba de Oier, un joven guipuzcoano que formó parte de la primera oleada de refugiados en Francia nada más empezar nuestra guerra. Con mandíbula marcada y una nariz saliente que delataba su origen vasco, había militado en partidos nacionalistas hasta que abrazó definitivamente el socialismo los meses previos al conflicto.

En cuanto a José, fue de los últimos en dejar su país.

Madrileño de tercera generación, había sido testigo del asalto al Cuartel de la Montaña, lo que le hizo tomar la decisión de participar en la contienda. El 18 de julio, con la confusa noticia de la sublevación en diversas partes del país, José había acudido a su puesto de trabajo como un día más, jugó con su hija Candela como hacía todas las tardes al volver a casa e hizo el amor a su esposa como cada sábado por la noche. El domingo no había que madrugar y reservaban la pasión para esa noche sin compromisos con el día que se avecinaba. No obstante, por la mañana, cuando la capital todavía tendía a seguir adormitada, unas voces interrumpieron el sueño de José. Al parecer, una guarnición de militares y falangistas se habían parapetado en la edificación militar que daba al río Manzanares. Sin perder un solo minuto, se vistió y se acercó al Cuartel de la Montaña. Desde una distancia prudente vio cómo los civiles eran masacrados por una ametralladora que disparaba desde los muros para posteriormente enfurecer a la masa, que terminó aniquilando a los militares golpistas que se ocultaban en el cuartel. El pueblo había respondido a la conspiración y tras mantener leal su ciudad natal José protegió sus líneas junto con los anarquistas y los brigadistas internacionales en la Ciudad Universitaria, desde donde las tropas nacionales intentaban penetrar en la capital de España. Tenía un tic nervioso que le hacía contraer el lado izquierdo de la cara cuando hablaba, y debía de ser consciente de ello, pues no le gustaba encadenar más allá de dos frases seguidas. Al ser el único de la capital, solía hablar con él sobre cómo había afectado la guerra a Madrid. Me interesaba principalmente aquel discurso acerca de la rendición. Como comunista, me habían llegado noticias de que en 1939 fueron los anarquistas y socialistas quienes habían traicionado a España en el último momento y tendido la mano a los golpistas. Pero ahora, sumido en esta cárcel, ya no podía confiar en nada de lo que había creído todos estos años. Del resto no sabía demasiado. Se llamaban Antonio, Pepe y Clemente, pero solía confundir sus nombres. A veces

olvidaba el nombre de alguno, sobre todo cuando se dirigían a mí. Eran los últimos que se habían sumado al grupo.

Los trece habíamos vivido y sufrido los vaivenes de una Europa en llamas durante prácticamente una década. El tiempo compartido nos había unido hasta el punto de conocer ciertas intimidades de cada uno, pero ninguno nos considerábamos amigos. Es más, estábamos deseosos de perdernos de vista. No volver a vernos implicaba que el infierno que habíamos tenido que sobrevivir cogidos de la mano había llegado a su fin. Cada vez que miraba a uno de mis compañeros veía un espejo en el que se reflejaban mis peores pesadillas.

Por lo que a mí me concernía, seguía en un estado de pasividad absoluta. Lo único que dibujaba en mi rostro una irónica sonrisa era el enfado progresivo de mis compañeros con los soviéticos. Justo cuando me disponía a echar la vista por la ventana que había al lado de mi cama para ver cómo el cielo se oscurecía, observé que los dos españoles que nos habían gritado a nuestra llegada se acercaban a la barraca. Tocaron la puerta con precisión, como si estuvieran haciendo algo prohibido y el tiempo apremiara. Ernesto, que seguía dando vueltas y lamentándose en voz alta, entreabrió la puerta con desconfianza.

—¿Qué queréis? —preguntó impaciente—. ¿Quiénes sois?

—Somos prisioneros de la División Azul.

Ernesto cerró la puerta acto seguido, dejando a los dos extraños con la palabra en la boca.

3
¿DIALOGAR CON FASCISTAS?

Españoles a un lado y al otro de la barraca, gritándose como si la puerta ejerciera de trinchera y las voces de las balas que nos cruzamos años atrás. Los primeros, exigiendo que abriéramos la puerta; los segundos, instándoles a marcharse. Habíamos viajado en el tiempo, atravesado el espacio interminable de las tierras rusas y cruzado toda Europa hasta recalar nuevamente en julio de 1936. Enseguida volvió a abrir la puerta Ernesto, no para hacerles pasar, sino para descargar un sinfín de insultos que dejaran claro, por si no lo había sido segundos antes, que no queríamos saber nada de ellos. Todo lo que se podía haber hablado saltó por los aires el día en que decidieron utilizar la fuerza. Con esa misma fuerza seguían golpeando la puerta hasta que un guardia soviético, que se encontraba a unos ochenta metros patrullando, sin muchas ganas y con poca paciencia, escuchó el revuelo que habíamos generado. Desde la lejanía gritó a los divisionarios y se acercó lentamente, aunque con firmeza, hacia nuestra barraca.

En aquel preciso instante Ernesto cerró la puerta definitivamente, dejando a los fascistas españoles solos ante el peligro. Todos nos miramos entre nosotros en silencio, esperando a ver cómo se resolvía el encontronazo entre un hombre armado con su fusil y dos presos lejos de sus celdas. Me escoré lo justo para saber lo que sucedía, pero lo necesario para que el centinela no pudiera verme desde fuera. Para sorpresa nuestra, ambos se refirieron al ruso en su idioma con una solvencia encomiable. Los titubeos y la desconfianza de las primeras frases pronto fueron sustituidos por intercambios verbales afables. El acento

español con el que pronunciaban el ruso hacía que pudiera comprender al menos la mitad de la conversación. De manera magistral, haciéndose pasar por integrantes de nuestro grupo, convencieron al ruso de que, al ser su primer día aquí, solo andaban buscando el baño para hacer sus necesidades. «Nos hemos perdido, señor, lo que queremos es mear», decían en ruso. Entonces, el hombre les señaló la caseta en la que nos habían rasurado y desinfectado previamente. Al lado había una serie de compartimentos con agujeros que llegaban hasta el suelo, nueve en cada lado, dieciocho en total, donde podíamos hacer nuestras necesidades. Después de varias reverencias y palabras de agradecimiento, el soviético se desentendió de los divisionarios continuando su ruta con pocas muestras de entusiasmo por hacer bien su trabajo. Definitivamente sabían cómo moverse por estos lares. Cuando dobló la esquina con el barracón contiguo, volvieron a nosotros, esta vez con más agresividad.

—¡Escuchad, casi nos metéis en un buen lío! —recriminó uno de ellos—. ¿Quiénes sois? Hemos visto que venís con mujeres y niños. ¿Por qué os han traído aquí? Solo queremos ayudar.

—Yo no necesito que nadie me ayude —murmuró a regañadientes Leonor a Oier.

—No hablamos con fascistas —con tono calmado pero claro, para que se escuchara afuera, Ernesto contestó a los interesados sentado en su colchón.

—¿Sois rojos españoles?

—Somos los rojos que no pudisteis matar.

—Y en cambio son los rojos quienes os han traído aquí a morir.

Ernesto prefirió no volver a responder. Los otros once optaron por seguir mi estrategia y esperaron a que los divisionarios desistieran y dejaran la entrada en paz. Al llegar el momento, dejaron un último mensaje para nosotros.

—Cuando olvidéis las rencillas del pasado, avisadnos. Estamos en el barracón más alejado respecto a la aldea, en

la zona este. Antes de venir a nosotros, enviadnos alguna señal. Mientras tanto, no hagáis ninguna tontería. Nosotros somos tres veces más que vosotros.

La voz que provenía de fuera era distinta. Había tomado la palabra el compañero, y parecía calcular exactamente cada cosa que decía. Su mensaje era dialogante a la vez que destilaba cierto tono amenazador. Nos habían visto llegar despavoridos, como pobres civiles asustados que no sabían dónde los llevaban, si a un pelotón de fusilamiento o a una cámara de gas, mientras que ellos formaban parte de una unidad militarizada.

A los pocos minutos de silencio, Jonás se aproximó a la ventana que había dejado libre tras la retirada del guardia y confirmó que los dos españoles se habían marchado. Suspiró y viró hacia nosotros.

—¡La División Azul! ¡Aquí, con nosotros! —gritó confundido.

Pese a la actitud altiva que había tomado los últimos días, no podía esconder la impresión que habían generado en mí aquellos dos hombres. Me había tumbado en la cama, pensando en qué habíamos hecho mal para compartir el mismo destino que una panda de mercenarios que habían combatido a favor de Hitler en unas tierras que no eran suyas. ¿Odiaban, acaso, nuestro origen español? Venía a mi mente el encuentro con Vladislav horas antes en el monasterio. Él conocía nuestra lengua, nuestro país en guerra. Conocía nuestra literatura, y estaba convencido de que había paseado por la ancha Castilla que se cita en *El Quijote* que descansaba sobre su mesa. Vinieron a ayudarnos cuando los militares se alzaron, y les agradecimos el gesto. Fueron los únicos que lo hicieron ante los ojos pacientes de la comunidad europea. ¿Qué habíamos hecho para que a nosotros, aliados que habíamos luchado codo con codo contra el fascismo, nos encerraran junto con el enemigo? Las reacciones y sentimientos de mis compañeros no distaban de la mía, pero su nerviosismo los empujó a actuar de inmediato. Pronto se dio comienzo a una discusión de la cual me abstuve de participar.

—Si están aquí tienen que ser prisioneros de guerra, no cabe duda —especuló Tomás, que con la mirada fija en el suelo parecía buscar respuestas en su interior.

—¡Pero la guerra ha terminado! —replicó Manuela queriendo entender lo que estaba pasando.

—Sí, pero su castigo no.

—No sé si fue mi primo o mi hermana cuando aún nos llegaban las cartas a Berlín. El hecho es que alguien me contó que muchos republicanos se alistaron como voluntarios a la División Azul para redimir sus penas o para no tener problemas con las autoridades. A lo mejor…

—Si algo tengo claro es que estos no son republicanos —manifestó Tomás elevando la mirada.

Ángel, que observaba cómo su madre se metía en la conversación, quiso hacer lo propio ante la incomprensión absoluta.

—Mamá, ¿por qué no queréis ser sus amigos? Hablan como nosotros.

—Por culpa de hombres como ellos estamos aquí, cariño.

—Yo pensaba que estábamos aquí por culpa de los señores rusos.

—Deja que los mayores hablen, anda. Ya es casi de noche. Intenta dormir —ordenó Manuela, viendo que la conversación se alargaba.

A pesar de unos berrinches iniciales, Ángel siempre había cumplido lo que le decía su madre. Sabía que, a menudo, la línea entre la muerte o la supervivencia estaba en obedecerla. Tomás y Alfonso se atrevieron a dar el primer paso, ese en el que todos piensan pero ninguno materializa, y sugirieron que nos reuniéramos con los divisionarios con el propósito de averiguar exactamente qué era ese lugar y cuáles eran las intenciones de los soviéticos para con nosotros. El rechazo frontal de la mayoría pronto terminó evolucionando a una comprensión tímida, y después de veinte minutos el grupo estaba dividido en si dialogar o no con los fascistas.

Además de los hermanos, Manuela, José y Oier, junto

con Pepe y Clemente, abogaban por entablar contacto por mero interés, por supervivencia. Por otro lado, el resto defendía mantenerse al margen de aquellos «malhechores», como los llamaba Ernesto.

—Con su amistad o sin ella, tenemos que aprender a convivir. Ellos no se van a ir a ninguna parte —claudicó Leonor, que hasta aquel comentario se había mostrado reticente al diálogo.

—¿No os dais cuenta de que no los necesitamos? Hemos superado todas las adversidades sin tener que pedir ayuda a nadie, hemos llegado hasta aquí con nuestro sudor y nuestras ganas de seguir adelante. —Ernesto veía cómo poco a poco se quedaba sin apoyos.

—Has olvidado a todos los que hemos dejado atrás. —Leonor buscó sacar a Ernesto de su cabezonería intentando llegar a esa sensibilidad que todos guardamos o escondemos dentro de nosotros.

—Yo nunca olvido nada.

El acalorado debate se prolongó hasta que Ernesto, no sin rechistar, desistió. Era consciente de lo difícil que había sido para todos afrontar aquella realidad. Lo sencillo habría sido mantenernos al margen y evitar mezclarnos con los hombres que habían acabado con la paz en España. ¿Por qué habríamos de querer la ayuda de unos hombres que nos habían obligado a exiliarnos? Entre lo correcto y lo fácil elegimos lo primero.

Sabía que cuando Leonor se decantó por dialogar tenía muy presente la hilera de cuerpos que tuvo que serpentear en la carretera entre Málaga y Almería en febrero de 1937. Por aquel entonces tenía escasos quince años y su madre la despertó un día de madrugada alentándole a que cogiera toda la ropa que tenía, que hacía mucho frío y se marchaban a Almería. El general Queipo de Llano había lanzado una serie de ofensivas sobre la provincia andaluza y se había hecho con Marbella. Los sublevados estaban a las puertas de Málaga. Caminó junto con ella y su hermano mayor durante seis largos días y seis largas noches con dirección este, acompañados de cientos de familias más que

marchaban a pie, en bici o en vehículos atestados de desconocidos que se subían a los techos del transporte, escondiéndose de los cañones que disparaban desde el mar y de los ataques de la aviación franquista. Con poca comida, apenas agua y la desesperación en las carnes de todos los que escapaban al último reducto republicano de la costa andaluza, fueron asaltados por otros refugiados una, dos y hasta tres veces. A veces contaba cómo, a falta de árboles, rocas u hoyos donde ocultarse, simplemente se tumbaba en el suelo cada vez que la artillería se cernía sobre ellos, deseando que fuera a los demás y no a ella ni a su familia a la que le acechara la muerte. Tanto su hermano como su madre fallecieron poco antes de llegar a Almería. Desde entonces, Leonor no soportaba el ruido de ningún avión ni los espacios abiertos.

Estaba seguro de que José también pensó en el hambre que se pasó en Madrid en el último año de guerra y en cómo se vio obligado a huir al extranjero dejando a su familia en el piso de su hermana porque el apartamento a la vera del Puente de Segovia había sido reducido a cenizas por los bombardeos franquistas. Su hermana se había casado con un hombre de negocios que, aunque perdió gran parte de su fortuna durante los tres años de guerra, pudo mantener el amplio apartamento que tenía cerca de la calle de Goya. El barrio de Salamanca era bien conocido por la posición burguesa de sus habitantes y era la zona donde más apoyo tenían los facciosos. José decía que allí casi no caían bombas. Al llegar la hora, se llevó consigo un pequeño caballito de madera que había tallado un hombre que pedía limosna cerca de la Plaza Mayor, al lado de la chocolatería de San Ginés. Era un regalo para su hija Candela, pero cuando esta supo que su padre se iba de la ciudad sin ella le entregó el presente de madera para que se lo devolviera una vez regresara. Mientras el grupo discutía, envolvía en sus manos el objeto de su niña, como si el caballito guardara la memoria de la piel de Candela.

Ninguno, al igual que Ernesto, que resistió en Barcelona hasta que no tuvo más remedio que echarse a los

Pirineos, habíamos olvidado nada. Ni siquiera yo, que reprimía mi pasado como un ejercicio incurioso con la excusa de sufrir lo menos posible en este lugar del que sabía que no iba a salir en mucho tiempo. Si habíamos decidido dejar a un lado nuestros ideales no era por la facilidad que ello conllevaba.

Cuando al fin se consensuó acercarnos a hablar con los divisionarios, había que discutir cómo hacerlo. No parecía haber demasiada vigilancia en el campo, pero cualquier paso en falso podía ser fatal. Mejor acercarnos en pequeños grupos que en manada; mejor una persona que varias. El grupo, que todavía tomaba las decisiones de forma asamblearia, me eligió a mí como el hombre indicado para entablar conversación con los españoles. Todavía a estas alturas mi fama de hombre leído y de mundo seguía imponiendo. Con tal de evitar sus miradas fijas en mí, asentí con la cabeza y me acosté. En el rincón más recóndito del planeta, el origen de uno se negaba a perecer. Si no tenía suficiente con adaptarme a aquella nueva atmósfera, ahora me tocaba ejercer de relaciones públicas con dos fascistas.

4

La muerte en los ojos

La primera noche fue la más dura de todas. Los recuerdos toman mayor fuerza justo antes de dormir, cuando la luz se esfuma y el ruido interno se transforma en alboroto. Uno debe enfrentarse a ese obstáculo antes de caer rendido. En el tránsito entre la vigilia y el sueño, me vinieron a la mente los demonios de la guerra, el estruendo de las bombas en Berlín y, por encima de todas las cosas, la ausencia de Aitana. Después de afrontar el examen nostálgico de cada noche venía el estado de somnolencia absoluto. Por suerte, no era un hombre dado al insomnio. Dios, mis padres o quien fuera, me había otorgado el don de cerrar los ojos bajo cualquier circunstancia. Si me lo proponía, podía dormir incluso de pie. Pero aquella noche no conseguí conciliar el sueño. Mis inquietudes se alargaron en el tiempo y pese al cansancio acumulado no pude sino esperar a que las pesadas horas de la noche me sometieran hasta el punto de desear perder el conocimiento. La nostalgia se tornó en tristeza y la tristeza en dolor. Sin un reloj que marcara la hora, el primer canto de los pájaros me adelantó el final de la pugna con mis propios pensamientos para dar paso a la lucha por la supervivencia.

Con la primera luz del día empezó la misión que se me había encomendado. En primer lugar, tenía que adaptarme a las dinámicas del campo; estudiar las rutinas, conocer a los vigilantes y descubrir los puntos ciegos del campo, si es que existía alguno. Para ello, evidentemente, debía saber cuál era el barracón de los fascistas españoles. Sin ellos, todo lo anterior no servía de nada. Por suerte, la observación y la meticulosidad eran virtudes que me habían

acompañado desde la adolescencia. Las pocas veces que me había salido con la mía era mi cabeza y no la fuerza la responsable de mi pequeño triunfo. Sabía que para conseguir mi objetivo tendría que jugar con la paciencia y la discreción. Lo último que me faltaba era llamar la atención de los funcionarios del campo. Afronté el día como quien acude a su primer día de trabajo: con aires de inocencia, pero consciente de cada movimiento.

Comenzó antes de lo previsto. Manuela murmuraba dos literas más allá con el pequeño Ángel, como la madre que despierta con caricias a su hijo antes de enviarle al colegio, cuando una sirena despertó a los pocos que seguían adormecidos. Nos pusimos en pie inmediatamente. Esperamos allí, petrificados, a que alguien viniera a darnos el primer grito de buenos días. Y allí, erguidos, nos percatamos de que nadie acudía en nuestra busca. Escuchamos las voces de los otros presos fuera de sus barracas, y seguimos sus pasos. No sabía qué hora era, pero al sol todavía le quedaba una eternidad para asomarse del todo sobre nuestras cabezas. Llegados a la especie de plaza principal que se dibujaba en el centro del campo, los funcionarios nos obligaron a ordenarnos según el número de nuestro barracón. Sin conocer el procedimiento que los demás sabían de memoria, recibimos al fin el primer chillido del día. Ciertamente, ignoraba si pretendían que actuáramos como ellos querían o si tan solo buscaban alguien a quien castigar. Si se trataba de lo primero, el ruso no era el idioma idóneo para unos españoles que no habían pisado la Unión Soviética en la vida.

A mi derecha tenía a Jonás, a punto de llorar y tiritando más por miedo que por frío. Buscó en mí respuestas titubeando algo sobre si nos iban a fusilar allí mismo. Lo ignoré. En su lugar, me fijé en su barriga de buen bebedor, y me prometí no olvidarla en un cruel juego en el que analizaría cómo con el paso de los meses su tripa iría menguando y aplanándose. A mi izquierda, tenía a un hombre de otro grupo que por su condición física y su estado deplorable debía de llevar meses, si no años, en este

decrépito lugar. Su rostro, ocultado por la barba y el pelo largo canoso, se deducía entrañable. Desde mi llegada apenas había reparado en los demás presos. Mi cabeza maquinaba sobre alambradas, ropa, agua y techo. Y sobre mi misión. Mis compañeros y mi misión. Pero él, de alguna forma, llamó mi atención. Era el primer hombre que no me hacía preguntas a pesar de tenerlo al lado. Depositó su mirada sobre la mía. Sus ojos azules transmitían una paz inquebrantable que no había apreciado en el iris de ningún soldado o civil alemán con el que me había topado en Berlín todos estos años. Estos irradiaban bondad hasta el punto de desear que el motivo de su reclusión en el campo se tratara de un accidente, tal y como nos había sucedido a los españoles. Tenía claro que el hombre, quien se había girado por la curiosidad que generaba nuestra presencia, era de cualquier sitio menos de Alemania. No concebía que pudiera ser un prisionero de guerra nazi. Tras unos pocos segundos absorto, sentí que le conocía desde hacía años. Reconocía en él un rostro familiar. ¿Mi padre quizás? Solía dejarse barba una vez al año, justo en vacaciones. Pensé en sus hijos, si es que los había, y en su mujer, si es que la tenía. Deduje que tenía algo en mente. A través de su figura reparé en la mía. ¿Luciría su misma imagen en unos meses cuando el descuido, el hambre y la monotonía hubieran irrumpido en mi cuerpo? Solo nos diferenciaba el marrón de mis ojos. Se le veía tranquilo, como quien por fin ha tomado una difícil decisión y el peligro inminente o la salvación absoluta le liberaran de la cárcel de la indecisión.

Fui yo quien apartó primero la mirada. Debía enfocarme en los divisionarios. En la esquina opuesta a la nuestra, alcancé a ver a los dos españoles que nos habían visitado la noche anterior. Se les veía serenos, como si este recuento de prisioneros resultara un mero trámite diario. Si mi particular recuento no fallaba, los divisionarios debían de ser alrededor de treinta. Era fácil identificarlos, puesto que todo español nace con ese don para reconocer a quien ha nacido en su misma tierra. No sabía aún cómo, pero en algún momento tenía que acercarme a ellos.

Mientras la curiosidad rondaba mi agotada cabeza, uno de los vigilantes pasó por delante de mí. Pude sentir en mi rostro el vaho que exhalaba por la boca. Dejé mi mente en blanco con temor a que pudiera traspasar la piel y estar al tanto de mis intenciones.

La espera, una vez más, se hizo insoportable. Con el paso de las semanas me daría cuenta de que los guardias querían estar ahí tanto como nosotros. Se acababan de despertar, y sus nulas capacidades de organización les obligaron a reiniciar el recuento matutino hasta tres veces. Al asegurarse de que no había fugas y de que todos estábamos fuera de nuestros aposentos, nos condujeron al comedor. Era la primera vez que entrábamos en el amplio salón con el aforo adecuado para albergar a todos los reclusos en un mismo turno. Con una mesa por cada barracón y una gran olla para cada una de las mesas, la interacción con los cocineros, que se encontraban en una cocina contigua, era mínima.

Los trece nos sentamos en una de las mesas con nuestra ración de sopa, que, contra todo pronóstico, estaba caliente. Tibia cuanto menos. No había cucharas, por lo que la forma natural de ingerirla era a sorbos. Acuosa e insípida, el pequeño Ángel fue el primero en negarse a tomarla. En cualquier otra ocasión habría intentado dialogar con él contándole una de esas anécdotas manidas sobre lo mal que se comía en la guerra y sobre el privilegio de poder llevarse a la boca cualquier alimento. Le habría sugerido beberla de un trago mientras estuviera caliente. En lugar de consolar al chico, observé cómo la gente acudía a por agua a una fuente ubicada en la esquina del salón con total libertad y sin llamar la atención. Entonces supe que era el momento de hablar con ellos. Suspiré durante unos segundos y me levanté decidido a la mesa de los voluntarios de la División Azul. Crucé el pasillo sin que mi presencia incomodara a los celadores y justo cuando los españoles notificaron mi acercamiento, uno de ellos se apresuró y me agarró del brazo instándome a que diera media vuelta.

—¿Quieres que nos vean? Ahora no, imbécil —susurró

con agresividad—. Mañana en el granero, justo antes del atardecer.

Había errado en mis cálculos. Yo, que me consideraba todo un experto en este arte de la contemplación, en ser consciente del momento idóneo para actuar, había fracasado por completo. Aunque, por otro lado, precipitarme al error había dado sus frutos. Al sentarme nuevamente con mis compañeros asimilé lo sucedido. Tenía una reunión clandestina al día siguiente con uno de ellos, en un lugar que por lo pronto no debía de estar controlado por los vigilantes.

Hubiéramos terminado o no, sonó nuevamente la sirena que nos había despertado. De forma ordenada salimos del comedor a la plaza principal y, en fila india, los presos se encaminaron hacia la entrada del campo, que para nosotros era ahora la salida. Uno de los guardias nos ordenó quedarnos en la plaza a la vez que las puertas se abrían con el mismo ruido que había emanado el hierro oxidado a nuestra llegada. En cuestión de minutos el campo se vació de gente. Dedujimos que se marchaban a trabajar a alguna innecesaria obra en las inmediaciones y que, como todavía no nos habían adjudicado ningún puesto inútil, nos hicieron quedarnos en la plaza al lado de nuestro barracón. Oier y Leonor decidieron entrar y sentarse en la cama a recordar tiempos mejores acompañados de Antonio y Pepe. Hacía sol y no corría el viento, así que la mayoría optamos por quedarnos en el exterior a ver pasar las horas muertas. No hacía falta conversar. Tumbados sobre el césped, con la espalda apoyada en la pared de la barraca, uno podía hasta sentirse libre. Solo faltaba una bota de vino mientras el sol se dirigía con el transcurso de los minutos a lo más alto del cielo. El tiempo, una vez más, era lo que más abundaba tras la verja.

Pasó alrededor de una hora cuando a las puertas del monasterio divisamos a Vladislav dirigirse hacia la salida. Llevaba un abrigo largo gris pizarra y el característico sombrero que lucía la hoz y el martillo en el centro. A medio camino volteó la cabeza para desviar su ruta y

acercarse a nosotros.

—Me voy a Moscú por quince días. Me alegra verlos comer al aire libre. A los españoles siempre les ha gustado el sol y la naturaleza. Recuerden: no son prisioneros. En cuanto se me autorice, podrán volver a sus casas, si es que cuentan con una. Por el momento permanecerán aquí. Pueden sentirse privilegiados, no les han enviado a trabajar a las minas. *Do svidaniya! (Adiós)*.

Sin más, y sin esperar réplica por nuestra parte, retomó sus deberes. Fuera le esperaba un vehículo que le llevaría a la estación de tren, la misma en la que nos habíamos detenido hacía un día.

El tono irónico pero respetuoso del siempre sonriente Vladislav nos amargó el oasis de calma que habíamos hallado ese mediodía. Ángel se desligó de los brazos de su madre y entró corriendo en el dormitorio, y Jonás se alejó hasta llegar al borde del campo, topando con la valla de tres metros de altura que nos negaba la libertad. Yo, al igual que los demás, seguí con la mirada perdida pensando en las palabras de Vladislav. «Podrán volver a sus casas». Desconocía lo que significaba volver. ¿Cómo se regresa a un lugar que ya no existe? Sencillamente, no se puede. Todo lo que había considerado hogar alguna vez en mi vida resultaba inalcanzable. Sí, España seguía siendo mi hogar, pero a su vez había dejado de serlo. No eran las fronteras, ni las consecuencias de la guerra ni la dichosa verja lo que me impedía volver casa. El tiempo era el gran enemigo. Lo que anhelaba se escondía en el pasado. El presente no era sino un cúmulo de atrocidades del que formaba parte, errante, sin ningún sueño por el que luchar. Puede que mi vida hubiera llegado a su fin y que este campo no fuera sino otra cosa que el purgatorio.

Solo el regreso de los demás reclusos rompió la monotonía de aquel sábado. Durante la tarde habíamos escuchado a los funcionaros reír a carcajadas mientras jugaban a las cartas en su particular barracón, que no era como los nuestros. Sin llegar a confundirse con un palacio, en el suyo los tablones de madera no dejaban pasar el frío.

También fuimos testigos de ciertas trifulcas de quien no aceptaba la derrota. Uno de ellos incluso se nos acercó a ofrecernos tabaco con cierto tono de burla. Su aliento apestaba a alcohol. Asintiendo con la cabeza, Alfonso y Tomás aceptaron el obsequio del vigilante, quien regresó a su barraca con paso zigzagueante.

Al abrirse nuevamente las puertas del averno, me di cuenta de que algo no iba bien. Entre todo el grupo de prisioneros había uno que lideraba el paso empujado por dos rusos que lo tiraron al suelo en cuanto llegaron al centro del recinto. El resto de vigilantes, los mismos que nos habían ofrecido tabaco un par de horas antes, se incorporaron a la escena con gesto serio y desafiante. Uno de los dos guardias que había arrojado al hombre al barro gritó una serie de consignas en ruso mientras se giraba en círculos hacia todos los que nos encontrábamos allí. Pese a las doscientas personas que nos hallábamos en ese instante en la plaza principal, solo su voz se elevaba hasta las nubes. Una vez más, todo lo que estaba sucediendo me resultaba familiar de alguna manera. Limitado por mi precario conocimiento del idioma, alcancé a entender que había intentado escapar en mitad de su jornada laboral. Anclado en el suelo, la víctima levantó la cabeza del lodo lo suficiente como para reconocerle antes de que el soviético volviera a pisarle con su bota. El hombre del recuento, el entrañable anciano, pasó de estar de pie junto a mí a yacer en el suelo frente a mí, sin que ninguno de los presentes moviéramos un solo dedo. Aquel macabro espectáculo duró alrededor de diez minutos, pero al séptimo el pobre señor no respondía de dolor a los golpes y gritos del verdugo. Me costaba comprender qué podía haber hecho aquel hombre para merecer tal escarnio. Cuando el guardia consideró oportuno, se colocó el flequillo y se marchó de la escena del crimen como si nada hubiera sucedido. En ese mismo instante, un grupo de cuatro hombres salió de la multitud a socorrerlo. Despertó en mí la necesidad de ayudar, aunque aquel acto rompiera con mi propósito de pasar desapercibido. Por respeto me acerqué a levantar el

cadáver. No terminé de entender lo que sus compañeros me decían y tampoco me esforcé demasiado. Quedé, una vez más, paralizado por el azul de sus ojos. Abiertos de par en par, vislumbré en ellos la eternidad de la muerte. Los mismos ojos azules, el mismo rostro calmado. Él había tomado su decisión. Ya fuera huyendo de la prisión o falleciendo en ella, había escapado de su condena.

5
LABIOS AGRIETADOS

Ni siquiera la cárcel podía erradicar el día de descanso que suponía un domingo. Lo sagrado penetraba por las rendijas de la estructura metálica que nos recluía bajo el calmado y a la vez nublado cielo. El último día de la semana, la mayoría de los reclusos paseábamos por el césped durante horas. Algunos se tumbaron en sus barracones y otros incluso derrocharon las pocas energías que nos proporcionaban las dos comidas diarias jugando al fútbol. Juntábamos los pocos calcetines que reuníamos los compañeros y los rellenábamos de paja simulando la pelota. Según oí hablar a un alemán que no paró de vocear con sus compatriotas, había domingos que hasta los vigilantes se sumaban al improvisado encuentro. ¡Incluso alardeó de haber dejado en el suelo a uno de los guardias tras un regate que casi acabó en gol! Aquella pequeña humillación deportiva debía de ser la única victoria alemana sobre Rusia en los últimos cinco años.

Eché la vista atrás y recordé el último partido de fútbol que había visto antes de que todo estallara, antes de que en España decidiéramos matarnos. Fue el 21 de junio de 1936. También un domingo. De hecho, se cumplían prácticamente nueve años de aquel día. Arrastré a Aitana hasta Valencia solo para acudir a la final de la Copa del Presidente de la República. A ella no le interesaba en absoluto el balompié, pero me acompañó con el pretexto de visitar a su prima Carmen, quien vivía a escasos minutos de la catedral en un modesto apartamento que compartía con su marido pesquero. No se veían desde antes de que Aitana y yo nos conociéramos y a menudo escribía aquejada de que nadie

iba a visitarla. Al parecer, su esposo se pasaba mucho tiempo en la mar y no tenía demasiadas amigas en el barrio. Mientras las dos primas se ponían al día envueltas en el ambiente festivo de la ciudad, crucé las puertas del estadio media hora antes de que el árbitro hiciera sonar el pitido inicial. Mestalla contaba con un aforo de diecinueve mil personas, pero yo tenía claro que aquel día en el campo entraron muchos más de los permitidos. Nadie quería perderse la primera final entre merengues y culés. El juego, por desgracia, lo recordaba aburrido. Hasta me ausenté al baño dos veces, lo que me impidió ser testigo de la prodigiosa actuación de Zamora, que evitó el empate de mi querido Barcelona y provocó que saliera derrotado de aquella final. Aquel mes, el último en el que España conoció la paz, el portero del conjunto blanco decía adiós al deporte español tras seis años cosechando triunfos. Por un momento, cupo la posibilidad de que su retirada fuera la noticia más importante del año. La escapada a Valencia terminó siendo el último viaje que hicimos juntos Aitana y yo. Al menos, sin que nadie nos obligara a marcharnos.

Paseé solo por el campo sin dirección alguna e imaginando el calor estival del Levante que me brindaron aquellas últimas vacaciones. Estiraba ligeramente los dedos de mi mano derecha en busca de los de Aitana, y miraba a mi izquierda, al puerto, o al otro lado de la verja —según se mirara desde la realidad o el deseo—, pensando en ese chapuzón veraniego que elimina todos los males y sana el alma. Solo al recordar el arroz y el vino que compartimos con vistas al mar volví a mi sitio y me centré en el plan. Todo por no pensar en la buena comida que se servía, y se debía de seguir sirviendo, a orillas del Mediterráneo.

Aunque lo sucedido la tarde anterior no hubiera repercutido en la normalidad del domingo, mis cinco sentidos se hallaban alerta. El linchamiento de anoche me había afectado más que a cualquier otro, lo que significaba que mi ejercicio particular de inhibición no estaba dando los frutos esperados.

Los míos no quisieron quedarse en el exterior tras lo

acontecido. Tenían la esperanza de que el lunes volviera Vladislav de Moscú y nos asegurara que nuestra puesta en libertad se tramitaría en cuestión de días. Oier animaba a Leonor a mudarse con él a Hendaya, que no lo conocía y estaba seguro de que le encantaría, y Manuela planeaba el cumpleaños de Ángel a mediados de septiembre. Ernesto decía que se compraría una casa en Burdeos y viviría del huerto. Una vez más, sentía pena por ellos. No eran conscientes de la gravedad del asunto.

Caminé en círculos hasta que el sol comenzó a bajar en su rutina diaria por esconderse de nuestros ojos. Cada día aguantaría menos; cada noche nos dejaría más tiempo solos expuestos al frío de la tundra. Minutos antes de ocultarse del todo me dirigí lentamente hacia el granero, que se elevaba un par de metros del suelo para evitar la humedad y los roedores. Constituía la estructura más pequeña de todo el campo. Allí almacenaban el grano y la comida que más tarde ingeríamos. Nuestras raciones y el tamaño del granero venían como anillo al dedo. Tras subir la pequeña rampa que accedía a la entrada me percaté de que los dos divisionarios me esperaban sentados en un banco de madera que difícilmente aguantaba a ambos. Al verme, uno de ellos se levantó. Era más joven y forzudo que el otro, pero la veteranía del primero cautivó mi atención. Con las facciones marcadas y la cara llena de arrugas que le envejecían más de lo que su verdadera edad revelaba, me miraba fijamente a los ojos como todos los hombres valientes que me había cruzado hasta ahora. Aun en Rusia, mantenía la tez tostada de los años vividos bajo el sol español.

Debieron de pensar que me presentaría en primer lugar, porque dejaron que pasara un minuto antes de que quien permanecía de pie abriera la boca.

—¿Qué? ¿No te presentas?

Humedecí mis labios agrietados y cosidos desde hacía días. Había llegado el momento de hablar.

—Alfredo. Me llamo Alfredo.

—Aquí, mi amigo Garmendia decía que no te dignarías

a aparecer, que te habrías cagado en los calzoncillos tras el encontronazo de ayer.

No sabía si se refería al episodio de la cantina o al anciano al que golpearon los vigilantes.

—El hombre de ayer, al que mataron…, ¿quién era?

El tal Garmendia tomó la palabra. Con seriedad y sin evitar la mirada, alzó la voz por primera vez.

—Su nombre era Pawel. Era polaco, pero su ascendencia prusiana le condenó a este palacio. Llevaba aquí más tiempo que ninguno y no hablaba con nadie. Eso sí, su amabilidad y expresión apacible alegraban el ambiente en el campo. Pero me interesáis más tú y tus amigos. ¿Quiénes sois?

—¿Por qué lo mataron? —insistí.

—¿Por qué? Aquí no hay un porqué, muchacho. Tienes que dejar de guiarte por la razón y entender el caos que se vive en un lugar como este. Un día el vigilante te ofrece un cigarrillo y el siguiente te golpea porque has bostezado delante de él. Un día antes, una hora antes, o un minuto antes, el mismo que te ofrecía un cigarrillo podría haberte escupido, y si hubieras bostezado segundos más tarde, el vigilante simplemente habría forzado una sonrisa. Aquí dentro no estamos sujetos a ningún control. No se cumplen normas, aunque las hay. No nos tratan como hombres, aunque lo somos. Nos matan por nada, al igual que sobrevivimos por nada.

Meses más tarde sabría que Pawel llevaba meses planeando escapar del campo de concentración, tal y como mi precaria comprensión del ruso me había dado a entender. Se había provisto de comida que había ocultado durante días en su ropa interior con la intención de racionarla una vez dejado atrás el área. No estaba esperando el momento oportuno, sino el idóneo para sí mismo. Esperó a no temer a la muerte para intentarlo.

—Alfredo, no tenemos mucho tiempo. Cuéntanos quiénes sois —interrumpió el otro compañero, que no paraba de mirar a la entrada temiendo que los soviéticos se percataran de nuestro encuentro.

—No puedo hablar por los demás. No soy más que un pobre mallorquín al que la guerra en España le obligó a hacer las maletas deprisa y corriendo.

—¿Pasaste toda la guerra en Mallorca? —preguntó sorprendido. Mallorca apoyó el golpe desde el primer día, y aunque las fuerzas anarquistas procedentes de Barcelona intentaron dominarla, la isla nunca se rindió a la República.

—No, pero da igual dónde estuviera; dónde estuviéramos. Al final, todos nos vimos obligados a irnos de España. —Al hablar me di cuenta de que les estaba reprochando las desgracias de la guerra a los dos divisionarios que tenía enfrente.

—Nosotros tampoco quisimos la guerra —respondió Garmendia bruscamente.

—No haberla iniciado.

—Todo indica que vamos a pasar mucho tiempo juntos. Tenemos que aprender a hablar entre nosotros y entendernos.

—Y también cuándo no hacerlo.

Enseguida me di cuenta de que aquella discusión no nos llevaría a buen puerto. Nada de lo ocurrido podía arreglarse a estas alturas.

—No estamos aquí para juzgar el pasado de nadie. Somos españoles y eso es lo que nos incumbe. Nosotros llevamos dos años aquí. Antes estuvimos cerca de Moscú durante tres meses en un campo mucho más moderno y civilizado que este. Podemos ayudaros a adaptaros. Somos treinta y dos, aunque hasta el año pasado éramos treinta y ocho.

—¿Qué les pasó? —Me arrepentí de mi pregunta y de la falta de tacto al segundo de lanzarla.

Garmendia acercó su mano derecha al bolsillo de su pantalón deshilachado, del que extrajo un único cigarrillo. Lo golpeó compulsivamente contra el banco en el que continuaba sentado y del que no se movería a lo largo del encuentro, demostrando que no le importaba lo más mínimo conversar en un desnivel de miradas. Al acabar con su ritual, se lo colocó en los labios y le prendió fuego con

una cerilla que sacó del mismo bolsillo. Exhaló y esperó a que la pantalla de humo que nos dividía se desvaneciera para responder a la pregunta.

—Rusia fue lo que les pasó. Este miserable campo de concentración. Y te diré una cosa. Vosotros, quienes luchasteis codo a codo con los soviéticos en nuestras tierras españolas, apoyasteis lo que han hecho con este pueblo. Ni siquiera los que se encuentran al otro lado de la alambrada son libres. La Unión Soviética es, en sí misma, un inmenso campo de concentración.

Ahora era él quien juzgaba nuestro pasado en la guerra. Sin estar en total desacuerdo con él, su tono propagandístico me enervaba. Tenía claro que él y yo no éramos iguales. Solo coincidíamos en la nacionalidad. Y ni siquiera en eso. Que ambos hubiéramos acabado en el mismo lugar no alteraba en absoluto nuestros orígenes opuestos. Él era el victimario y yo la víctima. Él se había posicionado con los asesinos y yo había intentado huir de ellos. Él había luchado con los totalitarios y yo había escapado de ellos en busca de la libertad. Y, sin embargo, nos hallábamos, en nuestra mediocridad, uno frente al otro. El mismo resultado con distintos precedentes. Me surgió la curiosidad imperiosa de saber exactamente cómo había acabado en el campo; cuál había sido el sendero trazado hasta encontrarse sentado delante de mí, en aquel banco a punto de ceder, queriendo saber cuál era mi nombre. Unos años atrás habría tratado de asesinarme. Probablemente habría sido uno de los verdugos del pelotón de fusilamiento, o me habría delatado ante las autoridades. Podría haber formado parte de los militares sublevados el 18 de julio, o quizá habría entrado por la fuerza en casas de republicanos para llevarlos de paseo, sin juicio alguno, con sus camaradas falangistas. Antes de seguir hablando, necesitaba saber quiénes eran ellos.

—Si queréis que os cuente cómo llegamos aquí, tendréis que hacerlo vosotros primero —espeté sin demasiada convicción.

Los dos hombres se miraron entre ellos con una sonrisa

condescendiente. Pensé que veían en mí un reflejo del pasado; una imagen de ellos mismos cuando llegaron al campo, llenos de inseguridad y rezumando desconfianza.

—No hay problema. Siempre es reconfortante que alguien te escuche hablar sobre tu vida. Al fin y al cabo, es lo único que nos queda.

6
TRINCHERAS EN LA NIEVE

—Tengo la sensación de haber pasado toda mi vida en mitad de una guerra.

Garmendia sacó otro cigarrillo de su bolsillo derecho. Los había conseguido gracias a la amabilidad ebria de uno de los vigilantes haría dos semanas. Le quedaba uno más, y no sabía cuánto tiempo iba a tener que esperar hasta volver a hacerse con otros pocos. De ahí que no nos ofreciera ninguno ni a mí, el recién llegado, ni a su fiel compañero. Si la solidaridad o la abundancia lo hubieran permitido, habría declinado la oferta. Asociaba el tabaco con la gente nerviosa, angustiada y estresada por los delirios de la vida diaria que necesitaba dotar de alguna otra estúpida ocupación a sus ya agotadas manos. Además, me resultaba una pérdida de tiempo y un ataque gratuito a la gente pragmática y cuadriculada como yo. Su deseo de calmar la ansiedad que les recorría el cuerpo encendía mi particular irascibilidad. Mientras se fuma, no se habla. Y si no se habla, el encuentro se prolonga inútilmente. Fumar ocupa las manos, la boca y la mente, y se convierte en el innecesario tiempo de espera previo al inicio de cualquier función que, aun siendo suprimible, siempre existe. Finalmente, el divisionario encendió el penúltimo cigarrillo y procedió con su historia.

—La filosofía me salvó de acabar fusilado —afirmó con rotundidad—. El 16 de julio viajé a Salamanca con motivo de un congreso que impartían unos antiguos alumnos de don Miguel de Unamuno. Sabía que él acudiría a la velada y no me permití dejar pasar tal honrosa oportunidad. —Volvió a inhalar el humo del cigarro y se percató de que

faltaba contexto en su narración—. Yo estudié Filosofía en la Universidad Central de Madrid. Llevaba varios años fuera del mundo académico escribiendo en *Arriba*, que antes de que ganáramos la guerra no era más que un modesto semanario que trataba de salvaguardar los valores de Occidente, cuando leí acerca de esta conferencia. Me fui de Madrid para un fin de semana, y no volví hasta pasados tres años. Al menos tuve la oportunidad de despedirme de mi hermano, que también estaba afiliado a Falange Española y que fue hecho prisionero por los marxistas. Hasta donde sé, lo fusilaron en Paracuellos cuando se estaba jugando el control de la capital. ¿Sabes? No es lo mismo despedirse de alguien por un tiempo que por una eternidad. El abrazo que das es el mismo, pero el significado es distinto.

Tuve el impulso de contestarle, de responder que nada de aquello habría ocurrido si hubieran tenido las manos quietas, pero decidí contenerme. El respeto por el adversario lo había llevado siempre conmigo, y este campo no iba a arrebatarme tal virtud. Que hubiera vuelto a hablar no significaba que no tuviera que poner límites a algunas de mis palabras. Había oído hablar de Paracuellos. Cuando Madrid sintió la amenaza de una posible conquista por parte de los rebeldes los primeros meses de batalla, numerosos prisioneros pretendían ser trasladados a provincias donde la lealtad a la República era intachable. El resultado de esa supuesta evacuación nos fue ocultado durante la guerra, pero cuando terminó conocimos que alrededor de dos mil derechistas habían sido fusilados sin juicio alguno. Era cierto que el ambiente en esos primeros meses estaba tenso, que los militares habían masacrado a miles de republicanos en Badajoz y que en el avance hacia Madrid amenazaban con perpetrar nuevas matanzas, pero ante un hermano ejecutado no podía sino morderme la lengua y callarme.

—Con la suerte de que Salamanca se adhirió a la sublevación, me presenté voluntario para tomar Madrid cuanto antes y poner a salvo a mi familia. Como ya he dicho antes, no fue posible hasta pasados los años. —Arrojó

la colilla al suelo y la pisó con vehemencia—. Pero no todo fueron malas noticias. ¡En Salamanca conocí a este gañán indomable! —exclamó señalando a su compañero, que llevaba un buen rato sin abrir la boca—. Desde entonces, no nos hemos separado. Y eso que hemos mirado a la muerte de cerca.

—Y tan de cerca —quiso añadir el otro con una media sonrisa.

Garmendia continuó hablando mientras su compañero, al que mencionó brevemente para relatar sus peripecias en el frente, le observaba asintiendo con la cabeza. Cuando acabó la guerra en España y comenzó una nueva a nivel europeo, su rechazo a los ideales bolcheviques y su sed de venganza por la ayuda emitida al bando republicano lo llevaron a alistarse en la División Española de Voluntarios junto con su nuevo pero leal amigo. Le llamaban García, y era la mano derecha de Garmendia. Uno era el ejecutor y el otro la voz cantante. Uno era alférez y el otro capitán. Los otros treinta españoles con los que compartían estancia seguían sus órdenes. Los dos veteranos pertenecían a la primera oleada de voluntarios que en julio de 1941 marchó a Alemania para integrarse en la Wehrmacht con el objetivo de combatir el comunismo en el frente del Este. García lo hacía con el firme convencimiento de que el ideal fascista recuperaría a Europa de su decadencia. Garmendia mezclaba esa absurda reminiscencia idealista con el deber moral de hacerlo por su hermano fallecido. Dejaron atrás a sus mujeres e hijos, a sus padres y amigos, para luchar en una guerra que no les pertenecía. Si pudiera admirar la valía de quien es capaz de abandonar a sus seres queridos por tomar las armas, ellos serían mi modelo a seguir. No obstante, ni admiraba a fascistas ni me consideraba un fanático de la guerra.

Cuando dejaron España lo hicieron con la sensación imperiosa de que estaban llegando tarde a la victoria final. Alemania había arrasado allí donde había puesto su suela un soldado de la Wehrmacht. De hecho, parecía que no necesitaba el apoyo que reclamaba Hitler tras su socorro en

nuestra guerra. Sin embargo, Franco le obsequió con una unidad de cuarentaicinco mil españoles dispuestos a dar la vida por el *Führer*. Los dos amigos partieron desde la estación del Norte de Madrid el 13 de julio de 1941 en una despedida en la que estuvo presente el antiguo ministro de la Gobernación y precursor de la División Azul, Serrano Suñer, el embajador alemán y demás autoridades. Nada más llegar a territorio germano los divisionarios fueron recibidos por la población civil con gran entusiasmo. Les esperaban entonces un total de cinco semanas de instrucción militar y, en cuanto estuvieran listos, podrían partir al frente. En aquellos primeros días en la base de Grafenwöhr, una pequeña localidad de Baviera en la que llovía mucho para ser el mes de julio, Garmendia y García solo echaban de menos el vino español ante la abundancia de cerveza que les ofrecían las cocineras de la base de entrenamiento. El 31 de julio, ambos estuvieron presentes en el juramento de obediencia a Hitler en la lucha antibolchevique bajo las banderas alemanas y españolas. En esa ceremonia, donde el capitán general Muñoz Grandes extendió su mano derecha sobre la espada que le presentaban los germanos, los dos amigos que habían dejado España sentían estar viviendo un hito histórico. «¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al jefe del ejército alemán Adolfo Hitler en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante para cumplir este juramento?», tradujo el coronel Troncoso las palabras del general Conrad von Cochenhausen. Solo faltaba derramar la sangre que habían prometido a los alemanes.

Entonces empezó la verdadera masacre. Las canciones bélicas entonadas las semanas anteriores, con cerveza en mano y con la certeza de que la guerra estaba ganada, resultaban ridículas en ese mar de defunción. No había victorias por ningún lado; solo un otoño húmedo que se avecinaba y millares de hombres en silencio a la espera de nuevas órdenes para enfrentar la muerte.

En apenas diez minutos, sentado en el banco, Garmendia fue capaz de resumir con claridad y sin titubeos los disparos cruzados con el Ejército Rojo, la pérdida de compañeros en la nieve, donde la sangre impacta más en el ojo del combatiente que en el barro, acrecentando el temor a una herida de bala que pudiera tumbarlo, y el agotamiento del que ya no podía reponerse. Me quedé con dos palabras que solo pronunció una vez pero que ocuparon la mayor parte de su discurso. La batalla de Krasny Bor. Cerca de la ciudad de Leningrado, en una llanura que con el amanecer acompañaron los primeros disparos de la contienda, en solo media hora la estepa se convirtió en un campo de batalla con una actividad de la artillería jamás vista. Tuvo lugar entre el 10 y el 13 de febrero de 1943.

El Ejército Rojo buscaba liberar el sitio de la ciudad, mientras que a los españoles se les había ordenado aguantar la posición. Las líneas españolas ocupaban un territorio demasiado amplio si se tenía en cuenta el escaso número de efectivos que lo defendían. Garmendia mencionó la batalla del Ebro como referencia para que entendiera que esta operación fue mucho más sangrienta y estremecedora. Experimentado en nuestra guerra, conoció en Rusia que siempre cabe la posibilidad de un peligro mayor, de una masacre aún más atroz que la anterior. Cañones antitanques, lanzacohetes y el incesante sonido de la artillería aún resonaban por las noches en las pesadillas de los divisionarios. Quienes no fallecieron, que fueron la gran minoría, tuvieron la suerte o la desgracia de caer en manos de los soviéticos. Garmendia, García y los cuarenta divisionarios que habían sobrevivido se enfrentaron a horas caminando a pie hasta una base soviética lejos del frente. Cuando comentó que cuatro de ellos fueron rematados y abandonados por los soldados rusos al no poder seguir el ritmo de los prisioneros, se le hizo un nudo en la garganta. En ese mismo instante, García tomó el relevo de su compañero.

—Ya es demasiado tarde. En cualquier momento podría venir el cocinero jefe a recoger la comida para esta semana.

Solo él tiene la llave y, créeme, es de los mayores chivatos con los que puedes cruzarte en este antro. —Señaló a una puerta de acero que se encontraba a su derecha.

—Además, no sería oportuno gastar todas nuestras historias el primer día. Insisto, todo indica que vamos a pasar mucho tiempo juntos. El próximo domingo, a la misma hora, nos gustaría conoceros mejor. Podrías venir acompañado. —Se reincorporó Garmendia.

—Está bien. Hasta el domingo que viene entonces. —Me acerqué a la salida, pero la empatía que un ser humano siente por otro, por muy distinto que sea a él, me hizo detenerme brevemente—. Y siento mucho vuestras pérdidas. Sé lo que significa ver morir a un compañero.

Ya cuando tenía un pie en la rampa, fue la voz de Garmendia, o su empatía hacia lo que había visto de mí, lo que me hizo girarme. Observándome de arriba abajo, pero sin apartar la vista de mis ojos, me dio el primero de los muchos consejos que tenía para que pudiera adaptarme a mi nueva vida.

—Chico, te he estado observando. Sé que hay en ti un gran dolor. Te aseguro que las almas reunidas aquí también padecemos uno. Ni mayor ni menor, pero todos aquí sufrimos. No lo guardes todo para ti. No intentes ocultarlo pretendiendo que no te importa. Eso no te va a sacar de este agujero inmundo. La esperanza, quizá. No estoy diciendo que te aferres al pasado, eso te enloquecería, pero tenlo en mente. Piensa en ello. Sueña con que un día saldremos de aquí como hombres libres, pues hombres libres somos, y volveremos a España, o a casa, o allá donde seas feliz. La forma de sobrevivir a este infierno terrenal es no olvidar la bondad que fluye más allá de estas alambradas. Los recuerdos son lo único que nos mantiene cuerdos.

Esta vez sí, la conversación había llegado a su desenlace. Bajé definitivamente la rampa y tomé rumbo hacia mi barracón. Ya no quedaba casi nadie en el exterior. El frío de la noche había invadido el campo y la mayoría había optado por resguardarse bajo la ilusión de la calidez

de sus destartaladas camas. Garmendia y García debieron esperar unos minutos más para no levantar sospechas acerca de nuestra reunión secreta. Para cuando entré por la puerta, los doce compatriotas, los míos, las víctimas de los horrores de dos guerras, me esperaban ansiosos de conocer todos los detalles.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido? —Ernesto tomó la delantera.

—¿Podemos fiarnos de ellos? —se sumó Leonor, que agarraba con fuerza la mano de Oier. Manuela, Tomás, Alfonso y el resto atendían impacientes a mi respuesta. Ellos aún no me habían escuchado hablar desde que llegamos a Rusia.

Realmente no había mucho de qué hablar. Tan solo había sido una toma de contacto. Una presentación, un intercambio de palabras. ¿Había ido bien? No nos matamos entre nosotros. Respecto al pasado, había habido una mejora evidente. ¿Podíamos confiar en ellos? Solo conocía a dos del grupo de los divisionarios, y ellos tan solo habían hablado conmigo. La confianza tardaría en germinar, y en esta austera tierra hasta las flores eran incapaces de brotar. El tiempo disiparía las dudas.

Expliqué, bajo la tenue luz de la única lámpara de queroseno con la que contábamos en el barracón a falta de electricidad, cómo habían llegado a recalar en el campo de concentración. Comenté las pérdidas de compañeros, su experiencia con el personal soviético y la cita de la semana siguiente. Ernesto había dado el visto bueno y se propuso acompañarme. Leonor igual. A Manuela la noticia le pareció maravillosa. En su afán por cuidar de Ángel, contar con la ayuda de una treintena de españoles que conocían minuciosamente el funcionamiento del *lagpunkt* era sin duda una buenísima noticia.

El último consejo me lo guardé para mí. No lo concebí como una ocultación a mis compañeros ya que Garmendia se había dirigido expresamente, y con cierto paternalismo, hacia mi persona. Me acosté por tercera vez en la que sabía que sería mi cama durante mucho tiempo, e hice caso al hombre que por las noches intentaba soñar con volver a ver

a su familia y terminaba sucumbiendo al ruido de las ametralladoras en forma de pesadilla. Con el viento resonando afuera y tambaleando ligeramente los tablones de madera que resistían como podían a la fuerza de la naturaleza, el sueño volvió a mí, y junto a él la nostalgia por volver a abrazar a Aitana, si es que aún seguía con vida.

SEGUNDA PARTE
BARCELONA

7
A LAS BARRICADAS

El sol se inmiscuía en los asuntos de la arbolada hasta llegar a las raíces y desplegar su luz por la seca pero verde hierba. Apoyados en uno de los pinos salgareños que formaban la flora de Montserrat, una pareja enamorada hacía el amor. Sus nombres, los nuestros, Aitana y Alfredo. Apartados de todo signo de civilización y con la certeza de que solo las águilas y alguna que otra cabra montesa, que había rondado la zona durante nuestra velada, habían escuchado las expresiones de pasión, amor y cariño, nos recuperábamos del éxtasis mientras ella se escoraba hacia un lado, dejando visible únicamente su pálida espalda adornada con múltiples lunares que hacían de su piel un mapa de las constelaciones que podían divisarse por la noche en lugares donde el hombre aún no había impuesto su huella de asfalto, ruido y luces.

Tras una tarde de vino y rosas teníamos la seguridad de ser las personas más felices del mundo aquel 18 de julio de 1936. La paz en la sierra catalana, donde ni siquiera la altura ni la sombra podían ahuyentarnos del calor estival, parecía inquebrantable. Adormilado, acaricié su espalda con las yemas de mis dedos humedecidos en un ritual casi obligatorio que tenía lugar cada vez que hacíamos el amor. No recordaba haber fallado ni una vez desde hacía dos años, es decir, desde nuestra primera vez. Una mariquita se posó en uno de los lunares de su trapecio, sumándose a las caricias que recibía Aitana a través de mis dedos. Hacía unos minutos que no abría la boca, y la creía soñando cuando se levantó, interrumpiendo así el idílico momento, y miró alrededor antes de ponerse su camisa, que en realidad

era la mía, para sentarse nuevamente a mi lado.

—¿Queda algo de vino?

—Te lo has terminado tú solita.

—Qué cruel eres —sonrió, algo ebria, mientras tomaba mi mano derecha.

—Eso depende del punto de vista. Eres tú quien me ha dejado sin vino —apunté con cierta pretensión y haciéndome el ofendido, cosa que sabía que no funcionaba. Aitana me conocía demasiado bien.

Las pocas veces que la incesante maquinaria laboral nos lo permitía, Aitana y yo hacíamos una escapada a las afueras de Barcelona en mi motocicleta Gimson Patria, la cual había modificado aquí y allá y la había convertido en mi particular joya. La había adquirido en Badalona en 1934, cuando Aitana y yo decidimos mudarnos juntos a las Casas Baratas del Prat Vermell. No eran gran cosa, pero al menos contábamos con un pequeño patio luminoso, y el origen diverso de nuestros vecinos me otorgaba esa esperanza de pensar que Barcelona podía llegar a ser, pese a todo, una ciudad para todos. Las edificaciones se habían erigido con motivo de la celebración de la Exposición Internacional de Barcelona. La metrópoli se había visto embellecida los últimos años con nuevos estilos arquitectónicos, y florecieron instalaciones como el Palacio Nacional, la Fuente Mágica o el Estadio Olímpico. Si ya a principios del siglo XX los planes urbanísticos pretendían mostrar al mundo el ideal de una Barcelona nueva, con el evento mundial de 1929 se la comparó con históricas capitales europeas como Berlín o Viena. Evidentemente, en aquella Barcelona imperial no teníamos cabida una pareja como la nuestra. Ni nosotros ni los almerienses, extremeños y aragoneses con los que convivíamos en la misma calle, quienes se habían mudado a Barcelona a levantar con sus propias manos la nueva ciudad. Ahora que el trabajo estaba hecho, pretendían que nos fuéramos por donde habíamos venido. Entre nosotros también había un par de familias catalanas marginadas por el tamaño de sus carteras, aunque para ellos, para quienes disfrutaban de la monumental

Barcelona, todos éramos *murcianos*. Pese a lo que uno pudiera imaginar, aquella palabra no era sino un filtro más para rechazarnos por nuestra clase y no por nuestra procedencia.

Para gente como la nuestra se habían desarrollado grandes polígonos de viviendas en los suburbios de la zona, lejos de la belleza que se nos había arrebatado. Pero por el momento nadie me había quitado mi preciada Gimson Patria. Mi motocicleta era el segundo capricho que, con ayuda del sueldo de telefonista de Aitana, me había dado en la vida. El primero fue el billete de barco que me sacó de Palma.

Aitana, aunque había nacido en el Valle de Arán, se crio en Barcelona como la única hija de unos humildes padres que la obligaron a trabajar para las familias ricas del paseo de Gracia desde los nueve años. Su padre era un borracho que se gastó la poca herencia familiar jugando en el Casino de Rabassada, y su madre comenzó a enlazar trabajos como sirvienta allá donde podía. Todo para pasar el mayor tiempo posible lejos de su violento marido. Se estrenó en el dúplex de una amiga de la infancia que se casó con un empresario que se había enriquecido en Cuba. Al menos eso decía ella. Vivían en un edificio desde el que podía verse la Sagrada Familia, y la señora estaba obsesionada con que la gran ventana que daba a la basílica estuviera siempre impecable. La amiga terminó siendo una tacaña adinerada. Su madre decía que el único empeño que ponía en limpiar la ventana era para que, al no mostrar ninguna mancha, la señora se confundiera pensando que estaba cerrada y se abalanzara al vacío intentando abrirla. Al tiempo, la mujer recomendó a la madre a sus círculos de la élite barcelonesa e introdujo a Aitana en aquel mundo. Al principio, no entendía por qué las niñas de aquellos amplios apartamentos con enormes ventanales se atiborraban a dulces y jugaban con muñecas si ninguna de ellas trabajaba para lograr dichos juguetes. Con el paso de los años, Aitana comprendió que para que aquellas niñas pudieran gozar de tantos caprichos, su familia tenía que seguir siendo pobre.

«Cuando friegas el suelo que pisan y el retrete sobre el que depositan sus heces, dejan de mirarte a la cara. Caminas por los mismos pasillos que ellos, pero dejan claro que no perteneces a ese hogar. Te hacen sentir invisible», solía repetirme de cuando en cuando.

No obstante, si no hubiera sido por esa sucesión de desgracias y de tareas para poder subsistir, jamás nos habríamos conocido. Los mismos libros que me habían hecho soñar con un mundo afuera de mi cárcel insular hicieron de ella la revolucionaria más hermosa de Cataluña. Llevaba un par de años limpiando casas cuando fue contratada por un rentista que vivía a las afueras de Barcelona. La suya era lo más parecido a un palacio que había contemplado jamás. El propietario era un hombre de cabello canoso pero abundante, con aires de dandi y probablemente fanático de la poesía de Charles Baudelaire. Según contaba, aquel sujeto era un ser extraño que, por lo menos, siempre apreció la labor que hacía, y trabajaba al son de la música que ponía en el fonógrafo del salón principal. Él no la trataba como la pobre que era. Decía que su hogar era más alegre si las firmes paredes escuchaban a una niña corretear y reír. Debía de sentirse solo. Quizá por ello era tan benévolo con Aitana. Necesitaba a alguien con quien conversar. Su esposa se había marchado con otro hombre, pero estaba seguro de que volvería porque él la quería más y el amor siempre estaba por encima de todo. Una casa vacía está aún más vacía si se espera un regreso. Y aquello, más que una casa, parecía una mansión. Su biblioteca era más grande que cualquier habitación que había ordenado antes en la ciudad y estaba repleta de novelas y libros de ediciones antiguas. Solo pensaba en ser mayor y poder tener el dinero suficiente como para sentarse en la playa a leer con el sonido de las olas de fondo.

A menudo incidía en la suerte que había tenido de nacer en Palma, en un lugar aislado donde el tiempo marcaba su propio ritmo fuera del capitalismo atroz de las ciudades. Aquel trabajo, que tuvo el privilegio de dejar a la edad de dieciséis, le llevó a defender posturas obreras que

finalmente derivaron en su vinculación a la CNT. Ella no entendía que hubiera dejado Mallorca para conocer el mundo y tratar de cambiar las cosas. Su visión ante la vida en comunidad era mucho más pesimista que la mía. Decía que, si tuviera que instalarse definitivamente en una ciudad, solo aceptaría vivir en París, donde el sentimiento revolucionario de la comuna del pasado siglo aún seguía en pie. Ella era romántica, mientras que yo, un realista amargado. Ella buscaba cambiar el mundo desde el corazón, y yo desde la razón. Ambos creíamos en las utopías, pero mi mente cuadriculada siempre me convirtió en el aburrido de los dos. Nos compenetrábamos perfectamente. Sin embargo, era consciente de que Aitana no era feliz en Barcelona. No nos dejaban serlo. Por eso sabía que nuestro pequeño apartamento en el Prat Vermell era algo provisional.

Aquel mediodía, tras ingerir la mitad de la botella del Rioja que había reservado todo el mes, Aitana volvió a sacar el tema.

—Ojalá todos los días fueran así. —Se llevó las manos a la cabeza para hacerse un moño sin demasiada mesura, de esos en los que los dos extensos mechones de la frente quedaban fuera del coletero.

—Si todos los días fueran iguales, ninguno sería especial.

—Siempre tienes algo ingenioso a la par que estúpido que decir.

—¿Acaso no fue así como te enamoré?

—Te quiero a pesar de que seas comunista —me retó Aitana, sabiendo que no me iba a quedar de brazos cruzados.

—No sé qué tiene que reprocharme una anarquista.

—¿Qué tiene de malo ser anarquista?

—Creéis en un mundo caótico. Hace falta un mínimo de orden.

—Me da que dentro de este orden hay demasiado caos. —Su respuesta me dejó sin palabras. Sabía que, dijera lo que dijese, su mente lo tildaría como una victoria.

—Nunca dije que me gustara esta Barcelona.

Aitana se abalanzó y me besó con entereza. La conversación había terminado. No nos movimos del cobijo de nuestro árbol hasta que el sol dejó de golpear con tanta fuerza. A falta de comida y bebida, matamos el tiempo hablando de cosas mundanas, de pequeñas anécdotas irrelevantes que construían nuestro refugio emocional. Porque en la vida, además de la lucha, también importaban las pequeñas cosas. Criticó duramente *Madame Bovary*, la última adquisición que había hecho en la librería donde nos conocimos. Cada mes, sin margen de error, paseábamos hasta el Barrio Gótico y entrábamos en la librería Àngel Batlle buscando páginas que devorar y dejando que alguno de los cientos de libros que se exponían en los muebles captaran nuestra atención. Lo había terminado un par de horas antes de haber hecho lo propio con el vino, y despotricó contra Emma y su incapacidad para enfrentarse al mundo real, abandonando a su familia y priorizando sus deseos individuales a los del bien común. Hacía mucho que lo había leído, antes incluso de trasladarme a Barcelona, pero en el fondo encontraba similitudes entre la joven melancólica dama francesa y la anarquista criticona catalana. Ambas se hallaban encerradas en una vida sin estímulos, en busca de algo más que les hiciera seguir adelante, y ambas pretendían romper con los cánones establecidos. Al menos, a diferencia de Emma con Charles, tenía la certeza de que Aitana me amaba realmente. Después de finalizar su disertación acerca de la obra de Flaubert me tocaba a mí desarrollar *La muerte en Venecia*, pero lo cierto era que el taller me había quitado demasiado tiempo y había sido incapaz de acabarlo. Era una de sus novelas favoritas, así que prometí terminarla al llegar a casa por la noche. Solo me quedaban un par de capítulos. De esta forma, cuando mi reloj de muñeca marcó las ocho de la tarde decidimos emprender la marcha a la realidad.

Montados en la motocicleta, bajamos el puerto por las sinuosas carreteras sin encontrarnos con ningún paisano. Tampoco había vehículos. Ni siquiera nos cruzamos a nadie

en la carretera principal que nos llevaba a casa. El viento me azotaba directamente en la cara y Aitana, sujeta a mi cadera, escondía su rostro sobre mi espalda para que el pelo no le molestara al vuelo. Cuando la conocí, lo llevaba corto con un pañuelo sobre la cabeza, aunque tras dos años de militancia se lo dejó crecer. Decía que los hombres solían incordiar mucho más a aquellas mujeres con los cabellos largos y bien cuidados, como si la feminidad pasara por los centímetros que pudiera medir su coleta. Por eso, para evitar conflictos innecesarios, se dio a conocer con un corte masculino, pero los años de trabajo y de hacerse escuchar, que en una mujer siempre son más sacrificados que en un hombre, le hicieron darse un respiro. Desde que se mudó a la gran ciudad, se había percatado de que los hombres eran hombres independientemente de su color, edad, ideología o signo. El menosprecio no entendía de clases.

A lo lejos, al fin se abría paso la silueta de Barcelona. A medida que nos acercábamos, la ciudad parecía cobrar vida propia. Los edificios, cada vez más visibles, fijos e inmóviles sobre sus cimientos, desprendían un hedor a agitación, a desorden, a conflicto. Era una sensación inexplicable, pero desde mi asiento podía percibir cómo la ciudad clamaba al exterior, como si el asfalto ejerciera de elemento conductor queriéndonos decir algo. La ciudad nos estaba llamando. Su calor nos rogaba que volviéramos. Debíamos hacerlo cuanto antes. Aceleré. El tiempo se nos había echado encima. El atardecer ya no se manifestaba con esa vivacidad naranja. El cielo se había tornado casi negro, con una fracción rojiza que menguaba por momentos. Y justo delante, bajo el paraguas escarlata, Barcelona.

Una vez cruzado el umbral, el cielo se oscureció definitivamente. Observamos, de camino a casa, tumultos de personas en las calles. A primera vista nada parecía extraño. Era sábado por la noche, momento en el que los bares y las bodegas del Prat Vermell solían estar a reventar de obreros liberados de su extensa jornada cantando hasta altas horas de la madrugada. Sin embargo, estos hombres no parecían caminar. Patrullaban. Tampoco cantaban

canciones populares, sino que entonaban entusiasmados *A las barricadas*. La llama extinta del crepúsculo había prendido en los corazones de los barceloneses.

De pronto, una de las voces se dirigió hacia nosotros. Alguien, desde la acera, nos levantó los dos brazos emulando el saludo anarquista. Aitana reaccionó *ipso facto*, contestándole de la misma manera. Entendí que aquel hombre nos estaba poniendo a prueba de algún modo. No convenía pasear la Gimson Patria en estos ambientes, sobre todo cuando no sabíamos exactamente qué estaba sucediendo. Tras decirle a Aitana que se agarrara a mí, pisé a fondo para llegar a casa y aclarar las dudas.

Apenas tuve tiempo de bajar de la motocicleta cuando reconocí a lo lejos a Josep, el vecino barcelonés que nos ayudó junto a su esposa Marina a adaptarnos al barrio los primeros meses de mudanza.

—¡Josep! ¿Qué está pasando? ¿Una nueva huelga?

—¡Menos mal que habéis llegado! No vi luz en vuestras ventanas y andaba preocupado. ¿Dónde habéis estado todo el día? ¿No habéis escuchado las noticias? —arremetió Josep, excitado y con cierta sensación de no querer perderse los disturbios. Su casa era la siguiente a la nuestra, por lo que resultaba imposible no cruzarnos en algún momento concreto del día. Al otro lado de la calle se oía a otro grupo atreverse con *Hijos del pueblo*. Entonces, Aitana y yo nos miramos pensando en si habíamos obviado algún acontecimiento marcado en el calendario—. ¡Melilla! ¡Los militares! ¡Hemos conseguido pararlos!

—Josep, háblanos claro. Hemos pasado el día fuera —trató de tranquilizarlo Aitana, agarrándole de los hombros.

—Lo siento, ha sido un día intenso. Veamos, las primeras noticias llegaron hacia la hora de comer. Todo era confuso y nadie entendía nada. Por la tarde, supimos algo más. Los militares, han sido ellos. Se han levantado contra la República en toda España. Han tomado ciudades por todo el país, pero no han podido con Barcelona. ¡Los hemos logrado paralizar!

—¿Un golpe? ¿A nivel nacional?

—Pero ¿dónde habéis estado? Venid al puerto, están empezando a montar barricadas por todas partes. Comunistas como tú, Alfredo. Anarquistas como tú, Aitana. ¡Catalanistas como yo! Juntos hemos conseguido parar el golpe.

Josep entró en júbilo, dio dos saltos de emoción y se fue alejando progresivamente, dispuesto a perderse entre la muchedumbre. Aitana y yo nos quedamos en nuestro sitio, frente a la entrada de nuestra casa. ¿Cómo debíamos procesar aquello? ¿Un golpe de Estado, en todo el país? ¿Qué había pasado en Mallorca? ¿Estarían a salvo mis padres? El ambiente estaba tenso desde hacía meses, sobre todo después de los asesinatos del socialista y teniente de la Guardia de Asalto José Castillo y del ministro conservador José Calvo Sotelo la noche siguiente, pero jamás imaginé nada de lo que estaba viendo esa noche. Todo parecía haber estallado por los aires y nosotros sin habernos percatado lo más mínimo.

—¿Y ahora qué? —exclamé confuso, como si Josep tuviera la respuesta a todas las cuestiones.

—¿Ahora? *Ara, la revolució, Alfredo. Ara, la revolució!*

8
AMOR Y REVOLUCIÓN

Todo comenzó en Melilla. Desde que el Frente Popular ganara las elecciones en febrero de 1936, algunos militares en desacuerdo con sus políticas conspiraron contra la elección del pueblo español. El mensaje de las derechas de ejercer el voto útil y votar «contra la revolución y sus cómplices» no surtió efecto. Desde entonces, y con la incertidumbre palpable entre la población española en primavera del año que partió España en dos, el Ejército tanteó el terreno para imponer su posición antirrepublicana. Tras varios amagos de alzamientos desde aquella victoria de las izquierdas en las urnas, el golpe definitivo se dio en Marruecos con la esperanza de que se extendiera a la Península a través de una operación rápida y violenta que desintegrara todo el poder gubernamental. El plan de los golpistas había sido ideado por el general Emilio Mola, quien se hacía llamar «el Director» y había coordinado desde las sombras el levantamiento. Por desgracia para los golpistas, la insurrección fracasó en la mayoría de las grandes ciudades y el caos originado por los militares fue en ocasiones aprovechado por los revolucionarios para tomar el poder por su cuenta.

España se desangraba. Barcelona soñaba. La rápida maniobra de los anarquistas había impedido la proliferación de los facciosos. El no al fascismo era la respuesta del pueblo catalán al golpe de Estado del 18 de julio de 1936. La mañana siguiente, los rebeldes enviaron al general Manuel Goded desde Mallorca para que se hiciera cargo de las autoridades competentes y deslegitimara a las fuerzas republicanas. Sin embargo, a la hora de haber

amerizado en los muelles de la Aeronáutica Naval, centenares de guardias civiles desfilaban por la Vía Layetana saludando al presidente Lluís Companys. Goded, como Aitana y yo la noche anterior, había llegado tarde.

El pueblo se hizo con las armas, y la Confederación Nacional del Trabajo ocupó los principales edificios públicos y los medios de transporte. La Generalidad no terminaba de aprobar dichas operaciones, pero no había alma capaz de frenar a la masa popular. En aquellos primeros días, la calma y la cautela no eran bienvenidas en la ciudad condal. A lo largo del mes de julio fueron las milicias las que controlaron las calles y la Barcelona burguesa se transformó de la noche a la mañana en la Barcelona del pueblo. Los trabajadores expulsaron a los patrones y comenzaron a gestionar las empresas de forma horizontal. Cada obrero, por primera vez en la vida, era dueño de su propia existencia. Aunque no consiguió asentarse en la capital, llegaron noticias de que en varias zonas rurales se había abolido el dinero. La revolución con la que tanto habían soñado comunistas y anarquistas era posible gracias al golpe de Estado fascista.

Con tal de reorganizar el Gobierno, Companys se vio obligado a maniobrar en favor de los cenetistas. Sin ellos, la guerra habría llegado a la ciudad condal; sin ellos, no era posible gobernar. Así surgió el Comité Central de Milicias Antifascistas, una entidad administrativa y militar que agrupaba a representantes de Esquerra Republicana, Confederación Nacional del Trabajo, Partido Obrero de Unificación Marxista, Partido Socialista Unificado de Cataluña y demás fuerzas izquierdistas. Si bien dicha entidad estaba supeditada al Gobierno de Companys, eran los cenetistas quienes ostentaban el verdadero poder a través de sus miles de afiliados y del liderazgo de Juan García Oliver. Quien había trabajado como camarero antes del golpe militar ahora gozaba de mayor poder que el presidente de Cataluña.

A raíz de la constitución del Comité se crearon las Patrullas de Control, o policía revolucionaria, como le

decíamos en las calles, cuyos integrantes eran la mayoría anarquistas. Formados como fuerza de orden público, habían sustituido a la Guardia de Asalto y a la Guardia Civil. Este reemplazo se tradujo en una represión indiscriminada hacia sospechosos de colaborar con los golpistas. Había que eliminar cualquier rastro del viejo mundo para abrir las puertas al nuevo.

Estos primeros meses, Aitana participó en numerosos mítines organizados por la CNT, así como en el abastecimiento de las milicias que salían a combatir a los sublevados o en la colocación de banderas rojinegras por toda la ciudad. Frecuentaba asiduamente la central de Telefónica ubicada en la esquina de la calle Fontanella con la Puerta del Ángel, donde realizaba labores como telefonista. La empresa había sido ocupada y colectivizada por la CNT en mitad del golpe, y el sindicato requería de trabajadores cualificados para mantener el control eficaz de las comunicaciones. De esta manera, Aitana siguió en el mismo puesto que antes de la guerra, pero esta vez siendo una pieza clave para la revolución obrera. De alguna u otra forma, veía Barcelona con otros ojos. Veía posible un cambio.

Durante aquel verano de 1936, Barcelona parecía una utopía más que una trinchera. En cada tienda, local y cafetería destacaba una inscripción que advertía sobre su colectivización. Nadie se refería a un igual como *señor* o *señora*. Todos se hacían llamar *camaradas*, y desde los altavoces ubicados en las calles del casco histórico sonaban canciones revolucionarias día tras día.

Una tarde, nada más comer, decidí salir de casa y caminar hasta el centro, tomando la avenida Diagonal. Necesitaba, antes de mi quedada con Aurelio —uno de los hombres de confianza del secretario Juan Comorera y que Aitana no soportaba por su animadversión hacia los cenetistas—, tomar el aire y reflexionar sobre estos meses de violencia y revolución. Sin violencia, los fascistas habrían acabado con todos nosotros. Sin revolución, ahora mismo no me dedicaría a lo que amaba. Cuando llegué a

Barcelona a probar suerte, con dos duros en los bolsillos y tres libros en mi maleta, pretendía dedicarme a las letras. Cuán inocente era en aquel tiempo que la realidad me golpeó de lleno en la cara. Por suerte, un contacto de Aitana me consiguió un hueco llevando la contabilidad de un taller mecánico. A falta de un Estado que protegiera a sus ciudadanos, las amistades me sacaron adelante. Ahora el taller había sido expropiado a su dueño, que, si bien pagaba a tiempo, era un explotador nato, y en él se reparaban los vehículos dañados que volvían del frente. Para entonces ya me habían contratado como maestro de primera enseñanza, y gracias a mi pluma colaboraba en la redacción de los panfletos políticos que entregaba en el barrio en nombre del Partido Socialista Unificado de Cataluña. Creado los días posteriores de la guerra, constituía una unificación entre socialistas y comunistas que captaron inmediatamente mi atención. Sabía que, al igual que había ocurrido en la Rusia bolchevique, la unidad era la condición necesaria de la victoria definitiva.

Cuatro mañanas por semana recorría los diferentes cuarteles repartidos por Barcelona facilitando la enseñanza básica y media de las tropas de combate, en muchos casos analfabeta. Practicaba con ellos la lectura y la escritura, y les mostraba ejemplos prácticos matemáticos que podían resolverles las cuestiones más mundanas. Para un pacifista como yo, brindar a los milicianos un conocimiento del que carecían y que les daba más motivos para querer seguir viviendo me satisfacía más que empuñar un rifle. Les enseñaba a ser hombres antes de que partieran a luchar contra la bestia.

En cuanto a mi trabajo complementario, creía firmemente en el partido. Exceptuando ciertas licencias, dependía directamente del Partido Comunista de España. Cada semana que pasaba, cada día que recorría las avenidas tratando de encontrar adeptos a la causa, se palpaba el éxito de la recién nacida formación. A diferencia de lo que sucedía con los anarquistas, en el PSUC se reconocía un perfil de afiliados más transversal. Con dedicación y

convicción, los pequeños burgueses que antes votaban a fuerzas liberales se habían unido a los obreros, definiendo un conglomerado de tendencia comunista que poco a poco comía terreno al monopolio de la CNT.

Aitana y yo nos habíamos prometido no discutir sobre política en estos tiempos. Antes del golpe, siempre lo habíamos hecho. El disenso no quitaba el respeto mutuo. De hecho, veíamos con buenos ojos que dentro del bando republicano hubiera distintas voces que caminaran juntas hacia un mismo objetivo. Entre julio y agosto, sentíamos que el amor y la revolución iban de la mano. No obstante, algo había cambiado. No fue de un día para otro. Las cosas siempre se deterioran de poquito a poco. Un día se agrieta ligeramente y al siguiente la fisura se agranda, de manera casi imperceptible, pero se agranda. Y llega un día en el que todo se quiebra, de golpe. Así, una noche cualquiera, tras acabar mi jornada, miré a Aitana mientras escribía uno de sus textos para el sindicato que rara vez me dejaba ver. Al sentirse observada, levantó la cabeza, me miró fijamente y continuó concentrada en su trabajo. Yo seguí contemplándola, sabiendo que ella llevaba un tiempo con la misma duda que a mí me había suscitado esa misma noche. ¿Qué había pasado entre nosotros? No era que por la guerra tuviéramos menos tiempo libre; era que hablábamos menos entre nosotros. El silencio ocupó lo que antes eran palabras de afecto. Sabía que el amor no era una línea recta interminable, que en el recorrido amoroso se hallaban obstáculos y peligrosidades, que se trataba de una especie de delicado puente en suspensión que a veces era difícil de cruzar, pero que demostraba ser más resistente de lo que parecía a fin de cuentas. Tenía la necesidad de atravesar dicho puente y cerciorarme de que todo marchaba bien.

Tras lo sucedido llevaba varios días con la cabeza saturada, enfocado en mi relación con Aitana y obviando qué sucedía en Barcelona. Estábamos en guerra. La columna que había partido a Mallorca había regresado derrotada y Palma se encontraba en manos de los sublevados. Las noticias que traían los milicianos de allí eran trágicas. Al

parecer, habían recibido ayuda de Mussolini para defender la isla de la incursión republicana. Si quedaba alguna duda del carácter fascista de los golpistas, el socorro de Hitler y Mussolini a las tropas sublevadas confirmaban sus más viles intenciones con respecto al futuro de España. La llegada de apoyo externo dio lugar a una contraofensiva que expulsó definitivamente a los nuestros. En la costa, el mar se había teñido de sangre, los cuerpos sin vida habían sustituido a la blanca arena de la playa y el poder recaía una vez más sobre los rebeldes. La ciudad estaba tomada por los italianos fascistas, quienes sembraban el terror por las calles y ejecutaban a todos los sospechosos de pertenecer a movimientos de izquierda. Tenía claro que Manolo, el librero, habría sufrido las represalias de los golpistas a no ser que hubiera escapado antes de cualquier resultado fatal. Pero, sobre todo, por quien más temía era por mis padres. Por suerte o por desgracia, su desconocimiento absoluto respecto a la política les podría haber salvado. La ignorancia los habría alejado de la muerte.

Mi percepción sobre cómo estaba desarrollándose la guerra no era de lo más positiva. El mes de julio, tras frenar la insurrección, todo era hermoso: la guerra, mi relación con Aitana, nuestras expectativas. A partir de ahí surgieron las primeras dudas. Los republicanos controlaban la mayor parte del país, pero las ofensivas terminaban saldándose con cientos de víctimas y con escaso avance. En la ciudad, productos como la leche comenzaban a escasear y resultaba arduo encontrar carne, azúcar o una simple hogaza de pan que, cada día de guerra que pasaba, se volvía más negro e indigesto. Faltaba de todo menos tabaco; el único vicio que uno se podía llevar a la boca sin saciar el hambre. Además, por miedo a los posibles bombardeos, la oscuridad reinaba en las calles y cada vez eran más los establecimientos que decidían echar el cierre. Empezaba a pensar que la postura del partido de priorizar la guerra a la revolución era la más acertada. Había discutido varias veces sobre esto con Aitana pese a nuestro pacto por evitar cualquier confrontación dialéctica. Ella creía firmemente en la revolución social y

no pensaba en que un mando único beneficiara a todos los izquierdistas por igual. Por eso había accedido a reunirme con Aurelio. Con él, en principio, podía hablar en sintonía. La última vez que vi a Aurelio, en una asamblea sobre un futuro congreso en conjunto con la UGT, me había comentado que tenía algo importante que decirme, algo que trascendía los códigos de camaradería establecidos por el partido y que solamente podía contarme en persona.

Me había citado a eso de las once y media en la plaza Hermenegildo Giner de los Ríos, aunque todos la conocíamos como Tetuán. Estaba en pleno centro, a dos horas caminando de casa, pero desde que la guerra había empezado y la ciudad era nuestra, me entusiasmaba pasear por las calles como un vecino más. Los extravagantes trajes con corbatas de seda y los vestidos de alta costura acompañados de cuellos estilizados adornados con collares preciosos habían desaparecido de la vestimenta barcelonesa, o los habían escondido por el momento. En su lugar, la gente salía a la calle con monos de obra y americanas de segunda o incluso tercera generación. Los más elegantes nos atrevíamos con una chaqueta y sombrero, sin corbata. La plaza, repleta de palmeras y vegetación que sobrevivía al final del verano, contaba con pequeñas cafeterías aún abiertas y prácticamente vacías por el horario matutino. No me costó reconocer a Aurelio, con la típica boina gris de siempre sobre la cabeza, una pipa entre los labios y el periódico en las manos. Me senté en la silla de enfrente, donde el sol pudiera darme directamente en la cara.

—Llegas tarde.

—Dijiste «a eso de las once y media».

Aurelio apartó el periódico y consultó su reloj de bolsillo. Debían de ser las doce menos cuarto.

—Te he pedido un café, solo. Ahora lo traerán.

—Gracias. —Le notaba más tenso de lo normal. No era muy hablador, pero siempre había mostrado un gran respeto hacia mí. Desde que había llegado, no se había atrevido a mirarme a la cara—. ¿Cuenta algo relevante el

periódico de hoy?

—Bah, lo de siempre. Todo son noticias positivas sobre la República. Valientes milicianos, mujeres empuñando armas, fascistas asustados… Y luego, toma mazazo. San Sebastián ha caído. ¡Estos vascos! Esperaba más de ellos.

—Mientras no caiga Bilbao —aporté sin saber realmente qué decir. No solía fiarme demasiado de los periódicos. La censura nos enseñaba lo que los propagandistas querían mostrarnos. Nada más. Prefería preguntar a los milicianos con los que trabajaba. La verdad se manifestaba en las palabras del hombre que luchaba, no en quienes escribían desde una oficina.

—¿Qué tal está tu mujer?

Me sorprendió su pregunta. La había conocido una vez que lo invité a casa para enseñarle la Gimson Patria. Era un gran admirador de motocicletas.

—¿Aitana? Ya sabes, se pasa el día en la central con llamadas aquí y allá. Últimamente no tenemos demasiado tiempo para estar juntos. —Siempre daban por hecho que nos habíamos casado. Si hubiera estado presente, sabía exactamente cuál habría sido su respuesta: «De mujer nada. Nos soportamos, nada más».

Llegaron los cafés. «Salud, camaradas». Aurelio esperó a que el camarero se marchara para volver a hablar. Deduje que había llegado la hora de hablar en serio.

—Tenemos una misión para ti.

—¿Tenemos? ¿Hablas del partido?

—Algo así. Viene de más arriba. Necesito saber si puedo confiar en ti.

—Si preguntas por mi lealtad al partido, la tienes. La tenéis. Llevo afiliado desde el comienzo de la guerra y no falto a ni un solo mitin ni asamblea. Eso lo sabes. Por eso intuyo que lo que me preguntas nada tiene que ver con mi fidelidad, y seguramente pretendas que obre de una forma que contraviene mis ideales. ¿Me equivoco?

Hubo una pausa de cinco segundos.

—Queremos que espíes a tu mujer.

9

UN SILENCIO RECONCILIADOR

Un niño pasó correteando cerca de nuestra mesa, lejos de los gritos de su madre que le instaban a que volviera. Me quedé un rato observándolo, viendo cómo movía torpemente los brazos a la vez que sus piernas amagaban con caerse. Volví al tema que me concernía. Esta vez sí, Aurelio me estaba mirando fijamente. Había oído perfectamente sus palabras, pero solo contemplé una respuesta posible.

—¿Qué?

—Lo que has oído, camarada.

—No me jodas. Y déjate de camaradas. ¿Qué estás diciendo? ¿Quién ha ordenado semejante estupidez?

Aurelio me invitó a calmarme con un tímido gesto. Por un momento había olvidado que el fin de este encuentro privado era el que acababa de notificarme. ¿Espiar a Aitana? ¿Traicionar la confianza de quien había sido mi compañera de vida estos dos años?

—Lo quiere saber el Gobierno.

—¿El Gobierno? ¿Qué Gobierno?

—¡El de la República! —ahora había sido él quien había alzado la voz.

—¿La República quiere que traicione a Aitana? —pregunté con cierta ironía, dejando sobre la mesa lo ridículo que sonaba todo.

—No funciona así, Alfredo. Desde la Generalidad se están planteando formar un nuevo Gobierno con presencia de los anarquistas.

—¿Anarquistas en un Gobierno? Eso es imposible.

—Las conversaciones ya se han iniciado. Aún nada es

seguro, pero todo es posible. Vamos, piénsalo. Las Patrullas de Control están descontroladas. Se creen que por haber frenado el golpe ahora tienen carta blanca. No solo han detenido, torturado y matado a militares, empresarios o clérigos insurrectos. Están dando paseos a cualquiera que no comulgue con sus ideas.

—Sí. Soy consciente de todo ello, y sabes que me opongo a todo tipo de violencia entre nuestras fuerzas. ¿Pero qué tiene que ver Aitana con todo esto?

—Si no me equivoco, trabaja como telefonista en la central de Telefónica. Es ella quien gestiona las llamadas entre el presidente y los demás líderes del Gobierno.

—Ella es una entre los muchos que trabajan allí.

—Sí, pero tú tienes acceso directo a ella. Y resulta que eres afiliado al partido. Quieren tener el mayor número de ojos posible dentro de los sindicatos. No eres el único metido en el ajo. Necesitan saber en quién pueden confiar llegado el momento. Quieren saber hasta qué punto las llamadas están siendo intervenidas.

—Y quieren que el comunista vulnere la confianza con su pareja, que resulta ser anarquista, para obtener información.

—Veo que lo has entendido.

—Déjame decirte que no lo pienso hacer.

—Imaginaba que dirías eso.

—¿Entonces me puedo ir?

—Puedes irte si quieres, pero lo harás igualmente. Alfredo, estamos en guerra. Tú mismo defiendes un poder fuerte que pueda no solo manejar este país, sino vencer a los fascistas.

—No a costa de renunciar a mis ideales.

Aurelio se contuvo, resopló y maquinó otra estrategia más serena para acercarse a mí. Se notaba que él tampoco estaba de acuerdo con la orden que le había dado, lo más seguro, Comorera. Había ocupado la consejería de Economía hasta agosto, y no quería perder la representación del PSUC en el Gobierno de ninguna manera, menos aún si los anarquistas estaban a punto de

formar parte de él y ganar más poder. Aunque podía darse el caso de que las órdenes vinieran directamente de parte de los hombres de confianza del presidente. Al fin y al cabo, la central de Telefónica era un símbolo de la revolución para los anarquistas, una prueba fehaciente de que eran ellos quienes tenían la sartén por el mango.

—Mira, Alfredo. No te estamos pidiendo que persigas a Aitana por la calle. Simplemente, pregunta, investiga… Insiste. Solo necesito saber si la CNT escucha las llamadas de los líderes de la República. Tú habla con ella, pero que no se dé cuenta.

La conversación se prolongó quince minutos más, dando los mismos rodeos dialécticos y sin llegar a puerto. A las doce y media nos despedimos y tomamos rumbos opuestos. Antes de emprender su camino a casa, me recordó la necesidad de centralizar los poderes revolucionarios y aplastar definitivamente al fascismo.

Ya no me apetecía caminar. Había salido de casa con la intención de aclarar mi cabeza, y acababan de inyectarle un veneno mortal contra mi voluntad. Volví a casa en autobús, con la mirada puesta en la ventana y recordando la primera semana que pasé en Barcelona, de tranvía en tranvía y autobús en autobús buscando trabajo. Por un momento estuve a punto de regresar a Mallorca, abatido por la falta de oportunidades. Fue mi madre quien, no estando de acuerdo con mi partida, me escribió al hostal en el que me estaba quedando, recordándome lo que me decía desde que era niño: «Los Morales siempre con la cabeza arriba y con el corazón por delante».

Entré por el patio trasero, echando un ojo a la Gimson Patria que no había sacado desde el inicio de la guerra, y crucé el umbral de la puerta deseando que Aitana estuviera fuera, en alguna de sus muchas tareas secretas del sindicato. Dejé mi sombrero sobre la mesa justo cuando escuché unos pasos acercándose por el pasillo. Allí estaba ella, con el pelo recién lavado y una sonrisa en su cara.

Recogió algunos papeles esparcidos por la mesa del salón y colocó las flores que acababa de comprar. Eran

caléndulas, dos concretamente, ancladas en una maceta que había pertenecido a sus padres y que trajo consigo cuando nos mudamos juntos. Desde que empezó la guerra no se había hecho con ninguna flor y, al ser sus favoritas, no pudo negarse a pagar por ellas. Con un naranja que emulaba el brillo del sol, embellecería la discreta entrada hasta ahora decorada con hierbajos que crecían de la tierra sin asfaltar. Comenzó a hablar sobre cosas que carecían de importancia y nimiedades que chocaban con mi oído sin llegar a penetrar el portón de la atención, cuando inevitablemente me vi en la tesitura de interrumpirla de inmediato.

—Aitana, tengo algo que contarte.

Detuvo su habla y me miró de arriba abajo a la vez que fruncía el ceño. En aquella postura, de pie junto a ella, me sentí un tanto ridículo. No sabía por dónde empezar, así que me senté en el sillón donde nos pasábamos horas leyendo y lancé una pregunta al aire dándole la espalda y mirando hacia el suelo.

—¿Cómo sabes que estás en el lado correcto?

—¿En el lado correcto de qué?

—De esto, de esta guerra. De todo.

Dejó de ordenar la vajilla ya seca del fregadero y se sentó a mi lado, consciente de que había algo que me inquietaba.

—¿Qué te preocupa, cariño? —preguntó mientras sus dedos se dejaban caer sobre mi muslo derecho.

—No quiero que pasen diez, veinte o treinta años, mirar atrás y sentirme avergonzado de lo que hice o dejé de hacer.

Aitana esperó unos segundos antes de contestar. La pregunta le había llegado de sopetón.

—Cuando me conociste, llevabas meses alentando la huelga de alquileres. Incluso me acompañaste, a regañadientes, a aquel encuentro multitudinario organizado por el sindicato en el Ateneo para tratar los cortes de luz y de agua del barrio. ¿Lo recuerdas? Juntos ayudamos a realojar a las familias desahuciadas por la Guardia de

Asalto, las mismas que ahora tienen una casa y nadie les mueve de ahí. Alfredo, cuando salíamos a la calle antes de que pasara todo esto sentía que lo que hacíamos era de verdad, que si existía alguna forma de afianzar nuestra relación debía ser mediante la lucha. —Su comentario me emocionó, y antes de que me decidiera a darle un beso siguió hablando—. Nosotros no hemos pedido esta guerra, nadie más que los fascistas la quieren. Pero nos ha dado una oportunidad: la de cambiar las cosas de verdad. Sin limitaciones ni privaciones. Sé que no coincides del todo en el método empleado y que la guerra ha generado una violencia desmedida, pero poco a poco todo va tomando forma. Recuerda que todo lo que estamos haciendo es por un bien mayor.

Reculé. Decidí sellar un pacto conmigo mismo. Entre el amor y el deber, elegí el amor, pero un amor prudente. Jamás traicionaría la confianza de Aitana. Sabía que su fe en la revolución era ciega pero no ignorante. Aitana nunca habría vendido la lealtad entre partidos de izquierda y tampoco tenía necesidad de comprobarlo. Respondería a Aurelio con evasivas, pero no confesaría ante Aitana la intención del partido de vigilar a los anarquistas. No era recomendable una polémica mayor entre comunistas y anarquistas a estas alturas. Sería el encargado de cargar con esa mochila, navegando entre las aguas de la confesión y el silencio. Un juez entre acusador y acusada. ¿Mentir es no revelar la realidad?

Nos embarcamos en un abrazo de cuatro segundos que inmortalicé en el recuerdo. Había mentido a mi pareja por el bien del partido, de ella y de mí mismo. Mentí por el futuro de la República.

A veces, se me pasaba por la cabeza contarle a Aitana la misión que se me había encomendado. Por suerte, como si el destino quisiera apiadarse de mis demonios internos, las tensiones entre anarquistas y comunistas se redujeron entre septiembre y diciembre. El escenario catalán se mostraba conciliador ante los líderes de las distintas facciones izquierdistas. Efectivamente, los anarquistas

entraron a formar parte del Gobierno de la Generalidad, y desde la Federación Anarquista Ibérica se obligó reemplazar la palabra «Gobierno» por «Consejo». Aquel nuevo consejo, presidido por Companys, era el primero de los gobiernos con presencia anarquista en la faz de la tierra. Aunque no se suprimieron las Patrullas de Control y la represión aleatoria de sospechosos siguió tal y como había hecho hasta entonces, la intensidad se redujo notablemente.

La unión entre trabajadores alcanzó el clímax definitivo en la ciudad condal el 22 de noviembre de 1936. Dos días antes, Buenaventura Durruti había fallecido bajo extrañas circunstancias en la defensa de Madrid. Una bala fantasma, con un tirador desconocido, había acabado con la vida del comandante leonés. Líder de los anarquistas, su fallecimiento se ocultó cuanto se pudo para no desalentar a las milicias, pero la noticia corrió como la pólvora. En realidad, nadie sabía quién le había quitado la vida, pero su muerte sirvió como unión durante unas semanas. Su cuerpo difunto, trasladado desde la capital hasta Barcelona, fue recibido en la ciudad condal con lloros, dolor y emoción. Pero también hubo vítores, cantos y una sed de venganza que hacían ebullir la ciudad como el mismo 18 de julio.

Aquel día, Barcelona se impregnó nuevamente del sudor de los trabajadores que habían levantado la ciudad, lejos del aroma importado de los burgueses que habían hecho fortuna. La Sagrada Familia se había construido a base del sudor de los obreros, no a base de dinero. Los planos de Gaudí no representaban los más de cien metros de altura de piedra, sino un dibujo en un papel manoseado por el arquitecto. Lo mismo sucedía con cada esquina de la ciudad, con cada metro cuadrado pavimentado por un trabajador que hasta el estallido de la guerra se había visto obligado a llenar los bolsillos de un burgués avaricioso. Durruti lo sabía y por eso se había mudado a Barcelona en la década de los veinte. Con su muerte, había plasmado su nombre en la historia de la ciudad y pasado el testigo a los miles de revolucionarios que nos congregamos en su nombre. Los ojos de Aitana brillaron aquella noche, más

fieles que nunca, menos infelices que siempre.

Retomamos nuestras charlas diarias hasta las tantas de la madrugada y, debido al peligro que suponía salir de Barcelona, replicábamos nuestras escapadas en los pocos jardines que quedaban sin dañar por el cemento y sin ocupar por motivos de la guerra. Caminábamos durante horas por el paseo marítimo intercambiando ideas y recordando viejas anécdotas en cada rincón donde nuestras manos se hubieran entrelazado en tiempos de paz. De alguna forma, ella también respondió favorablemente a mi actitud reconciliadora. Nunca hablamos del tema, de la crisis, de lo que quiera que fuese lo que nos había distanciado todos estos meses. Simplemente nos dejamos de amar y volvimos a amarnos en un proceso silencioso de afecto que no requería ser tratado, lo que se traducía en que realmente nunca habíamos dejado de querernos.

10
TRAICIÓN DE MAYO

Era una mañana de principios de mayo. Uno de esos días soleados en los que la temperatura no incomoda el sueño plácido ni eriza las pieles de los más sensibles al frescor. Hacía el tiempo perfecto para no reparar en él. Era un día de primavera en guerra. Los últimos meses habían transcurrido con cierta armonía entre las fuerzas republicanas. El fervor revolucionario de los primeros meses se había calmado y, con la calma, se había dado paso a una época más estable. La gente se había acostumbrado a una incertidumbre prolongada. Llevábamos casi un año de combates, pero el frente seguía estando lejos. La muerte se percibía remota. Mientras tanto, la zona nacional agrandaba su influencia en toda España. Madrid, cada vez más asediada, se había visto forzada a maniobrar. El Gobierno se trasladó a Valencia por temor a que la capital desistiera, y en Andalucía las tropas de Queipo de Llano acorralaban cada vez más a las milicias leales a la República. Con la intención de profesionalizar a los milicianos, estos habían sido integrados en el Ejército Popular. Ya no eran voluntarios zarrapastrosos, vestidos de cualquier manera y organizados sin rangos ni categorías. Ahora formaban parte de las brigadas mixtas y Barcelona amanecía con pintadas a favor del nuevo ejército renovado. Dicha operación me había liberado relativamente de mi labor como maestro, ya que desde enero se habían oficializado las llamadas Milicias de la Cultura, un órgano que sustituía las improvisadas clases que impartíamos con tal de alfabetizar a los combatientes.

Por tanto, en esta mañana primaveral la lucha por la

victoria podía esperar un par de horas más. Era lunes, pero nos las habíamos arreglado para trabajar por las tardes. La noche anterior habíamos bebido más de la cuenta intercambiando nuestros pareceres acerca de nuestra lectura del mes. Aitana me habló de *Frankenstein o el moderno Prometeo* de la británica Mary Shelley. Alegó empatizar con el monstruo, que no era monstruo, sino un ser incomprendido que vagaba por la soledad de la existencia. Lo había escrito en unas vacaciones un tanto extrañas, ajenas a la protección del sol y en mitad del mal tiempo que empujó a la autora a recluirse en la mansión en la que se estaba hospedando y en su mente. Corría entonces el año 1816, el año sin verano. A miles de kilómetros, una erupción volcánica en las Indias Orientales Neerlandesas había sacudido el mundo, elevando la polvareda a los cielos y negando el verano a aquellos que habitaban la tierra.

En ese año, una escritora británica escribió un relato para la posteridad. En nuestro año sin verano, miles de hombres y mujeres fueron asesinados en mitad de sus vacaciones. Entre ellos, amigos y familiares; escritores y artistas de prestigio. Por eso, para mi lectura mensual opté por recurrir a un autor más cercano. La noticia de la ejecución de Federico García Lorca el agosto pasado me había impactado sobremanera. Un hombre de letras, republicano y reconocido más allá de nuestras fronteras, había sido borrado del mapa por un puñado de fascistas en su Granada natal. En marzo, cotilleando nuestra librería favorita, di con una de sus obras teatrales. Hasta ahora, a lo largo de mis veinticinco años, había leído poesía, novela, ensayo, pero nunca me había atrevido con el teatro. Era una sobria edición de *Así que pasen cinco años*, una obra de tres actos que versaba sobre el amor, la vida y la muerte, los tres elementos más importantes que existen. Más incluso que el socialismo. El librero me la recomendó fervientemente, así que no dudé en sumergirme en su literatura. Había muerto por nosotros, lo mínimo que podía hacer era saber qué decían aquellas palabras ya silenciadas para siempre. El librero, emocionado en su monólogo por

convencerme de que me lo llevara, me reveló una anécdota sin importancia, pero con cierto impacto. La obra se había publicado el 19 de agosto de 1931 con un título que nada tenía que ver con su muerte, pero prácticamente cinco años más tarde, el 18 de agosto de 1936, los golpistas se habían deshecho de él en una casual predicción tenebrosa.

Revoloteando entre las sábanas, habiendo soñado con el amor no consumado de la historia y aún con los ojos cerrados, traté de buscar el cuerpo de Aitana. Mi mano no se encontró con su piel dormida. Su ausencia me sorprendió. Tampoco escuchaba ruidos en la cocina, así que decidí levantarme y comprobar si andaba por casa. El olor a café recién hecho significaba que no debía de andar lejos. Aún estaba caliente. En la mesa había migas de pan y un periódico abierto, como si se hubiera evaporado mientras desayunaba. Me asomé a la puerta y no estaba. Solo me encontré a Josep paseando con su madre octogenaria, que desde las navidades vivía con él y con su esposa Marina por problemas de movilidad.

—¡Buenos días! ¿No habréis visto por casualidad a Aitana esta mañana?

—Buen día, Morales. Yo acabo de levantarme a sacar a la Sabina, que ya sabes cómo se pone sin su paseo mañanero.

La anciana, que acababa de sentarse en una de las sillas de la entrada, alzó la mirada y comentó algo en voz inaudible.

—Dice que sí, que ha salido hará media hora. Estaba con un hombre —repitió Josep para que pudiera oírlo.

¿Un hombre? Todavía tenía secuelas del alcohol del día anterior y me estaba costando ubicarme. Me acerqué a Sabina para preguntar si sabía algo más. Era una mujer astuta, con la cabeza en su sitio, completamente lúcida para su edad. Tenía debilitados los tobillos, pero se empeñaba en caminar para «no olvidar». Habíamos pasado con ella el día de Reyes, y conocía perfectamente a Aitana.

—Doña Sabina, ¿sabe adónde iban Aitana y su acompañante?

—No sé nada. Yo no sé. Los vi por la mañana desde la ventana, justo antes de salir a caminar. Ya sabe, una tiene que fortalecer sus piernas.

—Es igual. Me ha ayudado más de lo que piensa. Gracias, doña Sabina.

Desde que empezó la guerra, era la única persona a la que trataba de usted. No le interesaban demasiado los chismorreos que procedían del frente. No por ignorancia o dejadez, sino porque su limitado cosmos le impedía hacer otra cosa que no fuera jugar al tute o mantener una conversación con su hijo y su nuera.

Me dirigí inmediatamente al centro, sin saber realmente si allí encontraría la respuesta. No contaba con el tiempo y la paciencia necesaria para esperar el autobús, así que decidí correr con la mente en blanco para no preocuparme en exceso de lo ocurrido por la mañana. Conocía a varios de los camaradas de Aitana. Algunos habían venido a casa un par de veces antes de continuar con las labores propagandísticas por el barrio. La Casa de la CNT estaba en la vía Durruti, en pleno corazón de Barcelona, cerca del Comité Central del PSUC, cuya sede estaba en el Hotel Colón y aún más cerca de la Telefónica, donde trabajaba Aitana. Si estaba en algún sitio, debía ser allí. Pasé primero por el Comité Central, a fin de comprobar si todo estaba en orden. No era normal que Aitana se hubiera marchado sin decir nada.

Al llegar a Plaza Cataluña, jadeando y consciente de mi penoso estado físico, reinaba la normalidad que se vive en una ciudad azotada por la guerra. Era casi la hora de comer y las temperaturas habían ascendido. En la entrada me crucé con Aurelio, que fumaba su pipa con vehemencia, como si llevara días sin tabaco. Me saludó con la mirada, sorprendido de verme a esas horas.

—¿Qué haces aquí? Llegas más pronto de lo normal.

—Prefiero adelantar trabajo y salir antes, tengo un asunto por la noche —mentí.

—Ayer tampoco trabajaste —espetó, recriminándome mi falta de compromiso.

—Era domingo.

—¿No hay guerra los domingos?

—Creía que estábamos aquí para defender los derechos de los trabajadores.

Aurelio respondió con una mueca burlona.

—Ya que estás aquí, ¿tienes tiempo para una charla? No serán más de diez minutos.

Vacilé. Desde que me había ordenado espiar a Aitana nuestra relación se había enfriado. Nunca creyó que fuera sincero con él, así que cada vez que nos veíamos fingíamos un mínimo de aprecio y total profesionalidad. Me llevó a su despacho, ubicado en la novena planta del edificio, desde el cual se veía enfrente el edificio de Telefónica. Mirándolo, se echó un vaso de whisky sin el decoro de ofrecerme uno.

—Te dije que me mantuvieras informado —soltó con seriedad. Se dio la vuelta y, tras beberse el whisky de golpe, siguió hablando—. No sé si me tomas por estúpido, o si vives nublado por esa mujer tuya, pero estamos en guerra. La misión que te encomendé era clara.

—Te conté todo lo que tenía que decirte. Si no dije nada es porque no había nada, Aurelio —contesté enfadado con el tono empleado. Aunque estuviera a punto de entenderlo todo, todavía no comprendía lo que estaba sucediendo.

—Ayer el ministro de Marina y Aire telefoneó a la Generalidad desde Valencia.

—¿Indalecio Prieto? ¿Y bien?

—Pues no pudieron hablar. El telefonista que manipulaba la llamada desautorizó la comunicación. —Se tomó una pausa de cinco segundos antes de proseguir—. Hubo otra llamada, esta por parte de don Manuel Azaña. Quería hablar con el presidente Companys. A los cinco minutos de conversación, el telefonista cortó la llamada. Según la información que manejamos, el entrometido dijo que las líneas debían dejarse libres para asuntos más importantes que una mera charla entre presidentes. Ya me dirás qué es más importante que la coordinación entre políticos.

Sin entrar en materia de si las palabras de Aurelio reflejaban toda la realidad del asunto, barajé la posibilidad de que Aitana fuera consciente de las escuchas. Solo esperaba que no hubiera formado parte de ello y que su ausencia en casa se debiera a otro tipo de emergencia. Era la segunda vez que Aurelio intentaba ponerme en contra de Aitana e iba a ser la segunda vez que diera la cara por ella.

—Aitana pasó el fin de semana entero conmigo. Lo que haya pasado no va con ella.

—Tan solo te pedimos una cosa y ni siquiera pudiste corroborarlo. ¿Aitana sigue en casa?

—No sé dónde está.

—Espero que no esté en la Telefónica. Está previsto que la Guardia de Asalto tome la zona. No creo que pase nada, pero por si acaso. No te acerques demasiado. Cada uno de nosotros seguirá trabajando como siempre.

—¿Estás seguro de que ha sido la CNT la que está detrás de las escuchas? —pregunté un tanto desesperado, fijando la mirada en la ventana que daba al exterior.

—Absolutamente seguro. Tenemos varios hombres dentro, y lo que antes eran rumores ahora son evidencias. Ahora retírate, camarada. He de hablar con el comandante Rodríguez Salas.

—La Guardia de Asalto, ¿cuál es su propósito? —Aurelio solía irse de la boca a menudo, así que no dudé en insistir.

—Básicamente quieren tomar el control de las comunicaciones. Bastante ha durado toda esta doble autoridad y suficientes quebraderos de cabeza nos ha traído esto de la revolución social. La Generalidad por fin se siente fuerte. Nuestra posición, como partido, es priorizar un bando homogéneo, fuerte y capaz de terminar con los fascistas. Se ha decidido tomar todas las medidas pertinentes para lograr los objetivos. Tenemos incluso el apoyo del camarada Stalin, que desde Moscú alienta una única autoridad. Quien no esté de acuerdo o se oponga será detenido sin dilación. —Consideró que llevaba mucho tiempo hablando y quiso asegurarse de que sus palabras

estaban seguras conmigo—. Todo esto, como ya sabes, es confidencial.

—Por supuesto, camarada.

Aurelio conocía a la perfección mis simpatías. Sabía que estaba de acuerdo en la necesidad de un sistema profesionalizado que estuviera dirigido por un Estado fuerte, pero parecía ignorar mis sentimientos por Aitana. Me retiré a mi puesto junto con mis compañeros del departamento de propaganda. No aguanté ni tres minutos sentado. Los dos primeros para digerir lo que estaba sucediendo, y el último para dejar mi puesto y encontrar a Aitana antes de que lo hicieran las autoridades. Si tenía que justificarse ante alguna autoridad, que lo hiciera ante la mía. Yo siempre había confiado en su inocencia desde el primer día. Rehusé inmiscuirme en sus asuntos porque hacerlo hubiera significado una traición a nuestro amor. ¿Era posible que un hombre que no la conocía en absoluto tuviera más razón respecto a ella que su compañero de vida?

Bajé las escaleras lo más rápido que pude y salí por la puerta principal, la que desembocaba en Plaza Cataluña, con dirección a la central de Telefónica. No obstante, pocos metros antes de alcanzar la puerta principal, me cerraron el paso una cadena de camiones que aparcaron frente a la entrada. De él salieron decenas de guardias armados que entraron en el edificio al grito de «¡Arriba las manos!». Me refugié detrás de un árbol. Aunque tenía el carnet del partido, no convenía que me confundieran con uno de los milicianos anarquistas que trabajaban en el edificio. Poco a poco, los anarquistas del primer nivel fueron saliendo con los brazos en alto. Pero a los hombres y mujeres del segundo piso en adelante no les asaltaron por sorpresa. Su respuesta fue contundente. El alboroto pronto pasó de fonético a mecánico. La voz dejó de escucharse y el sonido de las pistolas sorprendió a una Barcelona que se preparaba para la siesta después de la comida.

El nivel de violencia aumentó exponencialmente. No sabría explicar cómo, pero a la hora del arresto veloz y

eficaz de los primeros sindicalistas toda Plaza Cataluña era un campo de batalla. Parecía que las tropas fascistas hubieran irrumpido en la capital. Sin embargo, éramos nosotros, los republicanos, quienes gastábamos las balas en matar a los nuestros. Las fuerzas gubernamentales rodearon el edificio, que se resistía a caer, pero la noticia corrió como la pólvora y los miembros de la sede central de las juventudes anarquistas salieron de su local con el fin de socorrer a sus camaradas. Asimismo, simpatizantes del POUM se unieron a los anarquistas con sus reivindicaciones revolucionarias. Había comenzado una nueva guerra civil dentro de la guerra civil.

El momento crítico llegó hacia las seis de la tarde, cuando los obreros terminaron su jornada laboral y se percataron del conflicto en la plaza. Se construyeron barricadas por toda la ciudad. Aparecieron sacos de arena desplegados por las sedes sindicales y los obreros no dudaron en presionar a los guardias. El intercambio de disparos cesaba de vez en cuando y se daba paso a un diálogo que volvía a disiparse por momentos para dar continuidad a las armas. Desde mi posición observé cómo varios hombres caminaban por los tejados de los edificios colindantes, buscando la posición idónea para tumbar su fusil y atentar contra el Hotel Colón.

Tardé en reaccionar, pero una bala que alcanzó uno de los árboles sobre los que estaba apoyado me dio el impulso necesario de salir de allí. Eché la mirada atrás al edificio sitiado deseando que, de estar dentro, Aitana estuviera a salvo, y abandoné la plaza no sin dificultades. La ciudad volvía a estar tan armada como en julio del treinta y seis, pero esta vez era diferente. Dudé en si regresar a casa o esperar a que anocheciera, pero a lo lejos, huyendo del hotel que comenzaba a ser el objetivo de algunos cenetistas, Aurelio me ordenó a gritos que saliera de allí pitando, que no mostrara el carnet del PSUC de ninguna manera y evitara cualquier confrontación con los anarquistas. Con la adrenalina corroyendo mi cuerpo, evité todos los controles del centro y escapé de varios intentos de registro. Fui

testigo de cómo los anarquistas se hacían fuertes en las calles tras el ataque del Gobierno a la central de Telefónica y vi a compañeros comunistas que eran detenidos por su afiliación. Consciente de las palabras de Aurelio y sabiendo que mi implicación solo aumentaría el número de arrestos, seguí adelante sin mirar hacia atrás. Si una vez llegado a casa me hubieran preguntado cómo había podido salir de ahí sin que nadie me detuviera, no habría sabido responder. A veces, se necesita un poco de suerte para salir adelante. A veces, el caos propicia esa suerte. Sin embargo, al llegar y echar la llave, volví a la realidad de por la mañana. Aitana no estaba.

11
PRIMER ADIÓS

Ya era de noche. Encendí la radio y me senté a medio metro de ella a esperar respuestas de la bochornosa batalla campal que había tenido lugar horas antes. También para evitar el sueño que poco a poco me invadía el cuerpo. Justo al levantarme a por un vaso de agua, la voz de Companys empezó a sonar por el aparato. Algo no iba bien. En lugar de mencionar la matanza de la Plaza Cataluña y de las barricadas levantadas en el perímetro gubernamental, el presidente vomitaba sobre los heroicos triunfos obtenidos en el frente de Aragón. Sus palabras indicaban que Barcelona permanecía en calma, como si nada hubiera ocurrido en las calles. Por honor a la verdad, en el instante en que Companys escondía el confrontamiento en las calles, el sonido de un disparo se coló en la locución del presidente.

Inmediatamente después noté una presencia fuera de casa. Ya no sabía si confundía el ruido de la radio con el exterior, así que la apagué y me acerqué cuidadosamente a la entrada. Antes de que me diera tiempo a abrir la puerta, Aitana salió de la penumbra y se echó a mis brazos. No lloraba, pero tenía los ojos abiertos de par en par y las ojeras empapadas de lágrimas vertidas recientemente. Temblaba. Al abrazarla para tranquilizarla vi manchas de sangre en su blusa.

—¡Estás sangrando! ¿Te han disparado? —pregunté alterado mientras buscaba su herida.

—No, no es mi sangre —respondió aún en estado de *shock*.

Cogí el vaso de agua que me había preparado para mí y

se lo entregué para que bebiera. Tenía muchas preguntas que necesitaban respuesta, pero no podía interrogarla en aquel estado. Dio dos sorbos y se quedó sentada en el suelo, pensativa.

—No entiendo nada. Lo de hoy… ¿por qué? —dirigió su mirada hacia mí desde el suelo. Le di la mano y ayudé a que se levantara.

—Aitana, llevo todo el día fuera buscándote. No sé qué está pasando, pero sí sé que me merezco una explicación. ¿De quién es toda esta sangre?

—De Aurelio. Tu compañero —respondió, sabiendo que sus palabras generarían en mí un gran impacto.

—¿Aurelio está muerto? —pensé en la última vez que le vi, escapando de la sede con pistola en mano y agachado para evitar ser visto.

—¿Y te preocupas por él? Me apuntó con un arma y mató a Joan. ¡Maldita sea! Conseguí quitarle la pistola cuando disparó a quemarropa a Joan.

—Perdóname —golpeé la mesa con impotencia—. Llevo todo el día sin saber de ti. Fui a la Telefónica. Casi me matan, por Dios. He escapado de los anarquistas que patrullaban las calles por los pelos —enseguida me arrepentí de haber mencionado a los anarquistas.

—Nada de esto habría ocurrido si la Guardia de Asalto no nos hubiera traicionado.

Nos miramos, en silencio. Por primera vez en mi vida no sabía a quién tenía delante. Por primera vez en mucho tiempo nada me podía asegurar que sus palabras no fueran mentira. ¿Tenía en frente a la mujer de la que me enamoré o a una insensible a la que le había poseído la ambición por el poder?

—Aitana, ¿dónde estabas esta mañana? —pregunté intentando comprenderla y sabiendo que le disgustaba mi tono interrogador.

—Piensas que yo tuve algo que ver con lo de hoy, ¿verdad? —le salió una sonrisa que mezclaban ironía y estupor.

—No lo sé, dímelo tú. Hasta hoy nunca había dudado

de tus palabras.

—A lo mejor debías haberlo hecho. A lo mejor, desde que empezó la guerra, solo he seguido contigo para estar al tanto de lo que tramaban los comunistas.

—¿De verdad has tenido algo que ver con todo esto?

—¡Claro que no! —zanjó, consciente de que sus palabras me habían hecho daño—. Me levanté temprano y me puse a preparar café. Antes de que te despertaras llegó Joan, de la Telefónica, diciéndome que tenía que estar allí, que era muy importante. Alfredo, algunos camaradas estaban controlando las llamadas del Gobierno. Te juro que yo no he tenido nada que ver. Fue un acto improvisado de unos pocos. A estas alturas deberías saber que jamás traicionaría a la República.

—¿Por qué no me dijiste nada? Me levanté y no estabas.

—¡Lo hice! —exclamó interrumpiéndome—. Lo hice.

Señaló con la mirada el periódico de la mesa, abierto de par en par y con un mensaje escrito con pluma. Me acerqué a leerlo. «He salido por trabajo. Algo no va bien. Nos vemos por la noche. Cuídate», decía. Acto seguido, me abrazó y se arrepintió de no haberme despertado directamente. Yo le devolví la petición de disculpas. Aurelio, una vez más, me había embaucado con su veneno. La Aitana de siempre, la consecuente y leal, estaba enfrente de mí. No se había ido. Me prometí no volver a dudar de su palabra nunca más. Terminó el vaso de agua y, ya más tranquila, se cambió de ropa y se lavó la sangre seca que se le había pegado en los brazos.

Afuera comenzaba a escucharse cierto ruido de pisadas, gritos esporádicos a lo lejos y, muy de vez en cuando, algún disparo. El conflicto de Plaza Cataluña se estaba extendiendo por toda la ciudad. Recordé las palabras de Aitana, la muerte de Aurelio y nuestra charla en el Hotel Colón minutos antes de que muriera.

—Aitana, ¿alguien te vio matar a Aurelio?

—No estoy segura. Sí, supongo. No lo sé —respondió mientras se secaba las manos con una toalla y se hacía un

moño. Rara vez había visto tan despeinada a Aitana como aquella noche.

—Es importante que lo recuerdes.

—Sí. Joan y yo, junto a otros camaradas, conseguimos romper el cerco de la Guardia de Asalto. Queríamos unirnos con los demás en nuestra sede, y hablar con los del POUM que habían decidido ayudarnos, pero nos encontramos con Aurelio a mitad de camino. Sé que me reconoció. Lo vi en sus ojos. Por eso sacó la pistola. Joan intentó protegerme. Había un par de guardias a escasos metros, y dos comunistas que acompañaban a Aurelio que salieron huyendo después de que le robara la pistola.

Resoplé inquieto. Por la mañana, tumbado en la cama, no habría imaginado que doce horas más tarde nos hallaríamos en esta posición. Anoche la tenía sentada junto a mí compartiendo una botella de vino aragonés, y un día después no sabía cómo decirle que Barcelona ya no era una ciudad segura para ella.

—Pero no creo que pase nada, esto no irá a más. Fue un malentendido, otro más en esta oleada de tira y afloja de comunistas y anarquistas. ¿Me equivoco? —titubeó Aitana viendo la decadencia de mi rostro.

—No, Aitana. Esto no es un mero tiroteo. Tampoco una pelea entre comunistas y cenetistas. Esto irá a más. Buscarán a todos los implicados y les dará igual que hayas matado a Aurelio en defensa propia. Vendrán a por ti.

—¿Por qué estás tan seguro?

—El Gobierno anda detrás de esto. A partir de ahora, la guerra va a tomar un nuevo rumbo bajo un mando único, como hacen los fascistas. Lo tienen planeado desde hace tiempo. Las escuchas telefónicas han sido solo una excusa para iniciar su plan de reorganización del poder.

Aitana dio dos pasos hacia atrás con gesto receloso. Debía de haber hablado demasiado, porque ahora era ella quien parecía desconfiar de mí. Soltó mi mano.

—Lo sabías. Tú lo sabías.

—¿Cómo dices? —pregunté con angustia.

—Sabías que todo esto iba a pasar. Estabas al tanto y

no me dijiste nada.

—No, no. Yo solo sabía que sospechaban de los anarquistas. Nada más.

En cuestión de segundos, por culpa de mi incapacidad de mantener la boca cerrada, pareció derrumbarse lo que habíamos reconstruido a lo largo de tantos meses. En solo un minuto, Aitana comprendió que le había ocultado información todo este tiempo. Era lo que pasaba cuando no pensaba con claridad. Mi autoimpuesto raciocinio nada tenía que ver con mi serio comportamiento. Si trataba de analizarlo todo era por temor a no ser capaz de controlar lo que sucedía. Hablar sin reflexionar me llevaba a errores como los que acababa de cometer con Aitana. Sabía que, si calculaba minuciosamente las dinámicas de la conversación, no tendría por qué ser esclavo de mis palabras. Pero con Aitana se me hacía difícil mentirle durante muchos días seguidos. Lo que más me dolía de todo esto no era que ella se hubiera dado cuenta de que llevaba tiempo engañándola, o el simple hecho de que la hubiera engañado. Lo que más me dolía era que ella había sido sincera en todo momento y yo no había tenido ojos para verlo.

Enfurecida, se fue a nuestra habitación y volvió con una bolsa llena de ropa.

—¿Adónde vas? —pregunté preocupado mientras Aitana hacía como si no existiera evitándome y recogiendo lo que consideraba oportuno—. ¡Aitana, háblame!

—Me vuelvo con los míos. Me voy allá donde me respetan. Me voy con quienes no apuñalan a nadie por la espalda.

—¿Te vas con quienes han escuchado las llamadas del presidente?

Aitana me miró, y con aún más ímpetu terminó de llenar la bolsa para marcharse de casa. No podía permitirlo. La revolución tenía las horas contadas y en un día, dos como mucho, el Gobierno republicano arrestaría a todo el que intentara continuar con ella. Cuando se disponía a girar la manilla de la puerta para perderse en la oscuridad, la

agarré del brazo con una violencia que jamás había salido de mí.

—¡Alfredo, suéltame! Me estás haciendo daño.

—¿No lo entiendes? No puedes irte. —El sonido de una ametralladora en la lejanía nos asustó. Solté su brazo, pero no se atrevió a abrir la puerta.

—No puedo quedarme —me habló, esta vez con voz tenue.

—Lo sé.

—¿Qué puedo hacer?

Mi cabeza empezó a funcionar. Había visto esto antes, mucho antes de la guerra. La opresión, el castigo, la injusticia. La revolución no había terminado con nada de ello. Sin poder asegurarlo, sabía que Aitana corría peligro. Aurelio pertenecía a la alta jerarquía del PSUC. Íntimo del secretario Comorera, este ya debía de conocer la noticia de su fallecimiento. Su asesinato no iba a quedar impune. Tan solo necesitaba un minuto para pensar. Caminé por la casa, de un lado a otro, mientras Aitana me observaba. Me conocía lo suficiente como para saber que algo andaba maquinando. Pensé en nosotros los meses previos a que estallara todo. La última escapada a Montserrat, la última huelga del alquiler, las últimas vacaciones visitando a su prima Carmen.

—Valencia. Con tu prima. Allí podrán esconderte. Tal y como están las cosas, no creo que el Gobierno de Cataluña te persiga hasta Valencia —dije en voz alta.

—Pero ¿cómo voy a ir hasta Valencia? ¿Y qué les diré cuando llegue? —me contestó angustiada.

—Son tu familia. Te protegerán. Ahora tenemos que asegurarnos de que llegues sin que nadie te detenga. —Me volví hacia el patio trasero—. La Gimson Patria.

Aitana me siguió algo insegura y sin creerse del todo que debía abandonar la ciudad. Quité la manta con la que había tapado mi preciada motocicleta y soplé en los recovecos que habían almacenado polvo de tantos meses sin utilizarla.

—Alfredo, no puedo. Es tuya.

—Me ayudaste con el pago. Ahora es tuya. Además, mejor en uso que aquí echándose a perder. —Me monté encima para tratar de arrancarla. La última vez que me había subido en ella tenía a Aitana detrás, acompañándome como siempre me había acompañado. No respondió a la primera, pero sí a la segunda—. Anda, sube. Vete.

Aitana amagó con subirse, pero se giró a mí y me agarró la mandíbula cariñosamente. No me miró como mira la gente que no va a volver a verse en mucho tiempo, sino como quien no sabe si algún día volverá a verse. Me besó, me abrazó y se subió en su Gimson Patria.

—Sabes que te quiero —fue lo último que me dijo.

—Lo sé. ¡Corre!

Aceleró y se perdió en el horizonte, rumbo a Valencia. El ruido de la moto se difuminó con la distancia y los disparos que cada vez se dejaban escuchar más. Fuera de Barcelona estaría libre de peligro. Con aquella despedida descubrí que un largo viaje siempre comenzaba con un último beso.

12

UNA ESPERANZA A LA QUE AFERRARSE

La ciudad de Barcelona volvió a cambiar de aspecto en apenas unos meses. Demasiados cambios para un sitio en tan poco tiempo. La sonrisa inocente de los milicianos había sido sustituida por la compostura de los soldados del Ejército Popular. El frente ya no se sentía tan lejano. Las bombas empezaron a caer en Barcelona el 1 de enero de 1938. La noche anterior, cenando con la familia Armengol, brindé por un nuevo año lleno de victorias, salud y felicidad. Maldecido, la aviación italiana bombardeó el casco histórico de la que, desde noviembre del año recién terminado, era la nueva capital de la República. Durante un mes, los cielos se llenaron de manchas negras que atacaban todo monumento y ser vivo que se cruzaba a su paso. Los fascistas se cebaron con las viviendas del barrio, ubicado cerca del puerto, y la pobre Marina falleció por el derrumbe de su techo. Yo mismo ayudé a rescatar su cuerpo de los escombros. Ya muerta, tenía la frente abollada por el golpe de una de las vigas que minutos antes había sujetado el techo sobre el que vivía. La sangre le caía del extremo izquierdo de su cara, impávida ante la fatal desgracia. Había muerto al momento. Desde entonces, Josep y doña Sabina vivían en casa, vacía desde que Aitana se fue a Valencia hacía ya un año. Al menos me hacían compañía en mi rutina entre el trabajo y el hogar.

Desde la madrugada en que se marchó en mi motocicleta, contaba los días que llevábamos separados. Un año, dos meses y veintiséis días. Si no fuera por la bendición de que un hombre puede soñar al menos una vez cada día, habría olvidado por completo su rostro. Sabía

dónde se estaba quedando, conocía a Carmen y a su marido Antonio. Eran buena gente. Sin embargo, desde aquella madrugada no había vuelto a hablar con Aitana. Escribirnos era demasiado peligroso. El 12 de mayo, ocho días después de que hubiera emprendido su huida a Valencia, una patrulla de la Guardia de Asalto se personó en casa preguntando por Aitana. Fue fácil testificar que se había escapado robándome mi motocicleta. Además, testigos del partido me habían visto hablar con Aurelio, lo que fue percibido como un gesto de lealtad. Actué como un amante engañado y alegué que probablemente había escapado al Valle de Arán, donde sus tíos aún conservaban la masía familiar, y de ahí a Francia. Nadie dudó de mis palabras, pero a partir de entonces sentí que en la sede nadie contaba conmigo para nada. Era Alfredo, un apestado que se había dejado llevar por una anarquista.

Aitana ya no estaba y los anarquistas tampoco. Esta vez, la violencia la ejerció el Gobierno. Tras dos primeros días de tiroteos en las calles, el Estado fue comiendo terreno a los proletarios que aún querían la revolución. En cuestión de una semana, cientos de miembros de la CNT y del POUM fueron encarcelados. En algunos pueblos catalanes, los revolucionarios fueron asesinados de la noche a la mañana. Intenté convencerme de que esa transición de sangre era necesaria para finalmente enfocarse en el enemigo común, pero en el fondo sabía que me estaba autoengañando. El resultado, empero, no tardó en llegar. Los cenetistas quedaron marginados de toda competencia y sus arsenales fueron requisados. El peor parado fue el POUM. Condenado por deslealtad a la República e ilegalizado, lidió con la desaparición de su líder, Andreu Nin. Algunos comunistas, seducidos por los agentes soviéticos en España, sostenían que el traidor de Nin se encontraba en Berlín o en Salamanca, aunque todo el mundo sabía que su cuerpo yacía en alguna carretera cerca de Madrid, adonde había sido trasladado una vez ejecutada su detención.

A partir de entonces, se instauró la estabilidad que

tanto necesitaba una República en guerra. Con el traslado del Gobierno central a Barcelona, Companys también perdió el poder que anhelaba y todas las fuerzas antifascistas se unieron por una sola causa: vencer a Franco. Poco a poco, las casualidades del destino dieron a Franco vía libre para erigirse como el líder de un bando sublevado que fue testigo de cómo Mola, el artífice de la traición a la República, fallecía en un accidente aéreo cerca de Burgos. Sin Mola presente, Franco representaba la figura del fascismo, con Hitler a su derecha y Mussolini a su izquierda. La Legión Cóndor alemana, compuesta por unos seis mil hombres alemanes, atemorizaron los pueblos leales a la República desde el cielo. Su mayor error fue bombardear el pueblo vasco de Guernica, ya que el eco de las voces que apagaron con su artillería sonó en todo el mundo y pusieron nuestra guerra en el mapa. Aunque la guerra tenía lugar en suelo español, su dimensión global lo convertía en un conflicto mundial.

Si el grito de la muerte tronó en toda Europa, la solidaridad solo había llegado desde la Unión Soviética y, en menor medida, desde México. Francia y Gran Bretaña abandonaron a la República firmando un vergonzoso tratado en el que se lavaban las manos de todo problema en territorio español. El llamado Comité de No Intervención buscaba evitar cualquier intrusión extranjera en España, pero, como era natural, los países autoritarios hicieron caso omiso. En la práctica, no fue sino una sentencia de muerte al Gobierno democrático de la Segunda República española. Solo Stalin apoyó a los republicanos enviando armamento y personal soviético experimentado en el campo de batalla (asesores, especialistas, pilotos, tanquistas) para vencer a los fascistas. Todo para hacer claudicar a los hombres de Franco. También se organizó con el mismo propósito el reclutamiento de voluntarios de todo el mundo.

En total, llegaron a España hasta cuarenta mil brigadistas internacionales, la mayoría comunistas, que trataron de frenar el avance de los rebeldes. Venían mal equipados, con carencias profesionales a la hora de

combatir, pero con una ilusión que les había empujado a dejar su país y luchar por el antifascismo en España. Venían de los Estados Unidos, de Irlanda, de Francia, de la Unión Soviética, de Grecia y hasta de Turquía. Miles de ellos marcharon en julio de 1938 en la vanguardia de la batalla más cruenta hasta la fecha. Con la intención de alargar la guerra y ser escuchados por los países que hasta entonces nos habían dado la espalda, el ejército republicano cruzó el río Ebro en el arco que se formaba entre Mequinenza y Amposta en una ofensiva sin precedentes que quería demostrar al mundo que en España aún quedaban idealistas dispuestos a luchar por la libertad.

Eligieron una noche sin luna. Una de esas noches sin testigos ni cánticos que vitorearan la valentía de los ochenta mil hombres que fueron transportados a la ribera oriental del río, pero con la misión de que su labor sirviera como ejemplo fuera de nuestras fronteras. Desde allí solo faltaba que atravesaran las aguas, dejando el Ebro a sus espaldas y con el enemigo delante. Eran días en los que Barcelona se despertaba ansiosa y se acostaba emocionada. Sucumbí a los periódicos. Los devoraba todos en busca de alguna crónica que hablara del golpe definitivo de la República a unos fascistas que retrocedían frente a la bravura del Ejército Popular. Por las noches, la radio tomaba el altavoz y nos congregábamos alrededor de ella. Hasta doña Sabina terminó interesándose por lo que sucedía en el frente. Las informaciones que llegaban de allí eran optimistas. Los golpistas, sorprendidos por el feroz avance de los republicanos, se vieron obligados a replegar posiciones.

Solo una noticia podía eclipsar el desarrollo de la guerra. Josep llegó alterado. Cruzó la puerta balbuceando, como siempre hacía cuando se ponía nervioso, y con un sobre en mano.

—¿Qué sucede, Josep? —pregunté, queriendo, en el fondo, seguir escuchando la radio.

Josep trató de calmarse, todavía jadeando por haber venido corriendo, desabrochándose el botón de la camisa

que no le dejaba respirar cómodamente.

—Acabo de llegar de la oficina postal, como te dije esta mañana. Desde que perdimos la casa, el cartero no pasa por aquí. He estado leyendo todas las cartas que nos enviaron desde enero. Había una que no tenía sentido, parecía que se había extraviado. Pero creo que no hay ningún error. —No sabía a dónde quería llegar a parar—. La he empezado a leer y ahora estoy seguro de que es de Aitana.

Apagué la radio y arrebaté de las manos la reliquia que sujetaba Josep. El sobre estaba abierto, por lo que no requerí del abrecartas para hacerme con el interior. La carta había llegado un día antes. Solo con observar el remitente supe que Josep estaba en lo cierto. Había firmado con el nombre de Emma. Nunca había soportado que hubiese encontrado similitudes entre ella y Madame Bovary. Empecé a leer.

21 de julio de 1938

Querido Gustav:

Si no te he escrito hasta ahora ha sido por dos motivos. Primero, porque estaba muy furiosa con tu actitud y mis palabras habrían transmitido un mensaje que pienso pero que no debo compartir. Y segundo, porque A. me advirtió de la peligrosidad del asunto.

Ahora, creo, he encontrado la forma de comunicarme contigo: a través de otros, pero dirigiéndome a ti. Te escribo para que sepas que todo fue bien, tal y como me dijiste. En general, todo está bien cuando te pones a pensar. Siempre he odiado eso de ti. Te perdono, si es lo que quieres saber también. No he podido hablar con mis camaradas, aunque leí los nombres de algunos de ellos en el periódico. Todos muertos o detenidos. Es curioso, observándolo desde la distancia, cómo podemos hacernos tanto daño entre nosotros. Detesto darte la razón en esto, pero la tenías cuando dijiste que nuestras similitudes son más grandes que nuestras diferencias. Tu corazón es rojo como el mío, aunque lo tenga parcialmente teñido de negro.

Sobre mi nueva vida no sé qué decirte. Anduve encerrada en casa la primera semana. Aquí, en Valencia, los ánimos siguen un tanto alicaídos desde que los franquistas rompieran el corredor con Cataluña. Tuve suerte de llegar a salvo por carretera. La gente espera que pronto haya una ofensiva que vuelva a recuperar las

tierras perdidas en el Mediterráneo. Supongo que no habrás leído los periódicos, así que estoy yo para contártelo. Recorro día sí, día también el paseo que dimos por el puerto. Siguen haciendo el mismo arroz en la marisquería, aunque ahora lleva menos condimento. En la guerra siempre hay menos de todo. Lo único que no ha menguado es mi amor por ti. Pese a todo.

He encontrado una librería antigua preciosa que mira al mar. Te encantaría. Como no sabía qué enviarte, he decidido seguir con nuestra tradición de regalarnos libros. Esta vez lo leí yo primero. Ahora te toca a ti. El subrayado es mío. Espero que lo disfrutes tanto como yo lo he hecho.

Confiemos en que la victoria esté cerca y pronto podamos vernos otra vez. Si no fuera así, C. y A. tienen un plan para salir de aquí. Es solo una alternativa que por el momento vemos lejana. Hagamos lo posible por aplastar al fascismo.

Te espero,

Emma

Nervioso, con las manos temblorosas y releyendo partes que no entendía al momento por tener la mente saturada del recuerdo de Aitana, tardé más de lo debido en leerla. La insistencia de doña Sabina para que lo hiciera en voz alta tampoco ayudaba. No lloré, pero cualquier otra persona lo hubiera hecho de sentir lo que acababa de procesar. Se me empañaron los ojos, pero no llegó a derramarse ninguna lágrima. Nunca lo hacía cuando la situación daba pie a ello. Siempre me quedaba en el casi, aunque me habría gustado exteriorizar la emoción de saber de ella y el dolor de no poder estar con ella.

Deposité la carta sobre la mesa y me llevé las manos a la cabeza.

—¿Y bien? Es ella, ¿verdad? —preguntó impaciente Josep.

No tenía dudas. Me había llamado Gustav, como el enclenque protagonista de su novela favorita, y C. y A. se referían a Carmen y Antonio, su prima y su esposo. Hablaba de los bajos ánimos del pueblo valenciano y de una posible ofensiva que liberara la presión golpista en las inmediaciones. Leer una carta representaba una ventana al pasado. Las palabras que Aitana vertía sobre el texto las imaginaba contrarias en estos momentos. Para cuando la

leí, Valencia debía de estar eufórica, y Aitana soñando con la victoria republicana por la operación militar en el Ebro. Abrí el paquete envuelto en papel de periódicos antiguos para revelar el secreto del libro que Aitana había elegido para mí. Era una edición relativamente nueva, con una portada simple y el título en mayúscula: *Las penas del joven Werther*, de Goethe. Había escuchado hablar de él. Incluso recordaba vagamente una edición antiquísima y casi ilegible en una de las baldas de mi casa en Palma. Quizá había llegado la ocasión de, en mitad de una guerra y con la persona amada lejos, recurrir al romanticismo alemán en la literatura. El libro, la carta más bien, me devolvió la ilusión que había perdido en el amor desde que Aitana estaba ausente en mi vida.

En cuestión de una semana, recobré mi fe en que las cosas pudieran salir bien. Había esperanza a lo lejos. La guerra acabaría en favor de la República. Los castigados serían los fascistas y Aitana podría volver conmigo, ya fuera en Barcelona, en Valencia o en cualquier rincón del mundo. Me hice con una pluma y comencé a escribir.

13
EL ADIÓS DEFINITIVO

Ya no había vuelta atrás. Llevaba días posponiendo lo inevitable. Cada mañana me repetía el mismo sermón de siempre. «Hoy no. Mejor mañana», me decía a mí mismo. Luego, como si nada ocurriera, preparaba tres cafés y me pasaba la mañana hablando con Josep y doña Sabina. Cada día las conversaciones eran más cortas. Nadie quería hablar. El sonido del segundero se escuchaba en todo el salón, como si vaticinara el fin de un sueño que se había prolongado demasiado en el tiempo. Pero como ya sabía, no había vuelta atrás.

La derrota en el Ebro dejó herida de muerte a la República. En un primer momento, ninguno quisimos verlo. Nos negábamos a pensar que aquella heroica ofensiva había sido repelida una vez más por los fascistas. Los hombres de Franco no solo retomaron las tierras perdidas, sino que diezmaron al Ejército Popular. En cuestión de cuatro meses, alrededor de diez mil antifascistas perdieron la vida a orillas del río más caudaloso del país. El doble habían caído prisioneros y los franquistas derribaron más de cien aviones. No había forma alguna de recuperar todo el equipo militar que se había perdido en la batalla. La última baza de la República había caído. Ya no quedaban hombres ni ánimos que pudieran frenar el avance franquista, pero aun así el Gobierno movilizó a las generaciones más jóvenes, al futuro de España, para que estos defendieran lo indefendible. Eran niños a los que a muchos aún ni siquiera les había salido ese primer fino bigote que sombreaba la piel entre la nariz y el labio superior. Los llamaban la Quinta del Biberón, la leva de la vergüenza, mientras

adultos como yo, amparados por el partido y por mi ya inservible trabajo en el departamento de propaganda, continuábamos en una Barcelona que se disponía a su derrota total.

Los nacionales dejaron a un lado su intención de ocupar Valencia y centraron todos sus efectivos en Cataluña. El gélido invierno no impidió a los fascistas cercar Barcelona. El mal tiempo, aliado de los republicanos, no hizo sino posponer brevemente el ataque nacional. No parecían hombres, sino máquinas diseñadas para matar a todo hombre y mujer que se encontraran por el camino. Aquellas navidades, protegidos en casa bajo la luz de las velas por el temor a los bombardeos, fueron mis últimas en España. Como cada mes desde que recibí la primera carta de Aitana, le escribí felicitándole las fiestas. No quería que mi tono revelara la tragedia que se vivía en Barcelona, pero sabía que era inevitable. En Valencia, aunque no se encontraban tan sitiados como nosotros, debían de estar en una posición parecida. La tristeza se había extendido rápidamente, como un virus agresivo que daña a su huésped hasta matarlo, y muy pocos creían en una victoria sorprendente. Mis últimos meses escribiendo consignas y lemas sobre resistir ante los fascistas me hicieron denostar la escritura. Resultaba realmente difícil escribir sobre algo que se sabía que no era verdad. Por eso me reconciliaba con el lápiz cuando hablaba con Aitana sobre el papel. Podía dudar de mil cosas, pero no de a quién amaba.

Como la pasión no ganaba guerras, al menos hasta la fecha, llegó el momento que todos esperaban pero que nadie quería afrontar. A finales de enero, las tropas franquistas descendían por el Tibidabo y, por primera vez, la población barcelonesa fue testigo del enemigo en persona. El pánico cundió en la ciudad condal y miles de civiles optaron por marcharse a las montañas. Sin perder ni un minuto más, terminé de preparar la mochila que llevaba hecha desde hacía una semana. Había guardado varias mudas limpias y ropa de invierno para evitar el frío de la altitud. El acceso a Francia no era precisamente sencillo. No

había vuelta atrás. Dos días antes había acudido a la sede junto con mis camaradas y destruido toda documentación y registro que pudiera seguir nuestra pista si caían en las manos equivocadas. Las pruebas del nuevo mundo que habíamos intentado construir ahora eran ceniza. Algunos de los dirigentes más notorios fueron evacuados en vehículos cuando el paso aún era transitable, e incluso unos pocos volaron en avioneta. Pero el grueso de la población debía ingeniárselas para escapar de aquel atolladero.

Al terminar de empaquetar la comida y el agua, me apresuré al salón. Los tres habíamos dejado claro que si Barcelona caía, nos dirigiríamos a Francia. Aún no sabíamos a dónde, pero cualquier sitio sería mejor que sufrir la venganza de los fascistas. Ya de pie, con todo listo y con el nerviosismo a flor de piel, observé que doña Sabina no estaba vestida. Seguía con su bata, con las extremidades inferiores apoyadas sobre su reposapiés y sin ningún atisbo de prisa. Josep salió del baño. Tampoco le veía dispuesto a moverse.

—¿Qué está pasando? Tenemos que salir cuanto antes.

—Lo hemos pensado mejor, Alfredo. Nos quedamos. Si a ti no te importa, cuidaremos de tu hogar mientras estás fuera.

—¿Cómo que no venís? Esto no es ninguna broma. Los fascistas están al llegar. —No barajaba la posibilidad de que Josep y doña Sabina no me acompañaran en este obligado viaje—. Si es por tu madre, ya lo hemos hablado. Cuando vean el estado en el que se encuentra, alguien nos recogerá por el camino. Hasta en los momentos más críticos brota la solidaridad humana.

—No es por eso, joven. Solo ralentizaría vuestro paso. Yo ya no estoy para estos trotes. Además, ya tengo ochenta y dos años. Mi vida está aquí y Franco no me va a quitar eso. Mi señora madre me parió en esta tierra mucho antes de que él llegara a este mundo —intervino Sabina.

Acto seguido, miré a Josep esperando otro tipo de respuesta. Llevábamos días hablando sobre un exilio prudente a la espera de comprobar qué sucedía en Madrid y

en el resto de la zona republicana.

—No es solo cosa suya. Lo hemos hablado los dos. Nos quedaremos juntos y nos sobrepondremos a lo que venga.

—Josep, no lo entiendes. A tu madre no le pasará nada, pero a ti sí. Cuando lleguen los franquistas, después de los ríos de sangre que corran, si aún estás en pie, instaurarán su particular España. Buscarán a todos los enemigos de Franco, de la fe cristiana y de su manera de entender España. Saldrán de sus escondites quienes en tres años hemos creído compañeros. Vecinos que nunca comulgaron con la República y que ansiaban que llegara este momento. Te delatarán. Aunque no hayas participado activamente en política, en todo el barrio se conoce tu simpatía por Companys. ¿De verdad crees que tu *president* se quedará en España?

—Basta, Alfredo. Te he dicho cuál es nuestra posición. Esto es lo que hay. Si quieres que no sigamos viviendo en tu casa, tranquilo, nos las apañaremos. Pero nos quedamos, y no me gustaría despedirme de esta manera de quien con tanta amabilidad nos ha tratado siempre. Sobre todo, después de que Marina falleciera —bajó el tono progresivamente.

Tras un silencio de reflexión y asimilación, suspiré. Cada uno era dueño de su propio destino. Siempre había defendido la libertad individual. Forcé una pequeña sonrisa sabiendo que me tocaba enfrentarme a un nuevo adiós.

—Podéis quedaros, faltaría más. Esta es vuestra casa. —Me giré hacia la anciana, atenta a cada movimiento—. Doña Sabina, no me tire la casa abajo, ¿me oye?

—Con este bastón lo voy a hacer —sonrió mientras estiraba la mano para coger su palo de apoyo—. No sé si nos volveremos a ver, pero en Francia dicen que se vive muy bien.

—En cuanto pueda les escribiré. Lo prometo. —Me volví a girar hacia Josep—. Por favor, cuando puedas, escribe a Aitana. Todavía no me ha contestado la última carta que le envié por Navidad. Lo más pronto posible me pondré en contacto con vosotros y os diré desde dónde os

escribo.

—Yo me encargo, no te preocupes. Gracias por estos años.

Con un apretón de manos dimos por concluida nuestra despedida. Salí de casa por última vez, sin Aitana, sin vecinos y sin una esperanza real de encontrar confort en el país colindante. Mi paso rápido pronto se vio acompañado por otros hombres, mujeres, niños y ancianos que se dirigían en silencio fuera de Barcelona. Llevaban lo poco que podían cargar consigo, dejando atrás un sinfín de objetos que carecían de valor útil. Cuando uno se exilia, se obliga a sí mismo a renunciar a lo simbólico, a lo que verdaderamente le hace vivir, para centrarse en lo que es fundamental para sobrevivir. De esta forma, los objetos abandonados eran aquellos que tenían biografía, aquellos que no servían en la nueva vida que se nos avecinaba al otro lado de la frontera. Solo pequeñas cosas como una fotografía familiar, un reloj regalado por el amante, o un rosario que perteneció a la abuela podían suplir la carencia de no poder salir del país con los muebles, atuendos, vajillas y libros con pasado.

Por otra parte, a la marabunta de gente parecía que les habían arrancado la lengua. Nunca tantas personas en la calle habían generado menos ruido que aquel día. La derrota, a diferencia de la victoria, no tenía voz. Solo unos pocos hombres aguantaban el pulso con las divisiones de Franco para evitar un mayor derramamiento de sangre. Cada minuto que eran capaces de reprimir el asalto rebelde significaba sesenta segundos de ventaja para los civiles que querían llegar sanos y salvos a la frontera con Francia.

Mis ojos pronto dejaron de reparar en cada individuo y poco a poco las familias se convirtieron en grupos más grandes que desembocaron en una sola masa continua de seres humanos. Mis ojos, distorsionados por la realidad, y mi cuerpo, ajeno al frío, entró en una especie de trance. Caminé con la mente en blanco durante dos horas, arrastrando los pies y rodeado de siluetas que no tenían nombre ni apellidos. Un grito, a escasos metros, pero a

kilómetros para lo absorto que caminaba, cambió el rumbo de mi exilio.

—Sí, a ti. Te estoy hablando. ¿Sabes cómo cambiar una rueda?

La voz provenía del conductor de un camión un tanto sucio y desgastado que debía de llevar un buen rato detenido. Era de la marca Federal, y por la pinta que tenía debían de haberlo utilizado los milicianos al principio de la guerra. Detrás, en el remolque, el conductor cargaba a nueve hombres, alguno todavía con el uniforme del Ejército Popular, y dos mujeres jóvenes. Una niña de unos seis años, con los ojos bien abiertos y la cara embarruntada, agarraba de la mano a una de ellas. Aún quedaba espacio en la parte de atrás, pero sabía que no iban a hacerme un hueco si no aportaba algo que les beneficiara. El dinero ya no valía nada. Solo las habilidades de uno podían facilitar el privilegio de ir sentado en los demandados transportes. Asentí, y junto a dos hombres que se bajaron a echar un cable cambiamos la rueda en cuestión de minutos. El hombre, con pocas ganas de dialogar y entendiendo el contrato no escrito que existía entre dos personas que pueden ayudarse mutuamente, me señaló la parte trasera, donde me senté, exhausto, junto con los demás pasajeros.

Al vehículo le costó arrancar, pero enseguida retomamos la marcha. Lento pero constante, el conductor evitaba a los caminantes como podía mientras murmuraba palabras malsonantes que no ayudaban a calmar el ambiente. Sentados de espaldas, el paisaje al que nos ateníamos era estremecedor. De cerca contemplaba las miradas envidiosas de quienes seguían el trayecto a pie, sumados a los cuerpos de los heridos que se habían desplomado del cansancio y las lesiones. La sangre se mezclaba con el lodo y la nieve que rodeaba a los cuerpos difuntos que yacían sobre la tierra. A lo lejos, la gente se transformaba progresivamente en un pequeño punto que me recordaba a las hileras de hormigas que teníamos en el patio de casa. Ellas marchaban en fila para buscar comida, y nosotros lo hacíamos para hallar la libertad que se nos

había usurpado.

Con el Mediterráneo a nuestra izquierda, padre y madre se me vinieron a la cabeza. No hablaba con ellos desde antes de la guerra, y a menudo creía que los fascistas habían acabado con sus vidas. Otras, en cambio, cuando amanecía optimista, esperaba que con la buena labia de padre hubieran podido arreglar cualquier asunto adverso.

No se veía, pero más allá de Barcelona seguía Tarragona, y aún más al sur se llegaba finalmente a Valencia. Pensaba en Aitana y en la inminente caída de la ciudad. Especulaba sobre su plan de huida, si tendría éxito y si sería consciente de él cuando el hombre que tenía sentado a mi derecha, enorme en comparación conmigo y con la cara parcialmente oculta por una bufanda, me ofreció un cigarrillo. Amablemente, decliné su oferta.

—Manda narices. Nos han enseñado a morir por la libertad, no a huir de quien nos la coarta —bufó el hombre, el único que se había manifestado en aquel camión en marcha—. Observa con atención esta vista. Será la última vez que la veas en mucho tiempo.

—El mundo es ahora peor que hace una semana —añadí, con la mirada fija en la ciudad condal, imaginándome a los fascistas entrando en ese mismo momento en la Plaza Cataluña y conquistando la ciudad que hasta entonces había sido el corazón de la revolución.

Pasaron varios segundos hasta que el hombre volvió a dirigirse a mí, como si mis palabras le hubieran hecho reflexionar brevemente.

—¿Cómo te llamas, nuevo? —me preguntó.

—Alfredo, me llamo Alfredo —vacilé por un segundo, más por dejadez que por otra cosa—. ¿Y tú?

—Mi nombre es Ernesto.

TERCERA PARTE
FRANCIA

14
FRANCIA NO ES EL FUTURO

La luz atravesaba las cortinas de fina seda que caían hasta el suelo. El calor permanecía fuera. Los robustos muros mantenían fresca la habitación que, durante tres meses, había sido mi nuevo hogar. Afuera escuchaba las conversaciones que se daban en las cafeterías que abrían a primera hora de la mañana, justo antes de que los más madrugadores tomaran su café y partieran a sus puestos de trabajo. Lo hacían en tono amable, sin gritar, lo suficientemente alto como para que pudiera escucharlos desde el segundo piso del 21 de la rue Chantecrit y saber que un nuevo día había comenzado en Burdeos.

Los días eran todos idénticos. Al levantarme, Ernesto nunca se encontraba en casa y su tío Jacobo, al que todo el mundo le llamaba Jacques, me daba los buenos días mientras desayunaba rodeado de abundante bollería, embutido y exquisito queso francés. Siempre sonriente, incluso cuando masticaba, me decía que a las francesas se las enamoraba regalándoles un buen trozo de queso del Perigor. Ernesto solía interrumpirle para decirle que a una francesa se la enamoraba con una botella de vino. En eso, el primero le decía que no había vivido lo suficiente y el segundo le recordaba que seguía estando soltero a su edad. Toda esa parafernalia dialéctica familiar me daba igual. A pesar de la comodidad en la que vivíamos, donde el espacio era amplio para los tres y las bombas habían cesado en nuestras vidas, que no en nuestros sueños, seguía esperando una carta de Aitana que me confirmara que estaba sana y salva.

Desde que dejé Barcelona, esperé a asentarme

definitivamente antes de ponerme en contacto con Josep y revelar mi paradero. No echaba de menos el Prat Vermell, ni a su gente vociferando a altas horas de la madrugada. Tampoco las delgadas paredes de mi casa, donde el frío invadía nuestro cuerpo en invierno y el calor nos golpeaba en verano. Al alejarme de España, rumbo a los Pirineos, solo el afecto por los seres que quería me revolvía mis adentros. Tenía claro que, sin mí, mis padres estarían mejor; de Aitana y de mí no podía decir lo mismo. La distancia desvela la necesidad que uno tiene del otro.

Cuando el camión que nos transportaba a Francia se quedó sin combustible, nos tocó volver a utilizar las piernas. La suerte de que cayera en gracia a Ernesto hizo que me confesara que su tío materno, al que había visto contadas veces en alguna que otra comida familiar en Tarragona, vivía en Burdeos y le había invitado a él y a todos sus parientes a mudarse una vez se supiera cuál era el resultado de la guerra. Francia se había negado en reiteradas ocasiones a abrir sus fronteras a los españoles que escapaban de la muerte, y la prensa francesa se había mostrado hostil a que el Gobierno del socialista Édouard Daladier recibiera a lo que ellos denominaban «seres indeseables». Los consejos que Jacques recogía gracias a los rumores que corrían entre sus turbulentas amistades nos sirvieron para llegar hasta Burdeos sin que las autoridades francesas reparasen en nosotros. Dejamos a la muchedumbre, cada vez más exhausta, hambrienta y atemorizada ante los rumores de que la frontera no estaría abierta, para tomar una senda montañosa. Ernesto contaba con un precario e impreciso mapa que apenas sabía leer, y gracias a una serie de prueba y error que emprendí con la guía entre mis manos, con más errores que aciertos, hallamos un paso lejos de los ojos de los gendarmes. Si mi capacidad de entender el mapa nos salvaba de perdernos entre los Pirineos, la robustez de Ernesto me salvó en dos ocasiones de perderme en el vacío. El abismo no fue lo único que casi acabó con mi vida en aquella escapada. A medida que subíamos y nuestras manos se agrietaban por la

áspera y afilada roca, la nieve se acumulaba sobre la hierba resbaladiza. Entonces, lo difícil era caminar cien metros con la mitad de nuestras piernas enterradas en la densa nieve sin acabar exhaustos. La noche, el momento del descanso, resultaba toda una lucha contra las bajas temperaturas en cuevas o chozas abandonadas.

Al otro lado, en el camino principal, tampoco lo tuvieron mucho más fácil. La frontera se abrió a partir de la noche del 27 al 28 de enero. Para aquel entonces, los franquistas les pisaban los talones y la bienvenida al país francés no fue la esperada. Primero entraron las mujeres, los niños y los ancianos; después, los hombres; y ya por último, las unidades militares que habían aceptado someterse al desarme total. Con el fascismo detrás, el odio al extranjero delante y la mirada pasiva de un dios que se mantenía al margen arriba, los españoles republicanos terminaron de cruzar la frontera desesperados, desbordando en gran número la capacidad de acogida con la que contaban los franceses. Los pocos objetos con biografía y valor simbólico que habían decidido llevar consigo les fueron arrebatados en Francia, días después de serles requisados sus hogares.

Nuestra suerte de pasar desapercibidos en la sierra y ser recogidos por Jacques en una pequeña localidad que él y Ernesto habían pactado como punto de encuentro contrastó con los campos de concentración a los que se vieron avocados el grueso de los exiliados. En un primer momento se emplearon pabellones, escuelas y demás edificios institucionales para dar cobijo a quienes huían del fascismo, pero la falta de espacio pronto obligó a los galos a maniobrar en busca de nuevas áreas de reclusión. Así, se desplegaron alambres de espino en las playas del sudeste francés, donde los españoles se veían obligados a taparse con la arena para eludir el frío nocturno o cavar un hoyo para hacer sus necesidades a falta de letrinas. Escapar parecía una alternativa imposible, puesto que el campo estaba estrictamente vigilado por gendarmes y soldados coloniales armados hasta los dientes.

Los pocos periódicos que se hicieron eco de lo que estaba sucediendo con los derrotados y los españoles que consiguieron, fruto del azar o de familiares y amigos, asentarse libremente en distintas localidades francesas, esparcieron la verdad por todo el país. De aquella travesía hasta Burdeos ya no quedaban secuelas en mi cuerpo. Dormía plácidamente en una habitación acomodada para invitados y Jacques nos mantenía gracias a su sueldo de funcionario. Se negaba a que buscáramos un trabajo mientras viviéramos bajo su techo, aunque yo insistía en que podía impartir clases de castellano. Solo la mente traicionaba la calma que producía el agradable verano francés. A veces pensaba en que Aitana podía haber acabado en alguno de esos campos de concentración. Quizá por eso no escribía a la dirección que le había señalado a Josep en la misiva de marzo. Había tantas posibilidades que yo solo esperaba al cartero. Casi nunca salía de casa por las mañanas. Desde la comodidad del sillón de Jacques leí, semana tras semana, cómo las fuerzas republicanas cedían ante el avance franquista. La radio notificó la caída de Madrid, la ciudad que debía ejercer como la tumba del fascismo, y la última en rendirse fue Valencia, de donde estaba seguro que Aitana pudo escapar antes de que fuera demasiado tarde. Y yo, en Burdeos, esperando la carta que me sacara de aquella agonía muda. Esperaba y esperaba hasta que Jacques marchaba a su trabajo en el Ayuntamiento y me quedaba intentando leer algún que otro libro en francés que prestaba de la estantería mientras seguía esperando. Me sentía culpable por no hacer otra cosa que no fuera esperar. Un día cualquiera, antes de haber pasado de la primera página, oí pasos en el rellano de la escalera. No era una sola persona. De pronto, noté cómo la cerradura de casa se abría. Me levanté.

—¡Ya despierto! Menos mal, últimamente duermes como un lirón —dijo Ernesto, acompañado de un hombre con una boina sobre la cabeza. Solía traer a españoles que conocía en los bares. Decía que estaba formando una red clandestina para luchar contra Franco desde el exilio. En

general, solo eran borrachos atormentados por la guerra. Ambos entraron en el salón y se sentaron alrededor del sillón en el que había abierto el libro.

—¿Qué? ¿Había algo en el buzón?

—Nada, como ayer. Y nada, como mañana. —Se giró al compañero—. Jordi, cuéntale lo que me has dicho. Cuéntale —dijo Ernesto con poca delicadeza.

El tal Jordi parecía tímido. Parecía distinto a los demás hombres que había traído hasta el momento. No se le notaba especialmente cómodo con Ernesto. Debía de haberle captado en el bar y no le habría soltado hasta aceptar venir a casa y tomar un café.

—Bueno, yo-yo me lla-llamo Jordi. He co-conocido a Ernesto en el bar de la esquí-quina —se presentó tartamudeando y con una timidez que le sobrepasaba.

—No te pongas nervioso, aquí todos somos hermanos. Cuéntame qué te ha hecho este desgraciado —intenté tranquilizarlo.

Jordi había cruzado a Francia, junto con sus hermanos mayores, un día después de que lo hiciéramos nosotros. Tal y como había sucedido con tantos otros, los internaron en el campo de Saint-Cyprien, en el Pirineo Oriental. Pero allí, ante el maltrato francés, los españoles comenzaron a movilizarse. Gracias a la unión sindical, la CNT, a la que pertenecía Jordi desde el comienzo de la guerra, se recompuso dentro y fuera de las alambradas con el fin de mejorar las vidas de los refugiados. Al parecer, había gente seria que quería seguir la lucha antifascista pese a haber perdido la guerra en España. Gracias a esta ayuda y varios sobornos, Jordi y sus dos hermanos, acompañados de otros miembros de la confederación, lograron escapar del campo de madrugada. Eran los primeros que conseguían hacerlo. Se separaron inmediatamente para que los gendarmes tuvieran que dividir sus fuerzas, y Jordi fue el único que consiguió evitar caer en sus manos. Tenía pensado instalarse en Toulouse, donde se refugiaban la mayoría de los exiliados republicanos que habían tenido la suerte de no caer prisioneros en los campos, pero tras un mes

deambulando por Francia escapando de la justicia, llegó a Burdeos una madrugada de abril y desde entonces dormía en una habitación que le habían alquilado unos franceses de origen norteafricano. De sus hermanos no sabía nada, pero aquí había encontrado a más anarquistas, y llegó a sus oídos que el recién formado Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles tenía pensado fletar un nuevo barco en el puerto de Pauillac, a escasos minutos en coche de Burdeos. Ya desde Sète, cerca de Marsella, había salido el buque Sinaia con rumbo a Veracruz con mil seiscientas personas a bordo. La situación límite a la que se enfrentaban muchos españoles que carecían de recursos en Francia los llevaba a escribir al consulado mexicano con el fin de obtener un pasaje en la siguiente expedición.

—¿Qué es esto, Ernesto? ¿Nos estás recomendando ir a las Américas? —increpé.

—Yo me quedo aquí, con mi tío. Además, mi familia aún está por llegar. Yo no puedo salir de aquí. —Ernesto tenía la esperanza de que más allegados hubieran conseguido cruzar la frontera con Francia y los esperaba en Burdeos con impaciencia—. Pero algo que no te ha contado Jordi es que la mayoría de los que están consiguiendo una plaza en esos barcos que salen del puerto son comunistas. No están dejando pasar a anarquistas o a nacionalistas, pero los comunistas lo tenéis más fácil.

—¿Qué se me ha perdido a mí en México?

—¿Qué se te ha perdido en Francia? No te gustan los franceses y solo hablas de la guerra. La perdimos, Alfredo, la perdimos. La España que conocías ya no existe.

—Y me estás diciendo que huir es la solución.

—Ya has huido una vez. Estamos en Francia, Alfredo. Da igual si estás a dos kilómetros de casa que a veintisiete mil. La cuestión es que ya no estás en casa. Además, en América hablan nuestro idioma.

Miré por la ventana, aunque el sol cegara en parte mi visión. Jordi, si ya se sentía nervioso a su llegada, ahora lo estaba aún más. Le estábamos haciendo pasar un mal rato al pobre.

—Jordi —dije—. Has comentado que estáis intentando reformar la CNT en el exilio. ¿Me equivoco?

—Sí… —vaciló—. No-nosotros también es-estamos intentando llegar por nu-nuestros medios a América y de-desarrollarnos allí. En Fra-francia está com-complicada la cosa.

—Sé que lo que te voy a pedir es casi imposible, pero también conozco que vosotros, los anarquistas, siempre habéis estado bien organizados en silencio. Necesito que me busques a una persona. Estuvo en la confederación antes y durante la guerra, en Barcelona. Intentaron detenerla tras los sucesos de mayo de 1937. Su nombre es Aitana Mariné.

No había pronunciado el nombre de Aitana en alto desde que me había instalado en Francia. Ernesto no tenía ni idea de lo que hablaba, pero pese a su ignorancia y falta de tacto entendió que debía de ser alguien relevante en mi pasado.

—Cu-cuenta con ello. Si sigue activa, nu-nuestras redes la captarán. A-ahora, he de ma-marchar. Te-tenemos una asamblea los pro-próximos días en París. O-os dejo el pe-periódico en el que se-se habla del Sinaia por si que-queréis e-echarle un ojo. Yo-yo me te-tengo que ir. Gracias por-por la invi-vitación, Ernesto. Un placer, A-Alfredo. No olvido tu pe-petición.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Tras varios aspavientos de Ernesto para que se quedara, Jordi denegó la segunda invitación con educación y se marchó, no sin antes dejarnos el periódico del pasado 14 de junio en la mesa, donde se narraba la expedición del buque a México.

—Así que era eso —habló Ernesto cuando Jordi cerró la puerta—. No quieres irte por una mujer.

—No es solo una mujer. Es más que eso. —En cuestión de segundos repasé el momento exacto de nuestra despedida. El último abrazo, la última mirada.

—No te voy a juzgar. Las mujeres son todo un quebradero de cabeza. Yo, la verdad, que no entiendo mucho sobre el amor. Prefiero yacer directamente con una

dama, sin rodeos.

—¿Cuándo fue la última vez que acariciaste la piel de una mujer? —pregunté con cierta condescendencia.

—Ayer mismo, en el burdel. Está aquí al lado. Deberías probarlo. Las francesas son mucho más complacientes que las españolas —se apretó el labio de forma lasciva.

—Esas cosas no van conmigo —respondí con miras a terminar con la conversación.

—Bueno, tú haz lo que quieras. Espera a quien tengas que esperar, pero la vida está para disfrutarla. Mucho hemos sufrido ya.

Seguí mirando por la ventana. Aún no había desayunado. Ten ía h a mbre.

—Al menos lee lo que pone y saca tus conclusiones —me acercó el periódico—. Si cambias de opinión, hazlo rápido. Ya están realizando los primeros trámites, no vaya a ser que te demores.

Le hice caso y comencé a leer el artículo después de prepararme una taza de café y una tostada con mantequilla. El presidente Lázaro Cárdenas, que ya había mostrado su apoyo a la República durante el conflicto, había abierto las puertas de su país para que miles de exiliados pudieran cruzar el Atlántico y vivir en México. Era, junto a la Unión Soviética, el único pueblo que había tenido la decencia de combatir el fascismo fuera de sus fronteras. La oportunidad se avistaba como el inicio de una nueva vida en un nuevo mundo para muchos de los españoles que, agradecidos, solicitaban su visado para el país americano. Por el contrario, exiliarse en Rusia era percibido como un acto valiente de quien no había abandonado del todo la lucha por la revolución y la esperanza de, algún día, instaurar la dictadura del proletariado en España. Ahora que conocía todas las alternativas, debía elegir qué nueva vida tomar para el resto de mis años. Sin embargo, antes de tomar cualquier decisión necesitaba averiguar qué había pasado con Aitana. Quedarme en Francia significaba un esfuerzo moral que tenía que sobrellevar antes de tomar cualquier decisión acerca de mi futuro.

15

UNA MISTERIOSA MENSAJERA

16 de julio de 1939

Querido Alfredo:

Disculpa no haberte escrito antes. El miedo y la tristeza pudieron con mis ánimos de ponerme en contacto contigo. Miedo por la maldad que se está desatando por el mundo; y tristeza porque doña Sabina nos dejó hace ya diez días. Poco ha durado su andadura en esta nueva España. Ahora estoy solo, sin Marina a mi lado dándome las buenas noches ni Sabina por las mañanas dándome los buenos días. Por tu casa no te preocupes, la estoy cuidando como si fuera mía. He arreglado las goteras que se formaban en el techo de la cocina, y próximamente quiero repintar la fachada entera. Barcelona está muy diferente a como la recuerdas.

De A. no sé nada, pero si escribe a esta dirección, te lo haré saber inmediatamente. Espero que estés bien por Burdeos y pronto puedas regresar a España. Temo por ti y por el devenir de Europa. Aquí, en España, se está hablando mucho de una nueva gran guerra. He leído sobre la ruptura de las negociaciones entre los nazis y los francobritánicos. No puedo ni imaginar el mal trago que debéis de estar pasando allí, tan cerca de todo, tan lejos de casa. Deseo, de todo corazón, que tan solo sean rumores y la sangre no vuelva a derramarse. Mucho hemos sufrido ya.

Un abrazo de tu compañero Josep.

Sujeté la carta durante un minuto, a la espera de encontrar información que hubiera pasado por alto. Recordé brevemente la anciana cara de Sabina y su buen corazón. Cuando las personas alcanzaban cierta edad, se las apartaba de la vida pública. Ya no eran capaces de trabajar, y tampoco de pensar por sí mismas en ocasiones. Sin embargo, tenía claro que, si el mundo estuviera en manos de personas mayores, con infinitas arrugas en el rostro y la

dificultad para escuchar correctamente, habría menos injusticias en el mundo.

La censura le debía de haber impedido a Josep atreverse a describir la represión que estaban viviendo en España en estos primeros meses de posguerra. Al menos, él no parecía haber tenido problemas con la justicia. Su reconocido nacionalismo catalán no le había pasado factura. En la barra del bar, los pocos comunistas que había conocido en Burdeos no paraban de hablar de que en España habían impuesto la ley del terror y que actuar desde el exilio era el deber del partido. Estos formaban un grupo totalmente diferente a los borrachos que me había presentado Ernesto los primeros meses. Pronto encontré a hombres y mujeres interesantes que hacían algo más que beber hasta desfallecer, y arrastré a Ernesto conmigo a estos encuentros más satisfactorios para el intelecto del individuo. Ellos parecían ser más conscientes del peligro que cualquiera de nosotros. Hablaban de España con nostalgia porque no se atrevían a pronunciarse acerca de los movimientos de Hitler en Centroeuropa. Ya en 1936 había militarizado la región de Renania, y dos años después se anexionó Austria y ocupó Checoslovaquia sin que el resto de Europa moviera un solo dedo. Parecía que, como había ocurrido con España, ningún Estado estaba dispuesto a enfrentar el fascismo. Hablar sobre esta política expansionista suponía todo un problema para los exiliados que habían sobrevivido a la guerra y solo buscaban vivir en paz. Los más valientes se atrevieron a formar las antiguas agrupaciones revolucionarias para ayudar en la medida de lo posible a los refugiados españoles.

A través de este nuevo grupo, la red del Partido Comunista de España en el exilio había intentado que colaborara con ellos en más de una ocasión. Hasta entonces pensaba que no existía ningún movimiento comunista por los alrededores. Los creía a todos en la Unión Soviética. Sin olvidarme de mis ideales, prefería mantenerme en un segundo plano por el momento, aunque visitaba con asiduidad sus reuniones en el piso superior del bar en el

que ahogábamos nuestras penas y reíamos nuestras alegrías pasadas. Tenía claro que la humanidad solo sería capaz de deshacerse de sus grilletes a través del socialismo, pero mi implicación en la guerra me había afectado hasta el punto de querer pasar desapercibido y ser un simpatizante más en mitad de los hombres que ostentaban realmente el poder fáctico. No quería responsabilidades.

Ernesto, que había recuperado las ganas de conversar sobre política tras sus nuevas amistades, solía llevar la voz cantante en los encuentros nocturnos más por insistencia que por inteligencia. En aquella pequeña habitación sin luz eléctrica e iluminada por una veintena de velas que peligraban el bienestar del suelo de madera que chirriaba con cada paso que dábamos, un hombre que hasta el momento se había sentado allá donde la llama no revelaba su cara se levantó y tomó la palabra. Cuando uno de los asistentes hablaba por primera vez, era su deber dar su nombre y contar brevemente de dónde venía. Se llamaba José y era de Madrid.

—Como muchos sabréis, la guerra con Hitler es inminente. No podemos seguir con los ojos vendados. Si Alemania ataca, estaremos en peligro. A ojos de la ley no somos españoles ni franceses; solo unos comunistas a quienes nadie quiere. —Sus palabras despertaron cierto recelo entre los asistentes, y tras varios segundos de murmullos prosiguió con su discurso—. Desde París nos han llegado informaciones de que cientos de españoles encerrados en los campos de los Pirineos Orientales han sido trasladados a trabajar forzosamente en las obras de la línea Maginot, la fortificación que pretende evitar un ataque alemán desde el este. Este hecho nos revela dos cosas. Una, que para los franceses solo somos mano de obra barata. Y dos, que la guerra llegará más pronto que tarde. Como sabéis, estos meses han partido varios buques a las Américas. Pues bien. En menos de una semana, gracias a nuestros camaradas del Partido Comunista francés y al Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, se ha adquirido otro barco que partirá lo antes posible con

dirección a Chile.

—¿A Chile? ¿Ya no van a México, con nuestro Gobierno? —replicó Ernesto mientras daba un último trago a una botella de vino vacía.

—Al parecer hay un poeta chileno metido en todo este asunto. Es comunista, por eso se han puesto en contacto con nosotros. El barco saldrá de Burdeos y las plazas ya están asignadas. Solo quedan unos pocos pasajes. Mi misión esta noche es ofreceros una ruta segura a Chile e iniciar una nueva vida allí. Aquí poco nos queda. No nos quieren y tampoco hemos sabido integrarnos. Nadie quiere dar trabajo a un español. Yo me quedaré, pues tengo a mi hijita y a mi esposa esperándome en Madrid y, aunque sea imposible, no pierdo la esperanza de que algún día pueda volver a España. No obstante, nadie os juzgará, camaradas, de elegir marchar a las Américas. Desde París han venido tres de nosotros y de Toulouse otros dos. Tenéis tres días para hacernos saber vuestra decisión.

—¿Qué hay de la Unión Soviética? Muchos de nuestros camaradas están allí —preguntó una voz desde el fondo de la habitación.

—Los contactos con la delegación del partido que se encuentra en Moscú nos han dicho que es complicada la tarea de llevarnos a todos. Quienes tenían la oportunidad de marchar a la gloriosa Unión Soviética lo hicieron nada más terminar la guerra. —Con su respuesta volvieron los murmullos. Se notaba que no le gustaba hablar en público pese a su buena oratoria.

Tras la intervención de José acabó la reunión de aquella noche de finales de julio. Tenía mucho que pensar y poco que debatir con un Ernesto ebrio que quería seguir la velada en casa de su tío. Dije que quería dar un paseo por el río y caminé junto al Garona pensando en si debía dejar marchar mi ilusión por volver a ver a Aitana. Llevaba desde marzo enfrascado en un mismo y longevo día, donde el sol salía y se escondía y en el que la temperatura subía progresivamente a medida que nos adentrábamos en el verano. Pero un mismo día para mi cabeza, obsesionada

con una persona cuyo rostro poco a poco se iba alejando de mi memoria. Con solo subirme a aquel barco podría dejar atrás una vida llena de tormentos, de muerte y de amor verdadero. Hasta ahora había negado embarcar en cualquiera de los barcos que habían marchado repletos de españoles. ¿Era acaso el momento de hacerlo? Quizá huir a Chile me sumergiría aún más en una obsesión por saber qué hubiera sido de mí, de nosotros, si la hubiera buscado como era debido.

Había dado rienda suelta a la imaginación, pero enseguida me percaté de que los pasos que notaba a unos cien metros de mí no estaban en mi cabeza. No era Aitana acompañándome en uno de nuestros paseos nocturnos recomendándonos libros, y tampoco eran los pasos erráticos de una persona ebria a estas horas de la madrugada. Aceleré el ritmo para comprobar su respuesta. Mi perseguidor hizo lo propio. Lo primero que pensé fue en la policía francesa. Les gustaba reírse de los españoles y a más de uno lo habían detenido y amenazado con devolverlo a España por cualquier banalidad. Lo siguiente que pensé fue que la policía no tendría por qué seguirme a aquellas horas sigilosamente. A la altura de la Place de la Bourse, giré bruscamente a la derecha, donde nadie pudiera verme, a esperarle. La plaza estaba vacía, y el sonido de sus pasos se agrandaba a medida que se acercaba a mi posición. Algo llamó mi atención del ruido que emanaba su caminar del choque regular de los zapatos con el asfalto de piedra. Hubiera jurado que se trataba de una mujer. Justo en ese preciso instante, apareció la sombra sospechosa haciendo esquina para entrar en la plaza, cruzándose cara a cara conmigo. Agarré de los hombros la figura que había emergido de las sombras y la empujé contra la pared. No había errado en mi aproximación. Con un ligero tacón que la elevaba por encima de la altura media femenina, tenía el pelo recogido y vestía enteramente de negro. Un elegante sombrero, también de color negro, ocultaba parte de su rostro. Solo el rojo carmesí de sus labios destacaba, por contraste, de su indumentaria. Más sorprendida que

asustada, gesticuló para que la soltara.

—¿Quién demonios eres? ¿Por qué me persigues? —pregunté nervioso. No entendía nada. Después de todos estos años, se me ocurrían diez motivos por los que alguien quisiera verme muerto, y otros tantos por los que nadie tenía por qué fijarse en un don nadie como yo.

—¿Tan importante te crees que piensas que alguien te está espiando? —respondió con un tono seductor. Parecía estar disfrutando con mi confusión—. Eres Alfredo, ¿verdad? ¿Alfredo Morales?

—¿Quién lo pregunta?

—A quien te lo está preguntando poco le interesa. Yo estoy aquí por la persona que quiere contactar contigo.

—Muy bien, ¿y quién es esa persona? —me interesé impaciente, mirando a la plaza por si se trataba de alguna maniobra de la joven para ganar tiempo hasta que llegaran sus socios.

—Aitana Mariné.

A veces, un nombre puede tumbar a la persona más valiente y orgullosa que existe. Afloró en mí una presión en el pecho y tuve que esforzarme para no caerme de la impresión. Por primera vez, mi perseguidora mostró cierta cercanía y me agarró del brazo indicándome que nos sentáramos en la Fontaine des Trois Grâces que se ubicaba en el centro de la enorme plaza. Antes de reponerme del nombre, resoplé.

—¿Aitana está viva?

—Y tan viva. Está deseando volver a reunirse contigo.

Nos sentamos en la piedra. No había nadie. Tan solo el sonido del agua que corría de la fuente, ella y yo.

—Cuéntamelo todo, por favor —le dije con tono desesperado.

—Tranquilízate, todo va a ir bien. —Se sacó un cigarrillo de la oreja y lo prendió. Tuve que esperar a la maldita primera calada para que comenzara a hablar—. Llevo en París desde antes del gran éxodo. Participé en la Exposición Internacional en el pabellón español donde Picasso expuso los horrores de los fascistas. En fin, que

conozco a gente de aquí y allá, del mundo del arte y la política. Gente con responsabilidad. —Se le fue la voz momentáneamente tras una segunda calada. Tosió con elegancia y prosiguió—. Vino a mí un chico joven, delgado. Se llamaba Jordi. Ácrata. Necesitaba ciertas cosas que podía conseguirle y aprovechó para decirme que un hombre andaba buscando a su amada en Burdeos. Una tarea imposible, la verdad, si no fuera por la casualidad de que mi marido está ayudando a familiares a encontrar a republicanos internados en campos de concentración. ¿Qué sería la vida sin las casualidades? ¿No estás de acuerdo?

—¿Aitana está en un campo de concentración?

—Eso no es lo único. Se encuentra en Orán, junto con su prima y su esposo.

Mi reacción habría sido más sincera si hubiera sabido dónde demonios se ubicaba en el mapa Orán. La misteriosa mujer tuvo que explicarme que Orán era una ciudad argelina bajo control francés. Allí habían conseguido escapar los últimos republicanos de Valencia. Según ella, Aitana tuvo suerte, pues muchos se quedaron en el puerto esperando hasta el último momento, con la fe de poder huir antes de que arribaran las tropas franquistas. Pregunté, entonces, mil cuestiones, la mayoría contradictorias y titubeando, por lo que la mujer tuvo que volver a tranquilizarme y contarme lo que había.

—Por partes. No, no puedes viajar a Orán. Al menos, no cuento con los medios para que puedas ir allí en barco. Lo segundo, por lo que tengo entendido, no debe de estar malviviendo en Argelia. Pese al calor y a no poder moverse libremente, las condiciones allí son mejores que las que están sufriendo los españoles aquí, en Francia. Mi marido solo pudo hablar con Antonio, el marido de su prima, durante cinco minutos. Dice que en cuanto puedan, intentarán subirse a un barco a México, pero que Aitana no piensa ir con ellos. Ella quiere ir a Francia.

—¿Qué se lo impide? —elevé el tono hasta el punto de que mis palabras hicieron eco en la vacía plaza.

—Las cosas están difíciles, Alfredo. Pareces una

persona inteligente, creo que lo sabes de sobra. Si fuera sencillo, no habría españoles durmiendo en las playas de Argelès y Saint-Cyprien.

Me palpé los bolsillos, buscando en ellos alguna solución material o simbólica para Aitana. Algo que pudiera llevarme a ella o algo que pudiera traérmela de vuelta conmigo.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, falto de recursos.

—Esperar. Es tu único deber. Esperar. Cuando se le permita, más pronto que tarde, viajará a Francia. Dice que a París. —Tiró la colilla al suelo y la pisó como pudo con sus tacones.

—¿No habría manera de acelerar el proceso?

—Yo no puedo hacer más. He venido precisamente desde París con mi marido para marchar a Chile. Nuestra misión ha terminado aquí. No hay nada que hacer en esta Europa.

—¿Os vais?

—Sí. Y tú deberías hacer lo mismo. Pero sé que el amor está por encima de todo. Y tú pareces un hombre con principios. Por eso te he abordado ahora que estabas solo. Quería hablar contigo sin nadie presente —vaciló—. Yo jamás me iría sin mi marido. Entiendo que te quedes; entiendo que la esperes —se puso en pie—. Ahora he de irme. De hecho, llego tarde a un asunto que he dejado a medias, por eso no he podido acudir a la reunión de antes. Probablemente no nos volvamos a ver nunca más. Ha sido un placer, aunque casi me matas del susto hace quince minutos.

—Perdóname por lo de antes. No estoy acostumbrado a tanto protagonismo. Tampoco has sido la más astuta abordándome de madrugada.

Sonrió y comenzó a caminar de espaldas, sin dejar de mirarme.

—Oye, ¿cómo te llamas? —elevé la voz sin necesidad, creyendo que no me escucharía.

—Carolina, aunque no te sirva. Hasta siempre —se despidió con una sonrisa. Realmente se notaba que le

gustaba aquella escena. Disfrutaba rezumando su carácter misterioso.

Regresó por el mismo camino que había tomado siguiendo mis pasos. Me quedé sentado, con el agua corriendo de fondo, durante unos minutos. Por fin sabía por qué Aitana no había escrito a casa. Al fin comprendía qué había ocurrido con ella tras la guerra. Solo me quedaba esperar. Mi espera estaba justificada. Ahora tenía claro que jamás debía subir a aquel barco. Mi futuro no estaba en Chile.

16
EL FASCISMO AZOTA DE NUEVO

Me había pasado la vida esperando y huyendo. Esperé a ser lo suficientemente adulto como para dejar mi hogar, esperé al amor y esperé a la revolución. Esperaba en la cola de la panadería, esperaba a que se secara la ropa y esperaba al periódico para leer las noticias. En cuanto a mis huidas, había huido de Mallorca, de mis padres y de una guerra que no habíamos sido capaces de ganar, huyendo de alguna manera del sueño de construir el mundo que tanto ansiaba. En realidad, había huido de las mismas cosas que había esperado durante años. Lo único de lo que no había huido era del amor. Nuestra separación se basaba tan solo en la distancia. Todo lo demás seguía intacto. Éramos dos almas de granito inquebrantable que encajábamos como lo hacen dos piezas de puzle. Los límites del mundo me impedían acudir a ella, por lo que solamente me quedaba esperar. En realidad, esperar no significaba otra cosa sino buscar a alguien de forma pasiva.

Esperé y esperé hasta que se hizo demasiado tarde. Era un día de finales de verano, de esos en los que el sol no aguantaba tanto tiempo sobre el cielo, pero de los que todavía había que caminar por la sombra. A lo largo de todo el mes se había hablado del inicio de una nueva guerra, por lo que el estallido definitivo no sorprendió a nadie. Lo que realmente me había impactado no era la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939, sino el pacto que la Alemania nazi y la Unión Soviética habían acordado una semana antes. Reunidos los dos ministros de exteriores, los nazis y los comunistas firmaron un pacto de no agresión que escandalizó más que cualquier otra cosa

que estuviera ocurriendo en el mundo. Hitler y Stalin, supuestamente enemigos acérrimos, aprobaron la negociación de cualquier controversia que pudieran tener de forma pacífica. Mediante aquel pacto, estrecharon vínculos económicos y se repartieron la influencia sobre Polonia.

Ernesto, cegado por su idealización sobre la figura de Stalin, argumentaba que no era sino una medida que otorgaba el tiempo necesario a la Unión Soviética para prepararse para una guerra. Los menos cobardes optaban por ponerse una venda en los ojos y se convertían en seres capaces de defender cualquier posición. Aquello trastocó mi fe en el partido, pero no desmembró mi compromiso con la revolución comunista. Simplemente, aparqué momentáneamente mi sueño por conocer la cuna del bolchevismo y barajé la posibilidad de que, de tener a Aitana a mi lado, América sería la mejor opción para comenzar una nueva vida —siempre y cuando ella abandonara su obsesión con París—.

Pero la guerra retrasó la posibilidad de que nuestro reencuentro se resolviera a corto plazo. Mi eterna espera en casa de Jacques fue inútil en el momento en que un señor austríaco se había convertido en dictador de Alemania y empezó a ocupar tierras ajenas. Había intentado ponerme en contacto con diversas asociaciones que supuestamente ayudaban a refugiados, pero parecían ocupados con cualquier cosa menos con su objetivo principal; había tratado de escribir a Aitana en varias ocasiones, pero las cartas no llegaban a ningún lado. Lo último que sabía de Orán era que existía la intención de fletar varios barcos para sacar a todos los españoles de allí, si bien a la hora de la verdad nada de aquello se materializaba. La espera esperanzadora se tornó en una agonía. El mundo no tenía tiempo para el amor. Tenía los ojos puestos en Alemania.

En cuestión de un mes, los alemanes invadieron Polonia con una velocidad nunca vista. Hombres, tanques y aviones cercenaron un ejército inferior que, si bien resistió tenazmente la agresiva operación germana, para finales de

septiembre se vio obligado a capitular. El país que hacía frontera con el este de Alemania había sido derrotado por un Hitler sediento de sangre. Al oeste, Francia temblaba. Supuestamente, no teníamos por qué temer. Los franceses habían aprendido la lección de la Gran Guerra y llevaban años desconfiando de Alemania. Por precaución, se había llevado a cabo una gran obra defensiva: la línea Maginot. Estas fortificaciones representaban una cadena de fuertes que debían salvaguardar la soberanía francesa. En las cafeterías, uno comenzaba a escuchar todo tipo de ideas ilusorias. Algunos berreaban sobre la superioridad gala, y retaban a Hitler a que se atreviera a pisar un solo hierbajo dentro de la frontera alsaciana. Otros se mantenían en silencio, sin saber cuál era exactamente la situación. Lo único que podíamos saber con claridad era el tiempo que hacía en Burdeos. Un cielo gris con breves apariciones del sol. Sin embargo, los españoles contábamos con experiencia en esta empresa. Habíamos visto a Alemania actuar en España y teníamos claro que solo era cuestión de tiempo que se atreviera a lanzar una ofensiva contra Francia. Esta vez no pensábamos en victorias heroicas ni utopías marxistas. Tan solo queríamos velar por nuestra vida y la de nuestros seres queridos.

La tensión, empero, estaba cada día más presente. En tiempos de crisis, los extranjeros nos volvemos culpables de todos los males que ocurren en el planeta. Desde que llegamos a Francia, nuestra presencia no había hecho sino incomodar a las autoridades y a la prensa, y cada día que pasaba percibíamos un mayor odio por parte de nuestros vecinos. Habíamos dejado de frecuentar algunos bares por este motivo. Raro era el domingo en que Ernesto no volvía a casa con un ojo morado o la camisa ensangrentada. «Deberías ver cómo ha quedado el gabacho», decía con el aliento apestando a alcohol. Cierto era que muchos de los españoles instalados en Burdeos no nos habíamos apremiado en buscar trabajo, y quien lo había hecho era únicamente para tener dónde dormir por las noches. La mayoría vivíamos como reclamados de familiares y

allegados, o se las habían ingeniado para eludir los campos de concentración y sobrevivir como fugitivos. Jacques nos seguía prohibiendo trabajar mientras viviéramos con él. El pobre hombre estaba encantado de tener con quién hablar por las mañanas.

El Gobierno francés, que desde primavera había contratado a cientos de españoles que solo querían salir de las insalubres arenas de los campos de concentración, insistió en la obligatoriedad de que todo refugiado o apátrida se integrara en las llamadas Compañías de Trabajadores Extranjeros. Estas agrupaciones otorgaban oficialmente al español el derecho de asilo, aunque por tal premio debía someterse una vez más a los entresijos de la política. A partir de entonces, pasarían a ser soldados «no combatientes» al servicio de los militares franceses.

Aquello me horrorizó. No había empuñado un arma en España y no lo iba a hacer ahora. Si luchaban, que lo hicieran los franceses, que llevaban tres años mirando cómo nos matábamos en España. La noticia generó revuelo en la comunidad española afincada en Burdeos. En principio, al no estar internados, no teníamos por qué temer. Pero quién sabía si en cuestión de meses una nueva ley diría otra cosa. Algunos españoles, incapaces de salir del país, pero desesperados por hacer cualquier cosa que les diera cierta sensación de seguridad, hicieron las maletas y se fueron a pueblos más pequeños con la intención de pasar desapercibidos, una alternativa un tanto contradictoria para mi gusto.

Con el paso de los meses, los franceses comprendieron que la guerra había regresado a su país veinte años más tarde. La forma en la que los periódicos trataban las noticias, la manera en la que las terrazas de las cafeterías monopolizaban las conversaciones sobre un posible ataque alemán por el este y el miedo que emanaban sus respiraciones me hicieron verlo. Todas las guerras se parecen. De pronto, Burdeos me recordó a Barcelona. Un poco más pequeña, un poco más nublada, pero igual.

Sí hubo algo en lo que los franceses se equivocaron del

todo. La guerra llegó, pero no desde el este, sino del norte. Los alemanes invadieron, con la misma velocidad y efectividad que habían demostrado en Polonia, los estados de Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Como respuesta, las fuerzas galas viraron hacia el norte sin debilitar las posiciones de la línea Maginot, pero subestimaron la audacia germana en lo que consideré un ejercicio típico que hacían los franceses: pensar que están por encima de cualquiera. Sin embargo, fueron los alemanes quienes pasaron por encima de los franceses. La ofensiva del norte no fue sino una estrategia para desviar la atención del ejército francés para lanzar una ofensiva desde las Ardenas. Bosques, montañas y colinas hacían impenetrable esta región. Según los franceses, la maquinaria alemana jamás podría cruzar un bosque de tal espesura, por lo que dejaron indefensa una zona en la cual la Wehrmacht no dudó en aprovechar su superioridad. Así, el ejército aliado posicionado en el norte quedó aislado del resto de contingentes ubicados al sur, dividiendo sus fuerzas. La pregunta no era si Francia capitularía, sino cuándo lo haría. París se vació. Los cafés que días atrás habían albergado las conversaciones de los clientes cerraron y la capital yació sobre el silencio. Solo el ruido de las botas de los soldados alemanes chocando con el asfalto rompió la afonía. Las tropas germanas entraron en París el 14 de junio de 1940 y desfilaron triunfantes por los Campos Elíseos. Ahora eran ellos quienes cantaban y bailaban en los bares de la recién conquistada ciudad. En Burdeos, como en toda Francia, cundía el pánico. Sobre todo cuando el Gobierno optó por instalarse aquí. Su presencia, lejos de infundir seguridad, atemorizaba a la población.

En la ciudad corría el rumor de que la lucha seguiría en las colonias, con su presidente exiliado tal y como había pasado con nuestra República. Finalmente, el 17 de junio el anciano Philippe Pétain, héroe de la batalla de Verdún en la Gran Guerra, asumió la dirección del Gobierno. Se suponía que el hombre que había salvado a los franceses de los alemanes dos décadas antes volvería a instaurar la valentía

entre los soldados franceses. No fue así. Pétain consideraba vergonzosa la idea de trasladar el Gobierno al norte de África. Una vez más, fue la radio la que nos notificó nuestras peores pesadillas. Nadie podía creerlo. Desde Burdeos y para toda Francia, el gran héroe francés anunciaba que la guerra había terminado. Los soldados tenían la orden de deponer las armas. El hombre siguió hablando, y Jacques dejó de traducirnos simultáneamente lo que escuchábamos por la radio. Se calló y nos miró, atónito, sin saber qué decir.

—La guerra… Ha llegado a Francia. No, peor. Ya no hay guerra. Francia ya no existe —dijo con unos ojos que parecían salirse de las órbitas.

Eché un ojo por la ventana. Las calles estaban vacías por el luto a Francia. Al igual que Polonia, Francia, el país de la Ilustración, la nación que había controlado Europa con Napoleón, se rendía a su enemigo en un combate que había durado un mes. En ese instante en el que todos nos mantuvimos callados con la radio de fondo, pensé en la nueva vida de Carolina con su marido en Chile, lejos de una Europa que parecía estar dispuesta a volar por los aires.

Los detalles no tardaron en conocerse. Pétain había entregado Francia con el propósito de integrarla en el Nuevo Orden del Tercer Reich. Quería evitar cualquier humillación para su pueblo, cosa que no sucedió. Hitler, un ciudadano común que había sido cabo en la Gran Guerra, había conseguido lo que ningún káiser había logrado previamente. La vejación debía ser pública y trascendental. El *Führer* ordenó sacar del museo de París, donde estaba expuesto, el vagón del ferrocarril en el que los alemanes habían firmado su rendición en 1918 para trasladarlo al bosque de Compiègne, el lugar exacto en el que Alemania se había rendido a Francia. Esta vez, era Pétain quien claudicaba ante las exigencias de los alemanes, quienes resignificaron el lugar como un símbolo de venganza y triunfo.

Tras la firma del primer ministro, el armisticio se hizo oficial. París quedaría en manos de los alemanes, al igual

que el norte industrial y las zonas costeras del Atlántico. El resto de Francia conservaría su integridad a través de un gobierno colaboracionista asentado en la ciudad de Vichy liderado por el propio Pétain. También las colonias se mantuvieron bajo control colaboracionista. Con los ingleses separados por el canal de la Mancha, Alemania se erigía como dueño del continente europeo. En este nuevo mapa, Burdeos quedaba bajo ocupación nazi a solo cincuenta kilómetros de la frontera de lo que se denominaría la Francia de Vichy.

—Y ahora ¿qué será de nosotros? —se me ocurrió preguntar.

Mi voz se perdió en el silencio.

17
Al sur

De la noche a la mañana, Aitana y yo nos hallábamos más lejos el uno del otro. Nadie se había movido de su sitio. Ella seguía en Orán, mientras que yo, como cada día desde hacía más de un año, despertaba en el centro de Burdeos. Y, sin embargo, ahora pertenecíamos a países diferentes. Tumbado en la cama, me repetía a mí mismo lo ridículo que parecía todo desde fuera. Habíamos huido de España escapando del fascismo y este nos había alcanzado en cuestión de un año. Quizá era cierta la reflexión a la que habíamos llegado en Barcelona: el mundo no estaba hecho para nosotros. Quienes amaban la libertad por encima de todo y luchaban por la desigualdad del mundo estaban condenados a morir. Desde que tenía uso de conciencia había encadenado derrotas en todas las luchas que había encabezado, como si la tierra me gritara que no tenía razón o, lo que era peor, como si la tierra pidiera llenarse de sangre y cuerpo que le sirviera de abono. Francia había caído, pero la guerra no había hecho más que comenzar. Al menos, Ernesto y yo ya habíamos sido testigos de un conflicto a las puertas de nuestra casa. Quien peor lo llevó fue Jacques.

Jacques era una de esas personas de pocos amigos y muchos conocidos. Burdeos era una ciudad pequeña comparada con Barcelona, pero lo suficientemente grande como para no conocer a todo el mundo. Jacques era uno de esos que conocían a todo al que había que conocer. Solitario y con pocas habilidades sociales de puertas para adentro, sabía desenvolverse en la vida pública con un carisma envidiable. Se había pasado la noche en vela

pensando qué había que hacer. ¿Quedarse y esperar a que los nazis no fueran tan violentos como lo habían sido en Polonia? ¿Escapar? Si esa era la mejor opción, ¿adónde?

Intenté hacerle ver que, si quería actuar, debía hacerlo el mismo día que Pétain había firmado el armisticio, cuando las órdenes todavía no se habían materializado y el caos reinaba en todo el país. No me hizo caso. Quiso indagar en qué sabían sus contactos, y hasta acudió al puerto de Pauillac una mañana por si existían alternativas marítimas para salir de la zona ocupada. En más de una ocasión, mientras se conformaba el nuevo Estado francés y nuestras oportunidades de escapar se reducían, se me pasó por la cabeza dejarlos y seguir por mi cuenta, pero con mi francés no llegaría muy lejos y podría acabar teniendo problemas. Delegar cualquier tipo de planificación, ya fuera vital o mundana, en otros me sacaba de mis casillas, pero me temía que no tenía más remedio.

Para la hora del desayuno del cuarto día parecía haberse decidido. Algo tenía en mente. Dejó claro que solo podíamos avisar a nuestros contactos más estrechos, que no invitáramos a todos los del partido y que nos reuniéramos a eso de las ocho de la tarde en su apartamento. Nuestro apartamento. En tiempos difíciles, la solidaridad podía darse hasta cierto punto.

Antes de la misteriosa cita con Jacques pasé por casa de José, que vivía en un hostal a cinco minutos a pie de la catedral, donde solía refugiarme en las horas más calurosas del día. No creía en el cielo, pero si existía, debía de hacer la misma fresca y apacible temperatura que en las catedrales, lejos del calor sofocante del exterior. El dueño, uno de esos franceses con el mentón hacia arriba y una barriga desorbitante del vino que ingería, le permitía quedarse en una mugrienta habitación con tal de que trabajara por las mañanas, cuando él se recuperaba de la borrachera de la noche anterior. José era uno de los pocos hombres con los que podía hablar tranquilo. Una de esas personas con las que la desesperación no me ahogaba por falta de comprensión. Preguntaba y sabía escuchar. Él me

hablaba de la guerra en Madrid, lo diferente que parecía haber sido la guerra en la capital comparada con lo que yo le contaba de Barcelona, con tantos grupos izquierdistas peleándose entre ellos. Yo le contaba sobre el exilio por las montañas y la sensación de entumecimiento de todo el cuerpo para cruzar por una vía segura a Francia. Lo demás me lo guardaba para mí. Aquel último día sobre Burdeos era él quien necesitaba mi soporte. Llevaba varias semanas deprimido. Echaba de menos a su familia. Con la ocupación de los alemanes y la rendición relámpago francesa había dejado caer que volvería a España. No quería enfrentarse a una nueva guerra y a todo lo que eso suponía. Fue difícil convencer al hombre contra sus instintos de añoranza, pero tras una hora debatiendo el flaco favor que haría a su esposa e hija si regresaba a España tal y como estaba el país, conseguí que recogiera sus escasas mudas y viniera conmigo.

Hacia las siete y media emprendimos el paseo a casa. Apenas quedaba nadie por la calle. La noticia del armisticio los había despojado a todos de las ganas de salir.

Al cruzar la puerta, nos dimos cuenta de que llegábamos algo tarde. Ya estaban todos allí. Ernesto estaba sentado en el sofá junto con otros dos hombres que había visto en alguna que otra reunión. Si no recordaba mal, se llamaban Alfonso y Tomás y debían de ser hermanos. Costaba diferenciarlos. Le ofrecí a José el último asiento que quedaba libre y dirigí mi mirada a dos camaradas que no conocía de nada. Estaban sentados en dos taburetes que había traído Jacques de la cocina, pero se levantaron inmediatamente a saludarme y permanecieron de pie el resto de la reunión.

—Oier, encantado. Y este de aquí es Mikel.

No hacía falta que dijeran de dónde eran. El acento lo decía todo.

—¿Vascos? —respondí estrechándoles la mano a los dos.

—De Guipúzcoa, los dos. Llevamos un tiempo aquí. Nos habíamos acostumbrado a la vidorra francesa cuando

oímos que habían llegado más exiliados.

—Basta de presentaciones —interrumpió Ernesto, que estaba empezando a perder la paciencia—. Hemos venido aquí para hablar del futuro.

—Ya tendremos tiempo para eso entonces —respondió Oier.

—No elevemos la voz. No conviene llamar la atención de los vecinos —espetó antes de proseguir Jacques, sentado en el sillón donde leía por las mañanas—. Lo que está ocurriendo es muy serio.

—Amigos, este es Jacques, un tío lejano mío. Lleva viviendo en Francia unos doce años. Doce, ¿verdad? Doce. Tiene nacionalidad francesa, y no hay alma que se mueva en Burdeos sin que Jacques se entere —interrumpió Ernesto, con ansia de protagonismo, antes de que Jacques se sonrojara levemente y nos entregara el mensaje que tenía para nosotros.

—Gracias, Ernesto. No hacía falta tanta presentación. —Se detuvo cinco segundos—. Como sabéis, Burdeos ha caído en la zona a la que llamarán Francia ocupada. Nadie sabe exactamente qué va a pasar, pero más vale pecar de precavido que de no haberlo sido. Hoy he ido al ayuntamiento a hacer unos trámites que tenía pendientes y he hablado con mi pareja de póker, Antoine, que trabaja en la administración de la casa consistorial. Ellos no tienen ni idea de cómo ni cuándo se va a conformar la división de Francia en su totalidad, pero me ha sugerido que si quiero salir de aquí, lo haga cuanto antes. Os he citado en casa con el equipaje hecho porque me voy a Toulouse antes de que la frontera sea impenetrable. Quien quiera tiene espacio en mi furgoneta.

—¿Qué haremos en Toulouse? —preguntó Oier.

—Ganar tiempo. Conozco un tipo allí que podría alojarnos. Por dinero, evidentemente. Es un poco austero, pero si les somos útiles, nos ayudará. Yo tengo ahorros de todos estos años que me darían para sobrevivir dos meses, tres a lo sumo. Se llama André. Además, Toulouse es la capital de los exiliados. Creo que para vosotros es la mejor

opción. Quizá podáis contactar con los vuestros y ellos os podrán ayudar. Yo poco más puedo hacer.

Reflexionamos durante unos segundos, escasos, pues Ernesto volvió al ataque.

—¿Qué hay de la Francia libre? Dicen que el general De Gaulle se niega a rendirse y que va a organizar un ejército. A mí no me importaría matar nazis.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga. Ningún pariente mío va a ir a la guerra. Ya he perdido a demasiados. Tú, a Toulouse.

De pronto, se me ocurrió preguntar por ese tal André.

—Jacques, ese contacto del que hablas ¿es de confianza?

—No te preocupes. Es un viejo amigo de cuando vine a Francia. Como al principio no encontraba trabajo, comprábamos tabaco barato en la frontera con España y lo vendíamos por debajo del precio de coste en la zona sureste del país: desde Carcasona hasta Narbona.

Noté en el resto de los invitados que tenían mucho sobre lo que reflexionar. Eran conscientes de que la idea de Jacques tenía pocas fisuras. Si existía la posibilidad de escapar del control nazi, este era el momento. Pero huir nuevamente suponía una nueva carga, un nuevo viaje a un destino desconocido. Yo ya lo tenía decidido. No había nada que pensar; solo necesitábamos actuar. Se nos había hecho demasiado tarde. Quizá al otro lado me permitirían tomar un barco a Orán. Ahora que el mundo parecía gobernado por un solo poder, no tenía por qué haber inconveniente alguno. No sabía nada, y lo desconocido me permitía oscilar entre la esperanza por ver a Aitana y la desilusión por ver el mundo arder.

—Si estáis de acuerdo, nos vamos. No perdamos más tiempo.

Mientras el resto recogía sus enseres, eché un último vistazo a mi habitación por si me dejaba algo. Había hecho una mochila aún más pequeña que la anterior vez que dejé mi hogar. En Burdeos dejaba menos presencia que en Barcelona, pero ver la cama de invitados recién hecha, con

sábanas limpias y sin una sola fotografía, libro o lápiz que indicara que alguien habitaba el cuarto me generó cierta tristeza.

Bajamos deprisa pero sigilosamente las escaleras. Todos llevábamos una mochila a nuestras espaldas excepto Jacques, que agarraba una maleta en cada mano. No teníamos comida, no había por qué, pues en principio el viaje era mucho más cómodo de lo que fue nuestro paso por el Pirineo. Salimos del portal, y Jacques nos indicó con la cabeza que lo siguiéramos. La noche, más silenciosa de lo normal, me hacía sentirme expuesto. Caminábamos, sin llegar a correr, lo más rápido que podíamos. Parecíamos fugitivos. La luna brillaba casi plena en un cielo carente de nubes, por lo que no había manera de pasar desapercibidos por la ciudad. Cualquiera que mirara por la ventana sabría reconocernos. No éramos sombras en la ciudad.

La furgoneta se encontraba bajo un puente a las afueras de la ciudad, llena de combustible y lista para partir. Jacques lo había planeado todo al detalle. Ya en la carretera, observamos luces de otros vehículos a lo lejos. Vehículos con los que no nos cruzamos, ya que Jacques había escogido transitar por las secundarias carreteras de las ya carreteras secundarias. La tensión era palpable durante el trayecto. Jacques, todo un temerario al volante, se negó a encender las luces del coche. Yo iba detrás, junto a Mikel y Oier. Tomás, Alfonso y José viajaban en la parte del fondo. Ernesto, de copiloto, incluso respetó el silencio que compartimos hasta pasar la nueva frontera impuesta por los alemanes. Ya en territorio aparentemente seguro, hicimos un descanso a la altura de Langon. Para llegar a Toulouse solo había que seguir el río Garona un par de horas más. Tuvimos suerte. Si hubiéramos pospuesto nuestro viaje unos pocos días, nos habríamos topado con destacamentos de la Wehrmacht que impedían el libre tránsito entre las dos Francias, una barrera que rara vez se movía para dejar pasar a los civiles y una ametralladora que amenazaba a quien se propusiera hacerlo.

18
La ratonera de Vichy

Trasladarnos a Toulouse fue lo mejor que podíamos haber hecho y, sin embargo, acabamos en una ratonera. Al mes de instalarnos, nos dimos cuenta de que en la Francia ocupada nos habrían detenido en cuestión de días. Probablemente, la casa de Jacques ya había sido registrada tras el chivatazo de algún vecino que no nos quería allí. Se habrían deshecho de los libros prohibidos como habían hecho años atrás con los textos considerados «peligrosos» y habrían buscado pistas sobre nuestro paradero. Por suerte, habíamos dejado todo bien atado antes de salir. Jacques y yo nos encargamos de ello. Temía por nuestros camaradas, los que se habían quedado en Burdeos, los que no habían tenido la oportunidad de venir con nosotros. Nos marchamos sin avisar a nadie, dejando la casa vacía de un día para otro. Había sido necesario hacerlo de esa manera.

André nos había permitido alojarnos en uno de sus apartamentos a cambio de trabajar para él cargando y descargando sus productos de contrabando cuando bajaba el sol. Se trataba de una tarea sencilla pero peligrosa para lo pequeña y poco acogedora que era la casa. Parecía un vertedero. Estaba a cuarenta minutos andando del centro y carecía de electricidad. Ninguna ventana cerraba y el agua salía sucia del grifo. Cada día me despertaba con una o dos cucarachas sobre el colchón, siempre y cuando aquella noche me tocara dormir en él. La casa solo tenía una cama de matrimonio que íbamos turnando cada siete días entre los siete. Los tres agraciados de la semana dormían pegados sobre ella mientras un cuarto lo hacía en un incómodo sofá que dañaba mis cervicales cada vez que me despertaba por

la mañana. Las peores semanas eran las del suelo, pues uno amanecía con todo tipo de picaduras por el cuerpo y la espalda dolorida. Siete personas convivimos alrededor de tres meses en un apartamento infestado de bichos y sin apenas espacio para nada. A veces, cuando las ratas se nos colaban por la ventana, éramos más de siete inquilinos. Todos y cada uno de nosotros enfermamos al menos una vez, y André decidió que los días que no acudíamos a trabajar no los cobraríamos. Al ser el más delgado y enclenque de todos, falté nueve veces, por lo que me gané la fama de debilucho.

El único que no trabajaba para André era Jacques, a quien le había alquilado una habitación en el centro de la ciudad que pagaba de su propio bolsillo. Como solo hacíamos vida de noche, apenas le habíamos visto en todo este tiempo, lo que había causado desconfianza a Ernesto. Jacques era un hombre fácil de gestionar, amable e incluso generoso, pero si había algo que no toleraba era no poder dormir sus siete horas por la noche. Él vivía de día y descansaba de noche, lo normal en personas que no tenían de qué preocuparse.

El día era demasiado peligroso para nosotros. En la Francia ocupada habríamos muerto; en Vichy sobrevivíamos. No había espacio para la vida. Desde que llegamos fuimos conscientes del riesgo que corríamos en Toulouse. Poco quedaba de lo que meses antes había sido la capital de los exiliados. Por un lado, debíamos andar con cautela para no llamar la atención de la policía francesa. Por el otro, según nos contaban Ernesto, Alfonso y Tomás, los menos precavidos y quienes más salían al exterior en horas de luz, era frecuente ver a alemanes uniformados refrescarse en las cafeterías. Los nazis amaban Francia y sus pasteles. También nos dimos cuenta de que el pasado nos pisaba los talones. La desaparición de la Francia democrática llevó a Franco a tener vía libre en la nueva Francia controlada por los nazis. Los dos dictadores se llegaron a reunir en la localidad francesa de Hendaya para negociar la posible intervención de España en la nueva

guerra. Aunque finalmente no llegaran a un acuerdo, las simpatías entre ambos sistemas eran evidentes y la policía franquista contaba con el beneplácito de la Francia sometida para terminar lo que no pudo completar en 1939. Así, el dictador español envió a José Félix de Lequerica en calidad de embajador a cazar republicanos exiliados.

No solo cayeron en sus manos cientos de civiles que trataron de escapar de las garras del fascismo cruzando la frontera a pie hacía poco más de un año. También políticos como Companys, que había vivido en París hasta la fecha y se mudó cerca de Nantes tras el armisticio, fue capturado y deportado a España, donde lo torturaron y lo condenaron a morir fusilado. Manuel Azaña sufrió la misma persecución que el antiguo presidente de la Generalidad, pero su avanzada edad hizo que falleciera antes de que ninguna autoridad le llegara a imputar cualquier delito. El entierro tuvo lugar el día 5 de noviembre, sin embargo el adiós al difunto presidente de la República pasó desapercibido para la gran mayoría. Pétain había prohibido que se le enterrara con honores de jefe de Estado y no aceptó que el féretro fuera cubierto por la bandera tricolor. Si tenía que ser enterrado con la bandera de su país, debía emplearse la rojigualda.

Los republicanos exiliados éramos seres molestos a los que nadie quería tener en cuenta, como esas moscas que incomodan a la hora de comer pero que nadie les otorga la importancia mínima como para levantarse y acabar con ellas definitivamente. Éramos, pues, moscas que incordiábamos. Solo México intervino para dotar de cierta decencia y humanidad al funeral de Azaña. Lo hizo su embajador afincado en Francia adoptando su figura, tal y como lo había hecho el país adoptando a miles de españoles. De esta manera, Azaña fue enterrado con la bandera de México.

Nuestro turno cayó varias semanas después, al ocaso del mes de noviembre. De las tres opciones que teníamos de caer en manos del enemigo, al menos fue la policía francesa la que nos encontró primero. En un primer momento, culpé

a Ernesto y los demás de ser los responsables de nuestra detención. Mikel, Oier, José y yo apenas habíamos salido de casa en tres meses, dedicando nuestro tiempo a la lectura y la escritura. A veces conseguíamos una botella del vino más barato para amenizar las largas horas del día. Fueron meses duros encerrados en aquella casa, lidiando con pensamientos intrusivos de un pasado que no paraba de venirme a la cabeza. Para liberar mi cabeza de asuntos que no podía remediar, trataba de mantenerla ocupada. En el apartamento solo había dos libros: una Biblia y un diccionario. El primero me mostraba el contenido de mi pasatiempo, y el segundo me servía de herramienta para su comprensión. Con ellos pude mejorar mi francés y afiancé aún más mi posición atea ante las incongruencias divinas de la palabra de Dios.

Mientras, Ernesto, fundamentalmente, había incluso entablado conversaciones con varios españoles que decían ser de no sé qué «resistencia». Cuando vinieron a por nosotros, gritando en francés y con las armas apuntando a nuestra cara, estábamos todos en casa. De hecho, Ernesto estaba a punto de salir para conocer a parte del grupo de españoles que afirmaban combatir el poder colaboracionista. Se disponía a abrir la puerta cuando los policías la echaron abajo. No había forma de escapar. Antes de que nos llevaran a la comisaría, corrí a la habitación. Abrí el segundo cajón de la mesilla y conseguí guardar dentro del calzoncillo las notas que había ido escribiendo estos meses de encierro. No me dio tiempo a levantarme para cuando dos policías me agarraron de la nuca y me lanzaron contra el suelo. Aún me dolía el cuello de la noche anterior, por lo que grité, quizá desde hacía un año, por primera vez.

En cuanto nos inmovilizaron a todos, nos hicieron bajar por las escaleras hasta llegar al portal, donde nos esperaban tres coches de policía con las luces puestas. Sabían cuántos éramos exactamente y el espacio que necesitaban para conducirnos a la comisaría. No se trataba de una redada cualquiera. Nuestro traslado forzoso apenas

llamó la atención de ningún viandante. Y si lo hizo, giró la cabeza evitando todo contacto con la autoridad. A mí me tocó, una vez más, sentarme con Ernesto en uno de los coches. Ya no tenía claro si era una burda casualidad o si todavía estaba en deuda con él por haberme salvado la vida cruzando el Pirineo. Lo que tenía claro era su incapacidad de quedarse callado por más de un minuto. Pese a que iban armados, se pasó el viaje insultando a los policías, que no paraban de decirle que se callara. En el vehículo de delante marchaban Oier y Mikel. Reconocía la altura de Oier, que iba en la parte izquierda del asiento trasero. El de en medio era nuestro coche. En el tercero iban José, Tomás y Alfonso. No fue un camino largo. A los diez minutos nos hicieron bajar y nos metieron a todos juntos en el calabozo sin decirnos de qué se nos acusaba o quién nos había delatado por según qué delito. Allí nos esperaba Jacques, de brazos cruzados y murmurando en francés.

—*Mon dieu*, ¿qué hacéis vosotros aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —respondió Ernesto—. Han venido a nuestra casa, nos han arrestado y nos han traído aquí. Putos franceses de mierda —escupió al suelo.

—¿Qué hostias hacemos todos aquí? —Mikel completó la pregunta. Era de esas personas que no hablaban nunca, pero cuando lo hacía, siempre cargaba sus palabras de solemnidad y agresividad.

Oímos un ruido que procedía del pasillo. Un policía gordo, prácticamente incapaz de caminar por sí solo, nos mandó callar desde la distancia.

—Yo sé quién nos ha entregado —Jacques bajó el tono —. Ese hijo de puta, nunca debí haberme fiado de él. No es la primera vez que me la juega.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—André. Él nos ha entregado a la policía. A vosotros por españoles fugados y a mí por colaborar. Maldita sea, dicen que si soy comunista. ¡Comunista yo!

—Yo ya sabía que no debíamos haber confiado en él.

—¡Habérmelo dicho!

—Confiaba en ti.

Una vez más, volvía a tener razón. Una vez más, supe desde el principio que no debíamos habernos fiado de André. Jacques, que por primera vez le había visto con aspecto desafiante y repleto de ira, se levantó e intentó calmarse. Tenía una gran voz, pero nunca la había empleado para gritar a nadie.

—¿Por qué iba a entregarnos? Trabajábamos para él, le hacemos el trabajo sucio. Llevamos haciéndoselo desde junio —se sumó Oier.

—Es un mercenario. Se arrima al sol que más calienta. Me llamó por la mañana para decirme que las cosas estaban peor últimamente, que el nuevo Gobierno vigila mucho más qué entra y qué sale de la ciudad, y que le habían pillado. Nosotros somos su soborno. Nos ha vendido para que le dejen en paz por un tiempo. Antes de que pudiera salir de casa ya había un coche de policía esperándome en la puerta. Cuando éramos jóvenes se quedó en más de una ocasión la parte que me correspondía, pero no pensaba que pudiera ser un traidor.

—Por lo menos a ti te ha llamado para decirte que venían. A nosotros nadie nos ha dicho nada. Si no hubieran avisado, podríamos haber invitado a los francesitos a una buena tortilla de patatas —dijo con cierta ironía Ernesto.

—En fin, creo que tenemos problemas más graves por los que preocuparnos ahora mismo. ¿Qué significa esto? ¿Nos llevarán de vuelta a España? —intenté tranquilizarme y sopesar qué posibilidades teníamos de salir con vida de aquel atolladero.

—Nadie ha sabido decirme nada. Creo que ni ellos mismos lo saben. ¿Os han interrogado?

—Aún no.

Efectivamente, no tenían ni idea. Desde Vichy tenían ciertas órdenes que a su vez estaban supeditadas a las normas de París, que provenían directamente de Berlín. Mientras agotaban sus esfuerzos en detener a judíos y comunistas que consideraban peligrosos para el Gobierno, los españoles éramos considerados una lacra. Conformábamos un colectivo incómodo para todos. Lo

suficiente como para saber que no merecíamos la libertad, pero no como para darnos una rápida respuesta. Nuestro futuro dependía directamente de lo que pasara en la guerra.

19
La Gestapo en Vichy

Pasaron dos días hasta que la policía reclamó a alguien que hablara francés. Jacques, el único que lo hablaba de forma fluida, exigió que le acompañara uno de nosotros. Así se sentiría más seguro. El joven policía accedió de malas maneras. Ernesto se ofreció, pero insistió en que yo fuera el acompañante. «Si me llevaba a Ernesto, nos mataban a ambos», me susurró al oído mientras nos guiaban por un estrecho pasillo a una sala sin ventilación. Ignoraba si se trataba del calor que hacía o del agobio que tenía encima, pero no paraba de sudar. Dentro nos esperaban dos hombres. El primero, el que se nos dirigió en toda la reunión, debía de ser uno de los superiores de la comisaría. Tenía la bragueta bajada, y el botón de la camisa a la altura de su ombligo parecía a punto de estallar. El de al lado era alemán. Vestía un uniforme negro que cubría su blanca camisa adornada con una corbata del mismo color que la chaqueta. En el pico de su gorra lucía una calavera y la esvástica nazi coronada por un águila plateada, pero no tardó en quitársela del calor que hacía. Debía de tener unos cuarenta años. Rubio y con una mirada penetrante, realmente parecía pertenecer a una raza superior comparándolo con el francés. Era la primera vez que tenía ante mí a un nazi.

El alemán no se dirigió a nosotros en ningún momento. Tan solo escuchaba las respuestas de Jacques. Al policía le costaba entenderle. Su acento era vulgar, distinto al francés que me había acostumbrado a escuchar en la radio. A Jacques, además, se le notaba un tanto sobrepasado por la situación. El alemán lo incomodaba. Hablaron alrededor de

diez minutos sobre, según llegué a entender, nuestro origen español y nuestro propósito en Francia. En un momento dado, el alemán levantó ligeramente la mano izquierda para que el comisario dejara de hablar y le dijo algo inaudible al oído. Entonces, el francés se excusó y ambos salieron al pasillo, dejándonos solos.

—No sé por qué te he acompañado. No me he enterado de nada —me quejé.

—Creo que el alemán quiere algo de nosotros —especuló Jacques.

—¿Qué va a poder querer de nosotros? Si no tenemos nada. Nos lo han quitado todo.

—Me ha preguntado por todos los detenidos. Nuestra edad, si nos habíamos instalado en Francia en calidad de refugiados o íbamos por libre, nuestra profesión.

—¿Qué le has contestado?

—¿Qué voy a contestar? Si no sé ni la mitad de vuestra vida. Solo he contado que muchos de vosotros participasteis en la guerra de España en el bando republicano. Ha sido entonces cuando el alemán le ha hecho el gesto de salir al gabacho.

Me quedaban piezas para resolver el rompecabezas, pero intuía que los alemanes nos querían vivos para alguna cosa que en ese instante se me escapaba. No preguntaban por información valiosa que pudiéramos tener. Por alguna extraña razón, no les interesaba lo que sabíamos. Tenían puestos los ojos en nosotros. Si algo tenía claro era que no nos iban a matar.

—No vamos a morir aquí —dije en voz baja, casi para mí, aunque Jacques alcanzó a oírme.

Se volvió a abrir la puerta. Esta vez solo estaba el agente de la Gestapo, que se quitó por segunda vez la gorra y nos miró fijamente a los ojos antes de liberar su rostro fruncido y echarse hacia atrás en la silla. Con un cabello rubio dividido por una raya del pelo escorada a la izquierda y unos ojos azules que sofocaban cada vez que me miraban fijamente, era el prototipo perfecto de hombre alemán. Si me lo hubieran preguntado, habría incluso admitido que

contaba con una belleza masculina evidente.

—Disculpen el comportamiento anterior. Quería confirmar ciertas inquietudes antes de seguir adelante. Mi nombre es Sebastian Richter. Pertenezco a la sección IVA1 de la Geheime Staatspolizei, pero eso ahora mismo les da igual. Lo olvidarán en cuanto salgan de aquí.

Nos pilló desprevenidos. No pude disimular la cara de asombro de su perfecto castellano con notorio acento germánico. De todos modos, no había pasado desapercibido que sus palabras evocaban una salida.

—Estamos en Francia. La Gestapo no tiene autoridad aquí. De hecho, ni siquiera sabemos de qué se nos acusa exactamente —me atreví a hablar ante el *shock* de Jacques.

El nazi resopló como si le molestara el esfuerzo que debía tomar para explicarse.

—Le permito esta falta de respeto, señor Morales —confirmó mi apellido en el registro de la detención—. Sin embargo, no le dejaré repetirlo. Estamos, como yo lo llamo, ante una situación delicada. Me da la impresión de que ustedes han pasado demasiado tiempo ocultos. Si la información que me ha llegado es cierta, no formaban parte de la Compañía de Trabajadores Extranjeros, por lo que no se les ha acoplado ni se les acoplará al Grupo de Trabajadores de la nueva Francia. ¿Me equivoco? —Silencio. Incertidumbre—. Aquí tengo una lista de nombres y apellidos de los españoles refugiados que han pasado por los campos franceses. Argelès, Vernet d'Ariège, Gurs. No les han tratado muy bien estos franceses, por lo que veo. Mejor dicho, a sus compatriotas. Ustedes no figuran en la lista —dijo mientras manoseaba unos papeles que tenía encima de la mesa—. De usted, señor, no tengo nada. Solo sé que ha pasado media vida en Francia y que ha cometido varios delitos sin importancia. —Tras acabar con Jacques volteó la cabeza hacia mí—. Pero de usted, señor Morales… Activo en acciones subversivas durante la República, sobre todo en la huelga de alquileres de Barcelona. ¿Qué más tengo por aquí? Eso es, afiliado al Partido Socialista Unificado de Cataluña. De sus actividades comunistas en la guerra las

autoridades españolas no tienen nada. Deduzco que se deshizo de ellas antes de la derrota.

Sus palabras no solo se alzaban amenazantes. Todo lo que había dicho sobre mí implicaba un peligro aún mayor. En España había gente que me quería ver frente a un pelotón de fusilamiento. ¿A cuántos de nosotros nos tendrían vigilados? Si sabían de mi vinculación al PSUC, entonces lo tendrían fácil para ir tras los pasos de Aitana. O peor aún, podían hacer una visita en Palma a mis padres.

—Yo, de verdad, sin ofenderle, me gustaría saber qué quieren ustedes de nosotros —intervino Jacques con tal de calmar el ambiente.

El alemán consultó su reloj de muñeca antes de contestar.

—No es tanto lo que nosotros buscamos en ustedes, sino lo que ustedes pueden proporcionarnos a nosotros.

Jacques y yo nos miramos con desconcierto.

—Creo que no acabamos de entenderle del todo —me aventuré a decirle.

—Oh, yo creo que sí. No sean tan modestos. Ustedes tienen un mundo a sus espaldas. Saben lo que es una guerra. Hasta la fecha el Reich no ha hecho sino cosechar victorias en el campo de batalla. Y todo indica que así seguirá en las futuras campañas que quiera emprender *herr* Hitler. No obstante —se detuvo por un segundo alargando la última vocal—, muchos de nuestros hombres han tenido que dejar su rutina para marchar al frente. Aunque me vean vestido con chaqueta y corbata, yo mismo fui jardinero en tiempos de paz y de incivilización. Ahora no estamos en temporada, pero cerca de mi casa, allá en Baviera, planté decenas de lirios de los valles —cerró los ojos por un segundo e inspiró—. Su aroma les encantaría, estoy seguro. Son de un color blanco hermoso, y tienen forma de campana. Las llamamos campanitas de mayo. Nuestra Alemania me la imagino así, como un gran jardín. Por cada mes que pasa, conseguimos más tierras para cultivar, regar y cuidar nuestra cultura. Pero cada nueva hectárea es una mayor responsabilidad para el jardinero. No se debe apartar

la mirada de tu jardín para poner los ojos en el del vecino. Hay que seguir regando cada metro cuadrado del jardín y, por supuesto, arrancar las malas hierbas. Ya saben a quiénes me refiero. Ustedes las arrancaron con los Reyes Católicos. Con la guerra y nuestros valientes muchachos esparcidos por toda Europa, necesitamos a gente que riegue nuestras parcelas, nuestros huertos y jardines.

La cara de Jacques era un cuadro. No había entendido absolutamente nada de lo que el agente de la Gestapo nos estaba diciendo.

—Queréis que trabajemos para vosotros —dije.

—¡Ahora nos estamos entendiendo! —exclamó a la vez que dio una palmada—. Sin hombres fuertes capaces de soldar vigas o de cargar ladrillos nuestra nación no puede prosperar. Pero para ello no nos vale cualquiera. Necesitamos a gente inteligente, no solo fuerza bruta. Hombres que sepan un mínimo de ingeniería.

No quise mover un solo dedo para que el nazi no sospechara sobre mi absoluta ignorancia en esas artes. En la guerra, nadie necesitaba a un hombre de letras.

—¿Y si no sabemos soldar ni tenemos formación de ingeniero? —preguntó torpemente Jacques. Le di un pequeño tirón del pantalón por debajo de la mesa para que no siguiera hablando.

—En ese caso, supongo que tendremos que buscar a otra gente. No malinterpreten mis modales, pero si no pueden beneficiarnos, tendremos que prescindir de ustedes.

Me vi en la obligación de intervenir.

—No hará falta. Como ve, nos conocemos entre nosotros. Somos un buen grupo. La mayoría, con experiencia en el ámbito civil y militar. Sabemos idiomas y solo buscamos una forma de vivir a través de nuestro trabajo.

—Eso me gusta más. Buenos chicos. Una pena que sean rojos. Si es verdad lo que dice, no le importará que lo compruebe con los demás compañeros. Por separado —sonrió con maldad mientras miraba por segunda vez su reloj.

El nazi gritó algo en alemán y el comisario entró para sacarnos de allí. Volvimos por el mismo pasillo por el que habíamos pasado minutos antes. En el camino le susurré a Jacques que no abriera la boca si no quería meternos en más problemas. Cuando se abrió la última puerta antes de llegar a la celda compartida, los compañeros se giraron inmediatamente hacia nosotros. Al comprobar que no nos habían hecho nada, José resopló. El comisario nos empujó al interior del calabozo. Nos encontrábamos en el punto de partida, solo que esta vez contábamos con la ventaja de saber lo que querían de nosotros.

—¿Y bien? —se impacientó Ernesto.

—Preguntadle a él. A mí me ha dicho que no diga nada más a partir de ahora —refunfuñó Jacques.

El grupo se congregó a mi alrededor como si tuviera la solución a todos nuestros problemas.

—Cuéntanos, Alfredo. ¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó José.

—Vamos a tener que trabajar para el Tercer Reich.

20

EN EL CORAZÓN DEL NAZISMO

Diez minutos por persona. Esa era la media que estaban tomando los interrogatorios del agente de la Gestapo. Primero fue Alfonso, seguido de Tomás. Después le tocó el turno a Ernesto, con el que se alargó veinte minutos. Jacques ni se dio cuenta, pues sabía que tenía que enfrentarse a Richter una vez más, pero esta vez sin mi compañía. Empapado en sudor, tenía la mirada perdida y balbuceaba en francés. Además, fue el último en entrar, justo después de mí, que había sido el relevo de José. Ser el último no le agradó en absoluto. Por lo general, las preguntas fueron las mismas para todos. Nos hizo repetir nuestros nombres y nuestras actividades durante el exilio en Francia. Trató de sacar más nombres de nuestros camaradas en Burdeos, pero no se le veía demasiado interesado en ello. Las preguntas iniciales parecían más una formalidad que otra cosa. Donde realmente prestó atención fue en nuestras cualidades profesionales.

Antes de que se nos llamara uno a uno, alerté a los demás de mis sospechas. Debían subrayar que eran aptos para cualquier puesto relacionado con la mecánica, la construcción y la ingeniería. Fue relativamente fácil, puesto que la mayoría habíamos trabajado aquí y allá antes y durante la guerra. Mikel y Oier habían compartido años trabajando en una fábrica de papel en Rentería, cerca de San Sebastián. José había trabajado en una fresadora que durante la guerra fue orientada a la producción de material bélico para el bando republicano, y Alfonso y Tomás habían formado parte del equipo que reconstruía los puentes improvisados que hundían los franquistas para impedir el

paso republicano en la batalla del Ebro. Ernesto había trabajado en el campo toda su vida, y los últimos años antes del estallido de la guerra se dedicó a vender helados en su ciudad natal, Tarragona. Sin embargo, el alemán no dudó en juntarlo con los demás por su altura y musculado físico. No podía decir lo mismo sobre mí. Si no hubiera sido por mi breve experiencia en el taller del Prat Vermell, jamás habría seguido unido al grupo. El único que no pasó la prueba fue el pobre Jacques. Después de habernos ayudado tanto, no pudimos hacer lo propio. Tenía cincuenta y siete años, no estaba en óptimas condiciones físicas, y su formación se limitaba únicamente al funcionariado y al contrabando. Dijo que sabía idiomas, que conocía el francés y el castellano y que sabía manejarse en italiano. No obstante, no había espacio para la enseñanza. En aquella Alemania nadie quería aprender. Daban una orden y el otro la cumplía. Eran el ejemplo perfecto de la eficiencia y de la falta de humanidad.

No hubo despedida. Nada más terminar los interrogatorios individuales, Richter ordenó que se nos trasladara rápidamente de la comisaría a un apartamento protegido por unos matones franceses de poca monta. Se despidió del comisario con un apretón de manos y se intercambiaron unas palabras que, por la distancia y el ruido de los matones, no pude distinguir, pero algo extraño pasaba con nosotros. Los policías no nos habían tomado declaración oficialmente, y nuestro traslado se llevó a cabo en extrañas y precarias circunstancias. Nadie salvo el agente de la Gestapo y su compinche francés tenía una voz con la suficiente autoridad como para notificar que habíamos sido detenidos. Al día siguiente, apartaron a Jacques del grupo. Simplemente no subió con nosotros al tren que nos llevó a tierras germanas. Nunca más supimos de él.

Ernesto se negó a hablar del tema. La separación fue tan abrupta que todos pensamos que se sumaría al vagón en cuestión de minutos. Pero el último tren del día con rumbo a quién sabe dónde cerró sus puertas y las máquinas

empezaron a funcionar. Todos echamos la vista al andén, con la vaga esperanza de que apareciera de la nada con un agente que ordenara al tren detener su marcha. Nada de aquello ocurrió. En contra de nuestra voluntad, el tren aceleró y aceleró hasta estabilizarse y emprender su viaje. Nuestro vagón era de tercera clase por lo menos, y nadie más allá de nosotros nos encontrábamos en él. Al poco, se detuvo hasta tres veces, y en cada estación se sumaron más grupos de hombres a los que jóvenes con uniforme similar al que llevaba Richter obligaban a subir a los vagones que quedaban libres. Alemania ya había encontrado a los hombres que salvarían su economía.

—¿Adónde pensáis que nos llevan? —José rompió el silencio.

—A trabajar para esos nazis de mierda. Ya lo sabes —respondió Ernesto. Era la primera vez que hablaba desde que Jacques ya no se encontraba entre nosotros.

—Eso lo sé. Me refiero a qué ciudad, o pueblo.

—Ojalá nos lleven a Múnich —dijo Alfonso.

—¿Múnich? ¿Y qué se te ha perdido a ti en Múnich? —preguntó Tomás, sorprendido por las preferencias de su hermano.

—¿Eso no está cerca de Suiza? Podríamos escapar por las montañas y cruzar la frontera a pie. Es el único país neutral al que podemos acceder. Allí no nos buscaría nadie. Podríamos movernos con total libertad.

—Alfonso, es lo más estúpido que he oído en mucho tiempo —me salió del alma—. De Múnich a Suiza hay más distancia que de Zaragoza a Madrid. ¿De verdad piensas que puedes atravesar toda una zona montañosa en tan vasto lugar, a pie y sin conocer el terreno?

—Por lo menos yo intento que nos mantengamos optimistas —respondió dolido ante mi insensible reprimenda.

—Yo creo que nos enviarán a alguna ciudad industrial de la talla de Dresde —Tomás trató de destensar el ambiente—. Solo nos queda esperar. Pues esperemos. En breve sabremos qué harán con nosotros.

Una vez más nos tocó esperar. El viaje duró tres días. Durante aquellas setenta y dos horas no pasó gran cosa. Los alemanes encargados de vigilarnos solo hablaban alemán, y tampoco habrían respondido nuestras preguntas si hubieran tratado de entendernos. Se limitaban a traernos un pequeño bollo de pan acompañado de embutido alemán de mala calidad, y después nos dejaban solos hasta el día siguiente. Donde la gente solía colocar las maletas, justo en la parte delantera del vagón, había un bidón de agua que debía valernos para un viaje que, por otra parte, no sabíamos cuánto duraría. Nadie nos decía dónde ni en qué puesto trabajaríamos, pero por el trato recibido parecía que nos querían bien alimentados. La primera noche oímos cierto barullo en el vagón contiguo que rápidamente se encargaron de sofocar los alemanes. No pude identificar el idioma, aunque tenía la certeza de que no se trataba de españoles.

Con nosotros lo tenían fácil. Apenas abrimos la boca el tiempo que el tren estuvo en marcha. Todos estábamos preocupados por el pobre Ernesto. No quería hablar con nadie, se pasaba las horas mirando por la ventana de su asiento y haciendo caso omiso a nuestras estúpidas preguntas que pretendían animarle con penoso resultado. Le imité y me dediqué a contemplar el paisaje de afuera apoyado en una de las ventanas del lado izquierdo del tren. Los últimos meses las únicas ventanas por las que había podido mirar daban a un patio con hedor a orina del edificio de enfrente. En cuestión de horas habíamos pasado por una zona montañosa, prados de un color verde que hasta aquel momento mis ojos jamás habían contemplado y colosales campos de cereales. Cada kilómetro que avanzábamos me alejaba aún más de cualquier lugar al que había llegado a considerar hogar en algún momento de mi vida. Nunca en mi vida había llegado tan lejos.

El transporte frenó en un par de ocasiones. Tres quizá. En cada una de ellas, uno de los grupos que habían ido recogiendo fue forzado a bajar, para inmediatamente reanudar nuestra marcha. En ninguna de las ocasiones

fuimos capaces de reconocer los pueblos en los que nos deteníamos. No se leían letreros ni carteles que nos dieran un solo indicio de nuestra ubicación. «¿Cuándo nos tocará?», nos preguntábamos cada vez que el tren paraba en alguno de los pueblos sin nombre. Pero nuestra parada no llegaba. El vehículo emprendía el camino una vez más, y nuestro destino seguía siendo una incógnita.

Al fin el maquinista decidió que habíamos viajado suficiente por el momento, y que una gran ciudad sería nuestro nuevo escenario —aunque no el último—. A medida que nos acercábamos, el tren comenzó a ralentizar y a pasar por pequeños pero numerosos pueblos sin mucha densidad de población. Era de noche y la gente dormía. Un par de horas antes habríamos podido ver a mujeres llevando las últimas compras del día o a niños correteando cerca de las vías. Al poco, la iluminación de la metrópoli llamó mi atención. Hacía tiempo que no veía una ciudad tan llena de luz y de vida. Pese a la guerra, parecía que los alemanes no temían a lo que pudiera descender de los cielos. Se sentían protegidos bajo las palabras de su *Führer*. No conseguí distinguir ninguno de los monumentos enigmáticos de la ciudad que pudieran darme algún indicio de su nombre, pero sabía que estaban allí, entre la penumbra y la luz de las farolas. El tren se detuvo en una estación en la que nos esperaba, curiosamente, el mismo hombre que nos había traído hasta aquí. Acompañado de otros dos agentes de menor rango, imponía aún más que la primera vez. Debía de haber llegado en otro tren, mucho más rápido y acogedor que el nuestro. O quizá había hecho el viaje en uno de esos coches negros que habíamos visto en Toulouse a menudo.

Al bajar, contemplé la estructura de la estación y comprobé el eco que rebotaba en las paredes gracias a los gritos de los alemanes que instaban a los restantes a salir del tren. José susurró, antes de que uno de los policías lo mandara callar, que la estación tenía cierto aire a la de Atocha, allá en Madrid. Hacía frío y no teníamos ninguna chaqueta con la que cubrirnos. Por no tener, no teníamos ni

ropa para cambiarnos. Richter nos obligó a colocarnos frente a él. Con esa maldita sonrisa en la boca comenzó a hablar.

—¡Buenas noches, españoles! Un placer volver a verlos. Espero que hayan tenido un viaje placentero —repasó nuestras caras realizando un paneo con su mirada—. Alegren esas caras, están en Berlín. Compartirán hogar con *herr* Hitler. ¿No les parece emocionante?

Berlín. Estábamos en Berlín. Nos habían traído al corazón del nazismo.

—¿Dónde está mi tío? —se atrevió a preguntar Ernesto. Era el único con agallas de mantener la mirada al nazi. Se lo debía a su tío. Fue la única vez que Richter eliminó su sonrisa de la cara y mandó a sus dos hombres a aleccionarlo. Uno de ellos lo agarró por detrás mientras el segundo le pegó en las costillas. El de Tarragona podía con ello y más. Se levantó y siguió tan erguido como nosotros.

—Tu tío está donde se merece. Y allí irán más españoles como tú si no os comportáis como es debido —con el corazón y el pulgar se rascó el entrecejo—. Estamos todos cansados. Lo entiendo. En breve subirán al autocar y los llevarán a su nueva casa. Les darán un techo, agua, comida, y hasta un salario con el que podrán realizar sus compras. Ahora forman parte de la cadena de producción del Tercer Reich. Enhorabuena.

Las sandeces del hombre que nos había traído a Berlín siguieron un buen rato hasta que, tras el bostezo de uno de sus hombres, comprendió que el monólogo estaba durando demasiado. Nos hicieron subirnos al autobús y el conductor puso rumbo a dondequiera que estuviera nuestra nueva casa. Trenes, autobuses, coches de policía. Estaba harto de que fuéramos los juguetes de franceses y alemanes. ¿Dónde residía nuestra dignidad? Al parecer, en ninguna parte. Nuestra humillación se había extendido desde lo alto del Pirineo a toda Francia, y ahora llegaba hasta Berlín.

CUARTA PARTE
ALEMANIA

21
Un amor en Berlín

Comencé a hacerme a la idea de que el mundo estaba regido de pequeñas casualidades que, si uno se esforzaba lo suficiente y estaba acertado, podía llegar a percibir. Todo suceso pasaba por pequeños accidentes aleatorios que conformaban el curso de la historia. Dos personas cruzaban miradas en una librería que cada uno, bajo terceras circunstancias y sujetos a un horario concreto, había elegido con premeditación. O quizá no. A lo mejor le había interesado una portada del escaparate y había decidido entrar a curiosear, mientras que el otro lo visitaba asiduamente. Esa confluencia visual suponía el inicio de una historia que no tenía por qué haberse dado y, no obstante, pese a las casi inexistentes probabilidades de que ocurriera, acabó materializándose. A miles de kilómetros, y echando un puñado de décadas la vista atrás, un joven de la Austria rural soñaba con ingresar en la Academia de Bellas Artes de Viena, siendo rechazado por un tribunal que le recomendó dedicarse a otra cosa. Esa libertad de movimiento, de construirse a sí mismo y de perseguir sus objetivos le llevó a erigirse como el tirano que temía toda Europa. El albur producía belleza y maldad por igual. En este intercambio azaroso de acontecimientos trágicos, sublimes y desequilibrados, los seres humanos no teníamos otra opción que ejercer de piezas de un tablero en el que solo jugaban peones. Casilla a casilla trazábamos nuestro rumbo. Empezaba a pensar que ni los dioses, ni el amor o la lucha de clases podían superponerse a la hegemonía del azar. Solo el poder, y el miedo que podía infundirse desde él, podía retarle.

En Burdeos no habíamos querido verlo, pero ya en casa de Jacques dejamos de poder movernos libremente. Orán se había convertido en un destino inalcanzable. La falta de libertad me condujo a la espera. El fascismo hacía frontera con nuestro nuevo hogar. Cuando este aprovechó el momento y devoró todo lo que se presentaba a su paso, terminó de forjar las cadenas, y cuando caímos en sus manos las ataron a nuestra piel. La ausencia de libertad significaba la incapacidad de que el azar nos atravesara y nos empujara a lo desconocido. A partir de entonces, estábamos sujetos a las exigencias del Tercer Reich. Hitler era amo y dueño de nuestras vidas. Sus normas dictaban lo que podíamos hacer y lo que teníamos prohibido. Controlaba cuándo debíamos trabajar y cuándo podíamos descansar. Nos vimos despojados de nuestra identidad y de nuestro pasado. El amor no tenía cabida en la nueva vida que habían elegido para nosotros, y la fatiga debía quedar en el pasado para poder sobrevivir un día más.

En total, llevaba tres años, nueve meses y nueve días lejos de Aitana. Me negaba a aceptarlo, pero había empezado a olvidar los detalles más genéricos de su cara. Solo me quedaba su voz, que es lo último que uno olvida de la persona que ama.

Las únicas voces que escuchaban mis oídos ahora eran las de los patronos alemanes que nos instaban a trabajar más rápido, y la de mis compañeros españoles que jadeaban hasta acabar exhaustos. Hasta Ernesto había dejado de hablar mientras cargaba los rieles de acero que debían reemplazar a los deteriorados. El trabajo era duro, prolongado e intenso hasta el punto de que caíamos desplomados sobre nuestras camas al regresar de la jornada. Y, sin embargo, habíamos tenido suerte. O más que suerte, que la suerte siempre cuenta con un mínimo de azar, nuestras habilidades interesaron a los alemanes. Como si se tratara de mercancía, fuimos transferidos a las autoridades germanas, que por la guerra requerían de mano de obra barata que supliera los puestos que habían dejado los hombres llamados a filas. Antes que condenarnos o

devolvernos a España, los nazis encontraron la manera de ser útiles para su Reich.

Berlín necesitaba que sus estaciones de trenes funcionaran sin margen de error para satisfacer la economía de toda Alemania. Desde 1940, la ciudad sufría bombardeos a cuentagotas por parte de la Real Fuerza Aérea británica, que se negaba a rendir Europa en favor de los nazis. Nuestro objetivo era arreglar las vías y mantener en funcionamiento la estación de tren de Anhalter Bahnhof, ubicada a veinte minutos de la Puerta de Brandeburgo. El primer día que nos incorporamos al trabajo, reconocí en su arquitectura que se trataba de la misma estación a la que habíamos llegado un par de noches antes.

En general, los días para nosotros eran repetitivos desde que llegamos. Por las mañanas nos hacían despertarnos a las cinco, cuando el sol todavía no se había dignado a aparecer. Cada amanecer suponía una tragedia para los españoles. Desayunábamos una tostada acompañada de un café frío y nos llevaban en autobús hasta la estación. El trayecto duraba unos veinte minutos. Los alemanes habían optado por alojarnos en un antiguo asilo que habían adaptado para obreros, prácticamente desabastecido y con unas vallas, más bien preventivas que privativas, lejos de los vecindarios de buen ver. El edificio constaba de tres plantas. Pese al deterioro de la fachada exterior, se notaba que años atrás debía de haber sido un complejo monumental para el barrio. Con águilas talladas sobre el techo, la fachada destacaba por su color negro pizarra que solo lo manchaban las heces de las palomas que anidaban en el último piso. A los siete nos habían colocado en una habitación larga que parecía haber funcionado como la enfermería de la residencia. Se encontraba en el ala este del edificio, justo en el primer piso. Sobraba una cama, por lo que imaginamos que nos encasquetarían a un nuevo compañero de habitación de un día para otro. No estábamos solos. Además de los españoles, la segunda y tercera planta del ala oeste estaban repletas de ciudadanos del este. Los pocos que no llevaban la cabeza afeitada

tenían el cabello rubio, y sus ojos eran tan azules como el de los alemanes. Sin embargo, por una extraña razón, los nazis los consideraban de una raza inferior. Nos resultaba imposible comunicarnos con ellos, aunque alguno fuera capaz de manejarse en francés. La mayoría eran polacos, por eso llevaban cosida una gran «P» a su uniforme de trabajo. En las jornadas calurosas no había inconveniente, pero cuando asediaba el frío solíamos usar las chaquetas sobrantes con la misma «P». Cuando preguntábamos por qué no tenían uniformes para nosotros, se excusaban en que era por falta de recursos.

Teníamos terminantemente prohibido alejarnos del grupo, y mucho más hablar con cualquier ciudadano. Nos enumeraron miles de normas que debíamos cumplir si no queríamos ser castigados. Ni siquiera recordábamos la mitad. Nuestra jornada era superior a la de cualquier trabajador alemán, y recibíamos raciones de comida inferiores. Ernesto, acostumbrado a cebarse, lo pasó fatal las primeras semanas. Tampoco nos permitían contraer matrimonio con alemanas, lo cual era ridículo si a los españoles ni siquiera nos dejaban salir del recinto. Nuestros movimientos estaban limitados por unos guardias a sueldo del empresario y una valla disuasoria que controlaban ellos mismos. En cuanto a los polacos, contaban con un toque de queda rígido y se les impedía utilizar el transporte público, por lo que en su escaso tiempo libre no solían alejarse demasiado de Dom, que era como los polacos llamaban al edificio.

El Reich quería ocultarnos de su pueblo como si apestáramos y el mal olor pudiera extenderse a sus habitantes. Realmente, todo aquello rezumaba un hedor sospechoso. Ninguno de los presentes habíamos firmado un contrato de trabajo. Era el empresario, dueño de una constructora ubicada en la capital, el que nos transmitía las tareas cada día. Nuestro trabajo no era excesivamente difícil de realizar. A veces, nos llamaban para reconstruir un muro de ladrillo que había sido derribado por una bomba y entorpecía la circulación de los trenes. Otras, la

mayoría, debíamos arreglar las vías dañadas por los ataques aéreos nocturnos o mejorar los tramos más obsoletos. Cuando no ocurría nada, simplemente nos obligaban a llevar a cabo tareas rudimentarias relacionadas con el inventario o la limpieza. Nada que Jacques no pudiera haber hecho. Cualquier funcionario podía haber contratado a peones de obra que pudieran desempeñar las labores que se nos había encomendado. La dureza del trabajo radicaba en las escasas condiciones materiales de las que disponíamos.

Antiguamente, desde Anhalter Bahnhof partían trenes a Roma, Nápoles y Atenas, manifestándose como una de las estaciones centrales de Berlín. En plena guerra se dedicaba a enlazar la capital con distintas ciudades de Alemania, y el funcionamiento de la estación estaba fundamentalmente enfocado al transporte civil. A no ser que lo hicieran en nuestros días de descanso, no era frecuente su uso como estación de carga y descarga de armamento. El registro de estacionamiento tampoco mostraba nada fuera de lo común.

Todas estas inservibles suposiciones y sospechas eran cosa mía. Los demás atajaban las órdenes y las aplicaban. Cuanto menos hablaban, menos gritos recibían. Cuanto menos desobedecían, menos moratones traían de vuelta al dormitorio. Varios polacos recibieron palizas de los guardias por personarse alcoholizados en su puesto de trabajo. Los golpes fueron tan fuertes que uno de ellos murió a los dos días en el hospital. Los españoles, advertidos por los precedentes que teníamos a disposición, obedecimos sin rechistar. Ni Ernesto, ni Alfonso ni Tomás, quienes en Toulouse habían retado a la suerte en más de una ocasión, se atrevieron a hacerlo.

Sin embargo, una noche Mikel parecía querer decirme algo. Lo noté inquieto en el trabajo. Se acercaba a mí, con ganas de hablar, pero sin atreverse a hacerlo. La intimidad de la noche le dio el coraje necesario. Me acababa de sentar en el retrete después de toda una semana estreñido por la comida que nos daban cuando alguien entró en el baño y se

sentó en el retrete de al lado. Por suerte, mientras los polacos compartían un solo baño para los treinta que eran, nosotros teníamos uno propio para los españoles. Sin haber tenido la oportunidad de verle, deduje que se trataba de Mikel.

—Tengo un problema, Alfredo. Solo puedo contártelo a ti —efectivamente, era Mikel.

—Joder, Mikel. Y no podías esperar a que terminara.

—Perdona, es que no sabía cuándo podía hablar contigo a solas. No quiero que nadie se entere, y menos Oier. Si quieres, espero a que termines.

—No, si ya casi estoy. Solo tengo que limpiarme. ¿De qué se trata?

La escena me recordó a un confesionario. Él, inseguro en su habitáculo por confesar su pecado. Yo, en el habitáculo contiguo, oyéndole respirar pero con un muro que nos separaba, desprendiendo un olor a mierda y con las manos sucias, con el aparente poder de escuchar y absolverle de sus pecados.

—He conocido a una chica. Es española.

Me habría creído antes que se había alistado al partido nazi que lo que acababa de oír.

—¿Qué estás diciendo, Mikel? ¿De dónde ha salido?

—De la casa de enfrente. El único balcón con flores es el que da a su habitación.

Sabía de qué balcón me hablaba. Me había fijado en él porque tenía una maceta con caléndulas. Desde allí podría habernos visto llegar por las tardes, manchados de grasa y con sudor en la frente, y si se fijaba, sería capaz de distinguirnos mientras dormíamos por la noche a falta de cortinas que nos dejaran espacio para la intimidad.

—¿Has conseguido hablar con ella?

—No, por eso quería contártelo antes. Mi ventana da directamente a la suya. Las primeras noches me las pasaba mirándola. Aunque durmiera y las luces estuvieran apagadas, solo saber que estaba allí me entretenía.

—Si solo la has observado y no has hablado con ella, ¿cómo sabes que es española?

—Técnicamente hemos hablado. Un día me vio mirarla. Estaba leyendo un libro, o eso creía yo. Lo tenía abierto, pero realmente quería comprobar quién era el hombre que le espiaba.

No le culpaba. La falta de libertad nos tenía a todos desesperados. Por lo menos, según contaba, no parecía haber incomodado a la chica. Ella dejó el libro y cogió un cuaderno. *Wie heißen Sie?*, escribió antes de mostrarle la libreta desde la distancia. Mikel, que no tenía ni idea de alemán, acertó por casualidad y escribió su nombre en el reverso del informe médico que nos habían entregado en el hospital clínico antes de empezar a trabajar. Tenía seis hojas, por lo que los mensajes que podía enviar eran limitados. «Mikel Urkiola», apuntó en la primera página y la puso contra la ventana. No nos permitían abrirla bajo ningún concepto. El hecho es que se sorprendió enormemente del nombre, y corrió a continuar con la conversación. Así habían estado, según me contó sentados aún en nuestro precario confesionario, alrededor de dos semanas. Mikel le había pedido el informe médico a Oier con la excusa de compararlo con el suyo, y había prolongado las señales por escrito unos días más. Se llamaba Leonor y era de Málaga. Sin entrar en detalles había entendido que se exilió en Francia y, tras varias semanas en un gran pabellón acondicionado para mujeres refugiadas, un pariente cercano la había reclamado y llevado consigo a Alemania. Desde entonces, se pasaba los días sin salir de casa, aprendiendo alemán y leyendo sobre mundos más allá de sus cuatro paredes. Por eso había entablado conversación con Mikel. Cuando se dio cuenta de que estaba siendo observada, se sintió identificada. Llevaba meses mirando por esa ventana, viendo cómo obreros iban y venían a sus puestos de trabajo hambrientos, sedientos y sin ganas de mirar arriba. Mikel fue el primero que lo hizo.

Pero la escritura se hizo tediosa. Mikel no quería seguir intercambiando palabras desde la distancia. Tampoco ella. Querían hacerlo en persona. La escritura está bien cuando dos personas no pueden verse, pero ellos se veían las caras

cada día, ansiosos por encontrar un hueco para hablar juntos. «¿Crees que tendrá acento andaluz?», me preguntó en un gesto estúpido lleno de ternura.

Estuvimos en el baño alrededor de veinte minutos. Hasta me había acostumbrado al mal olor.

—Entonces, ¿crees que podría verla? —volvió a la carga.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

Se quedó callado unos segundos pensando la respuesta.

—La verdad es que no lo sé. Supongo que desde que estamos todos juntos eres en quien más confío después de Oier. Sé que él me prohibiría hacer cualquier locura, pero no creo que sea tan complicado escapar unas horas de aquí. ¿Tú qué opinas? Te tengo como una persona cauta, que piensa antes de hablar y observa antes de actuar. Creo que somos parecidos en eso.

—Puede ser que nos parezcamos en eso. Sin embargo, ahora mismo te veo cegado por tu obsesión, que quizá sea amor, hacia esa muchacha. No la conocemos, aunque no dudo de su honestidad, pero me parece precipitado. En la entrada siempre hay uno o dos mercenarios que hacen guardia. Si en Toulouse no te atreviste a salir un solo día del apartamento, no entiendo por qué quieres hacerlo ahora cuando nuestra situación es aún más delicada.

—Quiero hacerlo porque estoy enamorado.

22

UNA NOCHE LLUVIOSA

Conseguí convencer a Mikel de que pospusiera por el momento su encuentro con Leonor. Le regalé mi informe médico y le conseguí el de Ernesto, al que le faltaban dos hojas por andar jugando a encestar bolas de papel en la papelera de nuestro cuarto. Así consiguió alargar un mes. Un mes que había sido como el anterior y que parecía que sería como el siguiente si no hubiera sido porque Hitler tomó la decisión más arriesgada de su vida. Lo hizo un domingo de madrugada, mientras Berlín dormía para afrontar su día de descanso. El 22 de junio de 1941, la Wehrmacht cruzó la frontera con la Unión Soviética. Sin una declaración previa de guerra, el dirigente nazi había abierto un segundo frente. Al amanecer, nos despertamos con la noticia de que Hitler había roto su pacto con Stalin abriendo fuego a lo largo de un frente de casi dos mil kilómetros. Más de tres millones de hombres, acompañados por más de tres mil tanques y otros tantos aviones se aventuraron en tierras rusas tratando de repetir el veloz triunfo cosechado en Francia un año antes. Los alemanes que nos custodiaban pusieron la radio a todo volumen durante todo el día. Apenas nos molestaron con las típicas bromas que tanta gracia les hacían cuando se aburrían y venían a por nosotros. Cuando querían humillarnos, solían llamarnos *sowjetspanier* o *rotspanier (españoles soviéticos* o *españoles rojos)* o cualquier insulto que relacionara nuestra condición de rojos con nuestra nacionalidad. No obstante, aquel día nos dejaron a nuestro aire en el patio mientras ellos afinaban el oído para escuchar lo que la propaganda nazi quería meterles en la cabeza.

Apoyados en el muro que daba a nuestra habitación, Jonás se fumaba un pitillo que compartió con Ernesto. A Jonás lo habían traído a Dom a las dos semanas de llegar nosotros allí. Le habían adjudicado la cama sobrante del dormitorio. Era gallego, y pese a su pequeña estatura y su barriga prominente, sabía sobre mecánica como el que más. Era capaz de arreglar cualquier vehículo en cuestión de minutos.

—Si no estaba claro desde hacía tiempo, ahora lo está. El mundo tal y como lo conocíamos no volverá jamás —comentó.

—No digas eso. Gran Bretaña aún no ha sido derrotada —entró en la conversación Oier.

—¡Eh, que yo sepa, Rusia tampoco ha sido vencida! —exclamó Ernesto—. ¿Qué os pasa? Somos comunistas. Un poco de fe en el camarada Stalin y en el pueblo soviético.

—Yo ya no sé ni lo que soy —contesté a Ernesto.

—Pues yo os diré lo que somos. Por nuestras venas corre sangre roja, y por fuera somos del mismo color. Y si estamos aquí encerrados es por eso, por defender la libertad.

Era la primera vez que las palabras de Ernesto sumaban más de lo que restaban. ¿Pero qué esperanza había? En los últimos meses habíamos visto cómo el Tercer Reich crecía sin límites, como si su ejército fuera el único que supiera combatir sobre el terreno. Desde la caída de Francia, la Wehrmacht se había desplegado por los Balcanes hasta llegar a Grecia. Junto a Mussolini, y pese a la torpeza del italiano, Alemania seguía demostrando que la campaña en el frente occidental no se trató de una victoria casual. Cuando Hitler se hizo con el poder, los comunistas fuimos los primeros en denunciar el peligro que corría Europa si nadie frenaba los pies a sus políticas nacionalistas. Nadie nos tomó en cuenta, pero Hitler no se olvidó de nosotros. ¿Sería capaz la Unión Soviética de derrotar a la Alemania nazi? Lo dudaba. Todos dudábamos.

Los alemanes pegados a la radio en la garita también lo dudaban. No tardaron en pasar de la preocupación inicial

por atacar al gigante ruso a la euforia por haberlo hecho. Ya por la tarde, para celebrarlo, uno de ellos salió a por cerveza mientras el otro cantaba o gritaba vivas al *Führer*. Cuando llegó con el cargamento vinieron a por nosotros. Por suerte, los dos vigilantes que hacían guardia aquella noche no eran de los violentos. Estaban algo pasados de peso y se veía en sus rostros que no habían disparado las pistolas que tenían enfundadas en la vida. Si los soldados del frente hubieran sido como ellos, Alemania no habría sido capaz de llegar ni a Varsovia. *Prost! (¡Salud!)*, decían cada vez que se abrían una y se quedaban mirándonos con una tonta sonrisa en la boca. Al rato, se pusieron a bailar y obligaron a Jonás, el único que entendía algo de alemán, a sumarse a ellos. También llamaron a la secretaria, justo cuando esta se disponía a marcharse a casa tras trabajar más de lo debido un domingo. Dejé de prestar atención al bochornoso espectáculo y me disponía a tumbarme en mi cama cuando de repente Oier se percató de que faltaba alguien.

—¿Alguien ha visto a Mikel?

Todos lo buscaron con la mirada, pero yo ya conocía su paradero. Lo había hecho. Sin decírselo a nadie, había aprovechado el festín de los soldados para escapar. Giré la cabeza hacia el edificio de Leonor. Las luces de su habitación estaban apagadas. A lo mejor se habían fugado. Si fuera así y los guardias descubrían que no estaba a la mañana siguiente al subir al autobús, no tenía ninguna duda de que el castigo lo sufriríamos los demás. Mientras especulaba sobre su ausencia, Oier insistió, esta vez mirándome a mí.

—¿Adónde miras, Alfredo? Dime que tú sabes algo.

—No estoy seguro.

—¡Habla!

Por un momento, los guardias se giraron hacia nosotros. Jonás, consciente de que algo pasaba, siguió alentándoles a que bebieran. No pudieron resistirse a tal placentera orden.

Alejé al grupo de los alemanes y les expliqué a todos la

existencia de Leonor y su obsesión por estar con ella. Dudé en si decírselo solo a Oier, pero consideraba que todos merecíamos saberlo. Nos iba la vida en ello.

—*Alua! Ezin da geldirik egon. Beti berdin (¡Idiota! No puede estarse quieto. Siempre igual)* —arremetió Oier en euskera en lo que parecía una actitud propia de Mikel.

—Yo le entiendo. Llevamos demasiado tiempo sin catar a una mujer —dijo Ernesto.

—Tenemos que pensar qué hacer. Lo de hoy es una excepción que no volverá a ocurrir. Si para mañana no regresa y los guardias no lo encuentran, tendremos problemas —añadí.

Los alemanes dejaron de festejar y nos ordenaron ir a nuestra habitación. Llevaban todo el día entretenidos y aún les quedaba parte de la noche hasta el cambio de turno. Eran las once. Tres horas más tarde de lo habitual. Hasta los polacos se habían alargado en su paseo nocturno. Por suerte, estaban exhaustos y no hicieron el recuento. A las cinco de la mañana nos tocaba a nosotros levantarnos, pero decidimos pasar la noche en vela por si Mikel regresaba.

—Valiente idiota. Cuando le coja… —Oier seguía furioso. Se empeñó en ser el primero en hacer guardia. A las dos horas sería mi turno. No tenía ganas, pero era lo mínimo que podía hacer. Me sentía culpable por no haber sido más vehemente con Mikel.

A eso de las cuatro, sentado en mi cama con los ojos puestos en la valla del patio, cada sombra que generaban los pocos árboles que quedaban en pie bajo la luz de la farola me hacían pensar que se trataba de Mikel. Se me caían los ojos. De pronto, otra sombra más que no era sino el movimiento de las hojas reflejadas en el suelo. Y al final, aunque vacilé si se trataba de otra confusión visual, vi a alguien caminando a esas horas por la calle. Se encontraba en la otra acera. Antes de que me diera tiempo a confirmar nada se metió en el portal de enfrente. A los dos minutos, se escuchó una voz masculina que provenía de su edificio y se encendió la luz de la habitación de Leonor. Pude reconocer su cabello dorado. La luz se apagó enseguida y ya no vi

nada más. Solo silencio.

Por la mañana la cama de Mikel seguía vacía. Nos miramos entre todos, sabiendo lo que significaba. Llegó el autobús, y el capataz no tardó en percatarse de que faltaba uno de los nuestros. Empezaron los gritos, a los que se sumaron los dos guardias que custodiaban la puerta. Agarraron a Jonás por la camisa exigiendo explicaciones, cosa que ninguno de nosotros podía dar. Estuvimos de pie, frente al vehículo, mientras los alemanes barajaban qué hacer con nosotros. Los guardias querían dejarnos en la habitación e interrogarnos uno a uno. Al capataz, que ordenó a los polacos no perder más tiempo y marchar a la estación, se le veía extremadamente nervioso. En teoría no habría problema alguno en que sustituyeran a un esclavo con otro, por lo que mis dudas acerca de lo que estaba pasando en Dom se acentuaron. Miraba a la habitación de Leonor cada dos por tres esperando cualquier movimiento que no llegaba. Al final nos hicieron subir al autobús y nos obligaron a ampliar un muro que dividía la acera de las vías del tren. Nos suprimieron la hora de la comida por llegar tarde y el capataz no paró de vigilarnos desde su cómoda silla. Le colgaban del cuello unos prismáticos que cada cierto rato consultaba para comprobar si nos esforzábamos a su gusto.

El tema de conversación de la jornada era evidente. Oier, el más nervioso de todos, buscaba una hipótesis cada diez minutos. «Seguro que se ha pillado una borrachera», decía cada poco tiempo. «¿Y si lo han detenido?», añadía minutos después. Entró en un bucle que no cesó hasta que volvimos a Dom. El cielo, que durante el día había aguantado con color grisáceo, desistió al anochecer. Empezó a llover como jamás había caído desde nuestra llegada. Era una de esas lluvias veraniegas que calaban al instante. La oscuridad y las gotas que golpeaban el cristal del autobús nos impedía ver el exterior. Solo el conductor era capaz de guiar el vehículo gracias a las luces frontales.

Al llegar, nos sorprendió un coche negro en la entrada del edificio. También tenía las luces dadas, y el conductor

se vio en la tesitura de aparcar unos metros antes de lo que solía hacer. El desconocido vehículo alumbraba la silueta de dos hombres que permanecían de pie, casi petrificados, en medio del patio. Unos metros más atrás, en la entrada a la estructura, hacían guardia los dos vigilantes de siempre. Los polacos estaban en sus aposentos, mirando desde las ventanas del segundo piso. Pero quienes llamaban la atención eran aquellas misteriosas figuras que no terminaba de reconocer. Uno, con la cabeza erguida y con expresión intimidatoria; el otro, con gesto encorvado y el pelo ocultándole la mitad de la cara.

—¡Es Mikel! —exclamó Oier.

Bajó del autobús inmediatamente y solo la pistola de uno de los guardias apuntándole lo detuvo a unos diez metros de su amigo.

Los demás lo acompañamos y nos paramos junto a Oier, respetando la línea que habían dibujado los guardias con su arma. Efectivamente, se trataba de Mikel. Enderezó la cabeza lentamente. Las luces del coche le iluminaban los ojos. Pese a la lluvia, tenía claro que las gotas que caían de sus ojos no venían del cielo.

—*Barkatu (Lo siento)*, Oier —se disculpó con un hilo de voz.

En cuanto abrió la boca, el hombre que le mantenía esposado le pegó una patada en la pantorrilla derecha. Mikel cayó al suelo, embarrado por la torrencial tormenta. Entonces, reparé en el nazi. Era él. Sebastian Richter.

—¿Qué estáis haciendo con él? —preguntó desesperado Oier mientras el guardia le recordaba que no avanzara un solo metro más.

El agresor silbó mirando hacia el autobús. El chófer entendió la orden y dejó el lugar sin miramientos. En cuanto se fue, solo quedamos bajo la lluvia los dos guardias, nosotros y el hombre al que el tiempo no parecía importunarle en absoluto. Llevaba una gabardina de cuero negra y la misma gorra de siempre. Cayó un relámpago que terminó por iluminar el lado de Mikel que seguía a la penumbra. Tenía varios moretones en el brazo derecho. El

alemán esperó al trueno, y cuando este se desvaneció, lanzó una pregunta.

—¿Saben quién es este hombre? —dijo, con tono pausado y claro, en perfecto castellano. Echó la vista hacia atrás, consciente de que los obreros polacos observaban desde las alturas—. Este hombre, Mikel Urkiola, ha confesado cometer actos de espionaje en contra de *herr* Hitler, y, en consecuencia, de nuestro Reich.

—¡Yo no he confesado nada, me habéis obligado a hacerlo! —interrumpió Mikel.

—*Halt dein Maul! (¡Cierra esa boca!)* —mandó callar el alemán. Simultáneamente, los dos guardias cargaron su pistola en un ejercicio de acto reflejo.

—Esta persona fue hallada ayer, junto con un segundo individuo que logró escapar, conspirando contra Alemania. No ha querido dar su nombre. Parece bastante leal para ser un rojo español. Tened claro que a partir de ahora voy a vigilar esta instalación con lupa. Si se les ocurre engañar a un solo alemán más, lo pagarán con su vida. Si vuelven a desobedecer, serán castigados. Les hemos dado un trabajo y un techo en el que vivir. Tan solo tienen que acatar las normas. En cuanto a su amigo, será juzgado, condenado y ejecutado. —La lluvia comenzó a amainar—. Sí, ya lo sé. Demasiado tiempo para un veredicto que todos conocemos. Pero así somos los alemanes, ya sabéis. Debemos hacerlo todo según estipula la ley. Menos mal que diremos que intentó escapar y no tuve más remedio. Una pena.

Aquellas últimas palabras me desconcertaron. El primero en entender al agente de la Gestapo fue el propio Mikel, que entregó un mensaje a Oier antes de que el alemán desenfundara su Parabellum.

—*Oier, haurkitu ezazu Leo, arren! Gu bezalako gehiago daude…* (*Oier, busca a Leo, ¡por favor! Hay más como nosotros)*.

Su voz fue acallada por cuatro disparos. Uno en la nuca y tres en la espalda. Por cada disparo, la bala se introducía más abajo en la espalda por el movimiento de caída de su cuerpo. Oier corrió hacia su cuerpo tendido en el suelo.

Para cuando le dio la vuelta, acababa de exhalar su último aliento. Oier lo agitó esperando una respuesta, pero Mikel siguió sin responder. Le imploró que abriera los ojos, pero no dio ninguna señal de vida. A medida que el resto nos acercábamos a su cuerpo sin vida, el verdugo le sacaba brillo a su pistola, ligeramente manchada de sangre, y dejó a Oier sollozando por su recién perdido amigo. Antes de dejar el lugar, se dirigió a los guardias con un *Heil Hitler!* que fue respondido de forma análoga, y les ordenó quemar el cuerpo a primera hora de la mañana.

Tampoco hubo recuento aquella noche. Los guardias ya lo sabían. Uno menos. Mikel era el primer hombre que veía morir con mis propios ojos. Marina había sido la primera. Sabía que Mikel no sería el último. Oier echó todo lo que tenía dentro junto a su amigo. Para cuando entró en la habitación, tenía los ojos secos. Aunque el dolor siguiera dentro, no volvimos a notarlo en él.

23
LEONOR

Tardé un par de semanas en atreverme a preguntar a Oier qué tal estaba. Una enorme duda corroía mi cuerpo. Lo sorprendí en su cama, sentado mientras garabateaba sobre un trozo de papel higiénico. Desde que mataron a Mikel, no salía al patio. Decía que no quería estar cerca de donde quemaron su cuerpo. Decía que sus restos merecían descansar en su Hernani natal, al lado de la ermita de Santa Bárbara, donde de pequeño subían para ver el pueblo desde las alturas. Aquella mañana había sido horrible. Cuando marchamos a la obra, el humo negro todavía se elevaba hacia el cielo. El olor lo recordaba espantoso. Oier prefería recluirse entre sus sábanas a pisar esa zona. Por lo menos, era relativamente sencillo hablar con él en privado. El grupo paseaba en su hora libre cuando me senté en la cama de enfrente, la de José, para interesarme por él.

—¿Cómo te encuentras?

—No he estado peor. Supongo que de aquí solo puede ir a mejor.

Forcé una sonrisa.

—Quería hacerte una pregunta sobre aquella noche. La noche en la que murió Mikel —intenté acercarme a él con delicadeza.

—Mikel no murió. Lo mataron. Lo mató un nazi.

—Sí, perdóname. Solo quería saber una cosa que ocurrió. Mikel te dijo algo en euskera. Te dijo algo, ¿verdad?

—¿Y eso qué importa? ¿Qué te importa a ti?

—Me importa mi vida. Dijo algo sobre Leonor, eso llegué a comprenderlo. Oier, si Mikel conoció ahí fuera

alguna manera de salir de aquí, creo que merecemos saberlo.

—No hay una forma de salir de aquí. Mikel lo intentó y lo han matado por ello. Y, por favor, no me hables de esa zorra.

—Para que lo sepas, tu amigo estaba enamorado de esa zorra. Y que sepas que el nazi dijo que el acompañante de Oier había escapado. Desde entonces, la luz de la habitación de Leonor no se ha encendido. Eso quiere decir que ha escapado de algún modo.

No quiso responder. Entendí su silencio como una invitación a que me fuera. Al levantarme y dirigirme hacia la puerta, Oier terminó contándomelo.

—Me dijo que buscara a Leonor. Me dijo… —se trabó por unos segundos—. Me dijo que había más como nosotros.

Traté de asimilar la información.

—Más como nosotros… ¿Más españoles?

—Eso entendí yo. Pero no te hagas ilusiones. Cuando esta guerra termine y no caigan más bombas en Berlín, nos enviarán a otro sitio. Y cuando acabemos allí, a otro. Así hasta que dejemos de serles útiles. Alfredo, no existe lugar para los malditos en esta Europa.

No era la primera vez que escuchaba algo parecido. Bastaba con que alguien se mostrara más pesimista que yo para que cambiara de actitud. Barcelona tampoco era sitio para los obreros hasta que lo convertimos en nuestro efímero paraíso en el treinta y seis. Si algo habían visto mis ojos en estos años era que las cosas podían cambiar. Quizá no podíamos hallar la suerte en nuestra situación, pero sí podíamos buscarla. Y el primer paso para buscarla pasaba por encontrar a Leonor.

Salir del recinto no era excesivamente complicado, solo que el riesgo era mayor que el beneficio. No entendíamos el porqué, pero nuestro grupo estaba sometido a mayor vigilancia que el resto. Mikel se había aventurado a saltarse las normas por amor, el fenómeno que, junto con la ambición, empuja a la gente a saltar al vacío sin pensar en

las consecuencias. Intenté no repetir errores y caer en la irracionalidad. Entre los polacos y españoles nos llevábamos bien, así que me junté con el que más francés sabía para pedirle que me dejara acompañarlos cuando salieran. Ellos girarían a la izquierda, y yo me metería en el portal de enfrente a buscar pistas acerca de Leonor. Aquella jugada no me costaría más de dos o tres cigarrillos, siempre y cuando los guardias no repararan en que mi cabello negro no concordaba con el grupo. Para aquel entonces, me había dado cuenta de que no tener posibilidades de lograr el objetivo no era lo peor que me podía pasar. Aún peor resultaba cuando las estadísticas jugaban a mi favor y aun así no lo conseguía. Morir en la orilla, a punto de salir del agua, era más frustrante que ahogarse en el mar.

Por eso elegí la tarde del día siguiente para delinquir a ojos del Reich. Le tocaba el turno a la pareja de borregos que pasaban por alto cualquier tarea. Tenía la certeza de que el patrón, el mismo que nos pagaba lo justo para comprar un periódico que no entendíamos y material para escribir en nuestro diario, tampoco se vaciaba los bolsillos a la hora de pagar a sus escoltas. Abrieron la verja sin miramientos y salimos del recinto, no sin antes decirle a Oier y a los demás que me cubrieran las espaldas. Les costó hacerse a la idea, alguno incluso quiso acompañarme, pero finalmente aceptaron que saliera por unos minutos. La casa estaba a treinta metros. No me ausentaría más de lo justamente necesario. En cuanto los polacos emprendieron el rumbo al único bar marginal que les atendía, me arranqué la «P» de la chaqueta para no llamar la atención y me encendí un cigarrillo torpemente. Tosí un par de veces al inhalar el repugnante humo del tabaco. Por suerte, una anciana me salvó de tener que seguir actuando y abrió el portal con mano temblorosa. Dejé que entrara y antes de que se cerrara la puerta por completo puse el pie. Para cuando accedí, la anciana ya había subido el primer piso. Me apresuré a los buzones. Schmidt, Weber, Thomas, Hübner. No leía ningún apellido español. A uno de los vecinos, probablemente antiguo vecino, el señor Stein, le

habían manchado con pintura negra el buzón y habían pintado una estrella judía con color blanco. ¿Y ahora qué podía hacer? ¿Pudiera ser que esa tal Leonor tuviera un apellido alemán? El solo hecho de pensar que algún vecino bajara las escaleras y me viera en el rellano me infundía terror.

Decidí repasar los nombres por si se me había pasado algún detalle cuando el portal se abrió abruptamente de par en par.

—*Wer bist du? (¿Y tú quién eres?)* —preguntó una voz que emergió del exterior.

Como si la luz de fuera abrasara mi piel, intenté esconderme de cualquier exposición. Sabía que si alguien me delataba, acabaría como Mikel. Titubeé algo que ni yo mismo hubiera sido capaz de repetir del miedo que sentí en el momento, pero la joven que acababa de entrar debió de sacar algo en claro de aquella escena porque lo volvió a intentar, esta vez en castellano.

—¿Eres español? —preguntó mientras cerraba la puerta de entrada y me ayudaba a levantarme. Un par de pisos más arriba, se oyeron los pasos bruscos de un vecino —. Espera, ven. Sube. Hablemos en casa.

Subimos las escaleras con el mayor sigilo posible. El edificio era antiguo, y la madera chirriaba aleatoriamente. Subí las escaleras de dos en dos para reducir lo máximo posible el sonido de la madera crujiendo. Al fin entramos en el apartamento. La joven me cedió una silla y se sentó en lo que deducía que era su cama. La ventana daba al patio de Dom. Nos quedamos en silencio unos segundos para verificar que, efectivamente, ningún vecino hacía nada fuera de lo normal.

—Menos mal que la mayoría son mayores y están medio sordos. ¿Qué demonios hacías en mi casa? — embistió la muchacha.

Se me había quitado el agobio de encima y por primera vez pude fijarme en la persona que tenía delante. Rubia, delgada, de cara infantil pero con una mirada asesina. Entendí a la perfección por qué no había encontrado su

apellido en el buzón. Si se trataba de ella, debía de ser mitad española, mitad alemana.

—Me llamo Alfredo. Tú debes de ser Leonor.

Me miró un tanto confundida, pero consciente de que conocía a Mikel.

—Eras amigo de Mikel, ¿verdad? —su voz se tornó dulce y afable.

—Sí. Era un buen hombre. Me habló mucho de ti. De quién eras, de cómo empezasteis a escribiros. Me dijo que te amaba.

—Y ni siquiera me conocía —contestó echándose la mano al bolsillo. Rozó con los dedos algo que llevaba dentro sin llegar a sacarlo.

—¿Tú no le amabas? —pregunté.

—Yo lo amé mucho esa tarde. Todo me pareció un sueño. ¿Sabes? Este es el apartamento del primo de mi madre. Llegué aquí sin un visado en orden, por lo que a ojos de la ley no existo. Salgo de casa contadas veces. A veces viene muy bien que nadie sepa de tu existencia. Me paso el tiempo leyendo en mi balcón. Bueno, salía. Ahora duermo en el sofá. Hacerlo en mi habitación, con vistas a la antigua residencia de ancianos, donde asesinaron a Mikel… —se le hizo un nudo en la garganta—. Me cuesta. Solo salgo a regar mis flores. Ahora duermo, escribo y leo en el sofá. Leer me ayuda con el alemán. Lo tenía atrofiado. El hecho es que Mikel apareció un día, nervioso a la par que extasiado, y me convenció de irme con él. Jamás me había sentido así. Todo lo que salía de su boca tenía sentido para mí. Nada más importaba. Llevábamos mucho escribiéndonos desde la ventana y quería conocerle de verdad. Sin límites. Así que me fui con él.

—¿Para hacer qué?

Frunció el ceño tras mi pregunta.

—¿Para qué? Para nada. Para vivir un poco. Para olvidarnos, aunque fuera por un segundo, de esta horrible guerra. Bebimos un poco y luego le llevé a un lugar que conocía a bailar. Un lugar seguro.

—¿Cómo dieron con vosotros?

—Fue culpa mía. Me olvidé la chaqueta en el local anterior. Iba a ir a por ella, pero se empeñó en ir él. No sé qué pasó dentro. Supongo que, al no saber alemán, el dueño o algún cliente acudiría a la policía. No lo sé. No sé más. —Se levantó de la cama y miró el nicho que le habíamos improvisado justo al lado del árbol en el que le habían incinerado—. Cuando llegamos al segundo local, un agente de la Gestapo dio con él. Un minuto antes me había ausentado al servicio. Desde allí vi cómo se lo llevaban. Él tenía mi chaqueta. Yo no hice nada por él.

Leonor se derrumbó en ese mismo instante. Intenté calmarla, pero el sollozo iba a más, por lo que le llevé un vaso de agua para que no generara tanto ruido.

—No hice nada, Alfredo. Me quedé allí, parada, mientras se lo llevaban. Lo siento. Hasta ahora no lo había verbalizado. Cuando llegué a casa, de madrugada, Konrad llevaba horas despierto esperándome. Me echó una gran reprimenda y desde entonces apenas salgo de casa. No salgo al balcón. Tengo miedo de que den conmigo.

—No fue tu culpa. Fue por ese cabrón nazi que nos pisa los talones. Controla todo lo que pasa en esta zona de la capital.

—¿Lo conocéis? —preguntó antes de pegar un sorbo.

—Él es quien nos trajo a Alemania desde Francia. Creo que está metido en algún negocio oscuro y nos ha arrastrado a él.

—En Alemania todo es oscuro ahora. Estuve de pequeña con mi familia, y mi recuerdo era el opuesto al que tengo ahora. ¿Conoces Núremberg? Añoro la felicidad que me producía ver los colores de las casas. Unas eran azules, otras rosas, verdes y naranjas.

—No es solo Alemania. Toda Europa está cubierta por la sombra del fascismo. Debimos marchar a las Américas en cuanto tuvimos ocasión.

—Me niego a pensar eso. Se acerca el invierno y Alemania no ha conseguido doblegar a Rusia. Gran Bretaña también resiste, y cada vez se habla más del interés de los Estados Unidos en la guerra.

No quise iniciar un debate sobre un futuro que veía negro. Yo solo quería saber si existía la posibilidad de escapar de Berlín. Leonor se dio cuenta al momento y cambió de tema.

—Cuéntame cómo era él. —Me vi sorprendido por una pregunta cuya respuesta desconocía—. La tarde que pasamos juntos me contó sobre su infancia en Hernani, donde jugaba al frontón con su amigo inseparable, Oier.

—La verdad, no sé mucho de él. Oier podría decirte mucho más. Anda algo cabizbajo últimamente por cómo acabó todo, pero podrías preguntárselo. Por mi parte, poco puedo contarte. No decía mucho, pero estoy seguro de que a ti te lo habría contado todo si hubiera podido.

Dibujó una sonrisa genuina en su rostro.

—La verdad, me gustaría conocer a Oier. A todos vosotros. Y saber más de la vida de Mikel y de su grupo. Al fin y al cabo, habéis estado con él mucho tiempo. Me gustaría que conocierais al resto.

—¿Al resto? —vacilé—. ¿Qué resto?

—A los otros españoles, por supuesto. No estamos solos en Berlín.

Había olvidado por completo la raíz de mi misión.

24
Un Berlín español

Los siguientes meses transcurrieron con la misma monotonía que los anteriores, pero con una luz en el fondo que se traducía en esperanza. Las conversaciones con Leonor no cesaron. El primo de su madre había vuelto de su viaje, y quedar en su apartamento era excesivamente peligroso para ambos. En lugar de volver a intercambiarnos mensajes a través de la ventana, ya que mi vista no era tan fina ni precisa como la de Mikel, recurrimos a un trueque más elegante. Una vez por semana, cada uno de nosotros acumulábamos un legajo de hojas que depositaba en el ala este del patio, justo donde acababan los adoquines y empezaba la verja. Los tapaba con una piedra para ocultarlos de la azarosa vista de los hombres y, de la misma manera, evitaba que el viento se los llevara. Al anochecer, y en Alemania anochecía mucho antes que en España, Leonor los recogía y los leía sosegadamente en su apartamento. Así conocimos a Leonor, y así nos conoció ella a nosotros. Oier se animó a hablarle de cómo era Mikel antes de la guerra y de cómo había tratado con las muchachas del pueblo. Ella nos habló de una tal Manuela y su hijo Ángel que vivían a un par de kilómetros al noreste, en la portería de un bloque de viviendas que había conseguido pagar gracias a la pensión por viudedad de su marido. Se habían mudado a Alemania durante los últimos años de la República de Weimar, y el ascenso de Hitler coincidió con la enfermedad de su marido, por lo que nunca pudieron salir del país. Madre e hijo fueron testigos de cómo el nuevo canciller instauraba poco a poco su régimen de terror. Al menos tenían la nacionalidad alemana y, por el momento, nadie

les había molestado. Como ellos había un par de hombres más a las afueras de la ciudad. Todos reacios al nazismo, y deseosos de que acabara la guerra.

A veces aprovechábamos la libertad de movimiento de Leonor para pedirle una botella de vino, algo de mantequilla o simplemente una barra de pan que no estuviera más dura que el acero. Le dejábamos el dinero en una pequeña bolsita de tela y ella nos lo conseguía en el mercado. Lo colocaba en el mismo lugar, al lado del contenedor de basura del vecindario, justo pegado a la valla, por lo que resultaba fácil hacerlo pasar por una bolsa de basura. Cuando nadie miraba, nos repartíamos el botín para que no repararan en un bulto demasiado grande.

Pero principalmente le pedíamos que nos tradujera del alemán el transcurso de la guerra. No nos fiábamos de lo que difícilmente llegábamos a entender de las páginas de *Der Stürmer* que traían los obreros polacos y nos prestaban a los tres días de su publicación, cuando todos lo habían conseguido leer. Gracias a ella conocimos las grandes desgracias de Europa. El poder de Alemania parecía no tener fin, pero sus posiciones se habían estancado. El invierno de 1941 fue un momento insólito, una bendición de Dios para los soviéticos y una maldición para los germanos. El mismo invierno que desbarató los planes de Napoleón de conquistar Rusia amenazaba un siglo más tarde el designio de Adolf Hitler. La Wehrmacht se había quedado a las puertas de Moscú y se vieron obligados a retrasar las operaciones militares al año siguiente. Necesitaban un nuevo golpe de efecto para recuperar la moral de los soldados, y Hitler fijó su nuevo objetivo en Stalingrado para tener vía libre hasta el Cáucaso, zona con abundantes campos petrolíferos.

Lo que más enfureció al grupo, empero, fue conocer la noticia de que entre los ejércitos alemanes había un contingente de españoles que habían jurado lealtad a Hitler. Por lo que nos había contado Leonor y habíamos leído en las crónicas alemanas, se trataba de una operación militar ligada directamente a la Falange. Marchaban a Rusia a

devolver los favores prestados contra la República. Se hablaba de cristianismo, de antibolchevismo y de salvaguardar los valores occidentales frente al comunismo asiático. Lo llamaban la División de Voluntarios Españoles, o, más frecuentemente, División Azul. El periódico venía acompañado de fotografías de Madrid despidiendo a sus héroes. La estación del Norte se mostraba casi irreconocible con tanta gente dando el último adiós a hombres que levantaban el brazo sin pudor alguno. Era la primera vez que veíamos una imagen de España después de la guerra. ¿Qué habían hecho con ella?

La mayoría de la información que Leonor nos proporcionaba le llegaba directamente de uno de los españoles que llevaba meses queriendo presentarnos. El día llegó el mes de agosto de 1942. Su nombre era Łukasz Sadowski Bermúdez de Castro. Hijo de una española y un empresario polaco, se había formado en la Universidad de Friburgo como filósofo. A caballo entre España y Alemania, estaba en su último año de carrera cuando comenzó la guerra. Se sentía más alemán que español, y menos polaco que nada. Era un hombre adinerado, pero políglota y culto como nadie. Hablaba los tres idiomas: alemán, castellano y polaco, y tenía oído para el italiano. Su padre, que se codeaba con las altas esferas españolas, le había conseguido un trabajo como traductor de su íntimo amigo José María de la Blanca Finat y Escrivá de Romaní, un aristócrata madrileño que daba la casualidad de que se desempeñaba como embajador español en Berlín. También daba la casualidad de que Łukasz solo compartía con su padre la obsesión por el lujo y la pasión por el arte pictórico. Łukasz despreciaba el régimen nacionalsocialista y su casta de borregos agresivos, incompetentes y de obediencia ciega. Llevaba meses posponiendo el encuentro hasta que Leonor nos pidió que concertáramos una reunión lo antes posible. Al menos no nos pilló desprovistos. Sabíamos cómo tenía que hacerlo. Tenía que ser un domingo. Leonor le entregaría un parche amarillo con la «P» en el centro, y se haría pasar por uno de los obreros polacos para entrar en el

recinto. Debía venir en la hora libre, cuando los demás obreros disfrutaban de su paseo, y marcharse bastante antes del toque de queda para no levantar sospechas. Si, por algún casual, algún guardia o compañero le preguntara algo, podría desenvolverse en polaco sin ningún problema.

Por suerte, aquel día veraniego llovía y hacía más frío que de costumbre. Ocultarse resultaba sencillo. Cruzó la entrada como un eslavo más y subió las escaleras al primer piso, tal y como le había indicado Leonor. Nada más llegar a nuestra habitación, Jonás cerró la puerta y se quedó fuera por si uno de los guardias venía en nuestra busca, algo que no solía ocurrir. Aunque viviéramos en un primero, eran demasiado vagos para esforzarse en hacer bien su trabajo.

Łukasz se quitó el gorro que ocultaba su cabello, perfectamente recortado y cuidado. Tenía la piel perfecta y ni siquiera se había dejado de afeitar para disimular su estatus.

—Vaya, menuda experiencia. Creía que me iban a descubrir —dijo mientras hacía un gesto para que le indicáramos dónde podía sentarse.

—¿No se parece al nazi que nos trajo aquí? ¿Richter? —preguntó desde el otro lado de la habitación Ernesto, tumbado en su cama.

—¿Sebastian Richter? —se sorprendió.

—¿Le conoces? —me incorporé a la conversación.

—Es un estúpido. Ni él sabe cómo ha llegado hasta ahí. No tiene experiencia en ningún campo y todo el mundo dice que es un corrupto. Si os han contratado a través de él, seguro que se lleva algún tipo de comisión. Si queréis, puedo intentar enterarme de algo.

—¿Puedes hacer eso? —me interesé.

—Conozco a gente de fiar. Alemanes que no están de acuerdo con nada de lo que está sucediendo. Si me dais unos días, os haré saber de vuestra situación. También estoy en contacto con Londres, aunque no creo que ellos sepan nada. Pero vengo a hablaros de otra cosa. ¿Aquí se puede fumar? —Sin esperar respuesta sacó una cerilla y se encendió el cigarrillo—. No sé qué os ha dicho Leonor, pero

lo repetiré por si acaso. Trabajo actualmente como traductor para la embajada española, en la Lichtensteinallee. Allí ya se está hablando de un cambio de dirección en la guerra. A Alemania no le va tan bien como se habla aquí.

—¿Cómo lo sabes?

Inhaló el humo del tabaco antes de responderme.

—Yo trabajo para el señor Finat, el conde de Mayalde. Ese filonazi acomplejado. Bien. Desde la entrada en la guerra de los Estados Unidos y el escaso avance en el frente oriental, se teme una contraofensiva por parte de los aliados. Por supuesto, nada es definitivo, pero en la embajada ya se está hablando de un relevo del señor Finat por alguien más cercano a, digamos, Churchill y Roosevelt.

—¿Piensas que Hitler puede ser vencido? —No podía parar de preguntarle. Pasábamos los días encerrados, fuera de la verdad.

—Yo no he dicho eso. Pero cabe la posibilidad de que con tiempo y esfuerzo Alemania pierda la guerra. Para eso tenemos que estar preparados, también aquí, en Berlín. Estoy buscando a gente leal que, llegado el momento, quiera contribuir a la causa.

—¿Y qué causa es esa? —a la ola de preguntas se sumó Ernesto, que seguía echado sobre su colchón.

—A la causa antifascista, por supuesto. Leonor me ha comentado en más de una ocasión que sois comunistas, que luchasteis en la guerra de España. Formasteis parte del *¡No pasarán!* —se levantó con el puño cerrado, como si estuviera en una asamblea alentando a las masas.

Miré a mis compañeros para comprobar si aquella escena solo me resultaba dantesca a mí. Un burgués hablándonos de revolución a siete obreros.

—Como verás, estamos sujetos de pies y manos. No nos dejan salir de aquí. Al último que lo intentó… —me callé antes de terminar la frase.

—No os preocupéis por eso. Solo necesito vuestra palabra de que no hablaréis de nada de esto con nadie. Esta reunión no ha tenido lugar. Estamos armando una red de

gente comprometida, cada uno está aportando lo poco que tiene. En el mercado negro se están vendiendo muchas armas defectuosas que, con el trato adecuado, pueden utilizarse. He puesto gran parte de lo ahorrado en munición, y un compañero de Hamburgo que vive aquí nos deja la trastienda de su comercio para almacenar lo que vayamos recaudando. Por ahora tenemos varios fusiles antiguos de la Gran Guerra, un par de revólveres Enfield que conseguí traer de Inglaterra y una decena de granadas. En Francia, la resistencia se está movilizando. Es nuestro deber que tomemos el testigo aquí también.

—Vaya, parece que el burguesito va en serio —se burló Ernesto—. Yo estoy dentro. Ya es hora de dar por culo a estos nazis.

—Ernesto, eso lo tenemos que decidir entre todos. Somos muy pocos para creernos héroes —intervine antes de que se desatara la euforia entre el grupo—. Si la guerra termina decantándose por los aliados, nosotros estaremos ahí para verlo.

—Podéis esperar. Es cierto. Podéis seguir trabajando para Hitler y, cuando todo acabe, volver a vuestra vida de antes. O podéis actuar ahora, arriesgaros a lo que pueda sucederos y, si sobrevivís, dentro de cuarenta años, cuando echéis la vista atrás sentados en un sillón porque las piernas ya no os respondan, sentiros orgullosos de que una vez, siendo jóvenes, os enfrentasteis al poder para hacer del mundo un lugar mejor.

Definitivamente había perdido la cabeza. Además de locura, sus palabras me generaban ternura. Se notaba su educación germana de clase alta. Tan romántica e idealista, tan anclada en épocas pasadas. Me recordaba a mí y a Aitana en los albores de la guerra. Quizá convenía recuperar ese toque de locura para seguir adelante. Al fin y al cabo, la locura la ejercían los insensatos que dejaban a un lado la cordura para hallar respuestas. La suerte de los imprudentes era un recurso que todavía no habíamos barajado.

Antes de que ninguno de nosotros contestara, continuó

con su discurso.

—En algo te has equivocado —se dirigió a mí directamente—. Puede que seamos pocos, pero cada vez hay más españoles en Alemania. Y vendrán más, y entre ellos muchos que estarán dispuestos a combatir.

—¿A qué te refieres?

—A la embajada han llegado informes. Informes que contienen cientos de nombres españoles. Por lo que tengo entendido, se trata de un acuerdo hispanoalemán. La División de Voluntarios Españoles no ha debido de saldar la deuda que contrajo España con Alemania y están enviando a obreros voluntarios aquí.

—Si vienen desde España por su propia voluntad, ninguno estará dispuesto a colaborar —dijo José.

—No temas por ello, camarada —contestó Łukasz—. Hay más antifascistas en el mundo de lo que te piensas. Solo debes buscar en el lugar correcto.

El ruido de afuera nos avisó de que los polacos regresaban de su escaso tiempo de libertad. Para Łukasz era el momento de salir. Se deshizo del cigarrillo y se apresuró a la puerta.

—Estaremos en contacto, camaradas. Aguantad un poco más y no deis ningún paso en falso.

Se puso la chaqueta, ocultó su cabello nuevamente y salió del edificio sin ser detectado.

25

VAGONES A NINGUNA PARTE

Bien pudiera ser un farsante o un idealista con aires de grandeza, pero toda ayuda era bien recibida. Esa era la conclusión a la que llegamos respecto a Łukasz Sadowski. No teníamos claro si sus contactos con las redes de resistencia se trataban de un farol, pero Leonor se fiaba de él, y eso me bastaba. Le bastaba a Oier, y les bastaba a los demás. De esa forma comenzó nuestra participación activa en el curso de la historia. Dejamos de ser sujetos pasivos, testigos de la maldad que profesaba el régimen de Hitler, y aportamos nuestro granito de arena con lo poco que ganábamos. Ya no recibíamos vino, ni los pocos dulces que Leonor podía encontrarnos en el mercado, sino que nos entregaba gratitud plasmada en tinta. Leonor se convirtió en nuestro enlace. Gracias a ella supimos que los españoles trabajaban para la empresa de ferrocarriles Reichsbahndirektion, que su salario ascendía a unos sesenta y dos pfennigs por hora trabajada, y que vivían en un bloque cuyos apartamentos estaban todos dedicados al alquiler de trabajadores extranjeros. De todos los que había, que por aquel entonces debían de ser una veintena, alrededor de cinco enviaban la mitad de lo ahorrado a España con sus familias, y la otra mitad se la entregaban directamente a Łukasz y sus actividades subversivas. Nosotros no ganábamos ni la mitad que ellos. Ellos vivían cerca de la embajada, en unos edificios adosados que daban directamente al enorme parque de Tiergarten, muy cerca del zoológico.

Łukasz nos aclaró, a través de Leonor, lo que ya todos imaginábamos. La embajada no contaba con nuestros

nombres, pues habíamos sido enviados a Alemania sin regulación alguna. Richter había visto en nosotros una opción para llenarse los bolsillos. En lugar de obligarnos a trabajar para el Gobierno de Vichy, nos llevó ilegalmente a Berlín para trabajar como esclavos y enriquecerse a costa de nuestro sudor. Los españoles obteníamos menos dinero mensual que los polacos y, qué decir, que los alemanes de bien. Ahorrábamos miles de pfennigs al capataz, quien a su vez respondía ante Richter. Nosotros no éramos sino la primera pieza de todo un engranaje de corrupción.

No obstante, de no haber sido por la avaricia del agente de la Gestapo, nos habrían enviado a un campo situado en Austria. Según llegamos a saber, el Reich no sabía qué hacer con los españoles. Franco no quería a un puñado de republicanos y tras la ocupación de Francia se habían convertido en un incordio para las autoridades alemanas. Los debieron enviar a todos allí, incluido a Jacques. Al menos Ernesto podía tener esperanzas de que su tío siguiera vivo. No conseguimos más detalles, ya que, en octubre, tal y como nos había adelantado Łukasz, el personal diplomático sufrió numerosos cambios. Finat regresó a España, y nuestro espía hispanoalemán se quedó sin acceso al material que manejaba el embajador. En lugar del conde de Mayalde, Franco nombró a Ginés Vidal y Saura como representante español en Alemania. Tras el cambio, España trató de enfriar las relaciones con una alianza de dictadores que cada vez tenían menos asegurado el trono de Europa. En octubre de 1943, España se proclamó neutral en la guerra y se dio la orden de retirar a la División Azul del frente del Este. Cambiaron la trinchera por un tren que los llevó a la ciudad bávara de Hof y allí reemplazaron sus uniformes del ejército alemán por la ropa que habían traído desde España. El resultado de aquella campaña fue terrible. Cientos de españoles habían fallecido combatiendo a los soviéticos en un campo de batalla inmenso donde el frío penetraba en sus huesos antes que cualquier bala del Ejército Rojo. Los comunistas, tal y como habían vaticinado Ernesto y Leonor, se habían repuesto de

la ofensiva nazi, y eran ellos quienes, mes tras mes, arrebataban kilómetros de tierra conquistada a la Wehrmacht.

En el sur de Europa, la intromisión de los Estados Unidos en la guerra se hacía cada vez más notoria. Tras la victoria en el norte de África, el desembarco aliado en tierras europeas tuvo lugar en Sicilia. Aquella primera incursión en la isla italiana fue avanzando hacia el norte con una velocidad vertiginosa. El rey de Italia, Víctor Manuel III, ordenó la detención de Mussolini con tal de que el país cambiara de bando y se convirtiera en aliado de los estadounidenses. Hitler, consciente de la traición, se vio obligado a ocupar Italia si quería seguir manteniendo al *Duce* en el poder. Lo hicieron instaurando un nuevo Estado fascista en el norte de Italia, con capital en la localidad de Saló. Asimismo, los alemanes consiguieron organizar una línea defensiva entre Nápoles y Roma, logrando frenar en seco la ofensiva aliada. El rescate del dictador italiano, perpetrado de manera heroica por los hombres de confianza de Hitler, fue vendido como una victoria por los medios germanos. Una unidad de paracaidistas se dejó caer frente al hotel en el que estaba recluido Mussolini, y en una operación veloz lograron liberarlo del encierro. La operación de rescate duró menos de una hora, y con aquellos sesenta minutos de triunfo fascista el Reich pretendía borrar las derrotas que iba cosechando en la guerra desde 1941.

Las buenas noticias fuera de Alemania venían acompañadas de regalos que procedían del cielo y explotaban en cuanto hacían contacto con una superficie dura. Los bombardeos aéreos eran cada vez más frecuentes, y nuestro trabajo cada vez más requerido. Una noche, nos llamaron a varios al azar para hacer horas extra a medianoche. Nunca había pasado algo parecido. Era jueves, habíamos terminado nuestra jornada cuando el autobús de cada día regresó a eso de medianoche. Los guardias encendieron las luces y nos hicieron bajar, aunque muchos llevábamos un par de horas acostados. Los españoles fuimos

los primeros en salir. Tuvimos que esperar a que el último polaco descendiera desde lo alto del edificio. Con las prisas, había olvidado mi chaqueta arriba. El frío era insoportable. En España, en noviembre uno podía salir a comprar el pan sin que el frío le incordiara en exceso. En el norte, desde septiembre el viento venía avisando de la inminente llegada de la nieve.

—Tú, tú y tú. Conmigo —dijo en alemán el empresario.

Me di cuenta de que uno de los señalados había sido yo. No pudimos negarnos. Jonás subió primero, seguido de un polaco llamado Kacper y de mí. Teníamos todo el autobús para nosotros solos, aunque decidimos sentarnos en la primera fila, esperando que el patrón nos explicara a qué se debía esta llamada de última hora. Sin embargo, no se dignó a mirarnos. Sostuvo la cabeza hacia adelante durante todo el trayecto, como si fuera él quien llevara el volante. Nosotros nos mirábamos el uno al otro con temor a romper con el silencio que habían iniciado ellos.

Llegamos a la estación, como siempre. Y el autobús estacionó en la entrada lateral, como todos los días. Pensé que alguna bomba de última hora podía haber destruido parte del andén, pero no había escuchado ninguna explosión desde hacía días. En lugar de hacernos bajar al barro, el capataz nos llevó a un despacho al lado de la sala de mantenimiento. Estaba iluminada por una única bombilla que parpadeaba, aunque alumbraba lo suficiente para ver que el suelo estaba lleno de papeles desordenados e informes abiertos. Empotrado en la pared, el mueble archivador tenía los cajones entreabiertos, de los cuales sobresalían todavía más folios.

—Vuestro trabajo es recoger todos los papeles y deshaceros de ellos lo antes posible. Tenéis dos horas —dijo el capataz en alemán.

Mi oído se iba acostumbrando poco a poco al alemán.

—¿Qué es todo esto? —pregunté en su idioma.

—Eso no es de tu incumbencia. Se te paga para obedecer. El tiempo vuela. Vamos.

Se marchó y nos dejó con todo ese desastre encima.

Recogí varios papeles aleatoriamente. Registraban el horario de entrada y de salida de los trenes. Parecía tratarse de un inventario corriente. ¿Por qué guardarlo para luego ordenar su borrado?

—Mira, este es de la semana pasada. 12 de noviembre de 1943. *Juden*. Judíos. ¿Qué querrá decir todo esto? —se preguntó Jonás buscando más pistas sobre aquellos informes.

—Nada bueno. Será mejor que nos deshagamos de esto. —Cogí prestado el papel que tenía Jonás en la mano y me lo guardé para analizarlo cuidadosamente cuando volviéramos a Dom—. Voy a por una carretilla. Los quemaremos fuera.

Salí del despacho. Las carretillas las solían guardar en la sala de mantenimiento si nadie la había cambiado de su sitio desde la mañana anterior. La había utilizado para cargar la gravilla sobrante mientras sustituíamos un riel por otro en la última de las vías desde la derecha, justo pegado a las carretillas. Efectivamente, allí estaban. La sala de mantenimiento era realmente un pequeño trastero sin luz, por lo que tuve que dejar la puerta medio abierta para no chocarme con las herramientas. Me costó dar con la única carretilla que no tenía la rueda pinchada cuando a lo lejos comenzaron los gritos.

Con la carretilla en mano, me acerqué al marco de la puerta a comprobar de dónde procedía el alboroto. En la vía opuesta, un montón de gente intentaba subirse al único tren estacionado. Eran casi las dos de la mañana. ¿Adónde iría toda esa gente a estas horas? ¿Se debía a alguna amenaza aérea inminente? Pese a mi vaga visión, no tardé más de un minuto en darme cuenta de que aquellas personas no estaban intentando subir al tren: los estaban obligando.

Vestidos de negro y a gritos, unos seis policías dirigían a los pasajeros con un billete que no habían adquirido por voluntad propia. Los alemanes siempre gritaban, pero ellos lo hacían más de la cuenta. Al fondo, apartado de los nazis que hacían el trabajo sucio, un hombre contemplaba la

escena y dirigía a sus cachorros. Era alto y rubio, como todos, pero estaba seguro de que se trataba de Sebastian Richter. Mi vista no daba más de sí, pero mis ojos alcanzaban a ver un brazalete de color amarillo atado al brazo de los pasajeros. En algunos, el parche colgaba del pecho. No eran unos pasajeros cualquiera. No había niños, ni adultos. Solo personas mayores que difícilmente podían caminar sin un apoyo. Las quejas de los ancianos chocaban en las paredes creando un eco demoníaco en Anhalter Bahnhof. Era el sonido del miedo, que resonaba en aquella estación de la que partirían a algún lugar. La eficacia de los alemanes pronto silenció los gritos de los ancianos, que se dedicaban a sacar los brazos por los agujeros de ventilación del vagón buscando aire que respirar. Debían de haber metido a más de cien personas en un solo coche. Las puertas se cerraron para siempre, y el tren se puso en marcha no sin antes sonar el silbato.

El tren se perdía en la distancia mientras mi cabeza se drenaba de nuevas preguntas que no tenían respuesta. Y si la conseguía, tenía claro que me estaría jugando el pellejo.

—¿Dónde estabas? —me increpó Jonás a mi vuelta—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, perdona. No conseguía dar con la carretilla —respondí, todavía impactado por lo que mis ojos acababan de contemplar—. Carguemos todo y quemémoslo. Me quiero ir a dormir.

Tomamos un bidón de gasolina y nos alejamos de la estructura, allá donde los focos no nos alumbraban. El capataz nos acompañó para comprobar por él mismo que terminábamos la tarea. La llama no tardó en prender, y el frío otoñal nos dejó tranquilos por unos minutos.

No era el único fuego encendido. A lo lejos, en la misma dársena donde había visto partir a los ancianos judíos, Sebastian Richter contemplaba con su propio cigarrillo en la boca la hoguera de los culpables. El papel se tornó negro y se encogió hasta desaparecer entre la ceniza. El humo se elevó hasta los cielos, juntándose con una noche inusual donde las estrellas se habían asomado por primera

vez en mucho tiempo. De todas maneras, mi mirada siguió fija en el fuego, consciente de que cuando las llamas se extinguieran las pruebas del tren infernal habrían hecho lo propio. Sin embargo, mientras mis ojos permanecían hipnotizados por el baile del fuego al ritmo del viento, mi mano se dirigía al bolsillo para comprobar cómo la hoja que había guardado seguía ahí, que no había saltado para desaparecer con el resto de las pruebas.

26
Regalo de los cielos

Cuando sucedió, Leonor había desaparecido. Llevaba tiempo sin asomarse por nuestras vidas. Tampoco parecía estar en su casa. Las caléndulas llevaban meses muertas, pudriéndose sin que nadie las rescatara del tiesto. Leonor se había evaporado a la vez que las bombas se volvieron asiduas en el barrio. Las sirenas sustituyeron a la tensa calma de la noche. Uno ya no sabía si se trataba de la Real Fuerza Aérea británica, tal y como había ocurrido en la mayor parte de la guerra, de los estadounidenses o de los soviéticos. Lo único que sabíamos era marchar en fila india hasta el sótano del edificio. Se trataba de un refugio más decente que del que disponía la mayoría de la población alemana, que se veía obligada a sumergirse en el subsuelo, buscando un sitio entre la muchedumbre que hacía lo propio en alguno de los kilométricos túneles de las instalaciones de metro. Los bombardeos de ciudades como Dresde y Hamburgo habían obligado a Berlín a prepararse si no quería evitar una devastación total.

Cuando sucedió, no contamos con el clásico boletín de informativos que nos redactaba Leonor con su exquisita caligrafía. Escribía cada letra con una ligera inclinación hacia la derecha y una manía por alargar la saliente. Tuvimos que averiguar sin su ayuda que los aliados habían abierto su propia brecha en el frente occidental. Además del desembarco italiano, habían dirigido sus fuerzas desde Normandía, el norte de Francia, para seguir con la contraofensiva. Agosto de 1944 fue un mes aciago para Hitler. Desde nuestro internamiento conocimos la noticia de que París había sido liberada. No era un territorio más, una

parcela corriente que la Wehrmacht había perdido en favor de los aliados. La capital de Francia, la misma por la que había llorado el mundo tras la rápida ocupación nazi, recuperaba el esplendor que se merecía. Si París caía en manos de los americanos, Burdeos haría lo propio a las pocas semanas. Con los británicos y americanos en el oeste, y la Unión Soviética en el este, imparable en su avance por Ucrania y Polonia, había llegado el momento de aceptar, con una emoción vertiginosa interna, que la Alemania nazi iba a ser derrotada. No decía nada respecto al tema para no gafarlo, pero solo era cuestión de tiempo. Lo único que se desconocía era quién llegaría antes a Berlín.

Quien llegó a Dom primero fue Sebastian Richter. Aquella semana había sido un caos. En varias ocasiones se nos había mandado a casa antes de tiempo porque la estación estaba inutilizable y, con los aviones planeando sobre Berlín, corríamos el riesgo de sufrir un ataque. Valíamos más vivos que muertos, o eso pensábamos. La prensa evitó por todos los medios a su alcance que la preocupación mermara a los germanos, pero la falta de recursos básicos delataba el debilitamiento del Reich. El hambre podía por encima de cualquier mentira. Si antes uno podía recurrir al mercado negro o, de no tener dinero, ser testigo de que había mantequilla disponible en los puestos ambulantes, ahora había que descartar esa posibilidad. El sustento de la comida alemana había desaparecido. Los primeros en notarlo fuimos la población no alemana, pero pronto se extendió a todos y cada uno de los habitantes. El acceso a la comida no era lo único que menguaba, Alemania entera había sufrido un cambio drástico en sus fronteras. Comparándolo con los mapas europeos que distribuía la prensa hacía escasos tres años, no era ni la mitad de lo que se extendía entonces.

Richter se personó en la entrada y, tras ser visto por Jonás, quien nos dio el aviso desde la ventana, esperamos su llegada a nuestro dormitorio. Que supiéramos, nunca había entrado en el complejo. La última vez que lo vimos en Dom fue en el patio delantero, en una noche de lluvia y

con Mikel maniatado. De la entrada al primer piso había que subir solo treinta y dos escaleras, las suficientes como para que mi cabeza comenzara a especular sobre su visita. ¿Habría averiguado nuestra colaboración con Sadowski? ¿Nos habría vendido aquel bocazas burgués con aires de espía? No tendríamos que habernos fiado de él. En Toulouse nos habían entregado a las autoridades por mucho menos. Por conspirar contra el régimen nazi nos esperaría un pelotón de fusilamiento.

En cuestión de un minuto el picaporte giró. Allí estaba él, tan bien vestido como siempre, aunque esta vez la sonrisa se ocultaba tras un rostro de preocupación que era incapaz de disimular.

—¡Españoles! Qué bien que estén todos reunidos. Así podremos proceder lo antes posible. Hagan el equipaje, este lugar ya no es seguro para ustedes.

Ninguno movió un solo dedo. Es más, me esforcé por aguantar la respiración para que el más leve movimiento no pareciera una reacción a sus palabras.

—¿Es que no me han oído? —insistió dando un paso al frente.

Continuamos petrificados en nuestro cuarto. No estaba hablado, pero todos actuamos de la misma manera. Había algo en él que nos empujó a desobedecer su orden. Hasta donde llegaba nuestro conocimiento, seguía ostentando el mismo poder, pero su falta de confianza en sí mismo devino en una falta de autoridad que percibimos simultáneamente. Como la mayoría de las veces, fue Ernesto quien se lo hizo saber.

—Te hemos oído perfectamente. No nos movemos de aquí —contestó.

La cama de Ernesto era la más cercana a la entrada, por lo que lo tenía a pocos metros. Esta vez Richter sonrió, aunque su sonrisa temblaba de los nervios.

—No es momento para motines. Afuera les espera el autobús. Primero subirán ustedes, y después volverán para recoger al resto. No me hagan llamar a los refuerzos.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó, desde el fondo,

Jonás.

—Eso no es de su incumbencia.

—Sí, sí lo es. ¿Nos enviáis a morir como a esos ancianos de Anhalter Bahnhof? —le confronté con ciertas dudas de que mi tono pudiera intimidarle lo más mínimo—. Lo sabemos todos. Obligabais a los judíos que no podíais emplear para vuestro trabajo a subir a aquellos trenes que partían de noche. No dejaremos que nos tratéis como a animales que ya no os sirven. La guerra ha terminado para vosotros y no podréis borrar vuestra barbarie de la faz de la tierra.

Richter vaciló, se mordió el labio y se serenó. Sonrió por segunda vez, y corrigió su excitabilidad.

—Ustedes irán allá donde se les ordene. Y si no obedecen, terminaremos con esto enseguida.

El agente de la Gestapo sacó su pistola. Era la misma con la que había disparado a Mikel, con el mismo fino cañón tan característico. Oier también la reconoció.

—Lo haremos por las buenas o por las malas —insistió apuntando a Ernesto, a quien tenía a tiro.

—Cobarde. ¿No te atreves a solucionarlo como hombres? —le retó el catalán.

Entonces sucedió. De repente, sin saber cómo, me hallaba en el suelo. Desconcertado y aturdido, mis oídos solo eran capaces de percibir un pitido ensordecedor. Intenté buscar un apoyo, pero me volví a caer antes de que mi vista se estabilizara por completo. Agarré una de las patas de mi cama y me levanté. Busqué a Ernesto, que todavía seguía en el suelo, con el brazo ensangrentado y una pequeña brecha en la frente. «No es una herida de bala», pensé para mí. A escasos metros, la Parabellum de Richter yacía en el suelo sin su dueño. La recogí e inmediatamente me interesé por el alemán. No respondía. De hecho, estaba rodeado de escombros. No entendí nada hasta que la luz me dio la respuesta. El exceso de iluminación me hizo girarme hacia las ventanas. No quedaba ninguna. En su lugar, un boquete enorme daba a la salida, donde el paisaje se mostraba desolador tras el

impacto de las bombas que también habían alcanzado el edificio de enfrente.

Poco a poco, mi oído fue recuperando la normalidad. Se escuchaban gritos, pero ninguno provenía de cerca. Se oían bombas, pero ya estaban lejos de nuestra ubicación. Y de fondo, la sirena antiaérea que había llegado tarde.

—¿Estáis todos bien? —preguntó José mientras nos buscaba con la mirada.

Todos estábamos bien. Salvo alguna pequeña contusión o cortes del cristal de las ventanas, nadie resultó gravemente herido. El proyectil había caído en el pasillo, alcanzando a algunos de los obreros polacos y haciendo saltar por los aires el despacho de la secretaria y la garita de los guardias. La explosión había afectado a Richter y Ernesto, pero por suerte este último se encontraba varios metros más alejado. En cuestión de un par de minutos, todos estábamos de pie.

—Si Dios nos ha enviado alguna señal, sin duda es esta —dijo José acto seguido de coger sus pertenencias.

—Esto no ha sido obra de Dios. Han sido los aliados. Pero sí, la ayuda ha venido desde el cielo. Nos está diciendo que escapemos —respondí.

Seguimos los pasos de José y, tras comprobar que los obreros polacos también huían del complejo, decidimos hacer lo propio. No habría rastro de los guardias ni de la secretaria. Probablemente, sus cuerpos se habían desmembrado en la explosión. El autobús que habían enviado a por nosotros ardía en llamas y el conductor yacía muerto junto con el personal que lo acompañaba. Aunque la bomba hubiera afectado al vehículo, se notaba que no era el mismo autobús que nos llevaba al trabajo. Estaba claro que los nazis querían deshacerse de nosotros para no dejar ninguna prueba del trabajo esclavo.

Cruzamos la valla. Era la primera vez que lo hacía como hombre libre. No conocíamos Berlín, nadie nos la había enseñado. Solo conocíamos Dom, y estaba en ruinas. La ciudad era un caos. Las sirenas antiaéreas pronto se vieron opacadas por las sirenas de las ambulancias. La

gente corría para resguardarse en algún lugar, o para escabullirse de las autoridades. Ni siquiera en Barcelona había visto tal descontrol en la población. En aquella Cataluña derrotada, la ciudad condal aceptó con vergüenza y desdén la derrota. Si en España la derrota se había producido en silencio, en Alemania la sensación era de alboroto, de bullicio y descontrol. Sin saber adónde ir, decidimos buscar a Leonor.

Ya no había puerta en su portal. La onda expansiva la había arrancado. Tampoco habría supuesto ningún problema. Ernesto podría haberla echado abajo con algo de esfuerzo, tal y como hizo con la de su apartamento en el piso tercero.

Entramos con cautela, con temor a que nos topáramos con algo con lo que no quisiéramos encontrarnos. Ella se había arriesgado mucho más que nosotros y a la primera que un agente de la Gestapo le hubiera pedido su documentación habría tenido problemas. Sin embargo, tal y como había imaginado, no había nadie dentro. La casa llevaba meses vacía. El olor a cerrado nos confirmaba que el apartamento de Konrad no lo habitaban desde hacía meses. No había rastro de él ni de Leonor. Las camas estaban hechas; los armarios, vacíos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Oier.

—Podríamos quedarnos aquí, por si vuelve —propuso Alfonso.

Ernesto se sacó una manzana del bolsillo y se echó en la cama de Konrad. Gimió de placer, lo mismo que si se hubiera tumbado en los aposentos del emperador Guillermo II de Alemania.

—Aquí estamos demasiado cerca de Dom. Si alguien viniera a por nosotros, no tardarían en encontrarnos. Leonor no ha podido irse sin dejarnos un aviso antes.

Me puse a buscar por la casa alguna nota que pudiera habernos dejado. Por cada armario que abría, solo encontraba vajillas, libros en alemán y alguna que otra manta. No tenía sentido que mirara allí. Entonces, pensé en el buzón. El lugar en el que nos conocimos. Bajé

inmediatamente del piso, sin decir nada y para el asombro de mis compañeros. Me siguieron hasta abajo y para cuando llegaron al rellano, había forzado la cerradura del buzón. Saqué el sobre que había dentro y lo abrí con exaltación. Era una sola hoja, con tres palabras escritas a lápiz. «Nicolás. Siete. Arriba». ¿Qué demonios quería decir eso? Al lado, un mapa de la ciudad del año 1938 se presentaba como la pista que había que seguir.

27
Las calles de Berlín

Me detuve por un segundo sobre el puente que cruzaba el río. Era la primera vez que lo veía. De hecho, era la primera vez que veía Berlín. El Spree, con su cauce calmado y casi insonoro si no fuera por unos niños que a lo lejos jugaban tirando piedras al agua, me recordó al mar. Desde que lo vi en Burdeos por última vez, la costa se había esfumado de mi vista. Quitarle el mar de vista a un hombre nacido en el Mediterráneo suponía un magnicidio mayor que el de matar a Hitler. Si seguía el río hacia el noreste, me encontraría con el Havel, que era a su vez afluente del Elba, uno de los más importantes de Centroeuropa. Antiguamente, el río sirvió como ruta de comunicación entre el norte y el sur de Europa. Si uno seguía un río, podía llegar hasta los confines del mundo. Sabía que, a cientos de kilómetros al norte, el río desembocaba cerca de Hamburgo. El agua allí era mucho más fría que en el Mediterráneo, pero si me lo permitieran, no habría dicho que no a un chapuzón. No obstante, la realidad me llamaba. José, más bien.

Decía que había resuelto el rompecabezas de Leonor y nos había hecho cruzar media ciudad a lo que él entendía que era una dirección concreta. Llevábamos más de dos horas caminando. Las sirenas habían cesado por el momento y la normalidad había vuelto a la ciudad. Por suerte, era casi verano y nos habíamos deshecho de las vestimentas más manchadas por el trabajo, por lo que nuestra apariencia podía pasar desapercibida. Solo las heridas de Ernesto llamaban la atención, pero a medida que pasaban las horas, la ausencia de luz natural nos ayudaba en tal irremediable tarea.

Después de cruzar el Spree, las calles se volvieron estrechas, y las casas eran más antiguas que las de las amplias avenidas que veníamos atravesando. Muchas se encontraban en ruinas por las bombas. Al estar en el centro, la zona había sufrido más ataques que la periferia. En uno de los edificios afectados por los ataques aéreos, fui testigo de cómo un padre acostaba a su hija en la cama de una habitación sin techo ni pared exterior. La estructura no había cedido. De la casa solo quedaba el esqueleto. En ningún momento se fijaron en nosotros, parecían inmersos en una dimensión paralela, como si se tratara de una función de teatro. Solo que aquello no era el Konzerthaus de la Gendarmenmarkt, sino la escena cotidiana de los horrores de la guerra.

Dimos un rodeo en el que me pareció pasar por los mismos escombros hasta tres veces. Si no nos habíamos perdido ya, estábamos a punto de hacerlo en aquel laberinto de ladrillo destruido. De pronto, José se paró en seco.

—Es aquí.

La casa se encontraba justo a las puertas de una iglesia hecha añicos. La cerradura estaba forzada de antes, por lo que entramos en el portal a la espera de que José nos explicara el siguiente paso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ernesto.

—Hay que subir.

Antes de que llegáramos a la puerta, el ruido nos delató. Allí estaban, apoyados en el marco de la puerta, Leonor y Łukasz. Me sorprendió ver a este último. No pensaba cruzármelo nunca más después de aquel breve encuentro en Dom.

—Sabía que nos encontrarías —dijo Leonor dirigiéndose a mí.

—No he sido yo. Sin José, probablemente nos habríamos quedado en tu apartamento.

José dio un paso al frente.

—Era evidente que el nombre de Nicolás se debía a la iglesia. Me costó ubicarme, no sabía que la habían

destruido. Y Berlín ha cambiado tanto que el mapa me confundió un par de veces. Después solo hubo que buscar el número siete. Pan comido. Candela y yo solíamos jugar al escondite los domingos. Nos dejábamos pistas para que el otro adivinara dónde nos habíamos ocultado —resolvió.

—No podía escribir la dirección literal. Era demasiado peligroso. Tampoco quise dejaros una nota bajo la piedra. No me fiaba. Menos mal que ya estáis aquí. Pasad.

El apartamento era una pequeña buhardilla que había conseguido salvarse del ojo de los aliados. Contaba con una pequeña chimenea y cada rincón era idóneo para decorarlo con libros de todas las artes humanistas. La alfombra, aunque algo sucia por el paso del tiempo, ocupaba todo el salón y dibujaba la silueta de unos leones con la boca abierta y en posición de ataque. Era tan gorda que me tropecé con ella. Leonor impidió que me cayera de morros. A Ernesto le generaba cierta incomodidad tanta gente en un salón tan pequeño. Por si fuera poco, se veía obligado a caminar encorvado debido a su metro noventa.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó tras darse el primero de los muchos coscorrones con el techo.

Se refería al hijo y a la madre que estaban sentados al calor de la casi extinta llama de la chimenea.

—Ella es Manuela y él es su hijo Ángel. Os hablé de ellos cuando empezamos a cartearnos, hará un par de años —explicó Leonor.

—Cuatro años. Han pasado cuatro años —corregí.

—¿Cuatro años? Madre mía. El tiempo pasa muy deprisa. Esta guerra está durando demasiado. En fin, son gente de fiar. Solo tenemos que esperar aquí hasta que esta maldita guerra termine.

Manuela se levantó y nos saludó a todos con dos besos. Aquello me recordó a España.

—Es reconfortante conocer a más españoles. Llevábamos tanto tiempo solos que creíamos que éramos los únicos —dijo a la vez que acariciaba el pelo de Ángel—. Si hubierais llegado antes, os habríamos dejado un cuenco de sopa de cebolla que hice para cenar.

Debía de tener cuarenta y pocos años, pero su forma de hablar, tan maternal y servicial, me recordaban a mi madre.

—No se preocupe, estamos acostumbrados a comer poco —le contesté en agradecimiento.

Su hijo estaba agarrado a ella, con los ojos puestos en nosotros y con la mirada de desconfianza de un niño que acababa de ver cómo siete hombres entraban en casa por la noche.

—Leonor, ¿por qué no te despediste? —pregunté.

—Lo siento. Son estas malditas bombas. Cada vez que las escucho, entro en pánico. Cuando empezaron a caer en el barrio, Konrad se marchó con su hermana a las afueras. Yo le dije que me quedaba, pero no pude soportarlo. Me hacen recordar a tiempos pasados. No soy capaz de superarlo. Salí espantada sin deciros nada. Os dejé la nota en el buzón por si conseguíais escapar. Llevamos en esta dirección desde hace solo seis días. Antes, me alojaba en casa de Łukasz, con sus padres, pero era demasiado peligroso para ellos. No quería comprometer a nadie. Al menos, ahora estamos todos juntos.

Łukasz abrió un armarito del cual sacó una botella de coñac, y nos entregó un vaso a cada uno.

—Os voy a pedir que alegréis esas caras. Habéis conseguido escapar sanos y salvos, y hoy es un día especial.

—¿Por qué brindamos? —preguntó José.

—Hoy es 20 de abril. El cumpleaños de Adolf Hitler. Su último cumpleaños entre los vivos. *Prost! (¡Salud!)* —brindó Łukasz alzando el vaso emulando el saludo nazi.

Noté el alcohol abrasándome la garganta. Era una sensación que había olvidado y que, sinceramente, echaba de menos. Beber me recordaba a Aitana. Łukasz volvió a llenarnos los vasos hasta terminar la botella y siguió hablando. Le encantaba escucharse hablar.

—Antes, el cumpleaños del *Führer* era un día horrible. Berlín se llenaba de más nazis de los que la ciudad podía soportar y se organizaban desfiles, conciertos… Hoy, nada —sonrió—. Es en esos momentos cuando siento más felicidad, sabiendo que Hitler estará encerrado en algún

búnker del subsuelo consciente de que no pasará de los cincuenta y seis años.

Después del trago, Manuela, que había rehusado el coñac, nos dio las buenas noches y se acostó con Ángel en la única cama del apartamento. Estaba en una pequeña habitación que, a su vez, daba al único baño de la casa. La segunda puerta era la cocina. Leonor dormía en el sofá por insistencia de Łukasz, y él y los demás lo haríamos en el suelo. Pero todavía quedaba un rato para irnos a dormir. La adrenalina de cruzar el corazón del nazismo expuestos al peligro nos había quitado el cansancio acumulado de tantos meses.

—¿Sabemos algo de Gran Bretaña? —A Ernesto le gustaba reírse de Łukasz sin que este se diera cuenta.

—Hace tiempo que no consigo comunicarme con ellos, pero ahora solo toca esperar. Los rusos llegarán a Berlín en cuestión de días.

Al final serían los rusos. Parecía que por fin se iba a cumplir la promesa de los comunistas. Iban a acabar con el fascismo en el mundo. Durante la media hora siguiente, el hispanoalemán nos contó que en Alemania estaba cundiendo el caos. La gente, desesperada, salía a las calles en los pueblos a exigir el final de la guerra. No se trataba de una consigna reacia al liderazgo de Hitler, sino un impulso de supervivencia. En Ratisbona, una de las ciudades más importantes de Baviera, hasta mil mujeres se congregaron en la plaza del mercado para demandar que el pueblo fuera entregado sin un ápice de violencia a las fuerzas estadounidenses. Los nazis desarticularon aquella manifestación y colgaron al sacerdote que había alentado a las masas. Lo ahorcaron por la noche para que el pueblo lo viera la mañana siguiente y temblara al son del balanceo de su cuerpo pegado a la soga. Un día antes, la simbólica ciudad de Núremberg había caído, y la semana posterior lo hicieron Ratisbona y los cientos de pequeños pueblos que eran abandonados por las instituciones nazis en el frente occidental.

Al este, el escenario era aún más desolador. Los

alemanes habían arrasado a su paso con los países orientales, e hicieron lo propio en su retirada. En enero, los soviéticos se encontraron con un campo de exterminio cerca de la localidad de Auschwitz, en Polonia. Si no fuera porque sabía de lo que eran capaces los alemanes, habría pensado que sus palabras eran mentira. Ningún ser humano sería capaz de llevar a cabo las atrocidades que se cometieron en aquel lugar cuyo nombre olvidé al segundo, pero con la seguridad de que no sería la primera vez que lo escuchara. Hablaba de unas cámaras en las que internaban a los prisioneros, daba igual si eran niños, y los aniquilaban en masa mediante un compuesto químico. Un mes más tarde de liberar el campo, el Ejército Rojo se encontraba a noventa kilómetros de Berlín. Desde entonces, habíamos esperado ansiosos al golpe definitivo que terminaría con el nazismo.

Ninguna de las operaciones dirigidas por Hitler daba resultado. A la desesperada, había reclutado a adolescentes, niños de hasta doce años, para tratar de frenar a unos soviéticos que en cuestión de días habrían rodeado la capital. El amado *Führer* había perdido la cabeza.

—En definitiva, Berlín se ha convertido en una ciudad de mujeres, ancianos y niños —concluyó Łukasz.

—Y de españoles —añadí.

Łukasz sonrió. Tras darme la razón, un bostezo colectivo hizo que temblaran las velas con las que alumbrábamos el salón reconvertido en dormitorio.

—Estamos todos cansados. Dormid cuanto podáis. No os preocupéis por los ataques aéreos. Hace semanas que no bombardean este barrio. Aquí ya no queda nada. Mañana debatiremos sobre nuestra acción cuando lleguen los rusos. Sigo manteniendo el contacto con los obreros que vinieron desde España.

Cada uno de nosotros apagó la vela que tenía más cerca de un soplido. Nadie contestó en claro a las últimas palabras de Łukasz. Honestamente, estaba muy cansado para no hacer otra cosa sino esperar. Era lo que me habían enseñado a hacer, y ahora querían que empuñara un arma.

No lo había hecho en España, tampoco en Francia. ¿Era el destino el que me llamaba para que luchara contra los nazis con la pistola que le había quitado a Richter?

28

ASALTO A LA EMBAJADA

Fueron los días más largos de mi vida. No estaba seguro de si echaba de menos la comida de mi madre o la comida de un país que no estuviera en guerra. Apenas teníamos para todos y guardábamos lo mejor para Ángel. Era un buen chico al que le gustaba mirar por la ventana incluso para ver a gente huir hacia el oeste o los aviones pasar por encima de nuestro techo. A Łukasz solo le quedaba una guarnición de patatas diminutas que se deshacían, si no en la olla al cocerse, al intentar morderlas. Al fin pude verle desanimado. Cuando la suculenta comida de su cocinera falló, cuando ya no había eventos de la clase alta alemana en los palacios berlineses, el comunista encubierto se echó las manos a la cabeza.

José trataba de sintonizar la radio, pero ninguna emisora parecía funcionar. Leonor le cambiaba las vendas cada mañana a Ernesto para que las heridas ocasionadas por la bomba no se infectaran, y Jonás le vaciaba a nuestro huésped la remesa de alcohol acompañado de Alfonso y Tomás. Manuela nos dejaba a cargo de su hijo cuando bajaba a por pan. Decía que necesitaba pisar la calle y que a ella no le iba a pasar nada, que si le pasaba algo sería cuando los soviéticos llegaran en busca de mujeres. De la panadería regresaba con un sinfín de historias. Que si los rusos enviaban a sus prisioneros a Siberia, que si a las mujeres las obligaban a yacer con cada uno de los soldados de un batallón después de que lo hiciera primero el comandante. «Eso es propaganda fascista», le espetaba Ernesto cuando se cansaba de sus sermones. Yo me entretenía mirándolos a todos. En ocasiones releía una

edición en alemán de *Las penas del joven Werther* que tenía Łukasz en su estantería. Me había encantado cuando lo leí en Barcelona, y ahora podía hacerlo en su lengua materna con lo poco que había ido aprendiendo de alemán. Rebuscando en los cajones, di con varias banderas que Łukasz, junto con su padre, había coleccionado con los años. Tenían una por cada país visitado. Jugué un rato a adivinar los países con Ernesto y Ángel, pero los pobres no daban una, y yo prefería leer a Goethe.

Realmente, lo que tenía que haber practicado era mi ruso. No lo tocaba desde la adolescencia, cuando conocí el país que había cambiado el orden de las cosas. Ahora los tenía a pocas calles, desde donde los oía gritar. Los alemanes se resguardaban en edificios derrumbados, calles atrincheradas y balcones desde donde lanzaban sus granadas. Daba igual. En Berlín todo daba igual desde la segunda quincena del mes de abril. A medida que pasaba el tiempo, nuestra buhardilla corría más peligro. El techo temblaba con cada embestida de cañón antiaéreo nazi. Entonces, los soviéticos lo intentaban nuevamente y, por lo general, se hacían con la nueva posición. Calle a calle, cada vez estaban más cerca. Esperamos a que Łukasz regresara de la trastienda de su contacto para dirimir nuestro siguiente paso. De nada servía esperar a que Berlín cayera si nosotros moríamos junto con la ciudad. Cuando lo hizo, no venía solo. Junto a él, tres hombres cargaban con mochilas de las que sobresalían los rifles de los que tanto había hablado el hispanoalemán.

—Camaradas, estos son Antonio, Clemente y Pepe. Son los españoles que llevan ayudándonos desde que vinieron a trabajar a Alemania. —Nos saludaron con la mirada, sudando por haber cruzado la ciudad con tanto peso—. Los demás han preferido quedarse. Ha llegado el momento de actuar. Quien quiera ir con ellos, es bienvenido —dijo mientras contaba las armas.

Me sorprendió que no se incluyera a sí mismo en el plan.

—¿Adónde vais? —preguntó Ernesto, más interesado

en el arsenal que en la respuesta.

—Nuestro objetivo es la embajada. No está muy lejos de la Puerta de Brandeburgo. Está vacía, la evacuaron hace unos meses por los ataques aéreos. Estoy seguro de que dentro todavía cuentan con nuestras fichas y las de todos los españoles que viven en el Reich —explicó uno de los tres.

—Es lo mejor que podemos hacer. Desde allí podríamos coordinarnos con el Ejército Rojo cuando los nazis la hayan palmado —confirmó el segundo de los tres.

Afuera, la metralla no paraba de sonar. En aquel momento, todo lo que no fuera la buhardilla en la que nos habíamos quedado una semana parecía el lugar más peligroso de Berlín.

—¿Qué hacemos? —preguntó José, desesperado—. Hay mujeres y niños a nuestro cargo.

—Dilo por ellos, yo soy más que suficiente para acabar con los nazis. Voy con vosotros. Que los demás lo decidan por asamblea, si quieren —dijo, enfurecida, Leonor. Estaba harta de que no la tomaran en serio por ser mujer.

—Está bien, pero alguien tiene que quedarse con Ángel y Manuela —respondió José.

Para dicha tarea estaba claro quién se presentó voluntario sin pestañear. Łukasz, el hombre valiente que había conseguido todas las armas habidas y por haber a espaldas del Reich, se negaba a atravesar la línea de fuego. Los llevaría a su casa, al otro lado del río, donde habían construido un búnker para él y su familia en el que serían más que bienvenidos. «Hay hueco para quien quiera», añadió al final.

Por cuestión de principios o por temas personales, decidí que no iba a compartir refugio con él. No iba a esperar más. Había llegado la hora de marcar mi huella en el curso de la historia, tal y como nos había dicho el farsante de Łukasz una vez. También lo hice, en parte, para tener algo de provecho que contar a Aitana si algún día volvía a verla.

—Yo me uno a Leonor, y estoy seguro de que Ernesto

también querrá venir —hablé, por primera vez en mucho tiempo, consciente de mis propios actos.

Me miró orgulloso, como un padre que por primera vez ve a su hijo comportarse como un verdadero hombre. Por una vez, esconderse no era una opción. Por una vez, tocaba ganar la guerra. Los demás no dudaron en sumarse al tridente armado. Solo Jonás se bajó del carro. Ernesto se hizo con varias Mannlicher del modelo 95 y las repartió entre Tomás, Alfonso, Leonor y José. Pese a mi brote de heroísmo, me negué a empuñar un arma. Nuestra tarea no era matar, sino ocupar la embajada franquista. «No vamos a morir aquí», dije para mis adentros.

Salimos los primeros. Jonás, Łukasz, Manuela y Ángel saldrían en un par de minutos, con rumbo a la segura mansión de los Sadowski. Antonio, Clemente y Pepe parecían profesionales. Se notaba que en la guerra de 1936 habían estado en el frente. A Ernesto también le veía hábil con el fusil. Todo lo torpe que tenía se esfumaba cuando sustentaba un arma.

Acostumbrados a escabullirnos de noche, nos movimos con velocidad desde una esquina a otra. Cuando a la entrada de una avenida veíamos a soldados de la Wehrmacht agolpados resistiendo el asalto soviético, dábamos un pequeño rodeo para volver a nuestra ruta principal. Antonio, Clemente y Pepe marchaban los primeros, seguidos por José y un servidor. En última instancia, y cubriendo cualquier fisura en nuestro improvisado pelotón republicano, Oier, Leonor, Alfonso, Tomás y Ernesto corrían de espaldas. La oscuridad ya no era nuestra aliada. Las ruinas seguían intactas, pero las bombas y la falta de bomberos en la ciudad hicieron de Berlín la ciudad del fuego. Las llamas proliferaron en la retaguardia. La Wehrmacht y las SS no eran el único peligro. En las calles también patrullaban las milicias nacionalsocialistas. Eran más difíciles de identificar, pues vestían como civiles aunque fueran igual de armados que los soldados regulares.

A la altura de Tiergarten, nos vimos obligados a frenar.

El enorme parque de la capital, el pulmón verde de Berlín, se hallaba en absoluta penumbra. Los pocos árboles que quedaban protegían de la exposición absoluta a las patrullas alemanas apostadas en el parque. Habíamos corrido por una avenida que conducía hasta la embajada dejando el parque a nuestra derecha, pero a pocos metros de nuestro objetivo dimos con una posición de la Wehrmacht. Se trataba de un cruce que partía el parque a la mitad. Si uno seguía hacia la derecha, se toparía con la Columna de la Victoria. Visible desde nuestra posición, un punto ciego desde donde barajábamos cómo bordear a los soldados, el monumento evocaba la heroica victoria de la guerra de los Ducados, cuando la incipiente Alemania liderada por el canciller Otto von Bismarck venció a la corona danesa en 1864. Curiosamente, la columna seguía intacta. Ningún proyectil había conseguido alcanzarla en todos estos años de guerra. Se erigía entre tantas iglesias derruidas como uno de los puntos más elevados de la ciudad, como un recuerdo de granito sobre lo que Alemania pudo ser. Desde lo alto, la estatua de bronce de la victoria contemplaba su pueblo derrotado a punto de claudicar.

—Yo iré primero y llamaré la atención de los alemanes. Correré hasta el parque y me esconderé detrás de un árbol. Mientras, sorprendedles desde el flanco izquierdo —ordenó Ernesto.

Teniendo en cuenta la anchura de la avenida y la zancada de Ernesto, podía recorrer el tramo en unos diez segundos. Lo justo para que la guarnición de alemanes se fijara en él sin que dispararan una bala precisa. Todos asintieron, y José me recomendó que me quedara detrás de ellos.

Todo pasó en cuestión de segundos, aunque para mí rozara la eternidad. Ernesto saltó a la acera y disparó sin un objetivo concreto a los seis soldados que aguardaban en el cruce al grito de «¡Maricones fascistas!». Estos respondieron con su artillería, pero las balas se perdieron en la oscuridad. Ernesto se dejó caer entre los arbustos, tal y como habíamos acordado. Para cuando tres de los alemanes quisieron ir a

por el misterioso asaltante, fueron disparados desde la distancia y fulminados en el acto, al igual que los otros tres compañeros. Ernesto salió de su escondite y, mientras se acercaba y yo hacía lo propio, vi cómo uno de los soldados se removía desde el suelo en busca de su arma. Tumbado a espaldas de José, llegó a sacar su arma a duras penas.

Entonces sonó el disparo. La bala alcanzó su cuerpo. No el de José, sino el del soldado alemán, que al fin yacía en el suelo, recién rematado. La pistola que había disparado no era la suya, sino la mía, que realmente pertenecía a Richter. Fue un acto reflejo. Cuando lo vi moverse en el suelo eché la mano al cinturón, donde guardaba la Parabellum de Richter. Nunca en mi vida había disparado, y el resultado fue un hombre muerto. Un nazi muerto. Me acerqué a él cuando su casco de acero todavía giraba por su forma curva. Quería ver el rostro del hombre al que le había quitado la vida. Tenía el cabello oscuro y los ojos, abiertos de par en par, eran marrones. No todos los nazis lucían el cabello dorado. A lo mejor, ni siquiera era nazi. A lo mejor, simplemente le había tocado combatir para la Wehrmacht. Deseé que no tuviera familia y, de tenerla, que fuera lo más pequeña posible. No quería que por mi culpa se generara una ola de dolor en la familia. Me agaché a comprobar su pulso inexistente cuando Oier se dirigió a mí.

—Así que le quitaste la pistola al de la Gestapo.

Sabía que se acordaría del arma con la que mataron a su amigo.

—La cogí justo después de la explosión. No sé por qué lo hice. Esperaba no usarla nunca, y espero no volver a hacerlo.

—Pues tienes una puntería magnífica, muchacho. Nos vendría bien alguien como tú —dijo Antonio—. Deberíamos seguir, en esta posición somos vulnerables. Ya no queda nada, la embajada está a solo unos metros de distancia.

Corrimos dejando los cuerpos de los nazis allí tirados, y en nada dimos con nuestro objetivo. La embajada, que hacía esquina con una calle que daba directamente al río, tenía el ala derecha afectada por los bombardeos. Nos

quedamos de pie, observándola y sin atrevernos a entrar. El edificio, pese estar dañado parcialmente por las consecuencias de la guerra, se notaba que era nuevo. Cuatro columnas corintias se elevaban hasta una segunda planta donde se desplegaba un amplio balcón. En el tercer piso, coronando el motivo neoclásico del pórtico, se ubicaba el escudo franquista. Me fijé en el águila esculpida antes de que Ernesto decidiera dar el primer paso. Cruzamos la entrada principal, como quien entraba en su casa. No había guardias, ni cerradura, ni nada que impidiera su saqueo. Lo único que quedaba dentro era el eco de nuestras voces.

Los nuevos integrantes nos indicaron que iban al sótano a buscar los documentos. José, Oier, Alfonso y Tomás los acompañaron. En lugar de ir tras ellos, Ernesto me hizo un gesto para que lo siguiera. Subimos las escaleras y salimos al balcón. Justo encima teníamos el aguilucho, y delante se mostraba Berlín entero. Desde las alturas veíamos la Columna de la Victoria, y más al fondo, si tornábamos la vista hacia la derecha, alcanzábamos a ver la Puerta de Brandeburgo. Las luces a lo lejos reflejaban que la guerra seguía ahí afuera.

Una brisa estival nos atravesó en ese momento. Mi piel se agallinó, y el frío que sentí me confirmó que no se trataba de un sueño. Que estábamos ahí, que era verdad, que la guerra terminaba con nosotros en pie.

—No tirites, hombre. No hay nada que temer —me dijo Ernesto.

Se había confundido.

—No tiemblo de miedo. Es que tengo frío.

Ernesto sacó una manta de la mochila y me la puso por encima. Deduje que la había tomado prestada de la buhardilla de Łukasz, hipótesis que comprobé cuando de la misma mochila sacó una bandera republicana doblada cuidadosamente. Se trataba de una de las banderas de la colección del hispanoalemán. Ernesto se aproximó al final del balcón y la desplegó sobre el borde, desde donde cualquiera pudiera verlo. Allí, en la embajada franquista de

la Alemania nazi, ondeaba la tricolor vencida en la guerra de España. El rojo, amarillo y morado flameaba por el viento sin temor a que la bandera se escapara al vuelo gracias al nudo que había hecho Ernesto. Nos quedamos observando el horizonte en llamas durante unos minutos en los que ambos comprendimos la importancia del silencio. Habíamos sufrido tanto tiempo solo para ser testigos de la extinción del Tercer Reich. El pasado se evaporaba en un presente que nos empujaba a ver más allá. Un futuro de paz se cernía sobre nosotros. O eso creíamos.

—Hemos derrocado al mal —dije.

29
UN NUEVO COMIENZO

La guerra terminó para nosotros el 1 de mayo. El ruido de la artillería y el estruendo de las explosiones tronaron con tanto vigor que, de pronto, dio la sensación de que toda la ciudad se había sumido en el silencio. Cuando ya no quedaron soldados alemanes que matar, Berlín se convirtió en Moscú. Al igual que nuestra bandera republicana, la bandera roja ondeó sobre el Reichstag. No les costó dar con la Cancillería del Reich, donde descubrieron el búnker en el que se había ocultado Hitler los últimos días. No quedaba nada dentro salvo varios de sus leales que se habían suicidado antes de la llegada soviética. De Hitler, o de su cuerpo, no quedaban restos. Solo se sabía la noticia de su muerte gracias a una emisión de Radio Hamburgo en la que se decía que el *Führer* había fallecido luchando heroicamente contra el bolchevismo. Pronto correría la noticia de que se había suicidado.

Todo eso lo supimos gracias a un periodista ucraniano que acompañaba al Ejército Rojo con su cámara. Cuando los soviéticos se adentraron en el Tiergarten, acabaron topándose con nuestra embajada. Desde el balcón los saludamos con el puño en alto. Antonio, además de haber encontrado una copia de la documentación de los trabajadores españoles en Alemania, halló un gramófono con el que entonamos la radio con la que dimos la bienvenida a los rusos. Eran chavales, no tendrían más de veinticinco años, pero no tardaron en reconocer la bandera de la República. Uno tenía el brazo vendado y otro de ellos cojeaba por el roce de una bala. Pero todos estaban eufóricos. No sentían el dolor físico ante la felicidad de la

mente. Los hicimos pasar y les expliqué con mi precario ruso quiénes éramos. Uno de ellos, Alexei, como muestra de amistad, me entregó uno de los cuatro relojes que llevaba sobre la muñeca derecha. Luego sacó una botella de vodka y brindamos por la victoria, la segunda vez por el camarada Stalin y la última por el triunfo del socialismo en toda Europa. Así hasta terminarnos la botella.

El soldado me hizo saber que estaban patrullando la ciudad, comprobando que ningún nacionalsocialista hubiera tenido la osadía de esconderse en lugar de quitarse la vida. Tenía órdenes de continuar la marcha con sus camaradas, pero me dijo que había notificado a sus superiores nuestra presencia y que enviarían a alguien que supiera nuestro idioma. En eso que los soviéticos salían de la embajada, Łukasz llegó en una motocicleta con un asiento lateral adosado en el que viajaban Manuela y Ángel, mientras que Jonás se sentó detrás del hispanoalemán.

—¿Qué? ¿Te gusta? —me preguntó al ver que me fijaba en el vehículo—. Es de la marca Ural, del año cuarenta.

—Tuve una motocicleta una vez. Hace mucho, cuando vivíamos en tiempos más civilizados —respondí a la vez que tocaba la chapa del asiento adosado.

—¡No desesperes, Alfredo! ¡Esos tiempos han llegado! —Me abrazó como si llevara conociéndome toda la vida, pero qué más daba. La guerra había terminado.

Entró en su antiguo lugar de trabajo y nos saludó a todos de forma efusiva. Nos explicó dónde estaba el despacho del embajador y cuál era la mesa en la que trabajaba. Clemente, que había bajado al sótano tras la llegada de Łukasz, regresó con un cúmulo de documentos que le entregó en mano.

—Amigos míos, recordad que nuestra labor de resistencia en la capital nacionalsocialista no caerá en el olvido. Nuestros nombres no los olvidarán fácilmente, y estos papeles serán la prueba de ello —explicó Łukasz sacudiendo los papeles con poca delicadeza.

—¿Qué se supone que son? —pregunté.

—Con estos informes podemos llevar un registro de españoles exiliados en Alemania. Quiénes provienen de Francia, adónde los destinaron y dónde trabajaron exactamente. A muchos españoles se les ha perdido la pista. Esta es la forma que tenemos de hallar culpables y exigir justicia.

Ahí mismo empezó nuestra pequeña utopía. Todas las utopías tienen su comienzo dentro de la imaginación de uno. De ahí pasan a un complejo de cuatro paredes, y cuando tiene el sustento necesario, se expande al mundo entero. En nuestra embajada nos sentíamos poderosos. Contactaríamos con el Gobierno republicano en el exilio y les haríamos saber de todos los males del fascismo estos años de guerra. Acudiríamos a los tribunales internacionales para exigir a las potencias aliadas una intervención en el último país vivo simpatizante con las ideas de Hitler. Aquellos días de primeros de mayo versamos sobre la necesidad de crear una organización de socorro para gente como nosotros. Hasta el momento habíamos sobrevivido gracias al azar, al saber esperar y a camaradas que no habían olvidado lo que significaba la lucha. Bien podíamos habernos escondido y esperar la caída de la Alemania nazi, pero entendimos que quien no arriesgaba sus vidas por el bien no podía considerarse inteligente, sino más bien un cobarde. Allí afuera, no solo en Berlín, sino en Alemania entera, había más gente como nosotros.

Nos habíamos coordinado con las tropas soviéticas de la zona, que ya nos conocían y nos habían traído tanto comida como agua —y alguna que otra botella de vodka—. Fueron ellos quienes nos trajeron nuevas de Austria, donde, cerca de un pequeño pueblo llamado Mauthausen, los americanos habían liberado un campo entero lleno de españoles comunistas. Algunos habían muerto, pero muchos otros estaban deseosos de contar su historia. Decían que Franco los había abandonado y los alemanes, sin saber realmente qué hacer con tantos refugiados españoles, los internaron para dejarlos morir.

Pronto se desvelaría todo el entramado y, para ello, me eligieron la voz de las decisiones que tomaríamos en el comité recién instaurado. Pasamos las madrugadas conversando sobre el Nuevo Mundo que queríamos construir. Solo Łukasz fallaba a tales encuentros, puesto que prefería dormir en su cómodo colchón. Venía después de la hora de comer y se quedaba hasta la cena haciendo inventario. Una noche dejamos a un lado la política —tarea que comprobamos que era imposible— para hablar sobre nuestro futuro. En la radio sonaban artistas como Édith Piaf o Al Jolson. Los había conocido en Burdeos, hacía solo cinco años, es decir, una eternidad.

El vodka ingerido en la cena había hecho mella en mí. No había acostumbrado este cuerpo raquítico y delgado que había desarrollado los últimos años al alcohol. Jonás hablaba de que, si no podía regresar a Lugo, intentaría comenzar una nueva vida en las Américas. No sabía ni francés ni inglés, solo alemán, y se negaba a seguir viviendo aquí. Leonor quería marchar a la Unión Soviética. Decía que allí las mujeres eran verdaderamente respetadas, no como en los países capitalistas. «Todo lo que intentaron hacer las milicianas en España ya existía en la Unión Soviética», afirmó. Allí vivía, además, Dolores Ibárruri, Pasionaria, quien afrontaba el liderazgo del Partido Comunista de España. Estaba deseando poder tramitar el visado y ya había hablado con varios oficiales que se interesaban por la embajada. Habíamos desplegado una bandera roja junto a la republicana para que entendieran que todos éramos hermanos. Ellos nos habían ayudado en nuestra guerra, y nosotros en la suya. Queríamos demostrar al mundo que ese rincón berlinés era republicano, y que se le había arrebatado a Franco por la fuerza. Alfonso y Tomás lo tenían bastante claro. Entre Burdeos y Toulouse los dos hermanos habían sabido amoldarse a Francia. A Manuela le habían quitado la casa. Ya no existía, por lo que no sabía qué sería de ella y de Ángel. Tenía algún pariente lejano en España, pero no debían de llevarse demasiado. Por el momento, Łukasz le había prometido que se encargaría de

los dos. Me di cuenta de que se hablaba mucho de la muerte en la guerra, pero muy poco de la vida después de la guerra. De los demás no escuché demasiado. Sabía que Ernesto quería buscar a su tío, y yo le había prometido ayudarlo en su tarea, aunque tuviera claro que Jacques llevaba años muerto. Pero mi fijación estaba en Aitana. No tenía pensado alejarme de este grupo. Si la organización salía adelante, sería la manera más fácil de encontrar a alguien.

—¿Y tú, Alfredo?

La pregunta de José me pilló desprevenido.

—¿Yo, qué? —pregunté para ganar tiempo.

—No sé. Yo quiero volver a casa, con mi esposa y mi hijita. No quiero pasar un solo día más lejos de Candela. No acepto ser el único que desea regresar a España, por el amor de Dios.

Bebí de un último sorbo las dos gotas que quedaban en la botella.

—No tengo ni idea de lo que haré, pero estas noches que hemos pasado en esta embajada me he puesto a imaginar qué sería de mí si todo marchara como es debido. —No solía hablar de mi vida personal, por lo que todos se callaron y me escucharon atentamente—. Si estamos aquí, celebrando, es porque la guerra ha llegado a su fin. Ahora falta el último empujón: que acaben con el fascismo en España. Me da igual si mandan a Franco y a sus secuaces a una isla dejada de la mano de Dios como hicieron con Napoleón. Me da igual si los tumban boca abajo en la Puerta del Sol como han hecho con Mussolini en Italia. La cosa es que desaparezcan. Que todo el Ejército Rojo y los americanos entren por los Pirineos. —Cambié el tono agresivo a uno más conciliador—. Y entonces, visitaría a mis padres, a quienes tanto he fallado y tan poco he hablado, para que supieran que su hijo está vivo y que ha llevado el apellido Morales como es debido: siempre con la cabeza arriba y con el corazón por delante. Y después de reconciliarme con ellos, iría adonde nos llevara el viento.

—¿Nos? ¿A quiénes te refieres? —preguntó.

—A Aitana y a mí. La encontraré y viviremos donde ella quiera. Porque lo que ella quiera será lo que yo quiero.

—Siempre habla de esa chica. Desde que le conocí, es el único nombre de mujer que le sale de esa boca —apuntó Ernesto.

—Cuéntanos esa historia. Siempre hablas de libros, de épocas pasadas y de mundos fantásticos. Nunca de tu historia. Cuéntanosla.

Por un momento estuve tentado de hacerlo. Habría tomado una hora contarla bien. Podría haber empezado por nuestro primer encuentro en la librería Àngel Batlle, cuando entré por casualidad a buscar algo que me sacara de la amargura de Barcelona, para pasar a nuestra vida en el Prat Vermell, soñando con una revolución que estuvimos a punto de conseguir. Probablemente, me habría ahorrado la época en que desconfié de ella, más por vergüenza que por deshonrar a la verdad, para terminar nuestra historia con una guerra de por medio. En realidad, era el amor lo que me había hecho seguir adelante. Era el amor lo que me dio fuerzas de donde no había para sobrevivir en un ambiente donde la muerte era la norma.

—No. Esa historia la guardo conmigo. Pero no os preocupéis. A ella le contaré mi historia con vosotros. Tenedlo por seguro.

La noche había terminado para mí. Me levanté y di las buenas noches no sin antes echar un último vistazo al Berlín nocturno. Me eché en una de las decenas de mantas que había traído Łukasz para que durmiéramos lo más confortable posible. Entré en el antiguo despacho de Ginés Vidal, mi nuevo dormitorio. Me había empeñado en dormir en él, aunque hubiera salas más espaciosas. Desde entonces, Ernesto me llamaba *Embajador,* un nombre al que no le hacía ningún feo. Cerré la puerta de los nuevos aposentos del embajador republicano en Berlín y me hice una promesa como nuevo hombre libre. «Mañana mismo te busco, Aitana».

30

La paz, para el resto

Noté una mano que se posaba sobre mí. No era Aitana en sueños. No se trataba de un sueño. Abrí los ojos e intenté enfocar con la mirada. Eran Oier y Leonor, desesperados por despertarme.

—¿Qué pasa? —pregunté, confundido.

Leonor me tapó la boca antes de que dijera algo más.

—No estamos solos —susurró.

Me levanté enseguida y me vestí antes de asomarme cuidadosamente al balcón. Se oían pasos, pero no veía nada. Abajo había gente, personas que, moviéndose con cautela, no querían ser escuchados. Todavía no había amanecido, por lo que debían de haber pasado un par de horas desde que me había acostado. Tres como mucho. El grupo había terminado con la velada nocturna y, justo cuando se disponían a dormir, oyeron a los intrusos. Ernesto fue a por el arsenal y nos entregó un rifle a cada uno. Yo saqué la Parabellum con la esperanza de no tener que volver a usarla. La única persona que no sostenía un arma era Manuela, que llevaba a Ángel de la mano. El pequeño iba agarrado a su madre, con cara de pánico, pero consciente de que no era el momento de llorar. Jonás se quedó con ellos en la planta superior y los demás bajamos las escaleras sigilosamente. Antonio y Ernesto iban en cabeza, apuntando a la puerta principal. Quien entrara lo tendría difícil para no acabar con una bala en la frente.

Los pasos cesaron. Parecía que se habían marchado, que habían comprobado que el edificio estaba ocupado. Desde el final de la guerra, muchos berlineses buscaban un techo donde dormir. La mayoría de los hogares habían sido

destruidos, y la indigencia comenzaba a ser un grave problema en los primeros días de paz. Sin embargo, los merodeadores no eran civiles. De pronto, desde las ventanas laterales irrumpieron varias granadas que expulsaron un humo denso que nubló nuestra vista. Rodeados por aquella niebla irrespirable, comenzamos a toser al unísono. Pronto nuestro carraspeo se vio acompañado de los gritos de los hombres que entraron en la embajada. Para cuando cesó el efecto de las granadas, todo un pelotón de soldados nos rodeaba con sus fusiles. Eran soviéticos. Con chaqueta nueva y el arma impoluta, estos hombres no parecían haber combatido en ninguna batalla. Al menos recientemente. Debían de pertenecer a las nuevas remesas que habían llegado desde Moscú. Gente que se quería sumar a la fiesta.

Con mi precario ruso intenté explicarles quiénes éramos y qué hacíamos allí. Incluso traté de decirles que conocíamos a varios de los soldados que habían pasado por la embajada. Fue en vano. Lo único que conseguí fue una patada en la cara y que me tomaran como el líder del grupo. Obligaron a Jonás, Manuela y Ángel a descender y nos esposaron para hacernos subir a una camioneta. En una segunda camioneta, los soldados arrojaron nuestras pertenencias de mala manera y cerraron la entrada con un tablón de madera.

Inmediatamente, el vehículo se puso en marcha y condujo a toda velocidad por la nocturna ciudad en ruinas. Era la primera vez que veía Berlín desde que asaltamos la embajada. Tenía la sensación de que solo la había visto de noche, cuando los fugitivos nos sentíamos más seguros de nosotros mismos. No obstante, habíamos vuelto a caer en manos de las autoridades, aunque confiaba en que solo se tratara de un error.

Desde mi asiento contaba con una vista perfecta de la acera. No fueron los edificios derruidos lo que más llamaron mi atención. Ni siquiera las banderas comunistas ondeando en las avenidas que hasta escasos días antes enarbolaban la esvástica nazi. La gente vagaba, sin rumbo,

por las calles. Quienes no tenían la mirada perdida levantaban la mano a los soldados suplicando por algo de comida o un poco de agua. No obstante, los soldados seguían estoicos con los ojos fijados en la carretera. El conductor viró hacia la derecha y dejó una de las avenidas principales para internarse en un barrio residencial. La gente seguía despierta. Parecía que le tenían miedo al sueño, o a lo que pudiera pasarles mientras dormían. Durante el trayecto fuimos testigos de saqueos, fiestas y abusos de poder de soldados con uniforme ruso. Esporádicamente, se escuchaban gritos de mujeres que provenían de sus apartamentos. Era la otra cara de Berlín.

La camioneta se detuvo en un edificio de lo que parecía una base provisional del Ejército Rojo. Se trataba de un campamento enfrente de un antiguo edificio que bien podía haber funcionado como sede de alguna institución nazi. Dentro, los rusos realizaban sus funciones sin reparar en nosotros. Hablaban por teléfono con distintas delegaciones soviéticas diseminadas por Alemania y tenían reuniones en despachos donde colgaban cuadros de Hitler apuñalados. A nosotros nos condujeron por unos pasillos laberínticos. Subimos una planta y caminamos hasta dar con una enorme habitación donde apenas se notaba el ruido de los militares rusos del primer piso.

El soldado que nos acompañaba nos dijo algo que no llegué a comprender, pero su gesto lo llevaba viviendo todos estos años. Teníamos que esperar. Cerró con llave y el sonido de sus botas se alejó hasta desaparecer. Eché un vistazo a la sala. Tenía todas las comodidades que uno podía imaginar. Los bordes estaban decorados con agradables sillones de épocas pasadas. La pared, adornada con un papel dorado con un ligero relieve, debía de haber encajado a la perfección con la iluminación de la lámpara, que se encontraba hecha añicos en el espacio vacío que quedaba en el centro. Sin duda debía de haber funcionado como salón de baile o algo parecido en un pasado. Los soviéticos, que se veía que todavía no habían sabido dar un uso a la cámara, habían colgado un retrato de Stalin en uno

de los muros que contrastaba con la decoración neobarroca del lugar.

—Estos rusos no es que sean muy amables que digamos —se quejó Ernesto—. Con una carta de invitación nos habríamos presentado aquí bien vestidos y listos para celebrar la victoria.

—No creo que quieran invitarnos a una cena de gala —respondí.

—Yo ya dije que los comunistas eran igual que los nazis. Distinta cara de la misma moneda, como suelen decir —intervino Manuela, visiblemente afectada por aquella noche.

—Señora, no diga tonterías —le contestó Ernesto.

Antes de que siguiéramos discutiendo, la puerta volvió a abrirse. Era el mismo soldado, acompañado de una mujer que nos traía un bolígrafo para todos. La chica, una joven rusa que no debía de sobrepasar la veintena, me ordenó que los acompañara a uno de los despachos de la entrada. Intenté decirle que no me separaría de mi grupo, pero no hubo manera de que me entendiera. Recorrí el camino trazado por segunda vez, y nos detuvimos en una gran puerta que daba a un salón similar al anterior. Solo que allí la limpieza estaba a la orden del día. En el centro, sentado en una mesa, me esperaba un señor de unos sesenta años. Uniformado, y con el pecho embadurnado de medallas que le colgaban de la chaqueta, me invitó a sentarme.

—General Oleg Bogánov, encantado de saludarle —me estrechó la mano mientras enumeraba en ruso los ejércitos para los que había combatido hasta llegar a Berlín, donde dirigía el control de varios distritos de la ciudad recién tomada. Su francés era perfecto.

—Alfredo Morales, exiliado republicano —me presenté.

—Hermoso país España. Nunca tuve la oportunidad de visitarlo, pero tenemos a muchos de sus dirigentes exiliados allá, en Moscú. —Se echó una copa de una botella sin etiqueta y me ofreció un vaso—. Es un licor alemán que no había probado antes. Suave en sabor, pero fuerte en contenido. Pruébelo.

Efectivamente, era una bebida que no conocía. Dulce y con ligero regusto a hierbas, entraba fácilmente.

—Lo utilizaban como anestesia para sus propios soldados. Ahora lo utilizan los muchachos para festejar la victoria.

Esbocé una sonrisa que me forcé en eliminar inmediatamente de mi rostro. Terminé el licor y fui directamente al grano.

—Señor —corregí—, general, mi gente y yo no entendemos el motivo de nuestra detención. Llevamos casi una semana instalados en la embajada española. Hemos estado en contacto permanente con las autoridades soviéticas. En todo momento ha habido un trato cordial y humano. Si no le han avisado de nuestra presencia, estaríamos encantados de contarle nuestra labor en la embajada.

Se echó otro poco de licor y negó con la cabeza.

—Disculpen el malentendido. Tenemos órdenes de registrar cualquier actividad política paralela a la nuestra. No es personal. Son órdenes de Moscú. Tengo entendido que pretenden crear un organismo relacionado con los refugiados españoles en Alemania.

—Esa es la idea, sí. Tenemos varios documentos con los nombres, apellidos y datos de los españoles. Todavía está todo en el aire, pero lo más seguro es que intentemos abrir una sede en Francia. Allí está el grueso de los exiliados que decidimos quedarnos en Europa. Muchos de nosotros perdimos la pista de nuestros seres queridos. Queremos ayudarnos y, de paso, no olvidarnos de los demás camaradas españoles.

—¿Son ustedes comunistas? —me interrumpió abruptamente el general.

—Lo somos, en su mayoría. Yo pertenecí al Partido Socialista Unificado de Cataluña durante la guerra.

—¿Y cree en el sistema soviético? —insistió.

—Creo en él, general. Le debemos la vida al Ejército Rojo, que ha sido el libertador de nuestras cadenas.

Apuntó unas notas en cirílico que no fui capaz de

descifrar.

—La guerra, como bien dice usted, ha terminado. ¿Qué pretenden hacer después?

No entendía el trasfondo de la pregunta. Sus palabras eran claras, pero la atención no recaía en lo visible. Había algo que quería sacar a la luz, pero sin que yo lo detectara.

—La verdad, es algo que no hemos pensado todavía. Sé de alguien que querría ir a Moscú, pero la mayoría queremos instalarnos provisionalmente en Francia, a la espera de saber qué sucederá en España.

—¿Volverían a España?

—Insisto en que no sé qué será de nosotros. Hace años que no disfrutamos de un paseo en libertad. ¿Si me pregunta si volvería a España? Me gustaría. Mis padres viven allí. Pero no sé cómo están las cosas con Franco.

Volvió a apuntar unas palabras para posteriormente echar su mano derecha a un cajón inferior del que extrajo una serie de informes.

—Son trece, ¿verdad? —preguntó retóricamente. Sabía exactamente cuántos éramos—. No queremos de ninguna manera interceder en su labor por buscar a sus compatriotas. Es más, me parece un acto de camaradería que ya lo quisiera para muchos de los nuestros. Sin embargo, ahora mismo están en zona soviética y el único gobierno español que posee soberanía sobre el territorio es la España de Franco, con la que no existe posibilidad de negociación ni trato alguno. —Me entregó los informes para que los repartiera entre mis compañeros—. Está en ruso, pero yo mismo he traducido a lápiz una de las hojas para que sepan qué les pedimos exactamente. Así, el Estado soviético podrá resolver sus peticiones.

Eché un vistazo a las hojas y le agradecí al general su implicación. Llamó con el brazo a la mujer que me había acompañado y había esperado en la entrada, sin enterarse de la conversación, la cual me llevó de vuelta con mis compañeros. Entregué los papeles y los comparé con el mío, que era el que tenía las anotaciones que me había hecho el general. Nos pedían, además de nuestro nombre y apellido,

el de nuestros padres. En el segundo punto se nos otorgaba un espacio en blanco para escribir cuál había sido nuestra función durante los años de guerra y, por último, se nos preguntaba en qué país queríamos asentarnos. Al final del todo, un recuadro nos indicaba que debíamos firmar con nuestro nombre. Teníamos que decidir nuestro futuro a través de un papel. Sentados en el frío suelo de aquel salón de baile, cada uno de nosotros rellenó el documento con sus propias aspiraciones. Leonor fue la única que escribió las siglas de la Unión Soviética en el papel. Yo me lo habría pensado si no hubiera sido porque tenía asuntos que resolver en Francia. Todos los demás, exceptuando a José y Jonás, que querían marchar a España y a México si se les permitía, siguieron mis pasos. «De todos los países del mundo, no me creo que esté eligiendo Francia como mi nuevo hogar», pensé.

QUINTA PARTE
RUSIA

31
HUELGA DE HAMBRE

Cuando necesitaba hablar con alguien, contaba mis secretos a los copos de nieve que descendían lentamente del cielo. Se depositaban en la blancura que lo cubría todo, perdiéndose al instante. La vida en el campo transcurría como siempre. La rutina devoraba cualquier ilusión. Uno podía vivir sin calendario si no fuera por los cambios de temperatura que nos hacían ver que la Tierra seguía girando, que orbitábamos alrededor del Sol y que el mundo seguía siendo mundo. El cuerpo era otra de las referencias de que el paso inexorable del tiempo no se detenía en la estepa rusa. La barba crecía frondosa en un físico que menguaba por momentos. Mi piel parecía haberse adherido a los huesos del debilitamiento y, sin embargo, seguía siendo capaz de afrontar un día más. Adquirí un respeto inmenso por el cuerpo. Por mucho que el invisible dolor latente en mi mente abrumara mis días por todo lo vivido, era el cuerpo el que me sostenía sobre dos piernas y me indicaba que todavía no, que aún podía caminar un poco más para seguir viviendo. El alma, dañada por las consecuencias de la guerra y deteriorada por las condiciones del campo, no podía permitirse existir sin un cuerpo capaz de resistir la falta de alimentos que exigían las tripas, los calambres cada vez más frecuentes en la espalda o las epidemias de tifus que asolaban al campo.

En esa lucha constante por proteger el cuerpo descubrimos que los piojos eran inmunes a cualquier condición climática. Desde el primer día nos habían acompañado anidando sobre nuestras cabezas y sobre nuestro lecho. Las noches de ventisca, cuando el frío del

norte se empeñaba en mostrar su verdadera esencia, nos creíamos más inteligentes que ellos y llegábamos a tender la ropa fuera, donde si hubiera un termómetro capaz de marcar la temperatura, fácilmente podía llegar a los treinta grados bajo cero. Al día siguiente, cuando recogíamos nuestras pertenencias tras una noche a la intemperie, la ropa estaba congelada. La humedad del tejido se había endurecido y aquello estaba tan duro como el pan que nos hacían comer. Cuando el calor de nuestro cuerpo entraba en contacto con la ropa, pasadas unas horas, comprobábamos que los piojos seguían entre nosotros, que nuestro experimento no había servido para nada.

El frío y la muerte iban de la mano. Cada invierno, el campo perdía al menos a uno de sus internados. La muerte era otra de las vías para medir el tiempo. El primer año, cuando los barracones estaban a rebosar, murieron tres rumanos, un alemán y dos finlandeses. Los recordaba mejor que cualquier otro año porque aquel era nuestro primer invierno, pero cada año la lista aumentaba. La gente murió en todos los lugares posibles. Un alemán se marchó al baño y no volvió. A las horas lo encontraron sentado, con el culo al aire y el corazón sin latido. Un letón se desmayó en el comedor esperando su plato, y aunque lo llevaron al hospital, que se hallaba fuera del recinto, pero pegado al mismo, no pudieron hacer nada por él. También falleció uno de los españoles falangistas. Le llamaban *El Manco*, aunque solo le faltaban un par de dedos. Los había perdido en la batalla de Krasny Bor por culpa de una granada que había hecho explosión a escasos metros de él. A él no le pilló ninguna neumonía ni enfermedad que le deteriorara hasta encontrarse con la muerte. Fue su mente, y no su cuerpo, lo que no resistió a Rusia. Nos tenían dicho que si escapábamos del campo nos matarían. Pocos lo habían intentado, pues, pese a lo sencillo que pudiera ser atravesar la verja, no había adónde ir. Sin embargo, llegó el día en el que El Manco se tomó aquellas palabras como una opción y no como una amenaza. Corrió sin disimulo alguno, llamando la atención de todos los internados. Agarró con

sus manos el alambre de púas, ensangrentándose las manos, y saltó al otro lado para seguir corriendo. Yo no lo vi. En ese momento me encontraba en el baño, pero escuché los ruidos de sus compañeros divisionarios instándole a que volviera. Antes de que pudiera terminar, oí la bala que acabó con su vida. Bastó un disparo del soldado ruso apostado en la garita para que le alcanzara en la cabeza.

Los entierros, a los que acudía todo el campo, más por aburrimiento que por otra cosa, tenían lugar entre la aldea más cercana y el recinto. La ceremonia duraba apenas unos minutos. No había cura, ni espacio para dedicar unas palabras al recién fallecido. Los funcionarios solo respetaban al muerto mediante el silencio. Después, colocaban una cruz de madera en el lugar donde había sido enterrado, sin un nombre que estipulara quién descansaba al fin en aquella estepa. Ángel pintó un mapa con el orden de las cruces y los nombres de los caídos. Gracias a la imaginación del pequeño español que jamás había conocido España, contábamos con la localización exacta de los cuerpos. De los españoles, en total habían fallecido cuatro desde su llegada al campo en 1943. Cada vez que uno de los suyos fallecía, los divisionarios pronunciaban la misma consigna: «De aquí se sale con una cruz; o es la de hierro o es la de madera».

Al día siguiente todo seguía igual. La muerte de un compañero no alteraba el orden de las cosas. Hasta que un día, Garmendia, en una de sus arriesgadas ideas, se presentó en nuestra barraca. Era el único divisionario al que le permitíamos la entrada sin permiso previo. Si no fuera falangista, habría dicho que llevaba el compromiso y la generosidad por bandera. Los demás no eran sino sus leales guripas. Si Garmendia hubiera ordenado que nos mataran la primera noche que llegamos, tiritando de los nervios y desconcertados tras nuestra captura en Berlín, lo habrían hecho sin piedad. Sin embargo, intentó acercarse a nosotros desde el respeto a la vida que faltó en la guerra de España. La relación entre azules y rojos tenía sus particularidades. Por lo general, los internados aportábamos

la humanidad que le faltaba a aquellas tierras despiadadas, aunque no siempre reinaba una actitud civilizada. Ernesto se había enzarzado en más de una ocasión con una pareja de soldados andaluces que no paraban de tocarle los cojones. Evidentemente, el de Tarragona no era mano de santo, y lo había visto varias veces ridiculizarlos por su dicción. Existía, podríamos decir, una tensa pero pacífica calma en la que Garmendia y yo nos veíamos envueltos día sí día también con el objetivo de mantener la paz entre ambos bandos.

—¿Habéis visto a Alfredo?

Oí su voz grave desde fuera. Volvía del baño, aunque el viaje había sido en vano. No conseguía cagar desde hacía seis días y empezaba a preocuparme. Me topé con todo el grupo en el barracón. Ernesto echaba la siesta, Alfonso y Tomás jugaban al ajedrez mientras José esperaba su turno, y Leonor le enseñaba a Ángel a pintar un barco vikingo. Los demás hablaban entre ellos cerca de la chimenea. Garmendia estaba al fondo. Me esperaba en mi cama echando un vistazo al libro que guardaba debajo de la almohada.

—*Recuerdos de la casa de los muertos*. Interesante. ¿Sabes que trata sobre su propio cautiverio? El zar Nicolás I lo condenó a cinco años de trabajo forzado. ¡Y nosotros llevamos diez! —exclamó con cierta actitud performativa—. Ojalá pudiera escribir como lo hacía él.

—Si escribieras como Dostoyevski no estarías aquí —contesté.

—Te lo robaré en cuanto lo termines, aunque en cirílico no sé si acabaré mareado —dijo mientras lo abría—. Te lo prestó Nikolái, ¿verdad? Cualquiera diría que no paras de besarle el culo.

Nikolái era uno de los guardias del campo. Trabajaba principalmente en tareas administrativas, aunque era común verle en el comedor echando una mano con los cocineros. Solía leer libros clásicos, los pocos a los que accedía debido a la censura estalinista, y una vez los terminaba, me dejaba leerlos. Así practicaba mi ruso.

—Lo mismo dicen de nosotros, que somos marido y mujer.

Se detuvo en una página e intentó descifrar lo que tenía escrito.

—¿Sabes?, se puede conocer a una persona por los libros que lee, pero para enamorarse uno tiene que fijarse en cómo subraya.

—¿Y cómo subrayo? —pregunté entrando en su juego.

—Eso se lo preguntas a tu parienta. A mí, nada de mariconadas.

Volvió a dejar el libro en su sitio y me hizo un gesto para que saliéramos. Quería intimidad. Quedaban pocos días para que empezara la primavera, pero la nieve seguía intacta. Rusia era un lugar en el que las flores se resistían a decorar sus paisajes. Nos quedamos en la rampa de la entrada, donde la nieve no había terminado de cuajar.

—Alfredo, he estado hablando con los chicos. Vamos a tocarles los cojones a los bolcheviques a partir de mañana. No tenéis por qué uniros. Aunque nos gustaría que, como representante de tu barraca, lo hablarais, lo debatierais.

—¿Qué estás pensando?

—Mañana comenzaremos una huelga de hambre —soltó la bomba, sabiendo que me iba a sorprender. Me conocía mejor que mi propia madre.

—¿Qué huelga ni qué hostias, Garmendia? ¿Esto va en serio? —Seguía sin creerme sus palabras. Garmendia era de esas personas que, pese al tono serio de su elocuencia, oscilaba entre la ironía y la literalidad.

—Y tan en serio. No podemos más. Nos han vuelto a aumentar la jornada. Nos pasamos la mitad del día trabajando, no nos dejan escribir a nuestros seres queridos y se pasan por los cojones toda normativa relacionada con nuestros derechos.

Tenía razón en una cosa. Nosotros, a diferencia de los divisionarios, no estábamos internados en calidad de prisioneros de guerra. Nuestra condición era distinta. Se nos había acusado de colaborar con el Tercer Reich y de ser espías del Gobierno de Franco. Todo porque algunos de

nosotros pedimos marchar a Francia o a España en lugar de la Unión Soviética. De esta forma, la función de nuestra condena radicaba en la reeducación o reinserción en los valores soviéticos. En este sentido, la labor que llevábamos a cabo se resumía en la limpieza del campo y en todo lo relacionado con el mantenimiento.

Garmendia y sus hombres, por otra parte, habían combatido contra los soviéticos en la Gran Guerra Patria, que era como llamaban los rusos a la guerra mundial, y su condena pasaba por trabajar como mano de obra hasta saldar su deuda con el Estado soviético. Desde la cimentación de carreteras a la tala de árboles, los divisionarios se habían desenvuelto en decenas de oficios todos estos años.

Garmendia se impacientó con mi falta de convicción.

—Joder, no pasa nada si os negáis, pero seríais de gran ayuda —arremetió mientras se liaba un cigarro con cierta ansiedad.

—No sé qué decirte. Tenemos a Ángel y a Manuela. No somos soldados. Somos civiles. Además, explícame qué sentido tiene una huelga de hambre en un sitio donde apenas nos dan de comer.

—No lo entiendes. Tú no lo entiendes porque os pasáis el día leyendo libros y viendo las horas muertas pasar, mientras se os escapa la vida. Pero a nosotros nos dan a elegir. «Si trabajáis, os damos comida». «Si trabajáis, os dejamos seguir con vida». Nos negamos. Nos negamos hasta que se revierta esta situación. Ayer casi pierdo a uno de los míos en la mina de carbón. Si les decimos que no queremos su sucia comida, no tendrán con qué amenazarnos.

Iba totalmente en serio. Se notaba que le había echado horas al asunto y que, sin duda, no iba de farol. Me sentí culpable por no haberme sensibilizado con su situación, y le prometí que lo hablaría con los demás.

—¿De verdad piensas que funcionará? —fue la última pregunta que le hice aquel día.

—El campo está casi vacío. La mayoría ha vuelto a sus casas. Hace años no habría sido capaz de convencer ni a

una tercera parte, pero ahora solo nosotros somos más de la mitad. Si nos acompañáis en esta huelga, seríamos prácticamente el total del campo. No pueden fusilar a cuarenta personas en un solo día. Ya no.

Me habría gustado no dudar de aquella última suposición. Un paso en falso y podían condenarnos a muerte, o matarnos ahí mismo sin juicio alguno. Se excusarían en que intentábamos escapar y a nadie le habríamos importado lo más mínimo. Si, por otra parte, a los soviéticos no les importaban nuestras reivindicaciones, siempre podían esperar un par de días hasta que empezáramos a caer como moscas. Al menos, muerto no tendría por qué soportar un solo día más de hambre, frío y desesperación.

32
Vistas a Ararat

La primavera estaba a punto de terminar y el frío rechazaba su invitación a dejar estos lares. Estábamos en plena hora azul. Ese momento de la tarde en el que el sol se había escondido pero su luz aún seguía presente entre nosotros. Aún había luz, por lo que no era tarde para cometer la última travesura del día. Me dirigía al barracón de los divisionarios cuando me tropecé por primera vez. No hice caso al aviso de mi cuerpo y seguí caminando. La nieve caía con más velocidad que la semana anterior. Al impactar en mi rostro parecían pequeños trozos de cristal que cortaban mi cara. Imaginaba que se debía a la falta de alimento, pero sentía que mi cuerpo cargaba con todos los años de sufrimiento de golpe. Las piernas me temblaban y todavía quedaban unos cien metros hasta la barraca. La intensa nieve, más aguanieve que otra cosa, impedía que abriera los ojos para ver con claridad.

Mis pies se hundían en la capa de nieve que llegaba hasta los tobillos y poco a poco sentía cómo la gravedad me empujaba hacia abajo, incitándome a caer en la fría pero a la vez blanda capa que frenase mi caída de morros. Por mucho que resistiera a la tentación del desistimiento, acabé desplomándome. No pude calcular cuánto tiempo estuve tumbado sobre la nieve, aunque por lo que me contaron casi había sido engullido por los copos posteriores, por lo que estuve expuesto a la intemperie durante un buen rato. Solo soporté cuatro días de huelga de hambre.

Desperté en la enfermería. No era la primera vez que estaba allí, pero sí era la primera vez que recuperaba el conocimiento en la cama sin que hubiera justificado mi

visita. Me acababan de cambiar la toalla de la frente. Aún la notaba húmeda. En aquellos momentos era el único paciente del campo, aunque en tiempos anteriores, cuando el recinto estuvo a rebosar, la enfermería se dividía en diferentes bloques según la gravedad del paciente. De aquel pasado solo quedaba una mujer, de unos cuarenta y pocos, que me tomó la temperatura. Puede que fuera la fiebre, o quizá el hecho de que llevaran más de diez años sin tocarme, pero el contacto de sus manos desnudas con mi piel generó en mí una erección que, por suerte, fui capaz de disimular.

Se dio la vuelta justo en el momento en que me vio despierto por primera vez. Aunque tratara de pasarlo por alto, sabía que estaba consciente. Sus rasgos no eran rusos. Tenía el pelo castaño, los pómulos ligeramente marcados y unos ojos que destacaban junto con una predominante nariz. Si algo tenía en claro era que aquella mujer no había nacido en Rusia.

—Me llamo Alfredo —le dije en ruso.

No contestó. Trató de hacer como que no me había escuchado. Humedeció en un cubo de agua caliente la toalla y volvió a colocármela en la frente.

—Te desplomaste de cansancio. Tienes suerte de que no sea nada grave. Solo necesitas reposo. En un par de días podrás volver con tu gente —expresó con un acento que no era capaz de descifrar.

Sus palabras indicaban que tendría que quedarme en aquella cama por, al menos, un par de días. Si la convivencia en el campo era, ya de por sí, monótona, la enfermería significaba el aburrimiento absoluto.

—¿Cómo te llamas? —intenté nuevamente iniciar una conversación. En cualquier otro momento, me habría limitado a mantenerme callado y a dejar a la sanitaria realizar su trabajo, pero uno había vivido encerrado durante ocho años y su pérdida de modales estaba completamente justificada.

—No nos permiten hablar con los pacientes —respondió dándome la espalda mientras recogía no sé qué

utensilios que esperaba no tener que padecer en mi cuerpo.

—Lo acabas de hacer.

La mujer se giró y, por primera vez, esbozó una sonrisa que interpreté como una victoria. Sin embargo, se marchó de la habitación antes de que pudiera disfrutar de mi triunfo y exigirle mi premio: que hablara conmigo. Traté de incorporarme, pero la falta de estabilidad de la cama me lo impidió. Las camas contaban con ruedas en cada pata para movilizar lo más rápido posible a los pacientes. La enfermería era como un barracón más. De madera y rectangular como nuestros aposentos, estaba, sin embargo, mejor aislada del frío. Parecía una tontería, pero tres grados más podían significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Pese a mi intento infructuoso, fui capaz de mirar por la ventana. Había dejado de nevar. El cielo oscurecido me recordó que en breve sería la hora de cenar, aunque nadie se presentara en el comedor. No tenía claro que la huelga surtiera algún efecto, pero me negaba a que la hubieran podido abandonar por mi colapso.

A la media hora, la enfermera regresó y me tomó la temperatura por segunda vez. Esperé a que me saludara, pero, una vez más, se limitó a hacer su trabajo.

—Tú no eres rusa —lo intenté nuevamente.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo lo sabes? —contestó al fin.

—Mi ruso no es bueno, pero es lo suficientemente decente como para saber que no es tu primer idioma. Además, no tienes cara de rusa.

Mantuvo la misma sonrisa de antes, pero no salió ni una sola palabra de su boca.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—¿Por qué quieres saberlo? —me devolvió la pregunta.

—Me gusta dirigirme a la gente por su nombre. Si no, me cuesta acordarme de esas personas.

Se acercó la mano al bolsillo de la bata. Sacó una libreta y un lápiz y apuntó la hora en la que había consultado si seguía con fiebre.

—Créeme que olvidar este lugar es lo mejor que puedes

hacer —me dijo con una certeza absoluta—. Mariam, me llamo Mariam.

—¿De dónde eres, Mariam?

—De muy lejos.

—Estoy seguro de que no de tan lejos como yo.

Comprobó el termómetro y escribió al lado de la hora la cifra en un papel.

—No tienes fiebre. Es una buena señal. Deberías descansar.

—No quiero descansar. Cuéntame tu historia, Mariam. ¡Aquí me voy a morir de aburrimiento!

—Si me pusiera a contar, me pasaría el día entero hablando.

—Estoy enfermo, no peso ni la mitad de lo que pesaba hace cinco años y me canso a los dos minutos de caminar. No me voy a ir a ninguna parte. Tengo todo el tiempo del mundo para escucharte.

—Nací en Armenia. ¿Sabes dónde está eso?

Negué con la cabeza.

—Es un pequeño país al sur de Rusia, entre el mar Negro y el mar Caspio. Yo nací en la capital, en Ereván. Pertenecía a una familia de nobles venidos a menos, pero conservábamos el palacio de nuestros ancestros en el barrio antiguo. Desde mi ventana se veía el monte Ararat, el pico más alto que conocía. Mi abuela me contaba que fue allí donde se posó el arca de Noé tras el diluvio universal. —Su tono denotaba cierta emoción al recordar su infancia—. Esos fueron los buenos tiempos. Después, todo cambió. Cuando era pequeña, durante la Gran Guerra, los turcos masacraron a nuestra gente. Los ahogaron en el mar, los ahorcaron en las plazas públicas o los metieron en campos de concentración como en el que estáis. Si sustituyeran la nieve por tierra árida estaríamos hablando del mismo lugar. Mataron a mi madre, a mi padre y a mis hermanos. Yo era muy pequeña, y no recuerdo demasiado, pero mi abuela consiguió sacarme de allí y nos exiliamos en Persia. Cuando todo pasó, en Armenia ya no quedaba nada. En nuestra casa vivían otras personas que no eran mi familia. Mi familia ya

no vivía. Habían arrasado con todo. —Se detuvo por un segundo para comprobar que le estaba prestando atención —. Lo sé, sé que no es una bonita historia, pero tú me la has pedido. En 1922, Armenia pasó a formar parte de la Unión Soviética. Mi abuela había muerto un año antes, por lo que ya no tenía a nadie. Me mudé a Moscú por un par de años, donde conseguí trabajo como enfermera en un hospital para pacientes de tuberculosis. En fin, una cosa me llevó a la otra y al final acabé aquí.

Deduje que vivía en la aldea más cercana, al igual que los demás funcionarios.

—Lo siento mucho por tu familia —fue lo primero que se me ocurrió decirle.

—¿Tú crees en Dios? —me preguntó mientras digería su relato anterior.

—No, nunca he creído. Y, además, Dios tampoco es que haya hecho demasiado para que crea en él. ¿Tú sí?

—Por supuesto —se sacó una cruz que llevaba colgada al cuello y que mantenía oculta por su bata—. ¿Sabes que los armenios somos los primeros cristianos?

—¿Y qué hay de Roma?

—Ellos se convirtieron al cristianismo ochenta años más tarde que nosotros. En el año 301 de Nuestro Señor, nuestro rey Tiridates III se convirtió al cristianismo y ordenó construir cientos de iglesias en sus dominios.

—No tenía ni idea. ¿Cómo sabes tanto?

—En realidad, poca gente que no sea de Armenia conoce nuestra historia. Por eso nos encargamos nosotros de aprenderla y de transmitirla de generación en generación.

Sus ojos viraron hasta encontrarse con el reloj que colgaba en la pared junto al retrato de Stalin. Eran casi las ocho. Se sorprendió de lo tarde que era.

—Espera, no puedes irte. Yo todavía no te he contado mi historia —supliqué para que no se fuera.

Volvió a mirar el reloj y suspiró mientras su pierna temblaba de impaciencia.

—Yo, a diferencia de ti, me encuentro perfectamente.

No me duele nada, así que tienes un minuto para hacerlo —me contestó con la sonrisa de quien trataba de tomar la iniciativa en la conversación.

—¿Sabes? Tu historia me recuerda mucho a la nuestra. A la de los españoles, me refiero —contesté sin aún saber cómo estructuraría el resto de la frase—. En España, de donde yo vengo, la guerra dividió al país en dos. Con la casualidad de que la razón perdió y tuvo que salir corriendo. ¿Lo entiendes? No sé si en ruso está bien dicho —vacilé—. En nuestro caso no fueron los turcos ni ninguna otra nación extranjera. Nuestros propios vecinos trataron de matarnos. Tomaron las armas en contra del Gobierno y acabaron con las vidas de quienes pensaban diferente a ellos. Yo pude escapar a Francia, pero la guerra nos volvió a encontrar y, finalmente, acabamos en Berlín. Fue allí donde el Ejército Rojo nos arrestó y nos envió a este zulo.

Se notaba que le estaba costando situar mi historia en el mapa, aunque intentó que me sintiera escuchado.

—Y, pese a todo, ¿no rezas por las noches?

—¿Por qué debería?

Dudó por un momento y las prisas tampoco le dejaron pensar con claridad.

—No lo sé, quizás tengas razón. A lo mejor es que los armenios buscamos a Dios en todas partes. Nos tomamos la vida como un proceso de aprendizaje. Hemos sufrido mucho, pero eso nos ha unido como pueblo. Seguro que en España todos habéis sufrido la muerte de algún ser querido fruto de la guerra. Quizá deberíais enfocaros en eso. Son vuestras semejanzas y no vuestras diferencias las que os hacen ser españoles.

Esta vez sí, me dejó un vaso de agua en la mesilla de al lado, y se marchó casi a trote. Si hubiera tenido mi libro a mano, habría disfrutado de la delicada prosa de Dostoyevski. En lugar de ello, reflexioné acerca de las palabras de Mariam. A lo largo de la guerra, los tres años que pasé en España, no había conocido a ningún fascista. Entre el frente y Barcelona existía un abismo; entre los fascistas y los republicanos, otro tanto. ¿O tal vez no? ¿Se

podría haber evitado la guerra? Era lo que Mariam intentaba decirme.

33

UNA INESPERADA VISITA

Mariam no paró en toda la mañana. Solo se detuvo para traerme el desayuno. Comprobé que mis compañeros continuaban al pie del cañón en sus reivindicaciones gracias al desayuno. En lugar del trozo de pan diario que acompañaba al café, Mariam me trajo dos piezas. El café, más condensado de lo normal, llevaba una cucharada de azúcar. Era el quinto día de huelga y mis camaradas no se rendían. Tras llenar la barriga, aproveché las horas de reposo que me había prescrito para recuperar las horas de sueño que me faltaban.

Me dormí, me desperté y me volví a dormir en un par de ocasiones. En la última, fue Mariam quien me despertó con sus prisas. Tomó la camilla de mi derecha y corrió hacia la entrada, donde intercambió varias palabras en ruso con uno de los guardias. Pese a no escuchar lo que decían, el revuelo indicaba que algo reseñable había pasado. Mariam regresó con la camilla, y entonces entendí lo que estaba sucediendo. Era Garmendia. Estaba inconsciente, con un chichón en la cabeza y numerosas magulladuras en las partes visibles del cuerpo. Mariam no me dejó acercarme a él. Al preguntar, me mandó callar y amenazó con llamar a los guardias si me acercaba lo más mínimo a él.

Hasta entonces, nunca había visto a Garmendia de forma que él no hubiera querido verse observado. Lo sabía porque era tan calculador como yo. Había mantenido a sus hombres a raya durante tanto tiempo gracias a una coraza que se había construido sobre su ya insensible apariencia. Llevaban a su cargo más de diez años y nunca se le había amotinado un solo hombre pese a que el hambre fuera

capaz de cambiar al más devoto.

Tardó quince minutos en moverse, y veinte minutos más en abrir los ojos. Mariam siguió sin permitirme acercarme. Terminó de hacerle las curas, cogió un vaso de agua fría y le agarró la cabeza para que pudiera beber.

—Esto no está tan mal —dijo en castellano consciente de que me tenía en la cama contigua.

Mariam se marchó al comprobar que el mensaje no iba para ella. Si no le molestó que murmurara en un idioma que no entendía, al menos le debió de resultar incómodo.

—¿Crees que tengo oportunidades con ella? —dijo mientras le miraba el trasero. Salió del cuarto y entonces me miró a mí.

Tenía el blanco del ojo izquierdo rojo del golpe que le habían metido.

—¿Quién te ha hecho esto? Dime que nosotros no tenemos nada que ver.

—Ningún republicano podría conmigo. No tenéis tantas agallas. —Ni siquiera con el cuerpo hecho polvo abandonaba su perfil de tipo duro—. Esto me lo hicieron los oficiales que acompañaban a Vladislav.

—¿Vladislav está aquí? —pregunté.

Garmendia asintió con la cabeza. Vladislav gestionaba nuestro campo, y probablemente alguno más que funcionara en la zona. A nuestra llegada, fue quien llevó a cabo los interrogatorios y quien nos dijo que, en cuanto todo estuviera solucionado y el Estado comprobara que no trabajábamos encubiertos para el régimen franquista, nos otorgaría la libertad. De aquel día habían pasado ocho años. Desde entonces, lo habíamos visto cinco o seis veces, y no se quedaba más de una semana. Comprobaba si el campo funcionaba como lo dictaba la ley, cosa que no ocurría, y validaba las inhumanas actividades sin una sola queja. Se notaba que no quería estar allí. No como nosotros, que disfrutábamos de un retiro en familia con gastos pagados.

—Cuéntame qué ha pasado. ¿Los chicos están bien?

Asintió por segunda vez.

—Solo la han tomado conmigo. Vladislav llegó al anochecer. De hecho, fue la luz de su linterna la que te encontró entre la ventisca. Antes de la hora de cenar se presentó en nuestro barracón preguntando por mí. Te puedes imaginar lo que pasó. Con esa estúpida sonrisa en la cara nos preguntó por qué no queríamos comer, que nos dejáramos de tonterías y que esa noche había sopa de col. Como capitán di un paso al frente y le expliqué que no íbamos a comer ni a trabajar, ni a cumplir sus órdenes, mientras no nos dejaran escribir a nuestras familias. —Le costaba hablar más de un minuto sin que le dolieran las costillas del esfuerzo—. Insistió, le insistí y me citaron por la mañana a un tribunal improvisado que me juzgó por «sabotaje contrarrevolucionario». Antes del juicio, me ordenaron lavarme. Por una vez pensé que los comunistas respetarían los códigos de honor de un hombre, pero al secarme me habían escondido la ropa. Pretendían juzgarme desnudo, como a un cerdo al que van a llevar al matadero tras comprobar que no tiene anomalías en su cuerpo. Les dije que declarar en tales condiciones atentaba contra mi honor militar, y me dieron una paliza. La primera. Por lo menos me devolvieron la ropa y pude escuchar, lo más entero posible, la sentencia.

—¿Cuánto ha sido?

Me senté a los pies de la cama. Prefería mirarle de frente que de lado.

—Me han añadido diez años de condena. Total, qué más da. No saldremos nunca de aquí. Es lo que dijo Vladislav de nosotros, de los divisionarios. Luego, al terminar, no soportó mi actitud indiferente, por lo que me volvieron a pegar una paliza. Esta vez, los golpes eran personales. Y desperté aquí.

Admiraba lo bien que llevaba Garmendia el cautiverio. Me había contado que el primer año, antes de que llegáramos nosotros, fue realmente duro para su mente. Desde la guerra, en 1936, en la que participó en el bando nacional, se había prometido no dejarse tomar como prisionero. Los rusos se adelantaron a sus deseos y antes de

quitarse la vida saliendo de su posición a campo abierto, el Ejército Rojo los rodeó y obligó a que se rindieran. En España le esperaba su esposa y su hijo, que ya debía de tener trece años, y quien por edad no podía guardar ningún recuerdo junto a su padre. Resultaba evidente que detrás de su equilibrio parsimonioso se ocultaba un ejercicio huracanado constante que trataba de salir a la superficie.

Garmendia hizo un gesto con la mirada. Quería beber un sorbo más de agua. Como no estaba Mariam para reñirme, decidí ayudarla con su trabajo desobedeciéndola. Le acerqué el agua, aunque tras acabarse el vaso le entró un ataque de tos que hizo a Mariam asomarse por la ventana de la puerta. Por suerte, ya había regresado a mi cama. Retomé la conversación.

—¿De verdad piensas que nunca saldremos de aquí? —nunca se lo había preguntado por temor a su respuesta.

—Quiero pensar que sí. Los años que aún me quedan por vivir es lo que me hace seguir adelante después de tanto tiempo. Hay veces que cometo el error de acostarme realista, y entonces pienso que no existe ningún indicio para que nos liberen. Si no lo hicieron cuando terminó la guerra, me pregunto por qué lo harían ahora.

—Lo harán cuando muera Franco, supongo. Los demás países totalitarios ya han transformado su sistema en una democracia. Por eso han vuelto. Franco es el único que sigue en pie.

Hitler se había suicidado en su búnker días antes de que Alemania se rindiera, y a Mussolini lo habían expuesto boca abajo junto con su amante en la plaza de Loreto unos días antes. España, tan anacrónica como siempre, permaneció inalterada ante la pasividad de los países vecinos que por segunda vez daban la espalda a quienes lucharon por la República y la democracia.

—Si tenemos que esperar a que se muera ese sin sangre, la tenemos cruda. Vivirá hasta los ochenta, por lo menos. Saldremos para cuando tengamos que ahorrar para nuestro propio féretro.

Levanté una ceja.

—Un fascista hablando mal del general Franco. Lo nunca visto —dije.

—Nos tenéis muy poco controlados a los falangistas, vosotros, los rojos. Nos metéis a todos en el mismo saco, y no es así. ¿Sabías que Queipo de Llano era republicano? Y, sin embargo, se encargó de liberar Andalucía de los rojos. Y ahí está, o estaba, cuando marché con la División, siendo aclamado por los sevillanos siempre que visita la ciudad.

—¿Y eso qué tiene que ver con Franco? —pregunté.

—Pues que Franco tampoco era fascista. Ni republicano. Franco no es nada de nada. Por eso mismo durará en el poder. No es fiel a sus ideales como lo puede ser un marxista que busca la supresión de la lucha de clases o un anarquista cuyo fin último es la abolición del Estado. No cree en los falangistas que tratamos de imponer un nuevo mundo que mire al futuro. El nuevo mundo de Franco no tiene nada de nuevo. Se basa en mantenerse en el poder apoyado por las antiguas instituciones españolas y arrimándose al sol que más calienta en el extranjero. Es un cobarde y un estratega a la vez.

—¿Me vas a decir que tampoco eres católico?

—Lo soy. Creo en Jesucristo y en Dios Padre Todopoderoso. Pero como falangista, priorizo nuestra revolución por encima de cualquier cosa. La Iglesia forma parte de nuestro pasado histórico, y por ello debe representarnos a todos, pero no debe inmiscuirse en los asuntos de la política. —Me miró, como si analizando mi deplorable físico pudiera conocer mi fe—. Tú eres masón, ¿me equivoco?

No pude contener una pequeña carcajada.

—Yo soy ateo, no hay más. Creo que el hombre es más hombre cuando camina por un rumbo en el que no le protege ningún dios. El hecho de pensar que no hay un ser elevado que nos cuida puede abrumarnos e incluso generar una angustia existencial, pero hemos llegado hasta aquí, tras miles de años de historia, por nosotros mismos. Opino que delegar nuestro destino en Dios es limitar al hombre.

Se tomó unos segundos para responder. La

conversación estaba derivando de la política al misticismo en mitad de un enriquecedor y placentero intercambio de palabras. La última vez que me había sentido así me estaba tomando una copa de vino con Aitana.

—Es una forma de verlo. Entre mis hombres la gran mayoría comparte la fe de Cristo. Orar por las noches los hace sentirse capaces de poder sobrevivir un día más.

—Si a ellos les vale… La cuestión es, como bien dices, no volverte loco en este lugar.

—¿Qué te hace a ti mantener la cordura, Alfredo?

—Supongo que lo mismo a lo que se aferran todos los religiosos. El amor, entendido de otra forma, pero el amor es lo único que nos salva de la locura y nos diferencia de los animales.

A Garmendia le había hablado de Aitana en un par de ocasiones. Le hacía especial gracia que existiera una pareja de anarquistas y comunistas. Decía que el entendimiento era inviable, como cuando Franco decidió unir a la Falange Española de las JONS con los tradicionalistas carlistas mediante un decreto emitido en plena contienda. Una fusión antinatural, como mezclar vino con cerveza o el aceite con el agua. Solía decir que los carlistas estaban más cerca del Partido Nacionalista Vasco que de los falangistas. Por eso le interesaban tanto mis riñas con Aitana. Por eso y por el tiempo infinito del que gozábamos. Nada convertía el pasado en un recuerdo más apacible de visitar que un presente sin futuro. Cuando el pesimismo me sobrepasaba, me consolaba pensando que los dos años junto a Aitana en aquella hostil Barcelona bien valían toda una vida de encierro.

—Tú nunca hablas de tu familia. Es decir, sé que tienes una esposa que conociste en Salamanca, y que juntos habéis criado a un hijo, pero nunca hablas de ello. —Puestos a seguir hablando, convenía conocer aquello de lo que no había hablado desde que le conocía.

—Yo no he criado a ningún hijo. Todo lo ha hecho Josefa —dijo con cierto temblor en su voz—. La última vez que vi a Jacinto lloraba por el ruido que había en la

estación. Me despedí en el andén y luego, por segunda vez, desde el vagón, cuando el tren se puso en marcha. No sé si me vieron la segunda vez, porque levanté la mano y, aunque hubiera jurado que me estaban mirando, no me contestaron al saludo. Josefa besó en la nariz a Jacinto, le secó las lágrimas y se perdió entre la gente. Ahora es casi todo un hombre. Un hombre sin su padre. Hay cosas de las que uno se arrepiente de haber hecho.

—¿Te arrepientes de haber luchado contra los rusos?

No tardó en contestar, aunque se tomó un segundo en escoger adecuadamente las palabras.

—Cada día de mi vida.

34
CONVERSACIONES INCÓMODAS

A solas, liberado de la imagen que debía presentar ante terceros, Garmendia habló desde la sinceridad. Hasta entonces, las conversaciones mantenidas con él y el alférez García se basaban en recordar su experiencia en el frente como un deber patriótico: «devolver la visita que nos hicieron los soviéticos en el treinta y seis». Entre ellos y sus guripas se respiraba un ambiente de lealtad y de compromiso por una lucha que consideraban justa y por la que estaban recibiendo un castigo del que no se arrepentían. A diferencia de nuestro grupo, ellos parecían haber sido dueños de su propio destino hasta el momento del cautiverio, pero Garmendia acababa de confesar que no era así.

—Me dejé llevar por la euforia. Cuando Hitler invadió la Unión Soviética, Madrid entera salió a las calles. No había periódicos para todos y compartíamos la prensa pasándonosla de mano en mano, de desconocido a desconocido. Bajé hasta la calle de Alcalá, donde esperaban decenas de chicos jóvenes que pedían un fusil y un vehículo para aportar su vida a la causa antibolchevique. Allí estaba Serrano Suñer, el cuñadísimo, creyéndose el generalísimo. Todavía recuerdo sus palabras: «¡Rusia es culpable!». El editorial de aquel día en *Arriba* todavía lo guardo en mi memoria: «Guerra por la causa de Europa». En apenas una semana dio comienzo el proceso de alistamiento. El requisito era sencillo. Debías tener entre veinte y veintiocho años, y tenías que estar afiliado al partido o pertenecer a la orden militar. A lo largo de esa semana, más países se sumaron a la declaración de guerra a la Unión Soviética. La

participación de países como Finlandia, Rumanía, Italia o Eslovaquia evocaban una verdadera cruzada contra los enemigos de Occidente. Valiente estúpido. Lo tenía todo. Luché en la guerra, en mi guerra, y vengué la muerte de mi hermano. Tenía un buen sueldo, una casa en la mejor zona de Madrid y conocí a una mujer preciosa que me dio un hijo. Sin valorar la paz que tenía en casa marché a la caza de una gloria eterna que se nos había prometido. Traicioné el amor que sentía por mi familia abandonándola por luchar en una guerra a miles de kilómetros de casa.

—No vale atormentarse ahora por ello. A toro pasado es muy fácil hacer elecciones distintas a las que tomamos —traté de consolarle pese a lo difícil que me resultaba empatizar con su manera de pensar.

Nos mantuvimos en silencio durante unos minutos. Él probablemente imaginaba la posible vida que habría tenido en un mundo paralelo donde no se hubiera subido a ese tren. Al fin y al cabo, a diferencia de nosotros, él había tenido la oportunidad de romper su billete en cualquier momento. Podía haberse bajado en el último momento, arrepentirse a medio camino o desear la repatriación antes de entrar en combate. No lo hizo. En lugar de dormir a la vera de su esposa tras una cena exquisita, lo hacía en un barracón maloliente junto a una treintena de hombres sudorosos.

Por mi cabeza rondaba una pregunta más. Una cuestión que había evitado preguntar por la convivencia de ambos. Con el tiempo, el buen entendimiento hizo que su relevancia pasara a un segundo plano hasta marginarlo en un terreno pantanoso del que pretendía salvarlo.

—Garmendia, me gustaría preguntarte una cosa. No es mi intención que te moleste.

—Dispara. No me molestará más que estos músculos que no me dejan en paz. Necesito un sedante, maldita sea.

Tragué saliva, temiendo que el único hombre con quien sentía que podía dialogar fuera realmente el monstruo que pensé que era el primer día de haberlo conocido.

—¿De verdad crees en todo eso?

Mi falta de concreción, fruto del nerviosismo, hizo que no comprendiera lo que le estaba preguntando.

—¿Creer en qué?

Suspiré y lo intenté por segunda vez.

—Cuando estuvimos trabajando en Berlín vimos cosas. Cosas horribles que nada tenían que ver con una guerra. No eran prisioneros de guerra. Eran ancianos. Judíos ancianos. Los alemanes los metían en vagones y se los llevaban a lugares de los que nunca volvían. Los exterminaban en campos de concentración similares a estos, pero con una macabra función única que se resumía en matar a sus internados.

Por el rostro que puso Garmendia supuse que él mismo había reflexionado sobre ese odio irracional hacia los judíos.

—Podrás creerme o no, pero nosotros no sabíamos nada. Es decir, en España se nos hablaba de una conspiración judeomasónica instigada por los izquierdistas. No puedo negarlo. Tampoco puedo negar que admiráramos a la Italia fascista o a la Alemania nazi. No conocía a ningún judío y, sin embargo, los odiaba a todos. Casi tanto como a los comunistas. Pero una cosa es lo que uno piensa sobre el papel y otra muy distinta es la realidad. Cuando llegamos a Alemania, y de allí partimos para Rusia, fuimos en parte testigos de lo que hacían con los judíos. Los empleaban como mulas de carga. No había caballos suficientes, por lo que nos turnábamos en llevar el carro sobrante cargado de comida. Dos soldados de la Wehrmacht, sorprendidos, nos hicieron un gesto para que nos apartáramos. Mi alemán siempre ha sido nefasto, por lo que no entendía lo que nos decían, pero trajeron a cuatro niños y dos niñas judías para que cargaran con todo. Estaban al borde del colapso y, sin embargo, los alemanes los insultaban y les ponían la zancadilla solo por divertirse. Sus tobillos eran la mitad de mis muñecas. —Tomó aire y siguió hablando—. Nos enzarzamos con los alemanes, y de algún modo u otro les hicimos saber que éramos lo suficientemente hombres como para que unos niños nos

transportaran la comida. Después escuchamos historias parecidas de divisionarios que se pegaron con alemanes en Bielorrusia y Lituania. Sobre los campos, no supimos nada hasta mucho más tarde. También desconocíamos la existencia del campo de los españoles del que me has hablado en ocasiones.

No sabía qué pensar. ¿Valía la palabra de un hombre para exculparlos a todos? Además, Garmendia no era como todos los demás divisionarios. Garmendia no se parecía a nadie que conociera. Me resultaba extraño. Era el hombre que más respeto le tenía a la vida humana y, no obstante, el que más vidas había quitado de todos nosotros.

—La mayoría fuimos a Rusia a luchar contra el comunismo. —Se le veía con necesidad de justificar sus actos en la guerra—. Es a lo que fuimos y por lo que nos encerraron. El tiempo nos ha dado la razón. ¿Tú acaso no te arrepientes?

Me sorprendió el cambio de rumbo de la conversación.

—¿De qué tengo que arrepentirme? —pregunté, quizá en un tono excesivamente intimidante.

—De haber sido comunista. O de serlo. De defender un sistema que coarta la libertad y elimina tanto a sus adversarios externos como los disidentes internos que considera enemigos.

Tras diez segundos sin saber qué responder, Garmendia insistió.

—Es una pregunta sencilla.

—Sí, pero la respuesta no lo es.

La pregunta que Garmendia me había lanzado era, probablemente, la cuestión sobre la que más había debatido dentro de mi cabeza. A veces, había intentado ponerlo sobre la mesa con José u Oier, con quienes más podía hablar en ese sentido.

—Verás. Cuando empecé a interesarme por el ideal comunista, Rusia era el único país que lo había abrazado. Todas las naciones del mundo han basado su riqueza en un sistema que doblega al más débil. Casualmente, es esa mayoría humilde la que en peores condiciones ha vivido

siempre. En el mundo en el que vivimos, una mayoría debe sufrir para que la minoría siga disfrutando de sus ostentosos vicios. Por lo tanto, los intereses de la clase dominante y los de la clase dominada, es decir, la clase trabajadora, son diametralmente opuestos.

—La teoría me la sé, Alfredo. Pero no me estás diciendo nada. Además, por lo que he visto aquí, la condición de trabajador explotado la seguimos manteniendo.

Fue el primero de los dardos de Garmendia que, a diferencia de mí, no se limitó a escuchar las palabras del hombre que tenía delante.

—Esto que estamos viviendo no es el verdadero socialismo. La obra de los bolcheviques ha sido desvirtuada hasta el punto de hallarnos en un país que no protege a sus hombres, mujeres y niños. Este estalinismo, porque no tiene otro nombre, dista de la obra de Marx —maticé.

Parecía que mi opinión le había hecho gracia. Tras una carcajada que trató de ocultar por respeto, contestó:

—La diferencia entre los comunistas y los falangistas es sencilla, y me lo acabas de demostrar. Vosotros habláis de cifras, de estadísticas y de teorías como si los mentirosos no supieran contar ni manipular al resto. Sois fríos y os ceñís a los textos. No sabéis acerca de nada que no esté escrito en un libro. Os pasáis la vida con *El capital* entre manos y ni siquiera sabéis interpretarlo. Nosotros, los falangistas, hablamos al corazón. Creemos en las reglas de la naturaleza y confiamos en un pueblo fuerte que no reniega de su pasado para construir un futuro de pasión, fuerza y paz.

—¡Nosotros quisimos cambiar el mundo! —le interrumpí—. Lo intentamos, pero no nos dejasteis. Y lo hicimos para llegar al corazón de las gentes. Durante la revolución de Barcelona hicimos justicia. La tierra fue entregada a los trabajadores, y la industria a sus ingenieros. Colectivizamos los medios de transporte para que todo ciudadano, rico, pobre, burgués u obrero tuviera derecho a moverse con facilidad por la ciudad. Y no solo hombres. Por primera vez, las mujeres eran iguales al hombre. No

estaban sujetas a ningún dueño, ni las controlaban a través del matrimonio. Eran dueñas y señoras de su propio cuerpo. Y no solo lo hicimos comunistas. Había anarquistas, socialistas, nacionalistas catalanes… Todos con nuestras diferencias ideológicas, pero agrupados bajo el paraguas republicano de la libertad y el bienestar de todos los españoles.

—Te recuerdo que para que haya una guerra deben combatir dos bandos —aclaró.

—No me jodas, Garmendia.

—Yo no estuve en Barcelona, pero estuve en el frente. Fui testigo de lo que hacían los rojos en España y ahora soy testigo de lo mismo aquí, en Rusia. He leído a vuestros autores, pero nada me ha convencido más de que se trata de una ideología asesina que viendo cómo os ha tratado a vosotros, sus supuestos aliados.

Amagué con intervenir una tercera vez, pero me di cuenta, al igual que él en cuanto terminó de hablar, que el tono de la conversación se estaba tornando hostil.

—Supongo que los españoles estamos condenados a eso. A pelearnos entre vecinos, hermanos o amigos.

Levanté la cabeza y le miré.

—Acabas de llamarme amigo —indiqué.

El capitán se ruborizó. Aquel último comentario se le había escapado sin ser consciente. Hizo como que no escuchó mi comentario e intentó girarse hacia la derecha, dándome la espalda. No lo conseguía, lo cual resultaba gracioso, y acabó regresando a la primera posición, pero torciendo el cuello para no tener que mirar a su amigo.

35

LA MUERTE QUE REANUDÓ EL MUNDO

El miércoles Mariam nos dio el alta a los dos a la vez. El capitán Garmendia aún se resentía de sus heridas, pero no había nada por hacer más allá de permitir al tiempo sanar sus dolencias. Hablamos un rato los tres y, aunque el ruso de Garmendia le impedía desenvolverse con comodidad, le fascinó la historia de Mariam. Le prometió que, de salir algún día de aquel infierno, estaría encantado de poder viajar a Armenia para conocer las primeras iglesias del mundo. La enfermera, que no estaba acostumbrada al afable trato de los españoles, devolvió la promesa del capitán, y aceptó de buena gana viajar a Madrid si el dinero, el tiempo y el camarada Stalin se lo permitían. Le enseñamos algunas palabras en castellano que olvidaría pasadas las dos horas, pero ella nos obligó a guardar en la mente que a través de la violencia no se conseguía nada, que hiciéramos las paces en nuestro país y dejáramos el odio a un lado. Nos dijo que el mundo no era tan grande para todas las personas que lo habitábamos, y que teníamos que aprender a convivir aun con nuestras diferencias.

Nikolái, que se había interesado por nuestro estado de salud, nos acompañó a la entrada del campo. Nos dijo que, por el momento, no tenían pensado juzgar a nadie más hasta que tuvieran claro cómo sofocar nuestra rebelión. La nieve había amainado y poco a poco el suelo que se ocultaba sobre la blanca pantalla que llevaba meses impregnando el paisaje comenzaba a resurgir. Era la octava vez que veíamos aquel mismo proceso que culminaría en dos semanas con la llegada de la primavera. En la plaza central, cada uno tomó el rumbo que le llevaba a su

barraca. También Nikolái, que se juntó con los compañeros de vigía.

Garmendia regresó a su barracón junto con sus hombres, exhaustos pero decididos a seguir con una huelga de hambre que afrontaba su segunda semana de duración. En mi barraca los ánimos estaban por los suelos. Ernesto no paraba de quejarse, y señalaban la suerte que había tenido de desplomarme en la nieve. Me sentía culpable. Solo Manuela había comido todo ese tiempo en el que Mariam me había servido el doble de lo que suponía una ración. Manuela era la más mayor y delicada de nuestro grupo. Antes de saberlo, imaginaba que no habría accedido a la huelga, por lo que no me sorprendió en absoluto. Por supuesto, guardé silencio sobre aquello y les conté acerca del estado de salud de Garmendia, a quien habían visto ser golpeado por los hombres de Vladislav.

La huelga se prolongó tres días más. Fueron las jornadas más interminables de nuestras vidas, y eso que yo había conseguido escapar de la privación de alimento en mitad del proceso. Leonor se mareó un par de veces, pero rehusó acudir a la enfermería. Quien peor lo llevaba era Jonás, aunque se esforzó en que nadie reparara en su sufrimiento. Lloraba por las noches con la cara pegada a la almohada para que no pudiéramos escucharlo. Era incapaz de dormir del vacío que sentía en su estómago. Aquellos días nos hinchamos a agua como si hidratarnos pudiera salvarnos de la inanición.

Por suerte, lo que evitó que muriéramos de hambre fue, precisamente, otra muerte. Ocurrió un jueves de marzo. Había anochecido, no porque fuera tarde, sino porque el sol no aguantaba en el cielo más allá de las cinco de la tarde. Sonaron la alarma y todos los reclusos nos concentramos enfrente del monasterio, al igual que todas las mañanas. Cada vez resultaba más triste pasar lista en mitad de una plaza. Treinta y un divisionarios, trece republicanos, una decena de ciudadanos de la Unión Soviética y unos pocos extranjeros que, como nosotros, no habían gozado de la oportunidad de retornar a sus casas. En un primer

momento, se me pasó por la cabeza que el llamamiento guardara relación con nuestra huelga de hambre. A lo mejor habían optado por claudicar a nuestras demandas; o a lo mejor aquel sonido implicaría un juicio a todos los españoles. Nos tuvieron de pie alrededor de seis minutos, hasta que los altavoces comenzaron a emitir un comunicado en bucle. Me pareció entenderlo a la primera, pero quise escucharlo cuatro veces hasta asegurar lo que realmente decía la voz: «El corazón del colaborador y seguidor del genio de la obra de Lenin, el sabio líder y maestro del Partido Comunista y del pueblo soviético, ha dejado de latir».

Tres de los ocho rusos comenzaron a llorar allí mismo. Se tiraron al suelo, sin realmente poder comprobar si las lágrimas se debían a una reacción de emoción causada por la muerte del camarada Stalin o por el temor a la incertidumbre que pudiera causar nuestro futuro en los campos. Tras el mensaje, que caló en nosotros como la ventisca de la semana pasada, nos ordenaron retirarnos hasta nuevo aviso. Curiosamente, pese al tiempo que había tenido para imaginar escenarios potenciales, jamás había imaginado el fallecimiento de Stalin. Quizá habían endiosado de tal manera su imagen que habíamos olvidado que era humano y que los años también hacían mella en él.

Ya en nuestra barraca, Ángel rompió el silencio que ninguno nos atrevíamos a perturbar.

—Por fin ha muerto. —Nadie contestó, por lo que insistió en iniciar una conversación—. ¿Es o no es una buena noticia?

—Depende, supongo, del punto de vista. Como todo en esta vida —respondió Alfonso.

Decidí intervenir.

—Dependerá de lo que hagan con nosotros. A rey muerto, rey puesto. Si quien le sucede en el poder es igual o peor, me temo que no querremos ser testigos de lo que pase aquí dentro. Lo que está claro es que hoy es de esos días que marcarán nuestro futuro.

Mi vida entera había estado condicionada por tres

fechas. El 18 de julio, el 17 de junio y el 22 de mayo. Todas esas fechas, que sin duda representarían bellísimas experiencias para otras gentes, ocupaban una negra mancha en mi propio historial. Ahora tenía la oportunidad de sumarse el 5 de marzo, a la espera de si la noticia del fallecimiento de Stalin nos beneficiaba o, como todo lo que ocurría, nos perjudicaba.

Ángel no perdió la fe. Nos instó a tener esperanza, a creer que la muerte de una persona podía acarrear la felicidad de millones. El pequeño Ángel ya no era tan pequeño. En abril cumpliría dieciocho años, y su corazón y mente ansiaban la libertad y la ambición acordes a su juventud. Ya no era aquel niño que se resguardaba debajo de su madre creyendo que el simple amor maternal lo protegía de todos los males del universo. Creció entre rusos, alemanes, finlandeses y rumanos, pasando muchas horas con estos últimos. Decía que hablaban como nosotros, que su idioma se parecía al castellano y que no eran rubios como los demás. Sentía absoluta aberración por los hombres altos, de tez blanca y el cabello rubio. Al llegarle la adolescencia, comenzó a hacer preguntas sobre España, sobre la tierra en la que había nacido y sin embargo no recordaba. Cuando se cansó de nuestras anécdotas —era el único que se sabía nuestras vidas, nuestras penas y nuestros amores—, acudió a los divisionarios. Ellos eran el doble, y amaban a su país de manera distinta a la que lo hacíamos nosotros. Se llevaba especialmente bien con García, quien una vez le regaló una geografía de España que llevaba consigo para que se aprendiera los ríos, las montañas y las ciudades de nuestro país. Por eso, al escuchar la noticia que alteraba el curso de la rutina, fue el primero en tener esperanza.

Josef Stalin murió de un ataque cardiovascular provocado por la hipertensión que padecía el 5 de marzo de 1953. Su cuerpo fue embalsamado y permaneció junto al de Lenin en el mausoleo, donde todo el pueblo soviético pudiera verlo. Por primera vez, al campo llegaron periódicos que hablaban de lo que ocurría en el mundo, y

los funcionarios nos permitieron leer las noticias. Los adeptos lloraron durante días la muerte del camarada que había derrotado al fascismo. Efectivamente, los cambios tardaron en llegar, pero terminaron quedándose en el rincón más alejado del Estado. Todavía resultaba difícil averiguar si dichos cambios mejorarían nuestras vidas, pero la mutación de la normalidad se vio con buenos ojos en el campo. La historia, a menudo, necesita del tiempo de adaptación del ser humano para comprender la magnitud de la situación y reaccionar frente a ella.

A corto plazo, el funcionamiento del campo se mantuvo en una especie de limbo administrativo. Si ya de por sí el tiempo resultaba casi imperceptible, la ausencia de un horario disciplinado borró la noción del *cronos* por completo. Los prisioneros no marchaban a la mina ni a las carreteras. Solamente pasaban lista por las mañanas y la única labor vigente era la de encargarnos de las tareas de manutención del campo. Los guardias esperaban órdenes desde Moscú, que estaba más preocupado por salvaguardar el orden en el Estado que en planificar el futuro de los recintos.

Gracias a Nikolái nos llegó la noticia de que la gestión de los campos se transferiría al Ministerio de Justicia y que muchos otros recintos carcelarios pasarían a obedecer las normas de otros ministerios relacionados con la industria. Asimismo, numerosos proyectos concentracionarios se congelaron. Todos esperábamos las noticias de Nikolái como quien esperaba su regalo de cumpleaños en su más tierna infancia. Ya no se reían de nuestra relación, que, si bien se limitaba al intercambio de opiniones acerca de los libros que leíamos, se dejaban llevar por teorías de lo más rocambolescas. Era el hijo de un dramaturgo que había apoyado la revolución bolchevique en 1917, pero que en la década de los treinta sufrió la censura estalinista. No fue purgado, ni exiliado. Simplemente, dejó de trabajar de lo único que sabía hacer. No le arrebataron la escritura, eso habría sido cruel, sino que le dejaron escribir lo que nunca sería compartido, lo cual era malvado. Su familia se vio

sumida en la miseria, y su hijo, que estaba seguro de que habría sido un gran escritor, comenzó a trabajar como funcionario de prisiones.

Los dos años que llevaba intercambiando ideas con él, practicaba el ruso y le escuchaba hablar sobre Tolstói y Dostoyevski, a los que tenía olvidados. Sin embargo, nunca sentí tanta felicidad de escuchar sus palabras como aquella tarde de junio de 1953. Habían pasado tres meses de la muerte de Stalin, y nunca sentí tan cerca la libertad como en la frase que pronunció el soviético.

—Dicen que, desde el Ministerio de Asuntos Interiores, Lavrenti Beria pretende liquidar el sistema de trabajo forzado. Hasta donde sé, se debe a que no aporta tanto dinero al Estado como el que se creía, y que es un mecanismo condenado a morir.

Tenía un aluvión de preguntas que un simple funcionario no podía responder. ¿Significaba eso que nos liberarían en los próximos días? Debía mantenerme firme. No había nada más peligroso que un hombre recluido por una esperanzadora ilusión de libertad que no llegaba. Nikolái me advirtió de que era probable que llamaran a un representante de cada barracón a hablar con Vladislav, pero hasta que llegara tal momento me abstuve de compartir las noticias con los demás.

A la mañana siguiente, en mitad del desayuno, me avisaron de que el jefe del campo me esperaba en el monasterio de siempre, en el despacho que ya conocía. Los soviéticos tenían la mala costumbre de no respetar ni uno solo de los códigos para una convivencia pacífica: no se traiciona a un amigo y no se molesta a un hombre cuando come. Traté de calmar al grupo haciéndoles ver que no pasaba nada, que seguramente se trataba de la ventana rota del barracón, y partí al encuentro con Vladislav lleno de inseguridades y miedo, enérgico y titubeante, optimista y temeroso. Entré en el monasterio, cuyos muros de color dorado y frescos de los siglos pasados seguían intactos, observándome caminar hacia el despacho de un hombre que no era cura ni sacerdote. Era la primera vez que los

veía, pues no había tenido el privilegio de entrar desde que habían instalado una red de electricidad en su interior.

Abrí la puerta y allí me esperaba, como la primera vez, rodeado de montones de informes y papeles varios. Hice un amago de sentarme, pero preferí que saliera de él invitarme a hacerlo. Cuando sucedió, reconocí un escudo que me era familiar. Se trataba del águila de San Juan sosteniendo las armas de Castilla, León, Aragón, Aragón y Navarra. Mi deteriorada vista no alcanzaba a leer el texto, pero tenía claro que estaba en español. Entonces, Vladislav se retiró las gafas, me miró y pronunció las palabras de la redención.

—Los rumores eran ciertos. Parece que os marcháis a casa.

36

CARTAS DESDE EL INFIERNO

27 de noviembre de 1953

Queridos padres:

Sí, soy yo. No os imagináis lo mucho que me está costando escribir estas palabras. No sé por dónde empezar, así que más vale que lo haga desde el final. Os escribo desde Rusia, la misma Rusia sobre la que os amargué tantas tardes en la Tramuntana, donde simulaba que la nieve de las montañas era la nieve de Rusia. Si algo he descubierto de Rusia es que la nieve es distinta a la que conocemos allá en España. Aquí la nieve quema y corta por igual. Abrasa la piel y hiere la carne, tersa por el frío.

Llegué aquí por accidente, como llegan los delincuentes a prisión. Si no lo hicieran por accidente, jamás habrían acabado en la cárcel. Asumo mi culpa. Fui engañado por una utopía que creí real y quizá esté cumpliendo mi condena. Soñé toda mi vida con venir aquí y he descubierto que, si los sueños no se cumplen, las pesadillas tienden a transformarse en reales.

No quiero contaros las desgracias que hemos vivido aquí, pues es bien sabido que unos padres no deben cargar con el sufrimiento de un hijo que ya no vive bajo su techo. Perdonadme por no haber escrito antes, pero se me juntaron la vergüenza, la incapacidad y el miedo. Ignoro si sobre mí pesa algún castigo en España, o si por mi culpa os causé problemas. Ya han pasado casi dos décadas desde que estalló la guerra en España y llevo ocho en cautiverio en tierras rusas. Espero haber saldado mi deuda.

No sé cuándo volveremos. En octubre liberaron a la última remesa de holandeses y dicen que en primavera será nuestro turno, por lo que imagino que este será el último invierno ruso que conozca mi cuerpo. Tampoco sé si esta carta os llegará, si aún vivís o si escribo a dos fantasmas que me quisieron y a los que nunca supe compensar. Quiero que sepáis que he intentado honraros poniendo en práctica todo lo que me enseñasteis. He tratado de llevar el apellido Morales con orgullo por toda Europa y me he resistido al

nazismo y al estalinismo por igual. Os saluda vuestro hijo, siempre con la cabeza arriba y el corazón por delante.

Alfredo

Dos páginas fueron suficientes para explicar lo sucedido a mis padres. Tan solo buscaba a alguien a quien pedir perdón. O, mejor dicho, intentaba dar con quien pudiera perdonarme, y nada mejor que la visión sesgada de unos padres para liberar a su hijo de su pecado. Di la mitad de mi vida por una idea que terminó enclaustrándome en lo más profundo del infierno, y ahora buscaba liberarme y dejarme la otra mitad de mi vida para arrepentirme de mis actos.

Los carceleros me habían permitido a mí y a mis compatriotas españoles comunicarnos por primera vez con el exterior. Teníamos permitido enviar una carta a quien nosotros deseáramos, dejándonos la macabra responsabilidad de elegir a una sola persona entre las tantas que completaban nuestras vidas. Todos estos años, limitado por una escritura íntima de mí para mí, me había acomodado en tener a un solo lector que, casualmente, pensaba como yo, sentía como yo y escribía como yo. Escribir lo que nadie leería resultaba sencillo. Con este pequeño paso comenzaba un largo proceso de apertura hacia la libertad, sin muros ni privaciones.

José mostró más emoción que ninguno cuando escribió a Patricia y a Candela. Se vio obligado a repasar la redacción por las letras que sus lágrimas derramadas habían difuminado. Leonor, que no recordaba la dirección de su familia, decidió escribir a Konrad consciente de que, de seguir vivo, él podría ponerse en contacto con el resto de parientes en España. Esa fue la norma. Muchos ni siquiera tenían a quién escribir. Habían pasado demasiado tiempo ocultándose como para tener a alguien que los esperara allí afuera. Ernesto se marchó del barracón mientras los demás debatíamos, y Jonás escribió a un primo lejano solo por amenizar la tarde. En mi caso, solo tenía a tres personas que me pudieran escuchar: a Josep en Barcelona y a mis padres en Palma. Por primera vez en mi vida mi mente

barrió para casa. A medias, mientras debatía sobre qué palabras exactas emplear, Oier me pedía ayuda con la ortografía. Debíamos depositar los sobres en una mesa que habían facilitado en el interior del monasterio. Por la mañana, Vladislav se los llevaría en su enésimo viaje a Moscú. Leonor y yo, quizás los más cautos con nuestra forma de escribir, fuimos los últimos en acabar nuestras respectivas cartas.

—Trae, los llevaré al monasterio —le acerqué la mano para que me diera el sobre.

—Te acompaño. Me apetece dar una vuelta.

Salimos del recinto y no se oía nada. Hacía frío y había olvidado la bufanda, pero lo dejé estar. Durante un minuto, disfrutamos del silencio absoluto en aquella salvaje tierra dominada por unos hombres que pronto abandonarían el lugar. Pactamos caminar en paralelo, mirando al suelo para evitar caernos en mitad de la noche, hasta entrar en el monasterio. El sonido chirriante de la puerta parecía un estruendo en mitad de la estepa.

—¿Sabes qué es lo que más me sorprende de Rusia? —arrojé la pregunta al aire.

Leonor barajó si lanzar su propia chanza o responder en serio.

—¿Que cocinan mucha patata, pero nunca en forma de tortilla?

—Veo que no soy el único que lo ha pensado —respondí tras su acertado comentario—, pero no. Lo que más me sorprende de Rusia es que no hay grillos.

Leonor levantó la cabeza y agudizó el oído solo para comprobarlo. Llevaba el mismo tiempo en el campo y no se había parado a pensar por qué las noches rusas eran más silenciosas que las españolas.

—Cuando vivía en Palma, hace ya varias vidas atrás, salía a dar un paseo nocturno casi todas las noches. A veces bajaba al puerto a oír las olas chocar contra el muro. Pero la mayoría de las veces caminaba por un pequeño bosque que tenía a cinco minutos de casa. Desde allí se veía la inmensidad del mar. Me sentaba en un tronco, siempre en

el mismo, y miraba al Mediterráneo. No oía las olas, estaban demasiado lejos, pero sí a los grillos. El sonido de los grillos, ese cri-cri tan característico, indicaba que me encontraba completamente solo sentado en aquel viejo tronco. ¿Sabes que si intentas acercarte al lugar de donde proviene su estridulación dejan de cantar? Por eso sabía que, cuando contemplaba el mar a mis pies, no había nadie a mi alrededor. La soledad humana se sustituía con la compañía de aquellos diminutos insectos. Pero aquí no hay de eso. El frío los oculta, como oculta a las flores bajo tierra. En Rusia estamos expuestos a todo, sin saber de dónde vendrá la siguiente amenaza.

Leonor me escuchó atentamente mientras dejaba ambos sobres, el suyo y el mío, encima del montón de cartas. Volvimos al frío. Leonor quería ver las estrellas. La noche estaba despejada y la luna dibujaba una delgada línea curva en el cielo.

—Cuando huíamos de Málaga a Almería, los fascistas nos llevaban pisando los talones desde que dejamos la ciudad. Era más seguro caminar de madrugada y así aprovechar la oscuridad de la noche. En las ciudades ocultarse era más difícil. La segunda noche paramos en Torre de Mar. Los alemanes e italianos atacaban desde el cielo, y los franquistas hacían lo propio desde el mar. Al ritmo al que íbamos, debido a los pies hinchados de mi madre, sabía que no teníamos oportunidad de llegar a terreno seguro. Sin embargo, la noche en la que atravesamos Torre de Mar contamos con la ayuda de un buen hombre llamado Anselmo. No llegamos a conocerlo, ni siquiera fui testigo de su gesto hasta que me lo contaron cuando ya llevaba varios días en Almería. Por las noches, el farero se negaba a encender las luces para dificultar la visión de los cruceros de Franco. Recuerdo el faro. La verdad, era bastante feo. Creía que estaba abandonado porque la luz no iluminaba las aproximaciones. Al farero lo pillaron y terminaron fusilándolo. Desde entonces, busco faros allá donde voy para sentirme segura. Me siento en los alrededores mirando al mar, e imaginando que arriba, un

farero se encuentra igual que yo, solo pero en paz.

—Supongo que en Berlín se te hizo difícil pasar tantos meses lejos del mar —intervine.

—Ahí me escudé en la literatura. Sé que te gusta leer. Te recomiendo *El faro del fin del mundo*, de Julio Verne. Quizá no sea tu estilo, pero a mí me sirvió para sentir esa paz que buscaba.

Dejé de estirar el cuello y miré al cielo. Pegué una patada a una piedra del tamaño de una hogaza de pan.

—Ya no sé dónde buscar la paz —dije—. No sé si mi casa en Palma seguirá en pie, o si Aitana sigue viva. Solo quiero volver a España, pero no sé qué me esperará allí.

Leonor buscó la atención de mis ojos. Se giró y me agarró la mano derecha.

—Últimamente te he visto un tanto melancólico. Pasas mucho rato con Garmendia. Sé de lo que habláis porque a veces él habla como si quisiera que le escuchara todo el mundo.

Solté una risilla porque tenía razón. Garmendia era de esas personas que le hacían hueco o se hacía hueco allá donde iba.

—Es un buen hombre —insistió—. Pero no dejes que te coma la cabeza, Alfredo. No te has equivocado. Esto que nos ha pasado no es culpa nuestra. Esto no es lo que defendemos —extendió los brazos señalando el campo—. Las ideas no son malvadas; lo son las personas.

Sonreí con un gesto que intentase complacerla. Era consciente de que intentaba animarme, pero a mi cerebro le costaba pensar con claridad. Necesitaba esa libertad que se le había prometido para volver al ruedo. Había pasado demasiado tiempo desde aquel comunista convencido de los suburbios barceloneses.

Encaminados hacia nuestro barracón tras el pequeño paseo, vimos a dos de los divisionarios que, al igual que nosotros, se negaban a despedir la noche. Fumaban cerca del monasterio, probablemente porque acababan de dejar sus cartas al igual que nosotros. En cuanto nos vieron marchar, dieron una última calada y se acercaron a

nosotros. Uno de ellos era el alférez García. Tan imponente como siempre, pues por culpa del trabajo en las minas no había menguado su físico, estaba acompañado por uno de los guripas. Lánguido y no demasiado alto, con los dientes desalineados y un bigote ridículo, tenía un pequeño tembleque en el brazo derecho que difícilmente podía deberse al frío.

—Así que los rojos también escriben a sus madres en España. Veo que habéis aprendido algunos modales aquí dentro. Quizá os vengan bien unos mesecitos más —dijo García, sereno como siempre—. Este es José Miguel, aunque todos lo llaman Miguelín —señaló con la cabeza a su compañero.

No tenía excesivas ganas de discutir.

—Buenas noches, García —di por concluida la conversación, sin tener en cuenta que Leonor andaba algo molesta.

—¿Y tú qué miras? —arremetió contra el guripa.

—Vaya, parece que esta moza tiene agallas. ¿No querrá acompañarnos a nuestros aposentos a que conozca a un varón de verdad?

—Contigo no voy ni a la vuelta de la esquina, enano fascista.

Miguelín dio un paso al frente, probablemente con intención de golpear a Leonor, pero entre que me puse delante de ella y que García agarró del pecho a su guripa, erró en su propósito.

—Bueno, creo que estamos todos muy cansados. —Soltó a Miguelín, que se recompuso y siguió mirando a Leonor, esta vez con odio—. Nos veremos. Total, no tenemos adónde ir…

—Disfrutad cuanto podáis. En España saben cómo tratar a comunistas como vosotros. Recordad que todos sabemos quiénes sois —añadió Miguelín mientras se alejaban.

García pareció llamarle la atención, aunque en el fondo parecía disfrutar con la actitud de su guripa.

—¿Estás bien? —me interesé por Leonor.

—No ha sido nada. Le podría haber dado una paliza yo solita —dijo mientras se agarraba el puño—. A esto es a lo que me refiero, Alfredo. Nosotros no somos como ellos. Puede que nuestros destinos se hayan cruzado, pero en ningún momento se han unido. No te avergüences de lo que somos.

Reanudamos el camino al barracón, donde todavía nos esperaba despierto el grupo. Por primera vez en mucho tiempo, nos reunimos a conversar sobre nuestras batallitas por Europa, como cuando Ernesto traía a mendigos borrachos a las asambleas del partido o como cuando Alfonso deseaba que nos llevaran a Múnich porque, según su atrofiada brújula interna, estaba al lado de Suiza. Como no podía ser menos, salió el tema de Łukasz, a quien Leonor defendió hasta que sus argumentos se convirtieron indefendibles. A Oier se le notó un tanto incómodo, y delató sus celos arremetiendo reiteradamente contra el hispanoalemán. Aquella noche, los republicanos volvimos a sentirnos un grupo unido.

37

«Así nos decimos adiós en Rusia»

No podía ser de otra forma. Nuestro regreso estuvo condicionado por la certeza, los errores y la demora de otros. En primer lugar, las negociaciones entre Franco y la Unión Soviética eran inexistentes. Si seguíamos internados mientras todos los demás extranjeros habían vuelto a sus casas se debía al orgullo de ambas naciones por iniciar el diálogo. Podían haberlo hecho perfectamente, e incluso brindar después de la reunión, pues ambos países coincidían en lo esencial: la falta de libertad.

Tuvo que mediar la Cruz Roja francesa entre los dos países autoritarios que quedaban en Europa para que se iniciaran los preparativos que nos condujeran a casa. De pronto, la vida en el campo empezó a mejorar, como si no les viniera bien que llegáramos en pésimas condiciones a España. La ración de comida se duplicó, e incluso nos dieron ropa nueva acorde a nuestras medidas. Todavía no nos habían comunicado los entresijos del viaje, lo único que tenía claro era que no quería volver a subirme a un tren en mi vida.

Los últimos días recordaban levemente al primero. Ya no éramos los mismos. En nueve años, un hombre es capaz de cambiar lo suficiente como para no ser reconocido por sus padres. Yo intenté mantenerme firme pese a que la experiencia me había vuelto aún más escéptico y pesimista de lo que era antes. Al igual que nueve años antes, Vladislav, que por fin parecía hacer su trabajo, necesitaba elaborar un informe de cada uno de los españoles. Entré en su despacho sabiendo que no lo haría nunca más.

—Morales, volvemos a vernos —me dijo con su

perfecto español nada más cruzar la puerta.

—Por última vez, espero —respondí.

Levantó la mirada del informe levemente. Consciente de que mi comentario le había parecido improcedente, le sonreí. Incordiar era mi manera de vengar nueve años de cautiverio.

—Muy bien, Morales. Esto es sencillo. Le haré unas preguntas y usted tendrá que contestarlas.

Asentí con la cabeza.

—¿Nombre y apellidos?

—Alfredo Morales Palacín.

—¿Fecha de nacimiento?

—17 de octubre del 1912.

Vladislav se detuvo un segundo al comprobar la fecha.

—¿Qué impresión se lleva usted de la Unión Soviética?

—Una experiencia reveladora, sin duda.

Siguió preguntando sin hacer caso a mis comentarios.

—¿Volverá usted a actuar en contra de los intereses del pueblo soviético?

—Jamás actué de forma que dañara a un solo ciudadano soviético. Mi intención es vivir en paz y señalar la maldad en el mundo.

—¿Desea usted ser repatriado a España?

—Sí.

Vladislav dejó el papel y el bolígrafo para hacerme una pregunta personal, de esas que no aparecían en el cuestionario.

—Usted estuvo afiliado al PSUC durante la Guerra Civil española. ¿Por qué quiere regresar al país que le expulsó de su casa?

—Sé que mi respuesta no le interesa, pero créame que llevo dándole vueltas a este asunto desde que llegué a Rusia. He vivido mucho estos quince años, pero me quedo con poco. Tengo muchas preguntas, pero ninguna respuesta. No conozco el mundo de allí afuera, las relaciones internacionales, las nuevas guerras, los avances de la tecnología. No sé nada que no esté relacionado con el dolor o el sufrimiento. Necesito empezar de cero, encontrar

mis raíces para volver a crecer. Por eso quiero volver a España. Me enfrentaré a cualquier castigo que me impongan. A estas alturas sé que puedo con todo.

No esperaba tal explicación por mi parte.

—En ese caso, me abstengo de ofrecerle la ciudadanía soviética.

—Se la pueden quedar. Es más, pueden dársela a cualquier hombre que idealice este país desde su cómodo sillón en Europa. Que vengan aquí y lo vivan de primera mano.

—Está bien, puede marcharse —me invitó a que dejara su despacho.

Afuera esperaba una cola que llegaba prácticamente hasta el centro de la plaza. Los divisionarios habían marchado primero, seguidos de los republicanos. Ernesto, Antonio y Clemente habían entrado antes que yo, pero se encontraban junto con los demás haciéndoles compañía. El siguiente en la cola era Jonás, a quien tuve que tranquilizar haciéndole ver que solo nos pedían los datos necesarios para regresar a casa.

—Pues a mí me han ofrecido quedarme a vivir en la Unión Soviética —comentó Ernesto.

—A todos. Clemente y yo nos quedamos —dijo Antonio.

Giré la cabeza en busca del hombre que acababa de pronunciar aquellas palabras que habían quebrado mi felicidad.

—¿Cómo que os quedáis? ¿Es que habéis perdido la cabeza?

Antonio y Clemente se miraron, algo ofendidos, y el primero intentó explicármelo sin demasiado convencimiento.

—Si escucharas lo que tiene que ofrecernos, no te parecería tan mal. Hemos cumplido nuestra condena aquí. Ahora somos libres. Nos han prometido un apartamento a cada uno en el este de Ucrania. Allí hay mucha industria, y necesitan hombres como nosotros, cualificados.

—¿De verdad creéis que van a cumplir su promesa? —

Seguía sin creérmelo.

—Nos han enseñado fotografías. Es un buen lugar cerca de Crimea. Además, no sé vosotros, pero a Clemente y a mí no nos espera nada bueno en España. Venimos de allí y nadie quiere ofrecer un puesto de trabajo a un comunista.

No quise seguir escuchando. Leonor, que siempre había querido quedarse en la Unión Soviética, indagó en sus motivos, pero pronto entró en razón sin que yo mediara entre ella y los tarados. Con aquel frente cubierto, pues, para qué engañarnos, lo que hicieran Antonio y Clemente poco me importaba, decidí ir en busca de Nikolái. Nunca llegué a estudiar los horarios de cada guardia, por lo que me costó un buen rato dar con él. Probé en el comedor, pero allí no había rastro de él. Los cocineros no hicieron demasiado por ayudarme, y lo intenté en la puerta principal. Nada. Al final, lo vi a lo lejos, echándose un cigarrillo a solas. Se encontraba en su descanso, sentado en la rampa del granero.

El sol le daba de lleno. Giró la cara con un ojo medio cerrado y se quedó observándome, consciente de que venía a despedirme.

—Vengo a devolverte lo que es tuyo —le alargué el libro de Dostoyevski que me había prestado—. Lo terminé hace meses, pero siempre me olvidaba de dártelo.

—Menos mal que me lo has devuelto, es uno de mis favoritos. Lo tengo entero subrayado, ya lo habrás notado.

Asentí con la cabeza mientras intentaba hacerle sombra para que se tapara del sol.

—Tengo un nuevo libro para ti —dijo—. Es un clásico, probablemente lo hayas leído. Tranquilo, no es Gorki —sonrió.

Me lo entregó en un sobre que abrí torpemente. Nikolái no pudo resistirse y antes de que me deshiciera del papel y leyera el título me lo reveló él mismo.

—Es una edición rusa de la *Odisea*. Como ahora te embarcas en un viaje de vuelta a casa, creo que te viene como anillo al dedo.

El libro era precioso. De tapa gruesa para proteger su

interior, tenía un tamaño más grande que un libro corriente. Alternaba las páginas escritas con varios garabatos que ilustraban el viaje de Ulises, donde le esperaba su amada Penélope en Ítaca. Eché un vistazo rápido en el que reconocí al Minotauro y a las sirenas que casi lograron enloquecer a la tripulación.

—Este no podré devolvértelo, ¿lo sabes?

—Contaba con ello.

Nos despedimos como él solía hacerlo con la gente buena que había conocido. Me dio dos besos en las mejillas y el último en la boca. «Así nos decimos adiós en Rusia», me dijo. Si alguno de mis compatriotas hubiera visto aquel beso, no habría lugar en el mundo en el que pudiera ocultarme de sus chistes. Me di la vuelta, pero antes de que diera el primer paso volvió a llamar mi atención. Me dijo que no odiara a los rusos, que no todos tenían el corazón helado como pensábamos y que eran un pueblo sufridor. Algún día, fue lo último para lo que abrió la boca, todo este sistema caería y volveríamos a vernos, y entonces, solo entonces, podría devolverle el libro.

Tras Nikolái, solo me quedaba una persona de la que despedirme. Su área de trabajo se hallaba fuera del recinto, aunque no hubo problemas para que abrieran la puerta. Alegué varios mareos y eso fue suficiente para dejarme acudir a la enfermería. No querían a nadie indispuesto durante la repatriación. Abrí la puerta del barracón hospitalario con total libertad, pues libre era, y allí encontré a Mariam doblando toallas. Le sorprendió mi visita.

—¿Qué te duele ahora?

—¿Es que uno no puede visitar a una enfermera si se encuentra bien?

—No suelen hacerlo —sonrió—. Solo nos quieren para que los cuidemos.

Intenté ayudarla con las toallas que le faltaban por colocar en el armario superior del pasillo, pero se negó en redondo.

—Sé por qué estás aquí —confesó.

—¿Por qué estoy aquí?

—Porque soy la única mujer que te ha hecho caso en años.

—Lo eras, es cierto —respondí sonrojado—. Pero dejarás de serlo. En un par de días nos sacarán de este antro.

Mariam me miró de tal manera que supe que ya lo sabía. Las noticias corrían como la pólvora en el campo de prisioneros. Al no tener mucho que hacer, más allá de trabajar y descansar para volver a trabajar, cualquier cotilleo era bienvenido.

—La gente viene aquí y nunca se queda para siempre. A diferencia de lo que pensáis, este es un lugar de tránsito. Puede prolongarse varios años, décadas incluso, pero todos terminan saliendo. —Se percató de que la miraba con cierta pena—. Es lo que hay. Vienen, se van, algunos mueren, que es otra forma de irse y de quedarse a la vez, y yo sigo aquí. Por suerte, si es cierto lo que dicen, acabarán cerrando este lugar y buscaré otro trabajo.

—Ojalá pudieras venir con nosotros —me salió decirle.

—No quiero que te apiades de mí. Eso nunca. Vuelve a tu tierra y sé feliz. Algún día, yo podré hacer lo mismo.

Se acercó a mí y me dio un beso en la boca. Corto, uno de esos besos en los que casi los labios no tienen la oportunidad de acostumbrarse el uno del otro. Un solo beso, distinto al que me acababa de dar Nikolái. Nos miramos a los ojos, aún cerca el uno del otro, y contemplé la misma mirada de cansancio que cargábamos nosotros. Cada uno con sus desgracias, con su mochila propia, pero con un sufrimiento que a todos había alcanzado de alguna manera. El mundo venía pudriéndose año tras año, y las secuelas podían observarse en la mirada de la gente, alicaídas pero resistentes y supervivientes a la maldad.

Antes de volver al campo, me tomé la libertad de rodear la verja que me había mantenido cautivo por nueve años. Desde fuera, el recinto parecía más pequeño. Los árboles que lo rodeaban y que conducían a la aldea habían recuperado el verde de las hojas y la hierba olía a hierba.

Fuera, todo seguía igual. La libertad olía a naturaleza.

38

EL BARCO DE LA LIBERTAD

Llegó el día de abandonar la Unión Soviética. Marchamos a pie por el camino que habíamos recorrido a nuestra llegada nueve años atrás. En la estación nos esperaba un tren diferente a la locomotora de entonces. Era mucho más moderno. De color azul y con una estrella roja en el morro, solo contaba con un vagón. El vehículo era exclusivamente para nosotros. Leonor reparó en mi rostro e intentó tranquilizarme poniéndose a mi lado y ofreciéndome su mano para ayudarme a subir el poco equipaje que llevábamos con nosotros. En los últimos tiempos, los trenes se habían dedicado a esparcir la tragedia por el mundo. Insistió en que este era una excepción. No estaba acondicionado para animales. Ya no éramos el ganado de nadie. Este tren sería el primer paso para llegar a casa. Por suerte, ya en nuestros asientos, nos comunicaron que el regreso a casa se efectuaría en barco.

El tren nos llevó hasta Odesa, uno de los puertos más importantes del mar Negro. Lo conocía por los vaivenes pasados de la guerra, en donde los alemanes trataron de imponer su propio régimen de terror hasta que el Ejército Rojo liberó la ciudad allá por 1944. Durante el trayecto, los españoles continuamos divididos por el origen de nuestra barraca, que se traducía en una división meramente ideológica. Los falangistas entonaban canciones y elegían dos asientos libres para tumbarse en ellos y generar un alboroto innecesario. Los republicanos nos habíamos sentado atrás del todo, juntos, y sin digerir aún que volvíamos a casa. Desde las ventanas, nuestros ojos alcanzaban a ver pequeños pueblos sin iglesias ni

catedrales, con grandes fábricas en las cercanías cuyas chimeneas se elevaban sustituyendo a los campanarios de aquel inhóspito lugar que, por otra parte, sería el nuevo hogar de Antonio y Clemente, con quienes por ahora compartíamos ruta. Por la noche, el maquinista siguió el curso de las vías y entendimos que no pararíamos a pernoctar. Busqué en mi petate algo con lo que entretenerme mientras la noche nos impedía observar el exterior, y empecé el libro que Nikolái me había regalado.

A la mañana siguiente, cuando el sol volvió a iluminar el escenario, el paraje se presentaba idéntico, menos nublado y con más vegetación, pero igual. La secuencia se repitió por una noche más, hasta que el tercer día avistamos un cambio en la geografía del entorno. Dejamos a un lado el campo y el tren se adentró en la ciudad, donde poco a poco ralentizó su ritmo y se detuvo en la estación. En el puerto nos esperaba un barco enorme en cuya chapa podía leer el nombre de Semíramis, el nombre de la reina asiria sobre la que la historia y el mito, en un afán por mezclar ambas narraciones, habían construido un ambiguo relato sobre dominio, divinidad y fertilidad. Aquel poderoso barco de color blanco impoluto descansaba amarrado al puerto sobre las aguas que nos llevarían a casa. Junto a él, un grupo de unas veinte personas nos esperaba pegado al barco. Se entretenían arrojando piedras al agua. La mayoría tenían la edad de Ángel. Parecía que nosotros no éramos los últimos en llegar, que todavía faltaban algunos pasajeros más que se habían retrasado.

Me acerqué al muelle a observar el color del agua. El olor del mar que tanto había añorado regresó a mí junto al sonido del oleaje. Desde Grecia, bajo el pabellón de Liberia, partió el buque a Ucrania gracias a la mediación de la Cruz Roja francesa con el fin de repatriar a los españoles cautivos en la Unión Soviética. De la pasarela que llevaba al barco tambaleante por unas aguas ligeramente revueltas pese al buen tiempo descendió una mujer joven, de cabello rizado y baja estatura, a darnos la bienvenida en persona. Llevaba la insignia de la Cruz Roja pegada al pecho, y tras

un minuto de conversación con los rusos, quienes nos dieron su última orden, la de formar en silencio, la mujer comenzó a decir nuestros nombres. En ese momento, Clemente y Antonio nos estrecharon la mano por última vez y se quedaron a observar cómo, uno a uno, subíamos al Semíramis.

—¡Alfredo Morales! —exclamó la salvadora francesa.

Subí a cubierta y desde lo alto vi cómo todos, José, Ernesto, Manuela, Ángel, Leonor, Alfonso, Tomás, Pepe, Oier, Jonás, Garmendia, García, Miguelín, y otros tantos hombres cuyos nombres no recordaba, pisaban por última vez territorio soviético. Una vez arriba, se procedió al reparto de camarotes. Todavía faltaban pasajeros por subir, hombres que acababan de acceder al muelle, pero la tripulación parecía tener cierta prisa por partir lo antes posible. Nos esperaban en aquellas claustrofóbicas literas que, sin embargo, nos parecían camas dignas para monarcas, sábanas limpias que olían a vainilla, y un bocadillo de fiambre envuelto en papel para que no manchara las camas. Compartía cama con Jonás, quien se negó a acompañarme a cubierta hasta que el barco zarpara de una vez. No fue el único. Algunos se encerraron en su camarote y no quisieron salir si no soltaban las amarras y levantaban el ancla. Temían que un imprevisto de última hora, una de esas decisiones espontáneas que cambian vidas, los hiciera bajarse de su oasis de madera.

Pese a compartir su miedo, decidí subir antes de que el buque terminara de separarse del muelle. Los guardias soviéticos, que nos miraban junto a los dos españoles que habían optado por permanecer en Rusia, se hacían cada vez más pequeños a nuestra vista. Garmendia, que se había quedado hablando con los miembros de la organización no gubernamental en calidad de capitán, se apoyó a mi lado mientras los dos observábamos la costa. En lo físico, éramos nosotros quienes nos alejábamos de una tierra inmóvil que siempre quedaría allí, pero en el fondo era Rusia la que se alejaba de nosotros. «¿Es posible temblar de ilusión?», me dije a mí mismo. Cuando la orilla solo reflejaba una fina

línea en el horizonte, sentí que renacía en mi interior.

—Allí dejamos toda una vida, Garmendia. Rusia, la cuna del socialismo.

—Un inmenso campo de concentración toda ella —respondió él, incapaz de desviar la mirada de nuestra antigua cárcel.

Al rato, los demás empezaron a salir a cubierta a cuentagotas. Nadie quería perderse cómo el Semíramis se deslizaba por el mar Negro en una apacible tarde con el sol en lo alto. Leonor y Oier daban un paseo por popa, donde la intimidad les permitía dialogar sobre su futuro en libertad. Manuela tuvo que convencer a Ángel de subir a ver el mar. Odiaba el balanceo del barco y, como si volviera a tener diez años, gritó cuando Ernesto lo agarró y le obligó a que se acercara a proa. Le tomó unos minutos acostumbrarse al vasto mar, pero una vez calmado no paraba de observarlo. El miedo inicial a lo desconocido se desvaneció y en lugar de ello nació una ilusión genuina, infantil e inocente, de quien veía la inmensidad del mundo por primera vez.

Los nuevos, que realmente eran tan nuevos ellos para nosotros como nosotros para ellos, también parecían militares. Eran todos hombres, perfectamente confundibles con los divisionarios al mando de Garmendia, y no pasó mucho tiempo hasta que se confirmó mi hipótesis. No obstante, no todos formaban parte de la División Azul. Unos pocos pertenecían a la aviación republicana. Durante la guerra, la nuestra, habían marchado a la Unión Soviética a aprender a pilotar sus aviones, con la mala noticia de que la derrota republicana los atrapó en el país de Stalin. Al pedir su regreso a España, a la de Franco, a la victoriosa, las autoridades comunistas los internaron en campos de trabajo. Algo parecido sucedió con los marinos que también nos acompañaban en nuestro periplo. Se encargaban de abastecer a la República mediante trayectos en los que transportaban víveres, cereales y armamento. Al perder la guerra, sus buques fueron requisados y a sus tripulantes los encarcelaron. Cada uno tenía su propia historia, y cada uno de ellos había caído en las garras de la Unión Soviética. A

diferencia de lo que pensábamos, no éramos los únicos a los que la desdicha los había captado.

Sin dejar mi posición en la barandilla del costado derecho del barco, seguí con la lectura, relectura más bien, de mi libro. Garmendia me había dejado solo para irse a charlar con sus hombres y saludar a los nuevos guripas, pero parecía que mi sola presencia le llenaba más que la de sus muchachos, porque al rato regresó.

—¿Qué dice tu libro? ¿Nos vamos a encontrar con Calipso en mitad del mar?

Aparté la mirada del libro.

—Espero que no. No aguanto un solo día más de cautiverio.

—¿Qué harás cuando regreses?

—No lo sé. No tengo a ninguna Penélope esperándome en España.

—A veces, el amor no hay que esperarlo. Hay que buscarlo. Si Aitana sigue con vida, darás con ella.

Resoplé. Había algo más que inquietaba mi mente.

—No sé qué será de nosotros cuando desembarquemos.

Garmendia tardó un par de segundos en responder. Se notaba que él también había reflexionado sobre aquello.

—Han pasado quince años desde que terminó nuestra guerra. Estoy seguro de que no habrá ningún problema —dijo—. De todos modos, tú déjamelo a mí. Por lo que a mí respecta, todavía soy capitán de la División Voluntaria de Españoles. Me escucharán.

Probablemente la conversación habría continuado, pero llegó el alférez García con Miguelín, el enano fascista, como una vez lo llamó Leonor, a recuperar a su capitán. Le instaron a que diera un discurso ahora que nos encontrábamos en aguas que no pertenecían a dominio soviético. Garmendia rechazó a sus inferiores en dos ocasiones, pero no se daba cuenta de que no era una invitación. Sus hombres necesitaban de él unas palabras tras su último triunfo en el campo de batalla. «Está bien, está bien. Algo se me ocurrirá», desistió finalmente.

Garmendia se posicionó en el centro del barco, cerca

de la proa, donde una ligera cuesta lo elevaba por encima de sus hombres. Estos lo rodeaban en un silencio que solo rompían el viento y las mareas. Mi grupo también se sumó a la escucha, en una segunda línea por detrás de los divisionarios. Los nuevos integrantes se acercaron por mera curiosidad. Yo lo observaba desde la lejanía, con cierta vergüenza que compartía con el capitán, quien se tomó un par de minutos para iniciar su conferencia.

—¡Camaradas! —exclamó. Las pocas voces que se negaban a respetar el silencio coral se extinguieron—. Por fin ha llegado el día. El sol no miente. Cada día que pasa, nos acercamos más a España, nuestro hogar. Como os prometí, el tiempo nos guía de vuelta. Pero no todos hemos conseguido este pasaje a la libertad. En esta cubierta me faltan rostros que no olvidaré jamás. Hombres valientes que sucumbieron al cautiverio. Hombres con los que luchamos en Leningrado y dejaron su sello para la eternidad en el frente combatiendo el comunismo.

Al fondo alcancé a oír un «Cagoendios» de los de Oier que, por suerte, no debieron de escuchar los divisionarios. Sonreí brevemente y volví a engancharme al discurso de Garmendia.

—Volvemos a casa, pero no lo hacemos solos. Nos acompañan hombres, mujeres y niños que comparten con nosotros la misma sangre española. No puedo hablar por todos, pero sí de una decena de ellos con los que hemos convivido estos últimos nueve años. Españoles con otras creencias, con ideas opuestas a las nuestras, pero españoles al fin y al cabo. Allí, en Rusia, el frío disipó nuestras diferencias. El odio se tornó en convivencia y la paz brotó en un paraje sin vida. Por eso, como capitán del ejército de los cautivos, nada me satisfaría más que sellar un pacto de compañerismo real hacia ellos, pues es muy fácil comportarse como un amigo con quien te es cercano, pero más difícil es mostrar esa misma cercanía con quien no lo es. Hagamos de este mundo nuevo que se avecina un lugar mejor, un lugar donde las dos Españas sepan vivir pese a sus diferencias y gracias a sus diferencias. —Algunos de los

divisionarios murmuraron sobre aquel último comentario, pero pronto los recondujo a la emoción—. Solo quiero decir que estoy orgulloso de todos vosotros. Cuando salimos de Madrid rumbo al Este sabíamos que, en caso de regresar, lo haríamos por la puerta grande. Nos desviamos del camino, pero henos aquí, camaradas, volviendo a casa como hizo Ulises, atravesando el Mediterráneo, rechazando cualquier obstáculo que nos pudiera seducir para quedarnos en el infierno, directos a Ítaca. —En ese momento vi cómo su mirada me buscaba al fondo—. ¡Arriba España!

—¡Arriba! —gritaron al unísono las voces divisionarias.

39

LA COSTA BARCELONESA

El majestuoso Semíramis se abrió paso por el Bósforo e hizo una primera y última parada en Estambul antes de su destino final. En esta ocasión, los repatriados de cubierta se pelearon por un hueco en la barandilla del buque. Las luces de la ciudad se imponían en un cielo oscuro y los minaretes turcos danzaban al son del oleaje si uno fijaba su vista en el reflejo de las aguas. Desde la lejanía se apreciaba el bullicio de las gentes, de una vida que no cesaba con la ocultación del sol. A diferencia de Rusia, donde el silencio tomaba aires de misterio e incertidumbre, el ruido estambulí invitaba al ocio nocturno. Me sentí mal por Mariam al querer unirme a su fiesta. Me habría gustado acercarme al puerto y observar más de cerca la ciudad del tránsito, de las relaciones entre Occidente y Oriente y de la frontera histórica que dividía dos mundos: Asia a un lado, Europa al otro.

Por desgracia, el buque se quedó a mitad del estrecho, sin atracar en el puerto, esperando a la comisión de recepción que subiría a bordo desde una lancha motora que partía del muelle de la ciudad. Mientras embarcaban, los pasajeros intentábamos reconocer los puntos más importantes de la antigua Constantinopla.

—¿Es aquello que se ve allí la mezquita de Santa Sofía? —preguntó una de las voces amontonadas.

—¡Querrás decir catedral! —dijo otra.

—Yo creo que se trata de la Mezquita Azul —se sumó una tercera.

En eso que me proponía de identificar las huellas del pasado en la histórica ciudad, el presente subió a bordo del

barco. Se trataba de una comitiva de representantes españoles y turcos que nos dieron la bienvenida a Occidente. En un primer momento, no sabíamos quiénes eran exactamente, y los republicanos dimos un paso atrás por si acaso teníamos problemas. Garmendia se acercó a hablar con ellos y deduje que el hombre trajeado debía de ser el embajador español en Turquía.

—Recibe el primer abrazo de España —le dijo al capitán mientras le envolvía en sus brazos.

Además de los diplomáticos, varios periodistas se pasearon por el barco buscando historias que contar. Tras conversar con un par de divisionarios, se acercó a uno de los jóvenes, al que le preguntó si conocía España. La negativa por parte del mozo le llevó al reportero a concertar una entrevista con él. Traté de evitar todo contacto con la prensa para no llamar la atención, pero al parecer la comitiva estaba preparando una serie de interrogatorios para todos los pasajeros. Según me confirmó Garmendia, que se disponía a entrar en el camarote para ser el primero, la revisión corría a cargo de un coronel del Ejército y de un miembro de la Dirección General de Seguridad. La información se la había proporcionado Tomás García Rebull, antiguo compañero de armas y representante de la Delegación de Excombatientes que había embarcado con ellos. Es decir, al barco había subido toda una organización dispuesta a hallar traidores entre los pasajeros.

En el Semíramis había casi trescientas almas a las que interrogar o, como ellos dijeron más tarde, registrar. Las preguntas oscilaron entre lo personal y lo político. Desde nuestro nombre a nuestra ocupación, pasando por nuestra ideología y nuestra labor en la guerra. Obviamente, todo aquello podían confirmarlo en España, pero buscaban en nuestras palabras y gestos algo que nos incriminase. Gracias a ellos conocimos la noticia de que todavía quedaban españoles en la Unión Soviética pudriéndose en campos como los nuestros, esperando a ser liberados. Las conversaciones terminaron a la mañana siguiente, justo

cuando el barco retomó su rumbo a costas españolas. Nos adentrábamos en el Mediterráneo, el mar por donde Odiseo había vagado durante una década entera. La mala noticia de la escala en Estambul era la presencia de los periodistas y la DGS, que se paseaban por cubierta. Uno tenía que andar con cuidado y alegar que estaba cansado si alguno le llamaba la atención. La buena noticia, por otra parte, se debía a la lealtad que demostraron los divisionarios para con nosotros. No solo no nos delataron ante las autoridades, sino que destacaron que durante todo el cautiverio existió, por ambas partes, una colaboración pacífica, lo cual no era mentira.

Los días pasaron con relativa calma. Había perdido la ilusión de quedarme por horas de pie mirando al horizonte, pero decidí levantarme a agradecer a Garmendia su compromiso y de paso a estirar las piernas. Lo encontré en cubierta, apoyado en la barandilla sin poder dejar de clavar su mirada en el mar. Supo que era yo sin girarse.

—¿Sabes que nunca aprendí a nadar? —dijo Garmendia.

—¿Te da miedo el agua? —contesté.

—No. Si no nado es porque nadie me enseñó, no porque tema ahogarme. Yo nací en el interior, lejos del mar. El río más cercano no era lo suficientemente profundo, y así pasaron los años. Dudo que aprenda nunca.

—¿Sabes que antiguamente los marineros no sabían nadar?

Esta vez se giró y me miró mientras hablaba. Había despertado su curiosidad. Seguí hablando.

—Ahora mismo navegamos en el Mediterráneo, pero el Atlántico es cosa mayor. Sus aguas bravas bañan unos límites que superan con creces los peligros de este mar. No aprendían a nadar porque, en caso de abordaje o naufragio, no tendrían adónde ir. En lugar de prolongar la agonía en las gélidas aguas y sucumbir al cansancio que supone mantenerse a flote, preferían hundirse y terminar con el sufrimiento lo antes posible.

—Menuda estupidez. Si Robinson Crusoe no hubiera

nadado hasta la costa, no habría conocido a Viernes y no tendríamos libro. Si no hubiéramos sobrevivido a Rusia, ahora mismo no estaríamos de camino a casa. Solo quien resiste puede obtener una victoria.

—Supongo que algunos temen más al dolor que a un posible triunfo a largo plazo.

En ese momento, la tripulación nos hizo saber que en breve llegaríamos a Barcelona. La ciudad condal, mi ciudad de juventud, me recibiría quince años después de mi partida. Pregunté por Mallorca, si habría oportunidad de verla desde la lejanía, pero el tripulante me dijo que Baleares había quedado atrás, que ya era tarde.

No supe cómo llegaron a nosotros, pero de pronto abrieron varias cajas de cervezas para los pasajeros. Cervezas que habían guardado en secreto en la nevera del almacén justo a tiempo para nuestra llegada. La gente de cubierta no tardó en avisar a los compañeros y, en cuestión de minutos, todos los que una semana antes nos protegíamos del frío a base de sopas entonábamos canciones populares bajo el sol con una cerveza en la mano. Aquella cerveza fresca borró los últimos resortes de las cadenas y los barracones. Con rojos y azules mezclados en conversaciones amigables, unos sentados y otros de pie, se saboreó por primera vez la verdadera libertad, descendiendo por nuestra laringe con el aroma amargo del lúpulo que contrarrestaba la dulzura de la malta de cebada. Alguno consiguió sintonizar Radio París y se echó a llorar. Nunca había visto a nadie tan emocionado de escuchar hablar a un francés.

Ángel bebía su primera cerveza y, como todas las primeras cervezas, le supo repugnante. Al primer trago respondió con ese mismo gesto con el que todos reaccionábamos la primera vez. Todavía tenía una vida entera que vivir para apreciar una buena cerveza. La nueva vida se le presentó a los pocos minutos, cuando uno de los pasajeros gritó, como si de un tripulante de la Santa María se tratase, «¡Tierra a la vista!».

Apostados en proa, el litoral catalán se hallaba a tan

solo unos kilómetros de nosotros. Un fotógrafo trató de reunir a todos los pasajeros inútilmente, aunque logró capturar la sonrisa de unos pocos. Los demás esperábamos nerviosos al desembarco acompañados del graznido de las gaviotas que verificaba que aquella tierra no se trataba de un espejismo. Los graznidos pronto se vieron silenciadas por una muchedumbre que aguardaba en el puerto de Barcelona. En el malecón no cabía ni un alfiler. Los miradores de Montjuïc, abarrotados; el Pasaje de la Aduana, la Puerta de la Paz y las Ramblas, más de lo mismo. Al parecer, habían salido numerosos autobuses de toda España para nuestro recibimiento. Las campanas sonaban en nuestro honor, y el tiempo se mantenía cálido con tal de no estropear la ceremonia que nos habían preparado. Nos sugirieron recoger nuestras pertenencias, pero nadie quería perderse aquello. Los falangistas estaban acostumbrados. Marcharon como héroes y volvieron como tal. Con nosotros era distinto. Recogí mis cosas en cuestión de segundos, me daba igual dejarme algo en el barco. Comenzaba mi nueva vida en casa.

Regresé a cubierta justo para ser testigo de cómo el Semíramis atracaba en el puerto. Eran las seis menos veinticinco de la tarde del 2 de abril de 1954. Tenía a mi izquierda a Ernesto y a mi derecha a José, tan boquiabiertos como yo. Algunos ya identificaban entre la masa a sus seres queridos. Comenzaron los llantos de los hombres que no habían soltado lágrima alguna en Rusia, pero que se derrumbaron al ver a sus familiares. Elevaban a los niños como si el barco representara la imagen de la Virgen del Rocío. Se apiñaban en la estación marítima con tal descontrol que un paso más los habría llevado al fondo del mar. Algunos hombres, hermanos de varios pasajeros, intentaron embarcar por la fuerza trepando por las cuerdas amarradas al muelle. El primero en saludarlos oficialmente fue Agustín Muñoz Grandes. Al antiguo divisionario y actual ministro del Ejército le siguió el ministro de la FET y de las JONS, Raimundo Fernández Cuesta, y otras autoridades del orden franquista. Por lo menos, uno de mis

mayores temores no se cumplió. Franco no se dignó a aparecer.

De manera improvisada, pasajeros y curiosos entonaron el *Cara al Sol*. Aquello apagó la emoción de nuestro grupo. Ernesto estuvo a punto de berrear alguna consigna antifascista, pero Oier y José le taparon la boca antes de que hiciera alguna estupidez. Petrificados, esperamos a que la canción terminara lo antes posible. Nos sentíamos impostores en un país que nos creía como ellos. Me fijé en los detalles, y lo que minutos antes había generado en mí entusiasmo y felicidad iba transformándose en inquietud y rechazo. Los brazos en alto, emulando un saludo fascista que pensábamos extinguido en Europa, y las banderas franquistas y falangistas cuyo rojo no podía representar otra cosa que la sangre derramada en la guerra se generalizaban sobre la chusma. De pronto, la marea de personas empezó a agobiarme. Era el siguiente en descender de la pasarela, pero mis pies se veían incapaces de avanzar. Pisar aquella España, la misma España que Franco había construido a su antojo tras destruir los cimientos de la República, traicionaba todo en lo que había creído. El hombre que tenía detrás comenzó a impacientarse, con razón, y presionó para que soltara mis manos y bajara la rampa lo antes posible. Cuando llegué abajo, ni siquiera reparé en qué pie había sido el primero en desembarcar, si el izquierdo o el derecho. Quería que todo pasara y que la gente dejara de manosearme, eufórica por mi llegada. Los gritos de la gente se difuminaban. Me tapé los oídos por unos segundos, pero oí que alguien me llamaba. Era mi imaginación. Solo clamaban a España y al generalísimo. Me confundían con un divisionario, me preguntaban sobre mi destino en Rusia y mil cosas que no entendía. Yo solo quería que me dejaran en paz. Perdí de vista al grupo solo para centrarme en mí mismo, pero el estrecho pasillo humano no parecía tener fin. Cuando vi la luz, lo cual indicaba que la muchedumbre se dispersaba, nos esperaba un autocar que nos dio a elegir. Quienes querían seguir con el protocolo establecido debían dirigirse

a la basílica de Nuestra Señora de la Merced, patrona de la ciudad y libertadora de los cautivos. Conocía perfectamente el camino desde el puerto hasta la basílica. Lo había transitado en tiempos pasados debatiendo con Aitana nuestras lecturas. Fue dañada en los primeros días de la guerra fruto de la ira republicana, un suceso triste para una basílica tan hermosa.

La visita a la patrona no era obligatoria. Entendieron que el cansancio y las ganas de regresar a casa primaban por encima de la fe. Primero la familia y después Dios. Me aquejaron unos pinchazos en la espalda, lo cual no era mentira, para subir a un segundo autocar que nos llevaría directos al Hospital Militar. Tan solo Alfonso y Tomás, Ángel y Manuela, que nunca habían visitado Barcelona y se veían con fuerzas para aguantar toda aquella parafernalia, marcharon a la basílica junto con la mayoría de los pasajeros. El hospital era una especie de campamento improvisado con numerosas camas que, por suerte, no necesitaban. Allí nos entregaron chocolate, obsequios, tabaco, ropa nueva, nueva de verdad, y hasta turrón.

Asimismo, sucedieron diversas escenas emotivas entre exprisioneros y sus familiares. Les enseñaban fotografías de los sobrinos que habían nacido en su ausencia, y los hermanos hablaban de sus estudios terminados y sus nuevas parejas. Hubo incluso a quien, tras trece años fuera de España, le comunicaron sus padres que su novia de entonces le había esperado todo este tiempo. Era una escena entrañable en la que uno no podía sino empatizar con sus antiguos compañeros de campo. Sin embargo, una sensación de tristeza rebosaba en todo aquello, una sensación que nos gritaba que España no era nuestro sitio. Nos miramos entre nosotros, conscientes de que nadie había venido a vernos. José era el único que tenía excusa, pues nos avisó que su familia le esperaba en Madrid al no haber podido movilizarse hasta la ciudad condal.

De pronto, sumidos en un estado alicaído que nos hizo tumbarnos en las camillas que habían preparado para nosotros, un hombre pronunció mi nombre a la vez que

dejaba posar su brazo sobre mí.

—Lo sabía. Sabía que eras tú.

SEXTA PARTE
HOGAR

40

El consejo de una antigua amistad

Con el pelo algo más canoso y con la barriga más abultada que la última vez que lo vi, seguía siendo el mismo Josep de siempre. No venía de gala como los demás parientes. Parecía haber salido del trabajo hacía escasos minutos. Vestía una camisa color café sobre una camiseta blanca y unos pantalones vaqueros manchados con un polvo blanco que no reconocía. Nos fundimos en un gran abrazo que eliminó los restos del cansancio acumulado de golpe. Le presenté, titubeante y sin saber articular palabra, a los demás españoles y le invité a salir a charlar tranquilamente. La puerta principal la custodiaban dos militares a los que indiqué que volvería en diez minutos. Sin mediar palabra, asintieron con la cabeza. Lo llevé a una esquina entre el campamento y la acera, donde nadie podía escucharnos.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunté atónito—. Tengo tantas preguntas…

—Salí del trabajo, ahora trabajo en una panadería cerca del monumento a Colón, y me pasé a ver la repatriación de los españoles que estaban en Rusia. El periódico lleva meses hablando de vosotros. Si hubiera sabido con certeza que ibas en ese barco, habría traído otros pantalones para cambiarme. ¿Eres consciente? Sois héroes.

—No te creas. Aplauden a la División Azul.

—Tienes que contármelo todo. ¿Cómo llegaste a Rusia? Te perdí la pista en Burdeos.

Tenía tanto que explicar que el solo hecho de comenzar el relato cronológicamente me abrumaba de tal manera que me costaba enlazar una palabra con la otra. Logré resumir

en unos tres minutos, con interrupciones de Josep de por medio, toda mi odisea desde Francia hasta la Unión Soviética, pasando por Alemania y acabando en España otra vez. Me preguntó por Hitler, por Stalin y si los había visto alguna vez. Me lanzó tantas preguntas, que no podía contestar por simple desconocimiento, que llegué a plantear si lo vivido había sido o no un sueño. Josep llegó a la conclusión de que el viaje y la vuelta me habían acongojado, y dejó sus inquietudes para más tarde.

—Cuéntame tú. ¿Qué ha sido de ti todos estos años? ¿Sigues en mi casa, maldita alimaña? ¿Y cómo me has encontrado? —le acribillé.

—¡Te vi! Te vi bajar del barco. Yo estaba algo alejado del tumulto, pero al ver que eras tú intenté acercarme y gritar tu nombre. No debiste de escucharme. Hablé con uno de los encargados de la seguridad que encontré en el muelle y le pregunté adónde iríais. Tenía claro que no ibas a pisar la basílica, siempre dijiste que era muy fea, así que me acerqué al hospital. Es increíble que nos volvamos a encontrar en Barcelona.

—¿Y el Prat Vermell? —repregunté.

—¡Lo dejé hace tiempo! Tu casa sigue intacta, todavía paso por allí para comprobar que ningún delincuente la haya ocupado —soltó una carcajada—. El barrio ha empeorado mucho. Después de la guerra, las bombas habían derruido gran parte de las casas y no había dinero para reconstruirlas. Me fui de allí hará cinco años. Ahora vivo en Horta, cerca de la antigua Plaza Mayor.

Me sorprendió que se hubiera mudado a la otra punta de la ciudad.

—¿Volviste a casarte?

—¡Qué va! —respondió con cierta tristeza en su tono de voz—. Marina fue y será el gran amor de mi vida.

Sentí que quizá había sido improcedente preguntarle por aquello. Acababa de llegar a España después de nueve años cautivo y mis códigos sociales seguían algo oxidados.

—¿Y tú? ¿Has conocido a alguna alemana, rusa a lo mejor? —trató de quitarle importancia al asunto.

—No —sonreí—. Entiendo que Aitana nunca te escribió.

Llevaba un buen rato queriendo hacerle esa pregunta. No me atrevía, no sabía si por miedo a confirmar que nunca había escrito a casa o por miedo a que lo hubiera hecho. Josep me echó una mirada de lástima y se encogió de hombros.

—Jamás escribió. Lo siento. ¿Nunca supiste nada?

—Llegué a localizarla antes de que comenzara la guerra mundial. Se había exiliado en Orán con su prima y su marido. Me dijo que quería marchar a Francia en cuanto se le presentara la oportunidad.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. —Josep se puso serio, como la última vez que nos vimos antes de emprender el camino a las montañas—. Si la quieres, ve a Francia y búscala.

—¿Has perdido la cabeza? Acabo de llegar a España. No llevo ni un día aquí.

—Con más razón —aseveró—. Antes de que te instales definitivamente y te entre la modorra, encuéntrala.

Su insistencia me tenía desconcertado.

—Desconozco si aún vive. Ni siquiera sé si está en Francia.

—No conocía a Aitana tan bien como tú, pero éramos vecinos. ¿Alguna vez te mintió?

Aquella pregunta me partió en dos.

—No.

—No, ¿verdad? —hizo hincapié, hurgando en una herida cuya existencia él ignoraba.

—No, jamás me mintió. Ella siempre fue sincera conmigo.

—En tal caso, vete. Siempre habló de París. Todavía me acuerdo de aquello que decía acerca de la ciudad del amor y la revolución. Dices que acabas de llegar, pero nada te ata a este país. Sabes idiomas, has visto mundo. No cometas el error que yo cometí. Tú te fuiste en el treinta y nueve. Yo me quedé. Has llegado hoy, pero no tardarás en ser testigo de lo que se ha convertido España. No hay tierra

que no esté contaminada por la muerte de miles de nosotros. Nadie descansa en paz, la gente descansa sobre la pena y la injusticia. —Paralizó el habla por una fracción de segundo porque le costaba hablar de aquellos tiempos—. En el barrio se llevaron a casi todos los que habían participado en cualquier cosa. Cualquier actividad servía para que te fusilaran o te pudrieras en la cárcel. —Bajó el tono casi hasta convertir su voz en un suspiro—. Tú vienes de un campo de trabajo. Aquí también los hubo. No sé lo que viviste en Rusia, pero sé que este no es tu sitio.

—Todavía me queda un lugar al que ir, un lugar que sé que existe y que me espera. Volveré a Palma. Me instalaré un tiempo con mis padres y veré qué hago con mi vida.

Josep dio un pequeño brinco hacia atrás. No se esperaba mi comentario, lo que indicaba que sabía algo acerca de mis padres.

—¿Pasa algo, Josep? ¿Sabes algo de mis padres?

—Quizá sea mejor que nos sentemos.

—No hace falta. Me han pasado muchas cosas en esta vida y todas me han pillado desprevenido. Puedo escucharte de pie perfectamente.

—Entonces hazlo por mí.

Solicité salir a comer algo, y tras insistir que no necesitaba el alta, que me encontraba en perfectas condiciones y que regresaría tras llenar el estómago, cruzamos la acera hasta una cervecería con terraza que había enfrente. El ruido del tráfico era insoportable, y eso que habían cerrado parte del acceso al centro por nuestra llegada. Me fijé en la gente. Todos caminaban con prisa, como si cargaran con una responsabilidad que debían solucionar cuanto antes. Los coches también corrían. Barcelona, si no el mundo, parecía haberse enloquecido.

—¿Ves esto normal? —pregunté señalando a la avenida.

—¿El qué? ¿Los coches? —preguntó sin saber a qué me refería.

—Todo. ¿Qué le pasa a la gente? No entiendo por qué corren si ya no hay guerra. —Miraba alrededor y solo veía a

hombres y mujeres trotar, que no pasear, por la calle.

—Bienvenido al nuevo mundo, Alfredo. Ahora tenemos de todo. Electrodomésticos que nos quitan tiempo en las tareas de la casa, vehículos que por mucho que corren no se cansan y edificios más altos que cualquier iglesia. Eso sí, todo a costa de nuestra libertad. Ya no hay movimiento obrero, ni opciones para cambiar las cosas, tan solo títeres de una dictadura que lleva ya quince años.

Aunque me interesaba su percepción acerca de este rostro desconocido de España, había cosas más interesantes que tratar. Le pedí al camarero un bocadillo de lo más barato que tuviera y, mientras lo preparaba, le pregunté a Josep qué es lo que sabía acerca de mis padres.

—Está bien —resopló mientras daba un trago a su cerveza—. A los pocos meses de que desaparecieras, tus padres enviaron una carta a tu casa. Tres meses antes y podría habértelo contado, pero para cuando te escribí ya no recibí respuesta alguna. No recuerdo bien la carta, debe de estar en casa, pero preguntaban por ti. Andaban muy preocupados. Me tomé la libertad de escribirles de vuelta y explicarles lo que había pasado. No conté nada inapropiado ni delaté tu posición, soy consciente de la censura. El hecho es que estuvimos carteándonos varios años, e incluso nos felicitábamos la Navidad. Quien escribía era tu madre, pero dejó claro que el texto era de ambos. Me hicieron bastantes preguntas sobre ti. Se notaba que te echaban de menos. Una vez envié una copia de la fotografía que tenéis en Valencia Aitana y tú, esa que da al mar. Les hizo mucha ilusión. Espero que no te molestara. Dijeron que ella era hermosa, e incluso me preguntaron cuándo habría boda. —Nos reímos, recordando el odio visceral de Aitana a la institución del matrimonio—. Luego, poco a poco, dejamos de hacerlo. El tiempo pasó, yo me mudé, y el contacto era difícil de mantener.

Tomé impulso para seguir.

—¿Siguen con vida?

Josep me miró con el rostro de alguien que no quería contar una mala noticia.

—Tu padre falleció en 1947. Lo sé porque lo apunté por si algún día nos volvíamos a encontrar. Murió de un ataque al corazón. Según dijo tu madre, arrastraba molestias desde que terminó la guerra aquí. —Paró por si necesitaba un segundo, pero le animé a continuar—. Y tu madre estaba enferma. Un tumor, dijeron.

—Entonces, la carta que les mandé desde Rusia jamás les llegó —le interrumpí, lleno de rabia.

—A tu madre le llegó. Tu madre leyó tu carta.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo ella. Fue la última carta que me envió. Me habló de que estabas en Rusia, que te habían hecho prisionero y que pronto regresarías a casa. En parte, por eso me acerqué al paseo marítimo. Estoy seguro de que tu carta le hizo mucha ilusión. Por cierto, la tengo yo. No quería perderla por si, ya sabes, volvíamos a vernos.

Josep me colocó el brazo sobre la espalda, justo debajo de la nuca, intentando consolarme. Era mucha información para una conversación. No solo había perdido a mis dos padres, sino que no había tenido la oportunidad de despedirme en persona. Tendría que lidiar el resto de mi vida con esa última carta que recibió madre. Con padre ya era tarde.

—Alfredo, ven esta noche a cenar a casa. Te vendrá bien. Así podré entregarte la carta de tu madre.

—Agradezco la oferta, me encantaría. Pero debo quedarme con el grupo. Anótame tu dirección, y te prometo que antes o después te haré una visita. Cenaremos juntos, como antaño.

Después de que escribiera la dirección en una servilleta del bar, pagó, me volvió a abrazar y se marchó a casa, no sin antes acompañarme hasta el hospital. Al entrar, me di cuenta de que se había llenado considerablemente. Habían llegado más familiares y las autoridades se habían dejado caer por el campamento a saludar a los excautivos. Garmendia y García también andaban por ahí. Mujeres de la Sección Femenina, vestidas con la característica camisa azul falangista y los labios pintados de rojo, nos entregaron

algo de dinero a partes iguales para nuestros gastos. Posteriormente, cuando se acercaba la hora de cenar, trajeron una gran mesa con comida para que no nos faltase de nada. Acababa de comerme un bocadillo de panceta, pero mi barriga no paraba de pedir lo que se le había privado en el comedor soviético. Había ensalada, más bocadillos, tortilla, empanada y hasta una gran paella a repartir entre todos los supervivientes. Dubitativo, decidí prolongar mi hambre por dos o tres minutos escogiendo qué iba a salvarme de la devastación. Y entonces hinqué el diente.

41

EL FIN DE LOS TRECE

El retorno precedió a la despedida. Las autoridades nos habían provisto de documentación provisional para movernos por el país. Había llegado la hora de separarnos. Los años pesaban y el momento del adiós se pospuso lo máximo posible. Había entre nosotros un sentimiento de colectividad que había nacido en los confines del mundo. ¿Cómo despedirse de personas con las que había vivido tantas experiencias juntas? ¿Era, acaso, posible? ¿No me desangraría de la ligazón que había surgido entre nuestros cuerpos? Los primeros en manifestar la escisión del grupo fueron Manuela y Ángel. Querían buscarse la vida por su cuenta y se les veía impresionados por la belleza de la ciudad. Ni siquiera aceptaron el alojamiento gratuito que nos había facilitado el Gobierno. No querían perder un solo minuto sin recorrer las bulliciosas calles barcelonesas. Resultaba abrumador lo fácil que uno perdía de vista a quien tantos años había tenido a su lado. Con un simple hasta luego dejaron el complejo hospitalario y nunca más los volvimos a ver.

Los autocares tardaron en trasladarnos al hostal. Había que encontrar habitación para casi trescientas personas. Al estar juntos, a los republicanos nos tocó el mismo. Se trataba de un edificio de dos plantas en pleno Raval. La primera estaba dedicada a la recepción y la cafetería, mientras que en el piso superior un pasillo estrecho dividía en dos lados las habitaciones. En nuestra situación, el peor establo de Barcelona nos hubiera parecido mejor que cualquier barraca rusa, pero me costaba entender que el Gobierno destinara hostales de tercera a quienes habían

recibido como héroes tres horas antes. Las habitaciones, por lo menos, solo las compartíamos entre dos. Como de costumbre, Ernesto insistió en dormir conmigo. No había forma de perderle de vista. El suelo, de moqueta, me generaba ciertas dudas acerca de su limpieza. Las camas, separadas por una mesilla de noche con una lámpara que iluminaba toda la habitación, compartían el mismo juego de sábanas de flores.

Nos reunimos por última vez, ya sin impedimentos por parte de los soviéticos, en la cafetería, ahora convertida en restaurante. Por lo que pudimos observar, no solo los huéspedes tenían acceso a la primera planta. La cerveza era barata y la cocinera, castellana profunda que vivía en Barcelona desde hacía una década, preparaba unos guisos espectaculares. El precio nos parecía caro, pero uno de los vecinos del barrio nos dijo que estaba muy bien, que debajo de qué piedra habíamos salido.

—Definitivamente, me va a costar adaptarme a todo esto —compartí con mis compañeros.

Ernesto le pegó un trago a la cerveza y se levantó a pedirse otra.

—¿Habéis visto eso? —Leonor señaló un retrato de Franco colgado en la pared—. ¿Qué le pasa a esta ciudad?

—Antes no era así —respondí—. La Barcelona que yo conocí era diferente. Los barrios se organizaban en comités y los vecinos luchaban por mantener limpias sus aceras.

Vi cómo Ernesto regresaba con su bebida y lo metí en la conversación.

—¿Estabas aquí en noviembre del treinta y seis? —le pregunté.

—Sí, creo. Sí, pasé aquí la guerra —le costó ubicarse.

—Cuesta pensar que la misma ciudad que hace veinte años salía a la calle a despedir a Durruti sea capaz de cantar el *Cara al Sol* con el brazo en alto —dije sin prestar atención al volumen de mis palabras. Un hombre de la mesa de al lado se giró, pero su amigo regresó con dos cervezas y la invitación a un buen trago le hizo olvidar mi comentario.

—Por esa misma razón, yo no sé vosotros, camaradas, pero yo me largo —dijo Ernesto.

—¿Te vas, de dónde? —no sabía a qué se refería exactamente, siempre tan impreciso.

—De España. Cinco horas en este país y ya tengo claro que este no es lugar para comunistas. Además, quién nos va a dar trabajo aquí. Si la casa de mi tío aún sigue en pie, me quedaré en Burdeos.

—Yo no quiero huir más. Mañana saldrá mi tren a primera hora —intervino José.

—Iré contigo —se sumó Jonás—. Desde allí tomaré otro tren hasta Galicia, y volveré a casa. Tengo un amigo mecánico, y sabe que trabajo bien. Creo que es lo más adecuado.

—Nosotros no sabemos todavía qué haremos. Lo primero será volver a Euzkadi, y allí veremos si podemos rehacer nuestra vida —apuntó Oier mientras agarraba la mano de Leonor.

—Casaros antes de que me vuelva a Francia. Una vez deje estas tierras, no pienso volver hasta que Franco estire la pata —respondió Ernesto, enrojeciendo los pálidos rostros de ambos.

Yo no abrí la boca. Todos parecían tener un plan establecido, al menos a corto plazo. Siguieron conversando sobre el contraste de la nueva España respecto a la de dos décadas atrás, pero mi cabeza se abstrajo de tal manera que solo oía voces lejanas ininteligibles. Josep me lo estaba pidiendo a gritos, pero la decisión podía posponerse. Era demasiado tarde para tomar cualquier resolución drástica. La cabeza no me dejaba pensar con claridad. Además, al día siguiente habíamos prometido acompañar a José y a Jonás a la estación.

El tren salía de la Estación de Francia, y al parecer no era el único repatriado que había conseguido un último billete a casa para dicho tren. Por la mañana, tras desayunar en la cafetería una tostada con tomate rallado y un buen chorro de aceite de oliva, emprendimos el rumbo a la estación. Antes de nada, pasé por un quisco y compré el

ABC. Contaba con todo un reportaje fotográfico de nuestra llegada. «Barcelona rinde una acogida emocionante a los repatriados españoles», decía el periódico. Al notificar que, efectivamente, solo se hablaba de los divisionarios y de sus heroicas hazañas y miserable cautiverio en tierras comunistas, le dejé el periódico a Ernesto, quien se entretuvo con las imágenes que los periodistas habían capturado del desembarco.

A medida que nos acercábamos, nos encontrábamos con varios divisionarios con los que habíamos compartido una cerveza en la cubierta del Semíramis. José lideraba nuestro pelotón, que se arrastraba por la resaca de anoche. Sin embargo, él caminaba erguido, con una sonrisa de oreja a oreja. Se le veía tan emocionado como la gente que reconocía nuestra condición de repatriados y nos aplaudía con la misma sonrisa que esbozaba el madrileño. Resultaba extraño ser un héroe por el hecho de haber sufrido cautiverio. Nos daban las gracias. Me sentía como cuando, correteando por la sierra de Tramuntana, me caía y me abría una herida en la rodilla. Lloraba de dolor. Era un niño torpe con tendencia a olvidarme de la gravedad. Entonces, mi madre me recogía de la hierba, me secaba las lágrimas y me traía en brazos hasta casa, donde preparaba mi plato favorito por la noche. Era un gesto de amor para paliar el dolor de la caída. La coca de madre era un plato digno de los mismísimos dioses, pero yo en el fondo prefería no haberme caído. En cambio, la sonrisa de felicidad de José era inocentemente real. Llevaba en su mano izquierda el caballito de madera de Candela, del cual no se había separado jamás, a pesar de los pesares, desde que salió de España.

Nos paramos en el andén frente a las vías, donde los madrileños se despedían de quienes todavía no habíamos decidido nuestro destino. Volvieron los llantos que no habíamos visto en la fría Rusia, quizá por la temperatura, pues, de haber llorado, se habrían cristalizado al momento. José nos dio un abrazo a cada uno de nosotros, un gesto muy distinto al frío estrechón de manos que nos dimos en

Burdeos en aquella primera asamblea. Mientras subía al tren, sin mirar atrás y con la mente puesta en la capital, noté un brazo en mi hombro.

—¿Qué? ¿De mí no te despides? —me preguntó Garmendia.

Se había vuelto a poner el uniforme militar, impoluto y digno para la ocasión. Nos alejamos un par de pasos del grupo para hablar a solas.

—Con esas pintas me generas terror —respondí con una sonrisa—. No tenía claro si te marchabas. Te perdí de vista al bajar del barco.

—Me voy con algunos de mis camaradas de Madrid. García ya está dentro. Se suponía que salíamos ayer, pero dicen que hubo un cambio de última hora, que Franco no nos quería ver desfilando por Madrid.

—Menudo hijo de puta.

—Sí —sonrió él—, un hijo de puta.

Se quedó callado un segundo, comprobando que al tren todavía le quedaban unos minutos para partir.

—¿Qué pasa? ¿No te vas?

—¿Es que no puedo hablar tranquilamente con mi amigo?

—No digas muy alto que eres amigo de un rojo.

—Hasta el hombre más equivocado del mundo puede tener corazón.

—Hablas de ti, supongo.

Un grito de «¡Pasajeros al tren!» detuvo nuestra conversación. Le estreché la mano al capitán de la División Azul, combatiente de la 250.ª División de Infantería, y él devolvió el saludo al profesor y propagandista del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

—Me alegro de que pudieras haber escapado de España en el treinta y nueve. Perderte habría sido una desgracia para España —confesó—. Toma.

Me entregó un sobre con su dirección de Madrid.

—Yo también me alegro de que no te mataran.

Accedió al tren en el último suspiro. Un minuto después lo habría perdido. Desde las ventanas la gente se

despedía, quién sabe si para siempre. La mayoría había dejado anotadas sus direcciones para que el vínculo creado en Rusia no se echara a perder, pero muchos sabían que a veces las malas experiencias, deben guardarse en un cajón profundo para no volver a abrirlo nunca más. Garmendia devolvía el saludo a todos los hombres y mujeres que se habían acercado a la dársena, pero con la mirada me buscaba a mí, el único que no lo saludaba con el brazo, pero sí con los ojos.

Tras el primer convoy con rumbo a la capital, cada vez éramos menos. A los dos días, Leonor y Oier fueron los siguientes, y Alfonso y Tomás no tardaron en partir juntos a Castellón. Ernesto fue el último en abandonar Barcelona. Tenía que arreglar los papeles para marchar a Francia, y mientras tanto viviría en su antiguo apartamento de Tarragona.

Pensé en el siguiente paso que debía tomar y no se me ocurrió nada. Aquel trágico vacío de ideas denotaba un descalabro mucho mayor de lo que a primera vista podía parecer. Me había olvidado de vivir. Necesitaba a alguien, a una autoridad, que me ordenara cómo hacerlo. Alguien que me dijera a qué hora despertarme, cuándo y qué comer, dónde trabajar, cuándo callar y cuándo hablar. Había perdido la noción de mi libertad individual. Entonces entendí que gasté el tiempo que pasé fuera de casa aprendiendo a despedirme de mis seres queridos.

Me pasé los primeros días de soledad limpiando mi antiguo apartamento del Prat Vermell y recorriendo Barcelona a pie como antaño. La casa se sentía más vacía que la última vez. El polvo había habitado lo que no era suyo, y era incapaz de volver a llamarlo hogar. En cambio, pensaba que las abarrotadas calles fulminarían ese sentimiento de soledad, pero solo lo agrandaron. Durante los años de cautiverio había asociado el silencio con la soledad. Sin embargo, al volver comprendí que la soledad tenía que ver con el alboroto, con ese ruido molesto que uno no es capaz de filtrar y que orbita descontrolado alrededor de un alma con el que nunca choca.

Vagaba por la Diagonal cuando tuve aquella macabra reflexión. Ahora la habían renombrado como avenida del Generalísimo Franco, pero por mucho que cambiaran nombres de calles y por mucho que construyeran monumentos a los caídos, nadie había olvidado lo que había pasado. O, mejor dicho, parecía que todos lo habían olvidado menos yo. Caminaba sin un rumbo claro hasta que desemboqué en la plaza de la Sagrada Familia. Toda Barcelona había cambiado por completo excepto la Sagrada Familia. Pareciese que el propio Gaudí hubiera construido un monumento interminable, y que debía sobrevivir al paso del tiempo con las carencias irresolubles de su estructura. El modernismo de la catedral resistía a la transformación burguesa de la ciudad en los años veinte, la revolución obrera de los treinta y al ecléctico y ostentoso franquismo reaccionario de los cuarenta y cincuenta. Cuando anocheció, inmóvil en mi banco de confianza, un hombre que atravesaba la plaza me echó una moneda. Puede que fueran las horas, puede que fuera la barba, frondosa y sin retocar, o el olor que pudiera desprender a falta de agua corriente en mi apartamento, pero el sonido de aquella peseta insignificante al chocar con el asfalto despertó en mí la energía de ser responsable de mis actos. Me levanté, y acepté la invitación de Josep de la semana anterior. Era hora de volver a casa. De volver de verdad.

42
UN NUEVO COMIENZO

14 de enero de 1954

Querido hijo:

Si estás leyendo estas palabras, significa que ya no podemos hablar cara a cara. Significa que la última vez que lo hicimos fue aquel verano en el que tomaste el barco con rumbo a la gran ciudad. Tan nervioso y a la vez con ganas de comerte el mundo, confirmé que, aunque te habías hecho mayor, seguías siendo mi pequeño. Si estás leyendo estas palabras, significa que has vuelto sano y salvo a España, y que has conseguido reunirte con Josep. Qué chico tan simpático. Gracias a él me aficioné a la escritura. Cada vez lo hago mejor, o eso creo. Siempre fuiste el erudito de los tres, así que lee mis palabras y juzga. Tu padre lo intentó varias veces, pero decía que no le salía. Nunca dejó su cabezonería. Hasta el último aliento de su vida siguió igual que cuando lo conocí. Él te echaba mucho de menos. Incluso leyó algunos de los libros que te dejaste aquí. Leer las mismas páginas del mismo libro que habías tenido entre manos anteriormente le acercaban a ti, o eso decía. Tuvimos que tirar muchos libros. Era peligroso por la censura. Pero los que quedan los puedes recoger cuando quieras. Esta sigue siendo tu casa. Las llaves las tiene Manolín, el hijo de Manolo el librero. Al pobre se lo llevaron de paseo en la guerra. Cuando ya no esté, él avisará a Josep.

Nunca nos metimos en líos. Somos personas trabajadoras que no nos interesábamos por la política. Pero tenías razón en una cosa: la equidistancia es la muerte de la verdad, porque la verdad siempre es partidista, y cuando alguien la enfrenta, hay que defenderla. Lo que ocurrió aquí en la guerra fue terrible. Se me saltan las lágrimas cada vez que lo imagino. Me alegra que nos enseñaras la importancia de tomar partido, aunque lo entendiéramos cuando ya era tarde. Tu ausencia nos hizo recordar todo lo que intentabas decirnos cuando aún estabas entre nosotros. Deseo que nuestra labor como padres también te haya servido estos años. Nunca te

arrepientas de lo que creíste. No sé lo que viviste en Rusia, ni sé si quiero imaginármelo, pero en España aprendí que tus creencias tenían sentido. No pidas perdón por haber querido traer el bien a este mundo

Debería terminar esta carta, pero todavía me cuesta terminar lo que empiezo. Cada vez me encuentro más cansada. Como menos y duermo aún menos. La vecina me ayuda con lo que necesito, pero sin tu padre ya no es lo mismo. Si lo veo a él antes que a ti, le diré que estás a salvo. No llores por nosotros, hemos sido felices cuanto hemos podido. Cuando vuelvas, haz tu propia vida. Recuerda que no debes nada a nadie, solo te debes a ti mismo y a tus valores. Busca aquello que te haga feliz.

Adiós, hijo.

Te quiero.

Cada mañana, me obligaba a releer la carta que madre me había dejado en caso de que falleciera antes de la repatriación. La llevaba conmigo a todas partes, e incluso había hecho una copia a mano por si alguna vez la perdía no desaparecieran para siempre sus últimas palabras hacia su hijo. Murió a finales de febrero, poco más de un mes antes de que el Semíramis arribara a España. La burocracia rusa y la incapacidad de hacer las cosas con eficacia me habían arrebatado la oportunidad de despedirme de mi madre. Tantas despedidas inútiles a lo largo de los últimos años y me perdí la más importante.

La cena con Josep y, principalmente, la carta de madre dirimieron mi futuro. Me di cuenta de que no necesitaba a ninguna autoridad que me ordenara qué hacer, tan solo un pequeño apoyo de la gente que me conocía para dar un paso adelante. Comencé los preparativos a las pocas semanas de estar de vuelta. Primero me deshice de todo lo inservible que quedaba en mi casa. Vendí los muebles antiguos en el rastro y regalé los más prácticos a gente del barrio. No los conocía. Todos eran nuevos, pero con el mismo tamaño de cartera que yo cuando vivía allí. Las casas afectadas por las bombas habían sido demolidas; en su lugar estaban levantando nuevos edificios para las mismas personas de siempre. Eran apartamentos pequeños y con una infraestructura cuestionable, pero al menos no

tenían boquetes en la fachada. Después me puse en contacto con Manolín, a quien le cedí la casa de mis padres. La había cuidado todos estos años como si fuese suya. A efectos prácticos, era más suya que mía. Me negué a recibir un pago por ella, pero cuando me envió algunos de los libros y álbumes de fotografías familiares por correo, encontré una pequeña suma de dinero en la primera página de una edición de *Dublineses* de un tal James Joyce. Manolín, haciendo gala de la misma astucia que su padre, sabía que miraría en aquel libro que nunca había ocupado un sitio en mi estantería. Detrás de los billetes, plasmado con tinta en la primera página, había escrito unas palabras: «Sé que mi padre te regaló cientos de libros. Acepta este último como continuación de la costumbre más hermosa que existe», decía la dedicatoria.

Aquellos movimientos postales y de compraventa fueron registrados por la policía, que no dudó en visitarme hasta en dos ocasiones a mi puerta preguntando si todo estaba en orden. Ignoraba lo que querían aquellos hombres con tirantes y gafas de sol cuyo bigote trataba de imitar la fea estética de su caudillo. Pero pronto caí en la cuenta, gracias a una misiva de José desde Madrid, de que la policía tenía el mandato de hacer un seguimiento de todos los retornados de la Unión Soviética. Notó que lo seguían a las pocas semanas de instalarse en Madrid, en el pequeño apartamento que Patricia había conseguido alquilar cerca de la cárcel de Carabanchel. A la cuarta vez, se enzarzó con uno de los agentes por seguirlo mientras paseaba con Candela, y este terminó confesándole que solo seguía órdenes de sus superiores. Ernesto, a quien veía asiduamente porque viajaba a Barcelona cada dos por tres, me confirmó la misma historia.

Ignoré a la policía todo el tiempo que pude. No se movía nada ilegal entre mis manos. De hecho, únicamente buscaba planificar mi vida libremente. En septiembre por fin encontré un comprador para mi casa en el Prat Vermell. Era un hombre soltero que acababa de mudarse a la ciudad desde Extremadura. Otro obrero más que intentaba sacarse

las castañas del fuego en la urbe. Le hice una rebaja considerable con tal de que me dejara quedarme hasta que regularizara mi situación. Con aquella venta me deshice de todo lo material que me unía aún al país y, a los pocos días, conseguí tener los papeles en regla para buscarme la vida en el extranjero, esta vez de verdad.

Sonó el claxon justo en el momento exacto en el que le entregaba las llaves a José Luis, el encargado de dar vida a una casa que llevaba demasiado tiempo sin el amor que se merecía. Ernesto me esperaba justo delante con un Seat 1400 que había adquirido gracias a la venta de la casa del pueblo de sus padres. La casa de Tarragona se la había ocupado una familia durante su ausencia y, a pesar de dar todas las explicaciones posibles, y Ernesto no era de los que destacaban por su paciencia, se lio a golpes con el padre de familia. Pasó una semana en el calabozo y optó por no preocuparse en exceso por lo que no podía controlar. El dinero de la casa de sus padres le sirvió para hacerse con el coche que me esperaba frente a mi ya antigua casa.

—Próximo destino: Francia —dijo como si se tratara de un conductor de autocar.

El coche arrancó rumbo al norte. Con las ventanillas bajadas para sentir el viento golpeándonos en la cara formábamos parte, aunque solo fuera por un par de días, de aquella España veloz y consumista en la que se estaba convirtiendo el país tras la guerra. Era la forma de olvidar del pueblo español. Nadie hablaba de su primo asesinado en combate o de su tío fusilado. Daba igual que a su madre le hubieran rapado el pelo y paseado por el pueblo para humillarla o que hubieran coaccionado a pequeñas empresas de dueños republicanos con el fin de comprarlas por un coste irrisorio y enriquecerse a su costa. Parecía que en España solo quedaban los beneficiados del golpe. El trauma de un pueblo, que mantenía bajo tierra a la mitad de su población, se ocultaba bajo los cimientos de las casas que había construido el Instituto Nacional de Vivienda o bajo las ruedas de un automóvil moderno que corría más que cualquier caballo a galope.

En la radio sonaban Paquita Rico o Carmen Sevilla, las nuevas musas de la radio de esta nueva España. A la hora del trayecto, Ernesto apagó el aparato y cantamos *Ay Carmela* con nuestras insultantes voces para tan preciosa melodía. Al este, firme y leal compañero, nos seguía el Mediterráneo. Este camino, de similar trayecto al emprendido en 1939, distaba enormemente de aquel montañoso tramo nevado de hacía dos décadas. Esta vez, en apenas una hora, recorrimos la mitad de nuestra ruta montados en un coche moderno y con más equipaje del necesario en el maletero. Aunque podríamos haber hecho el viaje de una tacada, me empeñé en hacer noche en Figueres, el último bastión de muchos republicanos antes de poner su primer pie en suelo francés.

Era una noche apacible, de esas en las que el frío otoñal obligaba a abrigarse mínimamente y en las que el cielo se mostraba despejado. Era jueves, pero la gente paseaba y los niños correteaban alrededor de las farolas. La gente parecía haber entrado en su fin de semana de descanso. Cenamos unos muslos de pollo en la terraza de una tasca en la plaza de la Constitución y pedimos todo el vino que tenían en la bodega. Nuestra última noche en España la pasamos borrachos.

—¿Este es el pueblo que querías ver? —preguntó Ernesto con uno de los muslos en la boca.

—Por aquí dieron sus últimos paseos, probablemente melancólicos y sabiendo lo que se venía, hombres como Azaña o Negrín. Aquí se reunieron por última vez las cortes republicanas. Quizá incluso cenaron en este mismo restaurante y bebieron el mismo vino que nosotros ahora.

—Pues no es que sea el mejor que he probado —dijo mientras seguía batallando con el pollo.

—Déjalo. Supongo que son cosas mías.

—Vives en el pasado, Alfredo. Debemos mirar al futuro. Como yo. Sé que cuando llegue a Burdeos tendré que hacer el papeleo de la casa y todos esos trámites aburridos. Y cuando me asiente, probablemente después del invierno, me pondré a trabajar en la viña como siempre he

hecho.

—Te he dicho que quiero buscar a Aitana. ¿Es que no quieres hacer lo mismo con Jacques?

Dejó la copa de vino en la mesa con brusquedad.

—Mi tío está muerto. No está en su casa, porque le he escrito treinta veces y no me ha devuelto ninguna carta. Así que mi tío está muerto —quiso zanjar el tema.

A lo largo del viaje, le había sugerido ponerse en contacto con la Federación Española de Deportados e Internados Políticos (FEDIP). Tenían la sede en Toulouse y había sido fundada por supervivientes de los campos de concentración nazis. Lo había leído en un folleto de una de las revistas comunistas clandestinas que proliferaban en las calles de Barcelona. Su secretario general era un tal Josep Ester i Borrás, un anarquista catalán que había combatido en la Guerra Civil en todos los frentes posibles. Aragón, Madrid y Cataluña habían sido testigos de sus disparos junto con sus camaradas de la Columna Tierra y Libertad. A diferencia de nosotros, los franceses lo internaron en el campo de Le Vernet, de donde escapó para participar en la Resistencia. Se integró, junto a su esposa Alfonsina Bueno, en el Grupo Ponzán, una red de espionaje al servicio de los aliados formada fundamentalmente por españoles anarquistas. Su centro de operaciones radicaba en Toulouse, por lo que era muy probable que se tratara del grupo que Ernesto quería conocer antes de que cayéramos en las garras de Richter.

Josep y Alfonsina acabaron siendo descubiertos en 1943 por la Gestapo. Él fue deportado a Mauthausen-Gusen, en Austria, mientras que a ella la enviaron a Ravensbrück, un campo solo para mujeres ubicado al norte de Berlín. Desde su encierro, siguió comprometido con la lucha antifascista, desempeñando un papel crucial en favor de sus camaradas desde el Comité Internacional de la Resistencia que se creó en el propio campo. La pareja sobrevivió a la guerra y a los campos, aunque el padre de Alfonsina fue asesinado en una de las tantas cámaras de gas que apagaron las voces de millones de personas. Asentados primero en

Toulouse y luego en París, fueron pioneros en la creación de la organización, la cual se dedicaba a velar por los intereses de los exiliados republicanos que habían sufrido los horrores de la guerra mundial. Si en algún sitio conocían el paradero de Aitana, ese sitio estaba en París.

43
PARÍS

De París solo conocía lo que me habían contado. Y a uno siempre le cuentan lo que el emisor quiere que conozca. En mi caso, emisora ella, me había narrado por activa y por pasiva la historia del pueblo parisino. Según decía, los habitantes de París vivían con la norma no escrita de eliminar a sus dirigentes si ellos se mostraban tiránicos con su pueblo. En el siglo XVIII se habían quitado de encima a Luis XVI de un plumazo. Ochenta y dos años más tarde, la Comuna de París trató de imponer un nuevo orden ante el colapso del Imperio de Napoleón III y los rumores de una restauración monárquica. El nuevo orden, liderado por nadie y a la vez por todos, era la respuesta de la clase trabajadora, que exigía lo que era suyo. Durante dos meses, las anchas avenidas se plagaron de barricadas. Los hombres resistían a las fuerzas del orden, mientras que las mujeres, muchas de ellas prostitutas, conducían las ambulancias y trasladaban a los heridos a los centros de sanación.

Si hacía caso a los sermones de Jacques, quien, durante los meses que compartí techo con él, no hacía más que hablar de sí mismo y de sus viajes por Francia, y aseguraba que París desprendía un hedor empantanado a través de sus laberínticas calles, me instaba a dejar de leer libros ambientados en París. «El París que conocéis no existe», repetía cada vez que salía el tema. Afirmaba que los escritores, a lo largo de los siglos, se habían inventado una ciudad diferente, análoga a la verdadera esencia de la capital. En el fondo, cada vez que Jacques echaba pestes de París me lo imaginaba tumbado al lado del alcantarillado tras una pelea de bar o siendo atracado a la salida. Nunca

confesó su mala experiencia, pero me divertía especulando sobre sus razones.

Mi cita con el señor Ester tenía que esperar hasta las cinco. Habíamos quedado en una cafetería en la Place de Clichy, muy cerca de la sede. Antes de la hora fijada, visité algunos de los lugares clave de la ciudad con tal de conocerla por mí mismo. Pese a que mis intenciones trascendían los límites del tiempo, me dio tiempo a cruzar el Pont Neuf con la Torre Eiffel de fondo y pasear a orillas del Sena antes de visitar el Louvre, donde quedé impresionado por *La libertad guiando al pueblo*, el lienzo de Delacroix que representaba el alzamiento del pueblo contra Carlos X. Quedé impresionado con la escena captada por el pintor, centrado en el proceso de la revuelta y no en la victoria final, enfocándose en los rostros del niño que disparaba al aire y la mujer con los pechos descubiertos que dirigía el asalto. Mi reloj interno se detuvo mientras lo observaba y meditaba sobre la capacidad que tenían los franceses de preservar su historia sin que su pueblo olvidara su pasado o ignorara a sus héroes.

Mientras tanto, el tiempo siguió corriendo y aquella necesaria parada me obligó a reformular mi itinerario. Tan solo me dio tiempo a un breve paseo por el Jardín de las Tullerías antes de fijar el rumbo a la cafetería que me había indicado en la misiva de octubre. En lugar de tomar el camino recto, me desvié un par de minutos para pasar por la sede de la federación. Estaba ubicada en el número 27 de la calle Leningrado, justo enfrente de una iglesia neogótica. Más allá de un cartel en el portal con las siglas del FEDIP y una bandera republicana visible desde la calle en una de las ventanas, no había referencia alguna a la importancia de aquella asociación. Uno incluso podía pasar por aquella calle sin reparar en la labor de decenas de españoles por recuperar la memoria de los exiliados republicanos.

A unos doscientos metros, la calle desembocaba en el lugar de encuentro. Era una plaza transitada, el nexo de unión de diferentes distritos de la capital. Todas terminaban en la misma plaza, lugar en el que se mezclaban

heterogéneas fachadas de cada barrio. Una frontera entre fronteras parisinas. En esa unión, una pequeña cafetería hacía esquina con una estrecha calle que daba a un teatro. Había función, por lo que la afluencia de personas me dificultaba localizar al señor Ester. Esperé fuera un minuto hasta que observé cómo un hombre me hacía un gesto de que me acercara desde el interior del local. Estaba sentado en la mesa del fondo, lo suficientemente alejada de las demás mesas ocupadas. Saludé a la camarera y le pedí un café con leche antes de sentarme.

—Buenas tardes. Siento no haberle visto antes —estaba nervioso.

—No te preocupes. Gracias a ti por venir. Si no te importa, podemos tutearnos. Después de tantas experiencias vividas, los modales absurdos de antaño son lo de menos —inició Josep—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, ya he pedido un café a la camarera. ¿Tú no quieres nada?

—No, gracias. Ya me tomé uno mientras esperaba. ¿Cómo estás? Llevas poco tiempo en Francia por lo que me dijiste por carta.

Se le veía realmente interesado en conversar con la gente y conocer al hombre que tenía enfrente. Lo había deducido por carta y ahora podía confirmarlo cara a cara. Esbozaba una sonrisa que no había desaparecido desde que le estreché la mano.

—Llegué en septiembre con un compañero. Su tío vivía en Burdeos, así que nos estamos quedando en su antigua casa.

—Bonita ciudad, Burdeos. ¿Has tenido tiempo de ver algo de París?

—Sí —respondí mientras veía a la camarera acercarse con el pedido—. He estado en el Louvre y he paseado un poco. Marcho mañana por la mañana de vuelta a Burdeos, por lo que no sé si me dará tiempo a ver algo más.

La camarera dejó el café en la mesa y una galleta de canela de regalo. El café abrasaba. Le eché un terrón de azúcar y esperé a que se enfriara.

—El París que merece la pena no puede verse en un día. No porque no dé tiempo, sino porque cada uno conoce una ciudad diferente. Para que uno encuentre su sitio en París debe vivir en él al menos un par de meses. El resto se entretiene conociendo Notre Dame, la Ópera o el Louvre, pero para conocer los rincones en el que uno puede ser uno mismo… Para eso se requiere más tiempo.

—Tendré que venir una segunda vez —contesté—. Mi pareja solía decir que los parisinos eran un pueblo muy combativo, que no necesitaban pensarlo dos veces para expulsar a un dirigente.

—Razón no le falta. Aunque en la guerra, la ayuda tuvo que venir de fuera —se detuvo un segundo—. ¿Sabes quién liberó París en agosto de 1944?

—Los aliados —dije bastante seguro, pero confuso por su pregunta.

—Sí, eso está claro. Pero los primeros en entrar en la capital eran españoles. El 25 de agosto, el blindado Guadalajara, seguido por el Ebro, fue el primero en llegar a la plaza del Ayuntamiento. Conocí a uno de los que conducían el tanque. Era extremeño, si no recuerdo mal. La mayoría lo eran. Había pasado por un campo de concentración francés tras nuestra guerra civil y con el estallido de la guerra mundial le dieron la oportunidad de volver a luchar por la causa antifascista. Cuando entraron en París, una mujer se subió al tanque y le plantó un beso en la boca creyendo que era francés. Él no entendía de la misa la mitad, pero le contestó en español que era muy guapa. —Su carcajada me generó una sonrisa—. En fin, luchaban por Francia bajo la 9.ª Compañía de la 2.ª División Blindada de la Francia Libre, pero combatían por ellos mismos. Lo hacían por defender la libertad que Franco les había quitado.

—No tenía ni idea. —La historia me había conmocionado realmente—. Cada vez conozco a más españoles que estuvieron presentes en la guerra.

—Los españoles siempre estamos presentes, lo que pasa es que no se nos hace caso —apuntó Josep—. Los

periódicos del día siguiente hablaban de que Francia se había liberado por sí misma y le dedicaban todas las portadas a De Gaulle.

—Putos franceses.

—Sí, putos franceses. Pero al menos en Francia podemos llevar a cabo nuestra tarea. Hemos conseguido ubicar a decenas de familias sin recursos, y también tratamos de visibilizar la represión que sufrimos los españoles en los campos alemanes. Todo ello, claro está, sin olvidarnos de los que aún siguen en las cárceles españolas.

—De eso quería hablarte.

—Sí, me diste dos nombres. He traído toda la información que tengo acerca de ellos. —Sacó una hoja de su mochila en la que tenía escritas con bolígrafo varias anotaciones—. Jacques Merino y Aitana Mariné. Bien, empecemos con el primero.

Se me hizo un nudo en la garganta. Abrí los ojos de par en par, como si mis ojos fueran mis oídos y el pestañear implicara perder alguno de los datos que enunciaba Josep. De Jacques apenas había nada. Su nombre aparecía por primera vez en noviembre del año 1940 en una lista de españoles enviados a Gusen, un concentracionario ligado al campo de Mauthausen. El propio Josep había sido internado en ese campo, pero al parecer no coincidió con Jacques. Este debió de morir antes de su llegada en 1943. Me contó que la vida de los españoles allí no valía nada, y que si la salud y la edad no acompañaban, resultaba casi imposible resistir más de un año de trabajo forzado. Extraían toneladas de granito de la cantera para que las ciudades y construcciones de los nazis se vieran embellecidas a ojos de sus ciudadanos. Los españoles se veían obligados a cargar las pesadas piedras mientras subían una empinada escalera de ciento ochenta y seis peldaños. Josep se acordaba de la cifra exacta porque los contaba cada vez que los subía. Solo cuando subía. No cabía duda de que el pobre Jacques no había podido resistir aquellas condiciones inhumanas. Por lo menos Ernesto podría conocer la verdad, si es que le interesaba lo más

mínimo el pasado de su pariente.

—¿Existe alguna copia de la lista de defunción? —pregunté.

—Por el momento no contamos con la lista completa. El documento lo obtuvimos gracias a nuestro enlace, Łukasz Sadowski, que tuvo la oportunidad de consultar algunos documentos de la embajada franquista.

Sonreí. Josep no entiendó aquella reacción de mi rostro, ni falta que hacía. Valiente hijo de puta. Así que al final había conseguido su minuto de gloria, su huella en la historia de los vencedores. Łukasz Sadowski Bermúdez de Castro, espía y miembro de la resistencia antinazi, se había llevado el protagonismo de aquel asalto a la embajada. Unos nos pudríamos en Rusia, mientras el otro participaba en nuestra utopía.

Josep perdió el hilo desconcertado por mi gesto. Me preguntó si lo conocía y le expliqué mi historia. Resumida, eso sí. Solo me veía capaz de narrar toda mi experiencia una sola vez con todo lujo de detalles, y esa narración estaba reservada para Aitana. Le conté nuestra relación con el hispanoalemán y nuestra actividad partisana, si se nos podía calificar de tal manera. Ahora era Josep el que me escuchaba atentamente. Comenzó a apuntar todo lo que decía después de consultar conmigo si me molestaba o no. Quería registrarlo todo, guardar las vidas de todos los protagonistas. Según él, mis vivencias, las suyas y las de todos los españoles que resistimos al totalitarismo fascista y estalinista serían de suma importancia en un futuro, cuando Franco muriera y España volviera a ser una República.

Se interesó enormemente por nuestra estancia en los campos soviéticos. A lo largo de estos años, había contactado con muchos españoles que sufrieron el terror nazi, pero con muy pocos testigos de lo que se escondía más al este. De hecho, me contó algo que no sabíamos. Al parecer, varios supervivientes franceses y alemanes de los campos rusos habían advertido tras su regreso a las autoridades de la presencia de españoles, tanto prisioneros de guerra como civiles republicanos, en la estepa rusa. La

FEDIP, aún prematura en sus funciones y capacidades, se puso en contacto con el Gobierno republicano en el exilio para tramitar el regreso de los republicanos internados. Habían pedido para nosotros y los demás republicanos internos un traslado seguro a México o Francia. Él mismo realizó los expedientes de los pocos prisioneros sobre los que tenía constancia. Contactó con sus familiares, insistió a las autoridades francesas y republicanas, e incluso llevó el grito desesperado hasta la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas.

Sin embargo, el Gobierno de Álvaro de Albornoz estaba atado de pies y manos. La República en el exilio tenía menos poder desde que la guerra mundial había finalizado y Franco se mantenía incuestionable como caudillo de España. El Partido Comunista, fiel como un cachorro a los mandamientos de su amo soviético, no participó en ninguna demanda. No obstante, la FEDIP no cesó en su lucha por nuestra liberación. Prepararon un manifiesto de solidaridad con las víctimas de Franco y Stalin, texto que fue leído en el Palacio de la Mutualité en París en julio de 1948.

—Nada de eso llegó a nuestros oídos jamás —respondí desconcertado—. No sabíamos nada.

—Supongo que la censura franquista obtuvo sus frutos. ¿Sabes? Necesitamos a gente como tú en la federación. Lo digo en serio. Tienes experiencia en comunicación y participaste en la redacción de escritos propagandísticos durante la Guerra Civil. Necesitamos que nuestro trabajo se escuche más allá de Francia. Queremos escapar al control de Franco y que los republicanos de allí conozcan nuestra labor. Si necesitas trabajo, hay sitio para ti en París.

Agradecí la oferta de Josep. Realmente, necesitaba trabajar para poder vivir por mi cuenta y dejar en paz a Ernesto. El dinero que traía de casa no me duraría eternamente. Sin embargo, el trabajo podía esperar. El amor apremiaba. Tenía que saber si se sabía algo de Aitana.

44
AITANA

Ernesto hizo como si la información acerca de su tío no le importara. No quiso saber nada de la labor de la FEDIP, ni de la posibilidad de colaborar con ellos. Estaba inmerso en su nueva vida y en recuperar los contactos que su tío manejaba en Burdeos. Solo me dejó hablar cuando le conté mi historia. Se la dije nada más regresar de París, mientras pelaba unas patatas. El sonido del cuchillo cesó por un segundo para escucharme lo que tenía que decirle y, cuando terminé, siguió cortando. Estaba preparando una tortilla de patatas.

Por lo que me explicó Josep, Aitana apareció por la sede de la FEDIP al poco de terminar la guerra. En aquel entonces, la federación se había instalado en Toulouse y Francisco Largo Caballero, que había sido hecho prisionero por los alemanes en el campo de Sachsenhausen, ostentaba el cargo de presidente hasta su fallecimiento el año siguiente. Josep fue nombrado secretario general a partir de 1947 y no llegó a conocer en persona a Aitana. Dejó su contacto y se creó una ficha y un informe, como con cada persona deportada que pasaba por la sede. La afiliación para el funcionamiento de la federación constaba de diez francos. Sin embargo, en 1951 realizó su último pago. Según el registro, había preguntado por mí en numerosas ocasiones. Seis en el año posterior a la guerra, cuatro en el siguiente, y así hasta que su nombre se desvanecía en el listado de registro. Cuando escribí a la federación por primera vez, además de contestarme, trataron de contactar con Aitana sin éxito. No obstante, Josep me facilitó su dirección. No se había movido de Toulouse. Vivía en el

centro, concretamente en la rue de Metz, que desembocaba en el río Garona, el mismo río que atravesaba Burdeos.

—Entonces, ¿vas a escribirle? —se interesó Ernesto mientras se chupaba el índice izquierdo por un pequeño corte que se había hecho.

—Salgo mañana mismo a Toulouse.

—¿Mañana? ¿Tan rápido? ¿Y si esperas un poco?

—Me he pasado la vida esperando. No puedo esperar ni un minuto más. Iré mañana, y que sea lo que Dios quiera.

Ernesto me miró con asombro. Se asombraba cada vez que me mostraba como un hombre decidido, seguro de sí mismo y consciente de lo que quería hacer. Llevaba muchos años a mi lado y sabía que aquellos momentos no abundaban en la cotidianidad.

—Está bien. La cita más importante de tu vida será mañana. Mientras esperas, cenemos esta tortilla. —Comenzó a freír las patatas y yo le ayudé batiendo los huevos.

Después de cenar me fui directo a mi habitación. Estaba tan nervioso como las primeras veces que uno queda con la persona que ama y siente ese cosquilleo inevitable que solo desaparece cuando el otro se convierte en alguien constante en su vida. Pretendía irme por un par de días, así que preparé una mochila con lo indispensable. Mi autocar partía a las seis y media de la mañana. Ya me había acostado cuando Ernesto tocó la puerta. Le dije que pasara con desgana.

—Perdona, llegó ayer y se me había olvidado entregártelo. Es una carta para ti, de Madrid.

Recogí la carta y le di las buenas noches a Ernesto. No había avisado a nadie excepto a Garmendia de que me mudaba provisionalmente a Burdeos. A no ser que Ernesto hubiera facilitado la dirección a los demás compañeros, solo podía ser él. Leí el nombre y la dirección del remitente y, efectivamente, se trataba de una carta de Garmendia.

12 de octubre de 1954

Estimado Alfredo:

Han pasado un par de meses desde la última vez que te escribí. Por aquel entonces andabas agobiado por la venta de tu casa y la situación del inmueble de tus padres. Espero que en Burdeos hayas encontrado la paz que buscabas. Siento mucho que esa paz no la hayas hallado aquí. España pierde a una gran persona, eso está claro.

Hoy, en conmemoración de la fiesta de la Hispanidad, acudí al monumento de Cristóbal Colón acompañado de alumnos americanos de la Facultad de Filosofía y Letras. Dejaron una corona de flores ante el monumento y tuve la oportunidad de hablar con ellos. Si los futuros ciudadanos del mundo saben la mitad que estos chavales que vienen del extranjero, puedo decirte que estamos en buenas manos. Aunque me siento cómodo en el trabajo que me consiguió la Hermandad de la División Azul en el Ayuntamiento, me estoy planteando ser profesor. De verdad que esos chicos me dejaron impresionado. Creo que disfrutaría impartiendo clases, como hiciste tú una vez. Al parecer, sigo tus pasos, pero solo en lo laboral. Ya sabes.

En casa la situación es difícil. Lo mío con Josefa se va arreglando poco a poco, pero con Jacinto me está costando un poco más. Acaba de entrar en la universidad y, manda cojones, creo que te llevarías mejor con él que conmigo.

En fin, a menudo echo de menos esas conversaciones que teníamos en Rusia. Lográbamos encontrar un punto de encuentro a pesar de iniciar nuestras conversaciones en orillas opuestas. Deseo fervientemente que estés bien y encuentres a Aitana, y algún día puedas presentármela, ya sea en España o en Francia.

Adiós, amigo mío.

Andrés Garmendia

Tenía muchas cosas que contestar, pero el sueño me invadía el cuerpo y cualquier carta que escribiera de madrugada sería reescrita con el paso de las horas, cuando mi viaje a Toulouse resolviera mi futuro.

Toulouse era una ciudad fantasma en mi mente. La recordaba difuminada, oscura y con destellos de luz que cruzaban a una velocidad imperceptible para iluminar mi entorno. Los tres meses que había vivido en ella me mantuve alejado de todo ser viviente que transitara las calles. Solo salíamos por la noche para descargar los camiones de contrabando de a saber qué producto por el que un aprovechado francés sacaba un dinero que no

repartía entre sus trabajadores. Lo que no olvidaba era lo cargados que iban siempre aquellos contenedores de metal. Por eso, cuando volví a la capital de los exiliados, el 21 de octubre de 1954, me tomé toda la mañana para conocer la ciudad.

Había salido bien temprano de casa de Jacques, ahora de Ernesto. Antes incluso de que el sol saliera del este. No sabía qué tenía aquella cama, pero las sábanas se me pegaban al cuerpo y no había quien me levantara de ella. Si no hubiera sido por Ernesto, habría perdido el autocar. Siempre que se me presentaba la oportunidad evitaba el tren.

El viaje, que consistía en poco más de tres horas, lo pasé dormido. Me tuvo que avisar el conductor de que habíamos llegado a destino, y aproveché para preguntarle por la catedral. La ciudad era, en cierto modo, similar a Burdeos. Las cafeterías decoraban la vida de las calles. Quizá los edificios fueran más antiguos en Toulouse, aunque no fueran tan monumentales como en Burdeos. En general parecía no faltarle de nada, pero sin embargo era una de esas ciudades condenadas a ser comparadas con otras. La catedral, una mezcla entre el románico y el gótico, me permitió ver desde lo alto otro edificio que empequeñecía, en otra odiosa comparación, el seo de la ciudad. Se trataba del convento de los Jacobinos, erigido entre los siglos XIII y XIV. Si uno inclinaba la cabeza hacia arriba, veía una gran bóveda soportada por una columna de cuya forma circular nacían once brazos. La particular forma de aquella columna fusionada con el techo hacía que se le conociera como «La palmera».

No obstante, lo verdaderamente interesante se ubicaba en la rue de Metz. No tenía claro el porqué de mi ruta por los distintos espacios religiosos de la ciudad. Seguramente quería tener a Dios de mi parte en mi próxima empresa, la más importante de los últimos años. Como ateo que era, no creía en ningún ser divino, pero, como ateo que era, no me definía como un gilipollas. Estaba en mis manos no creer, al igual que estaba en mis manos proteger todos los posibles

malos augurios, por si acaso.

A medida que me acercaba al portal de Aitana, los nervios corroían mi cuerpo. ¿Me había levantado con el pie derecho o el izquierdo? No lo tenía claro. ¿Querría ver a su antiguo compañero? No había respondido a las cartas de la FEDIP. No quería verme. Lo tenía claro. Me di la vuelta y posteriormente retomé el camino. Tenía ganas de mear, así que entré en una cafetería. Pedí un café y salí. Se me había olvidado ir al baño. Me vi obligado a volver. Meando, a uno se le ocurren ideas magníficas, pero a mí no se me ocurrió nada. Solamente creía que todo aquello había sido un error. Debía haber esperado y escrito a Aitana una carta para que ella pudiera decidir si verme o no. Era lo que habría hecho en cualquier otra situación: sentarme y pensar.

En lugar de obrar como debía, caminaba a paso lento con la mirada puesta en cada mujer que me cruzaba. Enloquecido por la vergüenza, apenas quedaba una manzana para llegar a su puerta. Entonces la vi. De la puerta número 26 salió una mujer cuyo rostro conocía. En cuanto penetró en mi retina, olvidé que había olvidado los detalles de su cara. Todo volvió a mí. Giró inmediatamente a la izquierda, por lo que no me vio varado a diez metros del portal. Pensé en gritar, en llamar su atención de alguna manera, pero no me atreví. Aún me atravesaba el miedo al rechazo. Caminaba decidida hacia algún lugar que debía de conocer, probablemente una tienda que frecuentaba todos los días, así que decidí seguirla y compartir su rutina. Se paró de golpe en una frutería. Tuve que esconderme parcialmente en la entrada de un portal. Sus manos palpaban la piel de un melocotón buscando el que más le convenciera. Cuando terminó con los melocotones, fue a por las manzanas. Era curioso. Actuaba como si la estuvieran observando desde la distancia. Su manera de moverse, armoniosa como siempre, me hipnotizó por un momento. En una ocasión sentí que me miraba. Volteó la cabeza como si tuviera el don de saber que alguien la contemplaba desde la lejanía. Sin embargo, tras un paneo de derecha a izquierda que efectuaron sus ojos se colocó el

pelo detrás de las orejas. Lo llevaba largo, suelto. A diferencia de las francesas del momento, que preferían llevarlo recogido, dejaba que el viento zarandeara su cabello. El color miel del que siempre había presumido aún enraizaba con fuerza, aunque si uno se fijaba empezaban a asomar algunas canas. Estaba preciosa. Poco a poco empecé a perder el miedo por revelar mi posición. Di dos pasos hacia ella. Luego tres. Me paré. Estaba pagando la compra y cuando se dio la vuelta, nos encontramos cara a cara, a unos cinco metros de distancia. Saboreé la incertidumbre de la eternidad en esos cinco segundos que nos quedamos petrificados.

De pronto, la bolsa de la compra se le precipitó de las manos. La inercia hizo que las manzanas, los melocotones y las peras rodaran hacia mí. Me agaché a recogerlas mientras ella se acercaba y se las devolví. Ya en mi altura natural forcé una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —es lo primero que dijo, casi susurrando.

—He venido a buscarte.

Negó con la cabeza. Se notaba que estaba agobiada, así que di dos pasos hacia atrás. Le dije que había venido a verla, que tenía muchas cosas que contarle y que no tenía prisa. Ella me contestó que no tenía que haber venido, y menos en aquellas circunstancias. Intentó no elevar el tono para que los viandantes no repararan en nosotros, pero se la veía furiosa. Intenté hacer ver que no pasaba nada, que entendía que no quisiera saber nada de mí después de tanto tiempo, y le pedí que al menos me dejara acompañarla hasta el portal. Y allí, si es lo que realmente quería, la dejaría en paz para siempre.

El trayecto, sin embargo, fue silencioso e incómodo. Ni siquiera me dejó llevarle la bolsa de la compra. Sabía que no aceptaría, que no necesitaba que ningún hombre hiciera nada por ella, pero se lo dije para iniciar una conversación. En lugar de soltarme el sermón de siempre, alejó la bolsa de mí y se la colgó del brazo derecho, lejos de mi alcance. Llegamos a su portal.

—Lo siento, Alfredo. No puedes presentarte aquí así, sin avisar. Tengo una vida. Arriba me espera mi familia —dijo mientras buscaba las llaves en el bolsillo de su falda.

—Lo siento. No sé qué decir. Si pudiéramos tomar un café. Aitana, tengo tantas cosas que contarte —estaba desesperado, y solo quería enmendar mi error.

—Adiós Alfredo. Que te vaya bien —me miró a los ojos, por segunda vez desde que nos habíamos reencontrado, y abrió la puerta.

Como último recurso, eché la mano al bolsillo.

—Aitana, espera.

Se giró.

—Toma. Estoy alojado en esta pensión. Me quedo hasta mañana. Si cambias de opinión, pregunta por mí. No creo que salga de mi habitación.

Vaciló, pero terminó cogiendo la tarjeta. La puerta se cerró y subió las escaleras, donde le esperaba su actual vida.

45
UN ÚLTIMO COMIENZO

Busqué en el techo de la mejor habitación que podía permitirme la respuesta a todas mis preguntas. Tumbado en la cama, me preguntaba si tal vez ella había pasado por lo mismo que yo, o si me echaba en cara no haberla buscado lo suficiente. Reflexionaba sobre ello y me martirizaba diciéndome que tenía que haberla buscado en Burdeos, cuando todavía disfrutaba de una efímera libertad, o que en Berlín debía haberme mantenido al margen de toda heroicidad y pasar desapercibido. En aquella mediocre pensión en la que se oían los gritos del loco de la habitación de al lado sentía el ridículo que estaba haciendo en Toulouse.

Me hice con un lápiz y me puse a escribir. Vomité todo lo que tenía encima sobre el amor acumulado de la última década. Un amor basado en la espera y en la esperanza, desembocando solo en el primero de los dos pilares. Escupí mi rabia sobre el texto, porque donde hay rabia significa que hubo amor, y me obligué a dejar el lápiz antes de perder la cabeza por completo. Me di una ducha de agua fría, me senté en el pupitre que tenía frente a la cama y volví a coger el lápiz para, esta vez sí, escribir sereno. Sabía a quién tenía que responder.

21 de octubre de 1954

Querido Garmendia:

No negaré la ilusión que me hace que, dentro de España, haya sangre nueva que crea en la libertad y la democracia. Estoy seguro de que tu hijo, además de ser un gran primogénito, será la llama del cambio en nuestro país. Sé que no estarás de acuerdo con esto

último, pero para eso están los amigos: para decirles en qué se equivocan.

En Francia las cosas marchan. Ni bien ni mal, pero marchan. Es un gran cambio si contrastamos con nuestro pasado, donde el tiempo no avanzaba ni retrocedía, solo pasaba. Ojalá consigas arreglar tus asuntos matrimoniales con Josefa y, si no, no te atormentes ni le atormentes a ella. El tiempo, que en el resto del mundo sí pasó, tejió nuevos lazos. No estoy del todo seguro, pero quizá debamos dejar morir aquello que nos mantuvo con vida en la nieve. Enterrarla bajo el hielo como la espada que nos salvó de la muerte y buscar en lo nuevo nuestro propósito por reiniciar nuestra vida en libertad. Repito, es solo una de las reflexiones de las muchas que me vienen a la cabeza a lo largo del día.

Me alegra leer que quieras ser profesor. Te conozco y no veo a nadie que sepa más sobre la vida y la muerte. Has visto lo que nadie ahí afuera, y los jóvenes españoles necesitan de los ojos de un experimentado en el peligro. Te sorprenderá saber que quizá trabaje escribiendo para una organización de socorro a los exiliados republicanos. No escribiré con esa pluma de falangista que te caracteriza, pero sí desde la honestidad y la generosidad de un hombre de izquierdas.

Deduzco que nos pasaremos la vida discutiendo, así que me detengo aquí, esperando tu siguiente golpe.

Nos vemos, amigo.

Alfredo Morales

Terminé de preparar el sobre y, justo cuando lo cerré con mi saliva, alguien tocó a la puerta. Al abrir, Aitana me esperaba al otro lado. La hice pasar sin saber realmente qué decir. Desde que la había visto por última vez, hacía tres horas, se había puesto un vestido ceñido y recogido el pelo. Parecía una persona completamente diferente. Estaba preciosa. Tenía todavía el pelo mojado. La habitación estaba desordenada. Aparté la ropa y le hice un hueco en la cama. Yo me senté en la silla donde acababa de escribir la carta a Garmendia.

—La verdad, no pensaba que vendrías —empecé la conversación.

—Yo tampoco sabía que vendría —siguió.

—No debí aparecer sin avisar. No sé en qué pensaba. Te pido perdón.

Aitana levantó la mirada del suelo y me miró a los

ojos. Le costaba hacerlo.

—Estuvo mal, pero sabía que, llegado el momento, lo harías —contestó serena.

—¿Por qué? —No entendía del todo a qué se refería.

Había poco espacio para los dos en la habitación. Sin embargo, se levantó de la cama y comenzó a hablar mientras paseaba, bordeando el somier.

—Cuando me escribieron de la FEDIP, fue mi marido quien encontró la carta en el buzón. Él no sabe nada. Piensa que se debe a la afiliación de cada mes. Al leer la carta me agobié, no supe cómo reaccionar. Philippe no entiende el castellano, pero por mi reacción se dio cuenta de que la carta no se trataba de una simple factura. Tuve que explicarle que se trataba de un amigo cercano que acababa de fallecer por secuelas de la guerra.

—¿Por qué no contarle la verdad? —pregunté.

—¡Porque para mí estabas muerto! —exclamó en un arrebato de histeria. Se secó las lágrimas antes de seguir—. Alfredo, para mí estabas muerto. Lo último que supe sobre ti fue que estabas en Burdeos, y ni siquiera pude hablar contigo para comprobarlo. Nos lo contó un contacto que tuvo la oportunidad de hablar con Antonio por cinco minutos. Eras solo una sombra de la que había oído hablar por parte de un hombre que nunca vi, y aun así traté de llegar a Burdeos por mi cuenta. La guerra me lo impidió.

Allí fue donde conoció a Philippe, su futuro marido. Era un francés comerciante que se había enriquecido haciendo negocios en las colonias y se había instalado en Orán. Me contó que cuando Francia cayó, a Antonio y Carmen se les brindó la oportunidad de regresar a España. Agarraron su sueño de comenzar una nueva vida en las Américas y lo enterraron en el desierto argelino. Y embarcaron de vuelta a España. Ella no podía acompañarlos por sus actividades en la Guerra Civil, por lo que se marchó con Philippe en un aeroplano hasta Egipto, huyendo de la zona de influencia nazi. Tenía contactos con la Resistencia francesa, por lo que pudo velar por su seguridad durante todo el conflicto. Se quedaron en El

Cairo hasta finalizar la guerra, donde se enamoraron. En 1946, pese a haber perdido gran parte de la empresa por las consecuencias bélicas, se asentaron en el centro de Toulouse. Él empezó de nuevo, abriendo un negocio enfocado a la distribución de productos agrícolas de la zona, y Aitana le ayudó con el proceso hasta que abrió su propia librería. Tenían dos hijos juntos, Marcel y Laia, de dos y tres años.

—Al final, te casaste —sonreí con la mirada puesta en su anillo de compromiso.

—Sabía que, de todo lo que te diría, te quedarías con eso —me devolvió la sonrisa.

Aitana se soltó el pelo. Hacía calor en la habitación.

—¿Qué fue de ti, Alfredo? ¿Dónde te metiste todo este tiempo? La guerra terminó hace años.

—Imagina por un momento que una persona anota cuántos días le faltan para salir de la cárcel. —Hice una pausa—. Imagina, ahora, que esa persona no sabe cuándo va a suceder tal cosa. No tenía dónde apuntar los días que me faltaban, solo los días que me sobraban. Pensar en ti me mantuvo con vida.

Mis ojos vidriosos acompañaron a los de Aitana.

—¿Dónde? —exhaló. Sus lágrimas cayeron primero.

Entonces le conté lo que tantas veces había practicado dentro de mi cabeza. Había esperado ese momento toda una vida y, al final, se lo conté de manera improvisada, dejándome llevar por muchos sentimientos que hasta el momento de verbalizarlos los había reprimido. Francia, Alemania, Rusia. Le hablé de Garmendia y de los libros que leí a lo largo del cautiverio, del amor de Mikel y Leonor, de Oier y Leonor más tarde, de la camaradería, de la decepción, de ser valiente cuando la situación lo requería y de no mantenerse al margen cuando el futuro de la humanidad estaba en peligro. Mientras lo contaba, Aitana escuchaba atentamente mi monólogo. No parpadeó ni una sola vez, y si lo hizo, nuestros parpadeos debieron de estar sincronizados. Cuando terminé, tampoco hizo preguntas. Lo que le había contado y cómo lo había contado le sirvió para

compartir mi experiencia. Simplemente me abrazó el mismo tiempo que me había pasado hablando. Sus cálidas manos pronto traspasaron la barrera del abrazo y, en cuestión de segundos, acabamos echados en la cama, besándonos como cuando la juventud nos embriagaba de pasión. Ambos sabíamos que aquello no estaba bien. Ambos sabíamos que se trataba de un impulso humano fruto de una separación impuesta. Ella puede que amara a otro hombre, pero el anhelo seguía dentro. Por última vez mis dedos recorrieron su cuerpo, desde su ingle hasta su nuca, pasando por sus pechos y su lengua. Ella me agarró como si nunca más quisiera soltarme, arañándome la espalda y jugando con mi pelo. Al terminar, tras una breve pausa en la que ambos yacíamos sobre el colchón, aún agarrados, mirando al techo de aquella diminuta habitación, Aitana me soltó para siempre.

Me dio la espalda mientras se vestía, como si mis ojos tuvieran prohibido a partir de entonces observar su figura desnuda. Tenía que conformarme con la silueta de su espalda. Le había salido un nuevo lunar en el costado izquierdo. Estaba preciosa.

—¿Me juzgas? —preguntó mientras seguía dándome la espalda.

—¿Por qué iba a juzgarte?

—Por amar a otro hombre. Por casarme, por no haberte esperado, por enfadarme contigo. Por quererte en secreto. Por todo.

Todavía desnudo, me levanté y me senté a su lado. Ambos mirábamos a la puerta cerrada.

—Todo este tiempo me preguntaban por qué te amaba, qué me hacía querer a alguien que no veía en tanto tiempo. Supongo que eso es el amor, tener la certeza de que se quiere a una persona, pero jamás ser capaz de responder a la pregunta. —No respondió—. ¿Tú eres feliz con ese hombre?

Se giró a mí.

—Lo soy, y me ha dado lo mejor que me ha pasado en esta vida, que son mis hijos.

—Entonces no hay nada más que hablar.

Me terminé de vestir y la acompañé abajo. Era de noche. Le insté a que me dejara acompañarla por segunda vez a su portal, esta vez con un final diferente, pero negó con la cabeza. En su lugar, me invitó a que la siguiera a un garaje que tenían alquilado entre su marido y ella, no lejos de su apartamento. Levantó la puerta del garaje, la cual expulsó un sonido estridente al abrirse. En su interior tenían aparcado un Citröen 2CV de un color turquesa claro. No había demasiado espacio para caminar libremente, pero Aitana me hizo pasar hasta la pared del fondo.

Entre la parte trasera del coche y el muro había un hueco considerable que lo ocupaba un objeto voluminoso tapado con una sábana blanca que lo cubría hasta el suelo. Aitana lo descubrió. En un primer momento me costó reconocerlo. La luz de la bombilla apenas llegaba a la parte de atrás. Pero una belleza de tales características no podía olvidarse. Seguía igual de impoluta, sin un solo rasguño a primera vista y con las ruedas en perfectas condiciones.

—Mi Gimson Patria —dije en alto, sin entender cómo, después de tanto tiempo, seguía en manos de Aitana—. ¿Cómo…?

—Cuando escapamos de Valencia, rumbo a Orán, apenas tuvimos la oportunidad de llevarnos nuestras cosas con nosotros. ¿Recuerdas la casa de Carmen? Contaba con un sótano y una gran puerta de madera que daba a unas escaleras hacia abajo. Cuando regresaron, años más tarde, habían saqueado toda la casa, pero el sótano lo habían dejado tal y como estaba. Supongo que nadie entró en esa habitación sin luz llena de trastos. La moto estaba al fondo, detrás de la escalera, y allí permaneció hasta que regresaron. Hace tres años vinieron para la boda. Tuvo lugar en Perpiñán, cerca de la costa. No quería nada ostentoso. Había aceptado casarme, pero esta chica anarquista tenía unos principios —sonrió—. El hecho es que me la trajeron en un remolque. Todos estos años la he estado limpiando y sacándole brillo. Un amigo de Philippe la estuvo retocando e incluso me dio una vuelta en ella,

pero no me atrevía a conducirla.

—¿Por qué?

—Porque es tuya.

—Te la di. Te dije que era tuya.

—Y ahora te la devuelvo. Tómala.

Me ayudó a sacarla del garaje, no sin antes tener que apartar el coche unos metros para que tuviera espacio. Comprobé que la luz frontal todavía funcionaba.

—Te dije que me he ocupado de ella.

Subido a mi antiguo vehículo, con las manos estiradas en el manillar, había llegado el momento. Le dije que me esperara, que volvía en dos minutos y que aguantara la motocicleta. Me preguntó adónde iba, pero para entonces ya había dado esquinazo a la calle. Quizá no fueron dos minutos, pero a los diez ya estaba de vuelta con mi mochila y mis pertenencias. Aitana me miró de arriba abajo, haciéndome ver que aquel último movimiento no era propio del Alfredo calculador que había conocido. Le dije que se subiera, y aunque reaccionó con un gesto de indecisión, sabía que lo había forzado para meterse conmigo. Se sentó detrás, como la última vez en aquel siniestro trayecto entre Montserrat y Barcelona en julio del treinta y seis. Este viaje hasta el portal de Aitana apenas duró dos minutos, lo suficiente para recordar sensaciones del pasado. Su cabeza, apoyada en mi espalda para evitar el viento de la fría noche, se separó nada más detuve el motor.

—No te lo he dicho antes, pero esa barba no te queda bien —dijo después de bajar a la acera.

—¿No te gusta? En Rusia la llevaba más larga.

—Oculta demasiado ese bello rostro. ¿Se puede saber adónde piensas ir a estas horas de la noche?

—Creo que probaré con París —contesté.

—¿París? Al final cumplirás tú mi sueño.

—Voy a ver si encuentro el mío. ¿Sabes que te quiero? —fue lo último que le dije.

—Lo sé. Anda, ve —me dijo con una sonrisa en el rostro que presagiaba que no volveríamos a vernos en mucho tiempo.

Aceleré y me perdí en el horizonte, rumbo a París. Al salir de la ciudad, pude comprobar que la potencia de mi Gimson Patria no había menguado en todos estos años. Dejaba Toulouse atrás, una ciudad que personalmente nunca me había satisfecho, pero en la que por fin pude dejar atrás mi vida. Viajaba al norte, a París, donde me esperaba una nueva experiencia ayudando a los más necesitados. Mientras el viento me golpeaba en la cara y la carretera se mostraba inmensa y exclusivamente para mí en aquella noche de otoño, me di cuenta de que estar en paz conmigo mismo no significaba olvidar el pasado, ni siquiera aferrarme a él, sino seguir con mi vida, aceptando lo vivido y rebosante de ambición por lo que se me venía encima.

Los berlineses.
Una historia real

Españoles en el Gulag

«Hemos derrocado al mal»1. Estas fueron las palabras que pronunció el escritor y periodista ucraniano Vasili Grossman al contemplar la devastación de Berlín tras una encarnizada batalla entre la Wehrmacht y el Ejército Rojo. El 9 de mayo de 1945, después de seis años de guerra mundial, Alemania se rindió a los aliados dando por terminado el conflicto en Europa. Hitler se había suicidado una semana antes, y su fiel amigo y ministro del Reich, Joseph Goebbels, hizo lo propio un día después. Aquellas primeras jornadas de mayo, Berlín era un infierno para los alemanes y una fiesta para los rusos; un motivo de celebración para los hombres que acababan de ocupar el Reichstag y un espanto para las mujeres que intentaban escapar de sus garras. Las consecuencias de la guerra fueron devastadoras para el continente.

Por una parte, más de veinte millones de militares perdieron la vida en el frente y el doble de civiles murieron a lo largo de la contienda. La guerra no solo acabó con las voces de miles de familias. El mundo comprendió que lo que hasta entonces se entendía por *progreso* y *modernidad* había desembocado en un acto de barbarie milimétricamente calculado por las brillantes mentes de los alemanes más cultos de la sociedad germana. Los soviéticos liberaron Auschwitz y dieron con la macabra maquinaria de aniquilar seres humanos; los estadounidenses hicieron lo propio con Mauthausen —donde más de cuatro mil españoles perdieron la vida—, y aunque la rendición incondicional terminó con todo aquello, la reconstrucción de Europa pasaba por enfrentarse a un trauma generacional atravesado por la guerra.

La embajada española en Berlín

Antes de que el continente se enfrentara a su nueva identidad, entre el caos trágico y festivo de la recién liberada Berlín, en la embajada española, ubicada en Lichtensteinallee 1, cerca del parque de Tiergarten, resonaba el eco de la derrota. La embajada franquista suponía un símbolo arquitectónico de la hermandad entre España y Alemania, un ejemplo de piedra de la amistad de ambos países desde el inicio de la Guerra Civil española. Adolf Hitler había reconocido el Estado franquista a los pocos días de producirse el alzamiento, y desde la ciudad de Burgos se gestionó una nueva embajada para un nuevo régimen que se consolidaría con la victoria nacional frente al bando republicano.

De esta forma, el 12 de diciembre de 1938 Franco dio el visto bueno al proyecto de la construcción de una embajada en suelo germano. El plan había sido redactado por los arquitectos Walter y Johannes Krüger y supervisado por el reconocido Albert Speer, inspector general de los edificios de la capital del Reich. La idea consistía en integrar la embajada en el plan de renovación arquitectónico que llevaba sufriendo Berlín desde la llegada al poder de los nacionalsocialistas, pero con un carácter que respondiera a las particularidades de una estética española. De esta manera, el arquitecto español Pedro Muguruza participaría en la construcción del complejo diplomático, consolidándose como arquitecto de confianza de la nueva España. El resultado fue un palacio en forma de V cuya fachada decoraba el águila de San Juan enmarcado por las columnas de Hércules, acompañado a los lados por un escudo con el yugo y las flechas y otro con el nudo gordiano. Uno de los brazos se dedicaría al ámbito representativo y residencial, mientras que la otra ala estaría enfocada a la labor administrativa[2].

El emblemático edificio fue construido con el marqués Antonio Magaz como embajador, aunque fue sustituido en 1940 por el militar Eugenio Espinosa de los Monteros. Poco

duró en el cargo, pues sus problemas con el ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, lo apartaron del cargo un año después. El «Cuñadísimo» eligió a José Finat como su sucesor, reconocido germanófilo y pronazi que, sin embargo, no sabía hablar alemán. La designación había coincidido con la creación de la División Azul y el traslado de los voluntarios a tierras alemanas para posteriormente recalar en el Frente oriental, por lo que el mandato de Finat estuvo condicionado por la labor de los divisionarios en el Este. De hecho, por deseo de Serrano Suñer, Finat visitó a los divisionarios a los doce días de que la unidad hubiera comenzado su actividad en el frente bajo las órdenes del comandante Agustín Muñoz Grandes, quien le transmitió sus primeras impresiones de la campaña militar3.

A partir de 1942, el dominio que Alemania había profesado en Europa se vio disputado por unos aliados que, por cada mes que transcurría, se hacían más fuertes en recursos y armamentos. Las dudas sobre la victoria de Hitler comenzaron a brotar y Franco decidió reorientar su política exterior a una posición más neutral con tal de evitar enemistarse con los aliados4. Serrano Suñer fue apartado de su cargo de ministro y, con esta decisión, Finat cayó por su propio peso. El elegido para reemplazar al embajador filonazi fue Ginés Vidal y Saura, un hombre más cercano al mundo anglosajón. En consecuencia, el nuevo embajador no solo reparó en el deterioro de las relaciones entre España y la Alemania nazi, sino que también fue testigo de los daños que sufrió la recién estrenada embajada por los bombardeos sobre la capital. Asimismo, los ataques dejaron una huella imborrable en la salud de Vidal, que contrajo una crisis nerviosa que le perseguiría toda la vida. El 11 de marzo de 1945, debido a la delicada salud del embajador, fue trasladado a Suiza en ambulancia, donde se le ingresó en un sanatorio para ayudarlo en su recuperación. El resto del cuerpo diplomático fue retirado de Berlín en abril por la llegada inminente del Ejército Rojo a la capital nazi. A finales del mismo mes, afincado en Berna, Ginés Vidal y Saura falleció de una embolia

cerebral[5].

Españoles en Berlín

Quienes sí esperaron a la llegada de los soviéticos fueron los españoles republicanos que se hallaban trabajando en Berlín. La mayoría eran exiliados que habían sido llevados forzosamente desde Francia a la Alemania nazi. Cuando Barcelona cayó en la primavera de 1939, cientos de miles de españoles habían cruzado la frontera con lo poco que tenían consigo y lo mucho que dejaban atrás. Kilómetros de hileras de hombres, mujeres, ancianos y niños se dirigieron a lo que sería el inicio de una nueva vida en un país que no era el suyo. En síntesis, los países que más republicanos socorrieron fueron Francia, Gran Bretaña, México y la Unión Soviética. En el caso francés, la frontera natural por cercanía, las autoridades se vieron incapaces de alojar a todas las almas que buscaban asilo. El Gobierno de Édouard Daladier apenas había instalado una serie de barracones para acoger a poco más de seis mil refugiados, por lo que medio millón de españoles colapsaron el sudeste galo. Desde la derecha política y algunos medios de comunicación se insistía en la necesidad de devolver a los refugiados a la España franquista. El semanal *Je suis partout*, que más adelante adoptaría una posición colaboracionista en la ocupación nazi, sugería reunir en un buque a la «escoria española» que rechazara regresar a su país y arrojarla al fondo del mar[6].

Para poder distribuir a los españoles que se amontonaban al sur del país galo, se decidió que los civiles fueran trasladados a centros de acogida del interior de Francia. Se adecuaron prisiones, escuelas abandonadas o antiguos conventos para los más necesitados. Por otra parte, los milicianos y soldados que habían participado en la Guerra Civil fueron ubicados en campos de concentración franceses. Estos recintos, donde los republicanos pronto comprobarían que se trataban de cárceles al aire libre, estaban esparcidos por toda la sierra pirenaica. Argelès,

Saint-Cyprien, Vernet d'Ariège, Ogeu-les-Bains y Joffre-Rivesaltes fueron algunos de ellos. De hecho, este último siguió acogiendo a minorías que se veían obligadas a abandonar sus países de origen hasta el siglo XXI. Siempre bajo la sombra de la sospecha de vulnerar los derechos humanos, fue cerrado definitivamente por Manuel Valls en 2007, quien lo calificó como «la gran vergüenza nacional francesa»[7]. Tal y como reflejó Arthur Koestler, prisionero en Le Vernet, la mayoría de cautivos «trabajaban en harapos y con calzado sin suelas, a temperaturas de varios grados bajo cero, y dormían sin mantas. Incluso su saliva se helaba en el suelo». Según el autor húngaro, por lo que respecta a la comida, alojamiento e higiene, Le Vernet estaba «muy por debajo de los campos de concentración nazis»[8].

Con una nueva guerra en el horizonte, los franceses buscaron una utilidad a los españoles que ocupaban los campos. Bajo la amenaza de devolverlos a España, se les propuso formar parte de las Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE) o alistarse en la Legión Extranjera. De esta manera, Francia aumentaba tanto su mano de obra como el grueso de su ejército.

Sin embargo, el estallido de la guerra vino acompañado de la rápida caída de Francia en manos de los alemanes. En junio de 1940, Hitler era dueño del norte de Francia y había creado un nuevo Estado títere al sur. La guerra, empero, se encontraba lejos de llegar al ocaso. En este sentido, los alemanes exigieron al régimen de Vichy obreros que satisficieran la demanda de trabajo que requería la existencia del Tercer Reich. Así, el 27 de septiembre de 1940 transfirieron a los españoles de las Compañías de Trabajadores Extranjeros a los Grupos de Trabajadores Extranjeros, lo que llevó a los españoles a trabajar directamente para los alemanes[9].

Otros de los que llegaron a la capital alemana lo hicieron voluntariamente desde España. Entre ellos había un gran número de izquierdistas que no habían conseguido adaptarse al mundo laboral franquista por sus antecedentes

rojos y la marginación social que sufrían como consecuencia. Encuadrados en la Comisión Interministerial para el Envío de Trabajadores a Alemania (CIPETA), a partir de 1941 miles de españoles marcharon a Alemania con contratos individuales que firmaban los trabajadores con la empresa contratante. En estos casos, el salario medio oscilaba entre los 60 y los 90 céntimos de marco por hora, lo que suponía entre 4 y 7,20 marcos por jornada. En cuanto al alojamiento, los españoles pagaban de 10 a 14 marcos por semana10.

Asalto a la embajada

Hacia el final de la guerra, con los soviéticos a las puertas de Berlín, treinta y cinco españoles republicanos se coordinaron para aportar su grano de arena en la caída de la ciudad. De alguna manera, quisieron dejar su huella en el conflicto bélico más trascendental del siglo xx. Habían sido humillados por los sublevados en la Guerra Civil y pretendían demostrar que en España aún quedaban hombres y mujeres que luchaban por la libertad. Podían no haber salido victoriosos en su país, pero se veían con oportunidades de vencer en Europa. Durante aquellos días de finales de abril y primeros de mayo, el caos imperaba en el corazón de Alemania. Atravesaron calles y avenidas evitando la artillería hasta que finalmente llegaron a la embajada levantada por la amistad entre nazis y franquistas.

La embajada española en Berlín deteriorada por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

Según los testimonios de los protagonistas, el propósito de la toma de la embajada consistía en «coger sus fichas y los expedientes de los elementos franquistas que, durante la guerra, Franco había enviado a Alemania». Una vez ocupada la legación, comenzó la conversión del complejo controlado por los republicanos. En lo alto del balcón, bajo el emblema de Franco, Emilio Vilaró Ustrell izó la bandera republicana como símbolo de conquista de aquel recinto abandonado. Junto a la tricolor, Emilio también enarboló la bandera comunista. La toma de la embajada se entendió como «un deber revolucionario», un acto político que pronto tomó forma. La legación fue convertida en Misión Republicana de Berlín, donde José Mariño presidía un comité formado por su secretario Florencio Navas y un nutrido grupo de integrantes, entre los cuales destacaban Emilio Vilaró y Manuel Espada. Este último, de forma paralela, ocupaba el cargo de presidente de la Sección Comunista Española en Berlín y se dedicaba a ayudar a aquellos republicanos que se encontraban en la capital. A su vez, gracias a los expedientes que manejaban, se dedicaron a delatar a quintacolumnistas e infiltrados franquistas que

trataban de hacerse con información valiosa acerca de los exiliados republicanos. En relación con los asaltantes, quienes no tenían un techo al que volver en la Berlín reducida a escombros se instalaron en el propio edificio. Estos sobrevivieron gracias a los suministros que les proporcionaron los soviéticos, con quienes se mantenían en contacto diariamente.

No obstante, esta convivencia pacífica terminó el 15 de mayo, cuando el Ejército Rojo, por órdenes desconocidas, rodeó la embajada y arrestó a todo hombre, mujer y niño allí presente. Solo seis de los republicanos instalados en la legación, entre los que se hallaban José Mariño y Florencio Navas, consiguieron escapar de la operación de los soviéticos saltando por una ventana trasera que daba a la embajada danesa. Aunque su intención era la de ayudar a sus compatriotas detenidos, estos les hicieron señas para que no volvieran a por ellos.

Para evitar ser capturados, optaron por separarse y cada uno buscó su camino lejos de la autoridad soviética. En el caso de Julio Purificación, que había estado internado en el campo de concentración de Oranienburg durante la guerra, llegó a la zona inglesa de Berlín, donde pasó cuatro meses en un campo de la Administración de las Naciones Unidas para la Reconstrucción. En esta ocasión, el trato recibido por los guardias fue absolutamente correcto. Más tarde marchó a Hannover, donde pidió el traslado a la zona estadounidense. Una vez asentado en área norteamericana, estuvo internado en el campo de Mittenwald durante más de un año, tiempo que empleó en solicitar al Gobierno español que dejara a su esposa irse a Alemania con él. No obstante, el régimen franquista desautorizó su petición, por lo que decidió volver a España para reunirse con ella. A través de la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación se dirigió primero a Austria y más tarde a Italia, desde donde embarcó para España. Ya en 1947, la pareja se mudó a Francia, donde se instalaron definitivamente[11].

El resto de los españoles no corrieron la misma suerte. Después de su detención, los rusos los enviaron en tren rumbo a la Unión Soviética. Su odisea por la Europa de los totalitarismos no finalizaba en Berlín. Después de una breve parada en Moscú, el destino final fue el campo núm. 27 de Krasny Bor, cerca de Leningrado. Tras más de un año de internamiento allí, los trasladaron al núm. 74 de Oranki. En aquel campo represivo fue donde las dos Españas volvieron a encontrarse. Los recién llegados, republicanos que habían padecido la tragedia del exilio y la hostilidad de la guerra, coincidieron con prisioneros de guerra españoles que habían combatido en la División Azul junto con los alemanes. Entre los voluntarios españoles se hallaba el más reconocido de los cautivos: el capitán Teodoro Palacios Cueto.

Nacido en Potes en 1912, había combatido en la Guerra Civil integrado en unidades de Falange Española Tradicionalista (FET) y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS). Tras la invasión alemana de la Unión Soviética en 1941, marchó como voluntario de la División Azul al mando de la 5.ª Compañía del Regimiento núm. 262. El cántabro y su compañía cayeron en febrero de 1943 en las garras del Ejército Rojo. Distintas unidades de la División Azul tenían la misión de evitar la liberación del sitio de Leningrado para así frenar el avance soviético, pero la brutal ofensiva rusa los atrapó de lleno.

Prisioneros divisionarios del Gulag. De izquierda a derecha: José del Castillo Montoto, Teodoro Palacios Cueto y Francisco Rosaleny Giménez.

Palacios y sus hombres fueron los primeros en conocer el campo núm. 74 de Oranki. No fue hasta pasados los tres meses cuando la treintena de republicanos llegó al nuevo destino. El alférez José del Castillo, compañero divisionario de Palacios, se dirigió a ellos con los brazos abiertos al escucharlos hablar en castellano: «¡Viva España!». La respuesta republicana se basó en el silencio. Aquel primer encuentro se tradujo, a la larga, en una convivencia pacífica entre republicanos y divisionarios. Los azules, más experimentados, ayudaron a los rojos a sobrevivir en el Gulag. Les enseñaron sus derechos como internados que eran, e incluso les aconsejaron que se declarasen en huelga de hambre si se les obligaba a trabajar forzosamente en calidad de *soldados prisioneros*. Tal fue el vínculo que entablaron los españoles que, cuando a los republicanos se les trasladó a un campo filial, reconocieron abiertamente la ayuda que les habían brindado: «¡Qué será de nosotros sin su protección!»12.

Un soldado del Ejército Rojo lidera a los prisioneros de la División Azul.

La convivencia de españoles de ideologías antagónicas no solo se dio en el campo de concentración de Oranki. Por desgracia, la presencia española en el Gulag fue más abundante de lo que comúnmente se conoce. La cantidad oscila entre los trescientos setenta y los cuatrocientos cincuenta individuos esparcidos por, al menos, veinte recintos; cinco se localizaban en Ucrania, cuatro en Kazajistán y el resto en Rusia. Si atendemos a las cifras nacionales, el 31 % del total de los españoles recluidos en el Gulag murieron tras las alambradas. Por el contrario, los archivos rusos reducen las defunciones a un 15 %, casi la mitad[13].

Cabe destacar que, a diferencia de los campos de concentración alemanes, los soviéticos no tenían como fin aniquilar al preso. Por consiguiente, no existían cámaras de gas ni campos de exterminio. Esta diferenciación no apacigua las penalidades que sufrían los internos, ya que, según apuntaba el filósofo búlgaro Tzvetan Todorov, «las enfermedades no cuidadas y propagadas por la mugre o el frío de las tundras siberianas mataban con igual crueldad que el gas, aunque más lentamente»[14].

Para comprender el significado del Gulag debe echarse la vista atrás al siglo XVII, cuando en la Rusia zarista

operaban brigadas de trabajadores forzados en la gélida Siberia. La Unión Soviética retomó este antiguo sistema represivo de los campos de trabajo, los llamados *kátorgas*, para internar a los presos del Estado socialista. Desde el nacimiento de la revolución bolchevique, la nueva Rusia adoptó este mecanismo opresivo de la obsoleta Rusia para acabar con la disidencia política. En 1918, Lenin exigió que «los elementos inseguros» fueran confinados en campos de concentración a las afueras de los grandes núcleos urbanos. Esta primera orden encerró, en esta fase previa del Gulag, a aristócratas, comerciantes y burgueses considerados antirrevolucionarios; para 1921 había en Rusia ochenta y cuatro campos en cuarenta y tres provincias con el propósito de «rehabilitar» a los primeros enemigos de la nueva Rusia. La segunda fase del Gulag coincidió con la llegada al poder de Josef Stalin. Bajo su mando, los campos sirvieron para acelerar la industrialización, llegando a producir un tercio del oro del país, gran parte del carbón y la madera y una gran porción de productos esenciales para los habitantes soviéticos. Desde el mismo momento de la detención, los prisioneros eran despojados de su ropa e identidad. Durante su encierro, se veían obligados a afrontar interrogatorios, juicios y torturas que se sumaban a las duras condiciones meteorológicas. Era un proceso que comenzaba con la detención y no terminaba nunca, ni siquiera después de la liberación —si es que sobrevivían—. Toda esta cadena de penalidades que suponía la experiencia concentracionaria fue apodada por los prisioneros como «trituradora de carne». De 1929, año en que se expande este sistema de represión, a 1953, año de defunción de Stalin, se estima que dieciocho millones de personas pasaron por estos recintos cuyas penas no entendían de fronteras ni ideologías. Tal y como apunta la periodista Anne Applebaum, en *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*, estos campos de concentración desarrollaban un particular submundo con sus leyes, costumbres, jergas y demás que dejaron «una huella en todos los que estuvieron allí, como prisioneros o como guardias»15.

Regreso

El cautiverio estalinista llegó a su fin a partir de 1953, y la libertad para los primeros españoles, en 1954. A través de la Cruz Roja se fletó el barco de origen griego Semíramis, que partió desde las costas helenas hacia el puerto de Odesa el 22 de marzo. Dos días más tarde, doscientos ochenta y seis españoles subieron a bordo del barco que les garantizaba la libertad. En total, el grupo lo formaban doscientos cuarenta y ocho voluntarios de la División Azul, treinta y cuatro civiles republicanos y cuatro niños de la guerra. Se hizo una breve parada en Estambul, donde aguardaban varios periodistas, representantes de la Cruz Roja española y la Media Luna turca, y también el antiguo teniente de la División Azul Tomás García Rebull. Una vez terminada la escala en aguas turcas, el siguiente destino era Barcelona.

El Semíramis llegó a puerto el 2 de abril de 1954. Antes de desembarcar, y con la impaciencia a flor de piel, se dio comienzo a una bienvenida oficial presidida por Agustín Muñoz Grandes, ministro del Ejército y antiguo jefe de la División Azul; Raimundo Fernández Cuesta, ministro secretario general del Movimiento; Agustín Aznar, delegado nacional de Sanidad, y Manuel de Mora-Figueroa, presidente de la Junta Nacional de Recompensas. Tras el saludo oficial se dirigirían a la basílica de la Merced, patrona de los cautivos, donde les esperaría el mitrado de Barcelona, Gregorio Modrego Casaus. En paralelo a la ceremonia oficial, existía otro homenaje independiente encabezado por los familiares y demás personas. Varios camiones se habían desplazado desde las provincias hasta Barcelona con tal de ver cómo «Los que en Rusia están» dejaban atrás dicho apodo y volvían a formar parte de una sociedad española que los recibía con los brazos abiertos16.

El buque Semíramis aproximándose al puerto de Barcelona el 2 de abril de 1954.

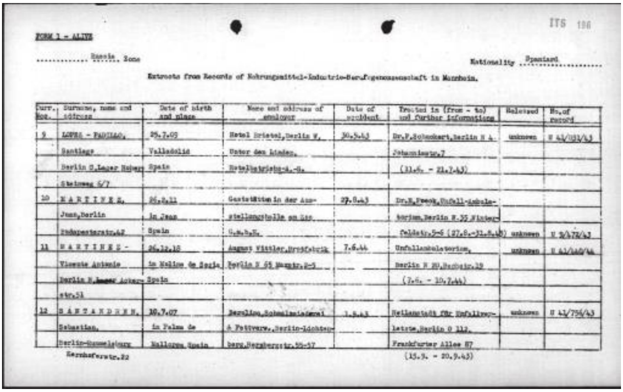
A la izquierda, los tripulantes españoles del buque Semíramis en cubierta. A la derecha, llegada del barco con los prisioneros del Gulag a Barcelona.

La primera expedición dejó, además de episodios de euforia y emoción, escenas en las que la vida se había impuesto a unas relaciones estancadas por culpa del tiempo pasado. El divisionario Miguel Antonio Moreno descubrió nada más llegar que su madre había fallecido durante su cautiverio17; su compañero Joaquín Poquet Guardiola se encontró con que su novia le había esperado más de una década, pero para cuando se materializó su retorno llevaba comprometida seis meses18; y un español cuya identidad se

desconoce vio a su esposa casada con su hermano19. Estas anécdotas son solo unos ejemplos de lo que debieron de afrontar los excautivos a su llegada a España. Tuvieron que ponerse al día, y las noticias no siempre resultaron ser positivas.

A esta primera expedición le siguieron siete más entre 1954 y 1959. Con cada campaña de repatriación, menor era el ruido que emitía el régimen y la prensa. Franco se desvinculó totalmente de los repatriados y jamás recibió a la División Azul, mientras que el puerto de Barcelona se reemplazó por los de Valencia, Castellón y Almería. En cuanto al grupo de los *berlineses*, sus caminos se separaron a partir de 1948. La mayoría firmaron un documento que los liberaba del campo de concentración a cambio de quedarse a vivir en la Unión Soviética, como fue el caso de Sebastián Santandreu Sancho, Román Clos Puigrós, Juan Aulina Casampere, Francisco Sauri Cervera o Manolo Bolufer.

A la izquierda, retrato de Sebastián Santandreu Sancho en su juventud. A la derecha, fotografía que recibió en marzo de 1945 durante su estancia en Berlín. En ella aparecen su hermano Miguel Santandreu y su esposa Catalina Matas con su hija María Santandreu. Cortesía de Antonia Florit Santandreu.



ITS 196

FORM 1 - ALIVE

.... Russia Zone Nationality Spaniard

Extracts from Records of Nahrungsmittel-Industrie-Berufsgenossenschaft in Mannheim.

Curr. Nos.	Surname, name and address	Date of birth and place	Name and address of employer	Date of accident	Treated in (from - to) and further informations	Released	No. of record
9	LOPEZ - PADILLO, Santiago Berlin O, Lager [illegible] Steinweg 6/7	25.7.05 Valladolid Spain	Hotel Bristol, Berlin W, Unter den Linden, Hotelbetriebs-A.-G.	30.5.43	Dr. F. [illegible], Berlin N 4. Johannisstr. 7 (31.6. - 21.7.43)	unknown	[illegible]
10	MARTINEZ, Juan, Berlin Budapesterstr. 42	26.2.11 in Jaen Spain	Gaststätten in der Ausstellungshalle am [illegible] G.m.b.H.	27.8.43	Dr. [illegible], Unfall-Ambulatorium, Berlin W 35 [illegible]feldstr. 5-6 (27.8.-31.8.43)	unknown	[illegible]
11	MARTINEZ - Vicente Antonio Berlin [illegible] str. 51	26.12.18 in Molina de Segura Spain	August Wittler, Brotfabrik Berlin [illegible]	7.6.44	Unfallambulatorium, Berlin N 20, [illegible] (7.6. - 10.7.44)	unknown	[illegible]
12	SANTANDREU, Sebastian, Berlin-Rummelsburg Kernhoferstr. 22	10.7.07 in Palma de Mallorca Spain	[illegible] & Fettwaren, Berlin-Lichtenberg, [illegible]str. 55-57	1.9.43	Heilanstalt für Unfallverletzte, Berlin O 112, Frankfurter Allee 87 (15.9. - 20.9.43)	unknown	[illegible]

Documento que refleja el accidente laboral que sufrió Sebastián Santandreu trabajando para una empresa de alimentación. Cortesía de Antonia Florit Santandreu.

Otros, como Manuel Pérez Solana, expresaron su deseo de marchar a Alemania Oriental, que se hallaba bajo influencia soviética, o a Francia, como fue el caso de José Bravo, Amparo Fernández Conde y su hijo José Luis[20]. Solo unos pocos terminaron regresando a la España de Franco por mar, entre los que se hallaban Pascual Irigoy Nogué, Francisco Molinero García e Ignacio López Barandón[21].

UN AMIGO EN EL INFIERNO

Este libro no pretende ser un ensayo histórico. Sobre la experiencia de estos españoles en el Gulag los investigadores exponentes son los ya mencionados Luiza Iordache y Secundino Serrano. La primera, en *En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*, habla sobre este episodio berlinés, sus protagonistas y su desenlace. El segundo lo hace a través de su libro *Españoles en el Gulag. Republicanos bajo el estalinismo*, en el que también se plasma la vida de este grupo. Sin su dedicación a la Historia y su compromiso por conocer el pasado, esta novela no habría salido adelante. Tras conocer los pocos detalles que se tienen acerca de estos españoles, decidí indagar en la vida de cada uno de ellos. Conocíamos

los hechos, pero la Historia no había sido capaz de traspasar la mente de estos protagonistas. Para saber qué les motivó a luchar por sus ideales, a amar a quien amaban o a no volver a España tras el largo cautiverio, traté de encontrar a los descendientes. El tiempo se ha dedicado a borrar muchas de las huellas sobre este acontecimiento, pero existen familias que todavía recuerdan lo sucedido.

A la izquierda, Matilde Cimiano Molino y Manuel Pérez Solana en 1936, año en el que contrajeron matrimonio. A la derecha, Manuel Pérez Solana en su época como trabajador en Berlín (1942-1945). Cortesía de Mónica Pérez.

El abajo firmante declara solemnemente: Que no se halla procesado en la actualidad; que son ciertos los datos anteriormente expuestos; que no padece enfermedad contagiosa ni defecto físico o mental que le imposibilite para el normal ejercicio de su trabajo, y se compromete, además, a observar fiel y rigurosamente las siguientes

OBLIGACIONES

Primera.—Someterse a reconocimiento por la Comisión Hispano-Alemana.

Segunda.—Firmar el oportuno contrato, cuyo contenido le será dado a conocer íntegramente en castellano.

Tercera.—Acatar la disciplina sindical desde el momento de su incorporación a la expedición.

Cuarta.—Comprometerse a remitir a sus familiares la mitad, por lo menos, del jornal libre que le reste, después de satisfacer sus gastos de sostenimiento.

Quinta.—Equiparse en la forma que se señale, y si no le es posible por su situación económica, reembolsar el valor del equipo que reciba por medio de descuento realizado sobre las transferencias de salarios hechas a sus familiares y en proporción no superior al 10 por 100 de dichas transferencias.

En Santander, a 2 de Julio de 1942.

El solicitante,

Manuel Pérez

Documentos que acompaña:

Cartilla militar o certificado
Certificado de la Junta calificadora de la C. N. S.
Tres fotografías
Carnet sindical
Carnet de paro
Certificado de la Empresa de no ser imprescindible ni insustituible en la misma
Autorización del padre o tutor para trasladarse a Alemania

Informe de la Jefatura comarcal de la C. N. S.

Profesionalmente es calificado

Médicamente es calificado

Firma de Manuel Pérez aceptando marchar a Berlín a trabajar.
Cortesía de Mónica Pérez.

La primera persona con la que contacté fue Antonia Florit Santandreu. Ella es sobrina nieta de Sebastián Santandreu Sancho, uno de los republicanos que se hallaban en el complejo diplomático cuando el Ejército Rojo decidió arrestarlos y enviarlos a la Unión Soviética. La segunda descendiente a la que localicé fue Mónica Pérez, nieta de Manuel Pérez Solana, compañero de Sebastián en la trágica odisea de los berlineses. Poco a poco, sumergido en hemerotecas, prensa y archivos, tracé las siluetas de hombres como Manolo Bolufer, Enrique Menéndez Blanco o Ignacio López Barandón.

Este libro es el resultado de una investigación que recurre a la ficción para llenar los vacíos que se hallan en el recorrido de los berlineses. Muchos escenarios que aparecen a lo largo de los capítulos son experiencias reales, algunas son fruto de la imaginación del autor y otras son una mezcla. En este sentido, la novela dibuja un relato paralelo, con personajes propios de la ficción y licencias que sintetizan la realidad que vivió este grupo de españoles.

BIOGRAFÍAS DE LOS BERLINESES

Un amigo en el infierno narra la historia de trece españoles que sobrevivieron al franquismo en la Guerra Civil, al nazismo en la Segunda Guerra Mundial y a la represión estalinista en la Guerra Fría. La vida de estos trece hombres y mujeres está inspirada en un grupo de treinta y cinco españoles que estuvieron sometidos a los mismos vaivenes que aparecen en la novela. De algunos se sabe mucho; de otros apenas su año de nacimiento. Pudo haber más, pero estos son los nombres que han llegado hasta nuestro tiempo. A continuación, se presenta la lista de los verdaderos protagonistas.

JUAN AULINA CASAMPERE

Juan, nacido en Girona, tenía veintiséis años cuando la guerra en España llamó a su puerta. Al igual que otros miles de republicanos, la derrota le obligó a cruzar la frontera con la desgracia de que poco después estalló la Segunda Guerra Mundial. Tras seis años de conflicto, Juan se encontraba en Berlín en el momento de la victoria por parte de los aliados. Formó parte del grupo de republicanos que ocuparon el complejo diplomático español en la capital y posteriormente fueron enviados al Gulag. Allí pasó tres años de frío, hambre y desolación.

En 1948, tanto a él como a otros de sus compatriotas, se le permitió salir en libertad con la condición de que permanecieran en la Unión Soviética. Sin embargo, en 1953 falleció Josef Stalin y, con su muerte, el país comenzó su particular política aperturista. Cientos de españoles embarcaron en diferentes buques con rumbo a España. Por desgracia, algunos no pudieron regresar por los informes desfavorables elaborados por el franquismo, que se negaban

a traer a posibles espías o disidentes políticos. Entre ellos se hallaba Juan, que falleció en Crimea en 1977 sin regresar a España.

Manolo Bolufer Francés

Nacido en agosto de 1903, creció en Mequinenza (Zaragoza) en mitad de un potente periodo de industrialización que azotó Aragón entera hasta que optó por probar suerte en la capital catalana. Cuando se trasladó a la ciudad condal, su ajustado presupuesto le llevó a instalarse en la zona de las Casas Baratas de Can Tunis. En este sentido, Manolo se inclinó por los movimientos revolucionarios que medraban en las calles.

Manolo y su compañera sentimental, Gumersinda Daura, hicieron de aquel marginal herbazal del Prat Vermell su nicho para formar una familia. Así, la recién mudada pareja convivía con vecinos que no se podían permitir una vivienda de alquiler bajo las laderas de Montjuïc.

La situación empeoró cuando la crisis afectó a Cataluña. La llegada de la República no fue capaz de paliar los efectos de la crisis iniciada durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera. En el barrio de Manolo, era cada vez más común ver a gente realquilar sus casas. Paulatinamente, surgieron las llamadas «casas de dormir».

Un recién formado Comité de Defensa Económica del Sindicato de la Construcción de la CNT terminó impulsando la huelga de alquileres. Si desde el Parlamento, y más concretamente desde el Ayuntamiento, se les ninguneaba, ellos se aseguraron por hacerse notar. Entre cuarenta y cinco mil y cien mil familias exigieron a los caseros una rebaja del 40 % e incluso se dejó de pagar el alquiler no solo en Can Tunis, sino en toda Barcelona. El propio Manolo intervino en diferentes mítines en los que alentaba a la suspensión de unos pagos que consideraba desorbitados. «Contra el paro, la inflación y por la rebaja de alquileres», era el lema principal de estas manifestaciones contra la austeridad que se generalizaron por toda la

ciudad. La tensión se prolongó hasta 1932 y se saldó con gran hostilidad por parte del gobernador civil. Bajo su liderazgo se fraguó la violencia hacia el pueblo llano de Barcelona. Los inquilinos que trataban de reinstalarse en sus antiguos hogares eran detenidos y enviados a barcos habilitados como cárceles, y la Guardia de Asalto arrojaba sus pesados muebles por las ventanas. No hubo ningún tipo de respuesta humanitaria por parte de un sistema republicano que dejó una veintena de fallecidos. Tras los fatales acontecimientos, las quejas vecinales siguieron, aunque en menor medida. En marzo de 1933, Manuel participó en un mitin con el objetivo de orientar a los vecinos acerca de los cortes de luz y agua frecuentes. El acto tuvo lugar en el local del Ateneo Cultural de Defensa Obrera, y estuvo acompañado por Francisco López, Avelino Sánchez, Benito Maldonado y Esperanza Fernández.

El cambio definitivo comenzó en julio de 1936. Entre los reacios a la sublevación militar se encontraba Manolo Bolufer Francés, que por aquel entonces tenía treinta y tres años. En el corazón de Cataluña, en plena efervescencia revolucionaria, Manolo soñaba con construir una España que sus ojos no habían alcanzado a ver hasta el momento. Fue miembro del Comité Agrícola junto con Joan Bernis, José Gilabert y Antonio Mula, cuya función prioritaria era la de cultivar las tierras vírgenes de los arrendatarios. Para ello, Manolo y sus compañeros obligaron a los propietarios a contratar a trabajadores suficientes para el cultivo adecuado de las tierras. Si a los arrendatarios se les ocurría ocultar cualquier clase de mercancía, el comité se hacía cargo de ella directamente. No obstante, la victoria franquista impidió la realización de su utopía revolucionaria.

Antes de que fuera demasiado tarde, Manolo abandonó España con su compañera Gumersinda y sus hijos, con quienes cruzó la frontera con Francia. Las carreteras de la costa se colmaron de hombres, mujeres y niños con la desesperanza dibujada en sus rostros. Junto a miles de civiles, el Gobierno y el presidente de la República, que

también se habían refugiado en Barcelona, tuvieron que traspasar la frontera. La Generalitat corrió la misma suerte. La guerra había terminado para ellos. Un mes más tarde tenía lugar una gran parada militar en la Diagonal que celebraba el triunfo de Franco en Barcelona. Para entonces, Manolo Bolufer ya pisaba suelo francés.

De esta manera, Manolo recorrió el país limitado por el alambre y la vigilancia. Después de haber logrado alcanzar tierras galas con su familia, el escenario seguía siendo desolador. Gumersinda decidió retornar a España junto con sus hijos, mientras que su amado deambuló por los campos de concentración preparados para los exiliados republicanos.

Según el investigador Pere López Sánchez en su obra *Rastros de rostros en un prado rojo (y negro)*, Manolo pasó de los campos franceses a los alemanes, siendo internado en Mauthausen en primer lugar y en Treblinka posteriormente. Estuvo en un tercer campo por un breve espacio de tiempo, antes de formar parte del asalto a la embajada franquista. A partir de entonces, compartió sino con los berlineses. Prisionero del Gulag desde 1945 a 1948, firmó el documento que le otorgaba la libertad con la condición de quedarse en la Unión Soviética. Se asentó en Ucrania y falleció en 1969 en Simferópol.

José Luis Bravo Bazán

Boxeador nacionalizado francés, había contactado con el grupo de los berlineses para regresar a Francia tras el final de la guerra. Tenía veintinueve años y toda una vida por delante para disfrutarla en la paz que se acababa de firmar en Europa. Sin embargo, cuando el Ejército Rojo rodeó la embajada y los hizo subirse al tren, José se percató de que la expedición estaba custodiada por la policía secreta. No los llevaban a París, sino a Moscú. José dejó pruebas escritas de los interrogatorios que sufrieron en la capital por parte de las autoridades soviéticas, por lo que gracias a él se cuenta con detalles concretos de los españoles republicanos.

Primero los llevaron al campo núm. 27 de Krasny Bor, y después de quince meses de internamiento acabaron en el núm. 74 de Oranki, donde coincidieron con los prisioneros de la División Azul. Su nombre es uno de los citados por el capitán Teodoro Palacios Cueto en *Embajador en el infierno*, al que calificó como un «excelente muchacho».

Curiosamente, fue uno de los privilegiados en poder salir del cautiverio en 1948 con rumbo a Francia, viaje que realizó haciendo escala en Viena. Una vez en territorio francés, comunicó al Gobierno español la presencia de españoles en campos de concentración rusos.

JOSÉ CABESTANY CARRÉ

Nacido en 1915 en Tarragona, era compositor y pianista. Las manos del catalán servían para el arte, no para la guerra. Tras el golpe de Estado, dedicaría su nivel cultural y formación para desempeñar el cargo de maestro de primera enseñanza en las Milicias de la Cultura. Estos eran cuerpos de instructores cuyo fin pasaba por facilitar la enseñanza básica y media de las tropas de combate, en ocasiones analfabeta. Crearon más de mil trescientas escuelas en trincheras y cuarteles, impartieron cientos de miles de clases individuales y colectivas y dieron alrededor de ciento cincuenta cursillos de capacitación de mandos.

Las Milicias de la Cultura perduraron hasta el final de la guerra, aunque a partir de 1938 su escasa regularidad venía precedida de las derrotas en el frente. Los ánimos estaban por los suelos y la educación era el menor de los problemas de los republicanos. Tal y como hicieron los demás nombres mencionados, José abandonó España en busca de un futuro mejor.

En 1945 se hallaba en Alemania, y junto con una treintena de republicanos asaltó la embajada franquista en Berlín «como un deber revolucionario». Durante los primeros días de paz, llegó a conseguir un trabajo como pianista en el teatro de variedades berlinés. Pero de pronto, de la noche a la mañana, los soviéticos pusieron en el punto de mira a los españoles que habían ocupado la embajada

franquista. Los arrestaron y los trasladaron a la Unión Soviética, donde permanecieron internados en campos de concentración.

Al parecer, en el Gulag estaba acompañado por su esposa y su hija Regina, nacida en 1942. Después de tres años de cautiverio, José pidió la liberación de los tres y aceptó quedarse a vivir en la Unión Soviética. No quería regresar a España mientras siguiera la dictadura. «Tengo la intención de quedarme en la Unión Soviética hasta que España varíe o hasta que suene la hora de lucha para que entre todos liberemos a nuestra patria de las garras del criminal Franco», escribió en una carta dirigida a su hermano. Murió en 1979.

Román Clos Puigrós

Barcelonés de nacimiento, trabajaba como descargador en el muelle de la ciudad condal. Al estallar la Guerra Civil, el catalán se afilió al recién fundado Partido Socialista Unificado de Cataluña. Su desempeño político en suelo español fue efímero, pues tuvo que marchar al exilio tras la caída de Barcelona. Allí fue internado en el campo de Argelès-sur-Mer, cerca de Colliure y Port-Vendres. Tenía en aquel entonces treinta y cinco años.

Se calcula que hasta cien mil personas pasaron por este recinto concentracionario, entre los que destacaron el escritor Joaquim Amat-Piniella, el pintor Josep Bartolí o el misionero Vicente Ferrer. Tanto Luiza Iordache como Secundino Serrano lo vinculan al grupo de los berlineses.

José de la Cruz Expósito

Nació en 1909 en Málaga. No se conocen más datos.

Juan Cristóbal Cuadros Juárez

Nació en Jaén en el año 1906 y formaba parte del Cuerpo de Carabineros. Cuando los militares se alzaron el 18 de julio de 1936, la mayoría de los carabineros defendieron la constitucionalidad republicana, convirtiéndose en uno de los cuerpos donde menos éxito tuvo el golpe de Estado.

Tras el final de la guerra, Juan Cristóbal se vio

obligado a abandonar su país y compartió el mismo destino que el resto de berlineses. Según cuenta el capitán de la División Azul, Teodoro Palacios, entre el grupo de republicanos se hallaba un hombre que presumía de haber matado a veintisiete «reaccionarios» en un pueblecito de Jaén. Al parecer, ninguno de los berlineses lo soportaba y lo llamaban el Matasiete. Tenía un tic nervioso que le hacía contraer el dedo índice de la mano derecha, supuestamente por estar acostumbrado a los disparos en la nuca. Se desconoce si cuando el capitán se refería al Matasiete se trataba de Juan Cristóbal, aunque muchos de los datos concuerdan con el jienense.

Juan Cueto Muñoz

Al igual que José de la Cruz, Juan Cueto nació en Málaga en 1914. Estuvo internado en campos de concentración soviéticos hasta que en 1948 firmó un documento en el que se le garantizaba la libertad con tal de quedarse en la Unión Soviética.

José Manuel Espada Peregrín

Barcelonés y afiliado al Partido Comunista, fue capitán de la flota republicana y tuvo un amplio recorrido durante la Guerra Civil española. Al principio de la contienda, estuvo enrolado en el Quinto Regimiento y más tarde pasó a la Marina.

En su estancia en la Alemania nazi, fue uno de los grandes protagonistas del asalto a la embajada franquista en Berlín. Mientras la legación funcionaba como una Misión Republicana, José Mariño lideró un comité formado por su secretario Florencio Navas y en el que destacaba, entre otros integrantes, el propio Manuel Espada. Este último, de forma paralela, ocupó el cargo de presidente de la Sección Comunista Española en Berlín. Desde su posición se dedicó a ayudar a aquellos republicanos que se encontraban en la capital hasta que el Ejército Rojo lo detuvo junto con el resto de berlineses.

Su paso por el Gulag estalinista se terminó en 1948,

cuando aceptó la libertad a cambio de permanecer en la Unión Soviética.

Amparo Fernández Conde

El caso de Amparo destaca por su particularidad. Que se tenga constancia, es la única mujer del grupo de los berlineses. Nacida en 1911 en Santander, se encontraba en Berlín durante la caída de la Alemania nazi. Era viuda de un chófer alemán que había fallecido en uno de los bombardeos aliados sobre la capital y, al igual que la treintena de republicanos españoles, acabó en la Unión Soviética.

No iba sola, puesto que con ella estaba su hijo José Luis, de trece años. Gracias a Teodoro Palacios Cueto, capitán de la División Azul, se sabe que el joven José Luis se llevaba estupendamente con los divisionarios: «Venía a que le habláramos de España, que no conocía. Debió de gustarle la charla. Diariamente se escapaba para venir a visitarnos. Tendría once o doce años. Yo le sentaba sobre mis rodillas y charlaba y charlaba con él, de mil cosas y casos, que escuchaba con los ojos muy abiertos como si viviera mis narraciones». De hecho, antes de que trasladaran a los republicanos del campo, los divisionarios le regalaron una geografía de España dedicada por todos los oficiales: «Te dedicamos este libro en nombre de España, que espera con los brazos abiertos a todos los buenos españoles que sufren lejos de sus fronteras».

En noviembre de 1948, junto con el boxeador José Bravo, Amparo y José Luis pudieron marchar a Francia. No existen fotografías de la única mujer que estuvo en aquel gulag soviético, pero el capitán Palacios la describió «morena de facciones muy correctas».

José Antonio Hernández Falcó

Nacido en Barcelona en 1902, José Antonio fue uno de los españoles que firmó el documento que le permitía salir del campo de concentración estalinista si se quedaba en territorio soviético.

Pascual Irigoy Nogué

Nacido en 1911, fue oficial del ejército republicano en tiempos de guerra. Al marchar a Francia en calidad de exiliado, la invasión alemana le atrapó de lleno y fue enviado a Berlín como trabajador, donde fue clave en la ocupación de la embajada española hasta que llegó el momento del arresto por parte del Ejército Rojo.

El cautiverio de Pascual llegó a su fin en 1948 cuando firmó junto con otros compañeros del Gulag el documento que le liberaba del campo de concentración con tal de instalarse en la Unión Soviética. De esta manera, dejaba atrás las dos guerras que había sufrido entre 1936 y 1945.

Seis años después de la liberación, Pascual leyó la noticia de que los españoles que seguían cautivos en los campos de concentración marchaban a España a bordo del Semíramis. La nostalgia por su país pudo con el miedo a las posibles represalias, y el español se embarcó en el barco Krym junto con sus antiguos compañeros del gulag, Francisco Molinero García e Ignacio López Barandón. Al retornar, fue interrogado por las autoridades franquistas. Según el informe especial en relación con la sexta expedición firmado el 5 de junio de 1957, a Pascual Irigoy se le calificaba como «del Partido Comunista y muy celoso activista».

Andrés Lima Tomás

Nació en Bilbao en 1917 y estuvo afiliado al Partido Comunista. Acabó en Alemania en 1943 tras ser detenido por la Gestapo y, según escribe Antonio Vilanova en *Los olvidados. Los exiliados españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Andrés «marchó contento a la URSS cuando lo detuvieron». Por desgracia, se desconocen más datos del republicano vasco.

Ignacio López Barandón

Cuando la guerra estalló en España, Ignacio tan solo tenía diez años. Era huérfano por parte de madre y fue su abuela Amelia Muñoz Castañeda quien crio a Ignacio y a sus

hermanas Isabel y Concepción. Cantabria se había mantenido fiel a la República tras el golpe de Estado, pero a partir de 1937 el norte de España se vio amenazado por las tropas golpistas. Las últimas semanas de guerra en Cantabria, los tres hermanos dejaron a su abuela y fueron acogidos bajo la protección y tutela de la Consejería de Asistencia Social, en la cual había ejercido como intermediario la CNT, a la que pertenecía la familia para la posible evacuación de los niños.

De esta forma, el 1 de agosto de 1937, con la guerra prácticamente decidida en Cantabria, Ignacio partió a bordo de un vapor francés desde el puerto de Santander. Lo hacía acompañado de menores vascos, asturianos y cántabros como él. No obstante, lo hacía solo, puesto que su hermana Conchita se marchó con unos tíos que vivían en Santander e Isabel, la mayor, se quedó cuidando de su abuela.

Tras dos días de viaje por el mar Cantábrico atracaron en el puerto galo de Pauillac, cerca de Burdeos. Allí permanecieron un par de semanas los cientos de niños y niñas enviados al extranjero, a la espera de que se les asignara un destino definitivo. Ya entrados en septiembre, los menores exiliados fueron redistribuidos. Algunos se quedarían en Francia, como fue el caso de Ignacio, mientras que a otros los acogieron en países como Noruega, Holanda, Bélgica o la Unión Soviética. Ignacio se quedó a cargo de un matrimonio que lo trató como a su propio hijo. En solo tres años aprendió perfectamente el francés y tuvo el privilegio de estudiar en buenos colegios. Conoció una vida que en España nunca había podido disfrutar. Aquellos fueron los mejores años de su vida.

Un año después de la victoria franquista, su padre decidió reclamarlo y en 1940 retornó a España. Ignacio tenía quince años y se había acostumbrado a la clase pudiente francesa. Lo que veía a su vuelta era una situación peor de la que ya era cuando abandonó su hogar. España trataba de recuperarse de una guerra que había dejado hambre, muertos y miseria. Al poco, consiguió trabajo

como pinche mecánico en Talleres Castellanos y posteriormente formó parte de la plantilla de la fábrica de Nueva Montaña.

Ignacio no paraba de recordar sus buenos años fuera de España, y su vida en Santander no le permitía vivir cómodamente. La posibilidad de trabajar en el extranjero le supuso un golpe de alegría para un joven con idiomas y una gran experiencia laboral para su corta edad. Tal y como revela el escritor José Manuel Puente Fernández en *Atrapados en el Tercer Reich. Trabajadores cántabros en la Alemania nazi (1942-1945),* en el mes de agosto de 1942, el joven se dirigió a la Jefatura Provincial de Sindicatos, donde le informaron de los requisitos para ser uno de los próximos trabajadores de la cipeta. Rellenó el cuestionario —no sin antes mentir y afirmar que tenía diecisiete años en lugar de dieciséis— y tras un reconocimiento médico rutinario firmó el contrato de trabajo núm. 506. De ahí en adelante dejaba la fábrica española por la empresa de ferrocarriles alemanes Reichsbahndirektion. Su categoría profesional era la de «ayudante mecánico» y el sueldo ascendía a 62 pfennigs (céntimos de marco) por hora trabajada. El sueldo, percibido en dos pagas quincenales, se enviaba a un familiar autorizado a través de transferencias bancarias que se ingresaban en una cuenta especial en Berlín que tenía como meta amortizar parte de la deuda contraída por la dictadura franquista en el transcurso de la Guerra Civil. El Régimen, claro está, se quedaba con una pequeña parte antes de pagar a las familias a través del Instituto Español de Moneda Extranjera.

El nuevo ayudante mecánico eligió a su padre Ignacio, de quien había tomado el nombre, como receptor del dinero que ganaría en Alemania. Fue notificado para presentarse en la estación de trenes de Santander en la tarde del 31 de agosto de 1942, quedando encuadrado en la denominada expedición P con el número de pasajero 277.

A pesar de que tanto el Gobierno franquista como el Gobierno nazi se implicaron en este tipo de acuerdos laborales, muchas de las empresas germanas ni siquiera se

habían planteado el alojamiento de su nueva mano de obra. A su llegada, la mayoría fueron alojados en barracones junto a otros trabajadores de países como Italia, Rumanía o Hungría. Por lo general, a diferencia de lo que sucedía con los eslavos, los españoles eran tratados correctamente y sin demasiada hostilidad. Es cierto que se enfrentaban a largas jornadas, pero eran libres de circular por Berlín y las demás ciudades alemanas a las que fueron destinados.

En mitad de la batalla de Berlín, Ignacio participó en la toma de la embajada franquista, y cuando el Ejército Rojo contactó con los españoles instalados en el complejo diplomático, los arrestaron y los enviaron a campos de concentración soviéticos. Tras tres años internado, optó por la libertad a cambio de quedarse en la Unión Soviética. Pasados los años, al saber que desde Rusia salían barcos llenos de españoles rumbo a casa, optó por retornar junto con su esposa Anna Sepanova Duvovik. No obstante, el regreso no fue el esperado, y la incapacidad de adaptarse a la nueva España lo empujó a marchar nuevamente al extranjero. Además, la Dirección General de Seguridad desconfiaba de sus ideas, aunque, tal y como firmaron en el expediente tras su regreso, no se podía determinar que perteneciera al Partido Comunista.

Trabajó como jefe de recepción en el Casino de Travemünde (Alemania), donde conoció a Gisela Tobinski, su segunda mujer. Con ella, volvió a probar suerte en España. En 1976, un año después de la muerte de Franco, Ignacio aceptó un puesto en un casino de La Manga del Mar Menor, en Murcia. De allí pasó a Gran Canaria, lugar en el que se instaló definitivamente con su segunda esposa y su hijo Jens. Al fallecer, sus cenizas fueron esparcidas en la bahía de Santander, en el mismo norte que hasta tres veces lo había visto partir al extranjero.

Antonio López Gómez

Antonio llegó al mundo en el año 1900. Con un siglo entero por delante, fue testigo de los grandes avances de la época contemporánea. Sin embargo, también sufrió uno de los

fenómenos que más caracterizaron al siglo XX: los totalitarismos. Compartió el mismo sino que el de los berlineses y solo pudo liberarse del yugo del Gulag firmando el documento que le obligaba a quedarse en la Unión Soviética a cambio de su libertad.

Emilio Manuel Martín de la Calle

Toledo fue una de las regiones en las que desde un principio se rehusó cumplir las órdenes emitidas desde la capital ante el golpe de Estado. El coronel José Moscardó Ituarte se negó a suministrar las armas a Madrid y, ante la inminente llegada de fuerzas leales al Gobierno, los sublevados se vieron obligados a refugiarse en el Alcázar. Así empezó el asedio del Alcázar de Toledo.

A un comunista como Emilio la rebelión en Toledo le debió de indignar enormemente. Cuando empezó la guerra, el toledano de veintitrés años se integró en el Servicio de Información Militar con la intención de limitar las actividades de quintacolumnistas y otros perfiles que pudieran desestabilizar de alguna manera al poder republicano. Además de haber colaborado con el SIM, también fue capitán en la 213.ª Brigada Mixta del Ejército Popular de la República, la cual estuvo desplegada en los frentes de Teruel, el Segre y Cataluña.

No obstante, con el fin de la guerra y la victoria franquista se vio obligado a marchar al exilio. En 1944, fue detenido en la ciudad de Marsella y enviado a Alemania, donde conoció al grupo de los berlineses. Al igual que muchos de sus compañeros, fue hecho prisionero en la Unión Soviética y solo pudo obtener su libertad firmando un documento que le obligaba a quedarse en el Estado socialista.

Tomás Rogelio Martínez Blanco

Nacido en 1905, solo se sabe que pudo liberarse del Gulag soviético aceptando vivir en el país socialista.

Manuel Martínez Vázquez

Manuel Martínez nació en Navia (Asturias) en 1910. De

alguna forma, terminó en el Gulag soviético, de donde salió en 1948.

Enrique Menéndez Blanco

A principios del siglo xx, Madrid había sufrido tal transformación urbanística que pasó de ser una villa anclada en el pasado a toda una metrópoli. La Puerta del Sol no era una mera plaza céntrica, sino literalmente una puerta que se abría a los nuevos habitantes que decidían probar la vivencia de la capital. Enrique nació en ese Madrid cambiante en 1913. Solía decir que su padre tenía respuesta para todas las preguntas. Era un hombre pegado a una enciclopedia. De él heredó la pasión por conocer el mundo y siempre trató de inculcársela a sus allegados. Enrique era un joven de gran potencial con un futuro brillante por delante. Estudió Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, antiguamente conocida como Universidad de Madrid a secas. Vivió su etapa universitaria durante los años de la República, formándose como jurista y empapándose de contenido político tanto dentro como fuera de las aulas. A sus veintiséis años, ya había contraído matrimonio y tenía dos hijas. Se podría decir que tenía una vida completa y con miras a un ascenso social que permitiera a su familia vivir cómodamente. No obstante, jamás pudo envejecer junto con su mujer; no vio a sus hijas crecer ni estuvo con ellas en sus buenos y malos momentos. La guerra fue la responsable de que se le arrebataran aquellos sueños.

Todo comenzó con el fracaso del golpe de Estado del 18 de julio. La caída de Madrid se concebía como una de las prioridades para que el golpe surtiera el efecto esperado. Sin embargo, Madrid permaneció leal a la República. El fracaso nacional derivó en una carrera rebelde por tratar de llegar a Madrid lo antes posible. La batalla, propiamente dicha, transcurrió entre el 7 de noviembre de 1936 y marzo de 1939. La defensa de Madrid, que fue dirigida por una improvisada Junta de Defensa, sorprendió enormemente por su éxito. De hecho, el Gobierno había huido de Madrid

convencido de que se derrumbaría en pocos meses. No fue así, en parte, por hombres como Enrique. El joven padre tuvo que tomar una decisión y partió al frente para defender a la República. Dejó atrás a su familia, temiendo no volver a verla nunca más. A lo largo de la guerra, fue oficial del Cuerpo de Asalto y luchó para evitar la caída de la ciudad que le había visto crecer.

De todos modos, Madrid claudicó en marzo de 1939. Miles de madrileños no tuvieron la oportunidad de huir y la entrada de los franquistas en la capital generó cuantiosas detenciones y ejecuciones. Mejor suerte corrió Enrique, quien pudo llegar a Francia y evitar la venganza de los nacionales. Se despidió de su familia y de su querido Madrid, que ahora quedaba en manos de los franquistas.

Cruzó toda Europa y sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, hasta terminar asaltando la embajada franquista en la batalla de Berlín. Al parecer, fue Enrique el elegido por los soviéticos de reagrupar a los españoles repartidos por Berlín para comunicarles adónde querían desplazarse tras la guerra. Se le facilitó un automóvil, y trasladó el mensaje allá donde pudo antes de que los soviéticos cambiaran de opinión. Junto con los demás berlineses, fue detenido y enviado a un campo de concentración en la Unión Soviética, del que pudo salir en 1948.

Pese a que no volvió a España, Enrique nunca olvidó las amistades y los familiares que dejó allí. Se carteaba con ellos frecuentemente e incluso se atrevió con la poesía en su tiempo libre. Sin embargo, su familia se encontró con la noticia de que no podía regresar a España y, por si fuera poco, de que había contraído matrimonio con Ana Ledovskoy, una mujer de familia polaca a la que conoció en Artémivsk. Ciudad ubicada en el este de Ucrania, allí se asentaron numerosos españoles exiliados o que habían sido liberados del Gulag. La vida en aquella ciudad con presencia española fue de lo más variopinta. Ana trabajaba como contable en una escuela y Enrique como inspector de calidad en una fábrica metalúrgica. Al fin y al cabo, era un hombre con estudios que sabía hablar castellano, francés y

ruso. Vivían en una casa comunal, o *kommunalka*, una especie de apartamento que compartían con otras gentes.

Por suerte, Enrique era un hombre dado a las manualidades. Para escapar del agobio que pudiera suponer una *kommunalka*, la familia contaba con una dacha —una casa de campo rusa—, decorada con los muebles hechos a mano por el madrileño. Se dedicaban a cultivar hortalizas en el jardín, por lo que la jefa de Ana alegó que el español inculcaba «ideas capitalistas» que transmitían «amor hacia la propiedad privada».

En sus tiempos libres, Enrique se juntaba con los demás españoles de la localidad y preparaba largas comidas cuyo principal tema de conversación era el intercambio de anécdotas vividas en España. De hecho, estas veladas eran ampliamente conocidas por los vecinos de Artémivsk. Sus fiestas llamaban la atención de la población local, puesto que, pese a beber grandes cantidades de vino, los españoles no peleaban entre ellos, sino que comenzaban a cantar y a bailar. Este tipo de actividades atrajeron a la *intelligentsia* local, la cual quería entablar amistad con los españoles por su peculiaridad y alegría.

Enrique Menéndez falleció en 1971, a la edad de cincuenta y ocho años. No llegó a ser testigo de cómo la democracia volvía a España, aunque en su tumba destaca un epitafio en honor a su origen: «Patria lejana mía, con preocupación, yo aspiro a ti». Su familia, empero, sigue muy vinculada con los orígenes del republicano. Enrique se aseguró de ello.

Francisco Molinero García

Nació en Granada en 1894. Era uno de los más veteranos del grupo. Antes de conocer a los berlineses, había huido a Francia en el contexto de la Guerra Civil. De ahí recalaría finalmente en la capital alemana, donde fue arrestado por el Ejército Rojo tras la toma de la embajada española.

Pasó tres años en cautiverio. En 1948, junto con otros compañeros, firmó un documento que le eximía de su condena, aunque para ello debía aceptar quedarse en la

Unión Soviética. El fallecimiento de Stalin en 1953 le abrió las puertas a Francisco, quien optó por regresar a España. Lo hizo en el barco Krym, que desembarcó en Castellón el 29 de mayo de 1957. Las autoridades franquistas lo tildaron de hombre reservado y astuto, y sospechaban que podía pertenecer al Partido Comunista.

Manuel Pérez Solana

Hijo de Jesús Pérez Sisniega y Consuelo Solana Gómez, vivió en San Salvador (Cantabria) hasta que marchó a Ferrol al cumplir los veinte años para realizar el servicio militar. Se casó el 11 de marzo de 1936 con Matilde Cimiano Molino, con quien tuvo cuatro hijos: María del Carmen, Roberto, María del Consuelo y Manuel.

A los cuatro meses de contraer matrimonio, la guerra se apoderó de las vidas de Manuel y Matilde. Combatió en calidad de sargento republicano, aunque optó por no marchar al exilio cuando terminó la guerra. Se mantuvo en Santander con su familia tratando de hallar la calma después de tres años de guerra.

La posguerra en España pudo traer paz, pero no estabilidad para los Pérez Cimiano. A los pocos meses, una nueva guerra estalló en el continente. La movilización masiva de varones en edad de trabajar llevó a países como Alemania a demandar mano de obra que los sustituyera mientras combatían en el frente. Así, el 3 de septiembre de 1941 se creó la Comisión Interministerial para el Envío de Trabajadores a Alemania (cipeta). Manuel sopesó la idea de trabajar en el extranjero y finalmente marchó a Berlín en septiembre de 1942 con un contrato de trabajo con la empresa de ferrocarriles Reichsbahn.

La empresa germana, que había sido fundada justo después de la Primera Guerra Mundial, jugó un importante papel en el funcionamiento del Tercer Reich. Constituyó una pieza fundamental en el transporte de tropas, material bélico y municiones, y fue clave para el envío de miles de judíos a los campos de exterminio nazi.

Manuel se vio obligado a trabajar para Reichsbahn

como calderero para poder enviar dinero a su familia, que esperaban el nacimiento del pequeño Manuel para el mes de diciembre. La última vez que Matilde recibió parte del salario de su marido fue en enero de 1945. Por aquel entonces, Alemania estaba al borde del colapso y en mayo del mismo año el Ejército Rojo ocupó la capital.

Durante décadas, la familia no supo nada sobre Manuel. Matilde se vio sola criando a cuatro hijos que apenas conocían a su padre, pero nunca fue viuda. El paso de los años y la ausencia de pruebas de que su esposo siguiera con vida hicieron que Matilde se negase a pedir la prestación de viudedad. Su marido se encontraba en paradero desconocido, lo que no implicaba que hubiera fallecido.

Efectivamente, Manuel Pérez Solana seguía con vida. En mitad de la caída de Berlín en manos soviéticas participó en el asalto a la embajada franquista, y cuando el Ejército Rojo arrestó a quienes se habían instalado en la legación lo llevaron a la Unión Soviética. Sometidos a interrogatorios a lo largo de su internamiento en el Gulag, Manuel pidió que se le permitiera salir del país para comenzar una nueva vida en Alemania. Así lo hizo saber en una carta dirigida al Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores: «El 13 de julio de 1945 fui llevado desde Berlín a Rusia para ser repatriado. Durante la Guerra Civil luché contra las tropas de Franco y teniendo en cuenta mi pasado republicano me es imposible volver a mi país natal. Le solicito el permiso para ser enviado a la zona soviética de Alemania».

No obstante, todo indica que a Manuel le obligaron a quedarse en la Unión Soviética. Su nombre aparece en la lista elaborada por la Comisión Coordinadora de Repatriados en 1957, por lo que el cántabro tenía en mente regresar a España a bordo de la sexta expedición. Sin embargo, en la lista actualizada su nombre aparece tachado con color rojo sin explicación aparente. Manuel jamás subió a bordo de la sexta expedición de regreso. Era el número 242 de la lista.

Su nieta, Mónica Pérez, quien lleva investigando la cronología de su abuelo desaparecido, lleva desde 2019 en contacto con las embajadas de Rusia y Ucrania, aunque no han podido ayudarle demasiado. Se sabe que al salir del campo de concentración en 1948 estuvo trabajando en una fábrica de champán en Novi Svet, una pequeña ciudad con costa ubicada en Crimea, a orillas del mar Negro. Falleció a finales de 1958 en Simferópol. «A mí me gustaría saber dónde está enterrado. Es lo que me queda por saber», cuenta su nieta.

Francisco Roset Busquets

Nacido en Salt (Girona) y miembro del Partido Comunista, no dudó en combatir a favor de la República a lo largo de la Guerra Civil. Fue comisario en la 44.ª División del Ejército Popular, que se mantuvo activo en los frentes de Aragón, el Ebro y Cataluña antes de que cruzara al exilio tras la caída de Barcelona en febrero de 1939.

En Alemania trabajó como tornero y formó parte del grupo de los berlineses. Acabó en el Gulag soviético y solo pudo escapar de las alambradas firmando un documento que le garantizaba la libertad si se quedaba viviendo en la Unión Soviética. Con casi total seguridad, fue el hombre que talló una estatuilla de Don Quijote que acabó en manos de su compañero Enrique Menéndez Blanco.

Joaquín Santaelena Domènech

De origen valenciano, trabajaba como ingeniero hasta que la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial le obligaron a emprender una nueva vida en el exilio. Estuvo internado en el Gulag soviético hasta que consiguió la libertad en 1948.

Sebastián Santandreu Sancho

Nació en 1907 en Palma de Mallorca en el seno de una familia humilde. Era el segundo de cuatro hermanos que desde muy temprana edad se habían quedado huérfanos por parte de padre. El joven estaba muy unido a su hermano Miguel, tres años mayor que él. Cuando falleció su padre, fue Miguel quien ejerció como cabeza de familia junto con

su madre para salir adelante. Decidió hacerse albañil y Sebastián siguió sus pasos. Aunque Mallorca sufrió un cambio radical en su economía los primeros años del siglo XX, Miguel decidió trazar su camino fuera de los límites insulares. Marchó a Barcelona y, una vez más, Sebastián fue detrás de él. Los dos Santandreu formaron parte de la oleada migratoria que sufrió Barcelona antes de la guerra en busca de oportunidades laborales. Allí se vieron impregnados por el auge de la CNT, a la cual estuvo afiliado Miguel. Ambos defendían un republicanismo de izquierdas, lo que les marcaría en una guerra que los separaría para siempre.

Antes de que estallara el conflicto, fue la distancia lo que separó a Sebastián y Miguel. Este último se volvió a mudar, esta vez a Menorca. Se instaló en la localidad de Mahón, lejos de la cosmopolita y politizada Barcelona. Había encontrado un nuevo puesto de albañil en la isla, cerca de su madre y de sus hermanos pequeños, quienes seguían en Palma.

De esta manera, Sebastián se quedó solo en la ciudad condal cuando los militares se alzaron contra la República. A partir de entonces, su familia, debido al caos que se cernió en toda España, no supo nada de él. Nadie sabía si se presentó voluntario para marchar al frente o si se había quedado en Barcelona, si había caído en las garras de las tropas franquistas o si había cruzado la frontera con Francia. La familia no conoció el paradero de Sebastián hasta el año 1942. Habían pasado seis años. Durante todo ese tiempo, Miguel estuvo en una cárcel franquista hasta que regresó definitivamente a Mallorca, su punto de partida. Poco a poco, rehízo su vida. Lo primero fue reencontrarse con su familia. Con el tiempo halló la estabilidad dentro de un país que pregonaba una ideología opuesta a la suya. Se escudó en el amor y contrajo matrimonio con Catalina Matas. Juntos tuvieron una hija, que nació el 15 de febrero de 1943, a la que llamaron María. Antes de su nacimiento, Sebastián regresó de entre los desaparecidos. De alguna manera, logró contactar con

Pep, uno de los hermanos pequeños que vivía por aquel entonces en Menorca. Le pidió la dirección del resto de la familia, y así comenzó a escribir desde Berlín. De este periodo queda una fotografía de Sebastián enviada por él mismo junto con un grupo de hombres y mujeres en un ambiente festivo, probablemente en su paso por Francia tras la caída de Barcelona. Por lo demás, lo que le había sucedido hasta recalar en la capital germana seguía siendo una incógnita. Las cartas llegaban con una marca que significaba que habían sido revisadas, y su contenido era absolutamente impersonal. A Sebastián le interesaba tranquilizar a su familia haciéndoles ver que se encontraba en buen estado, pero no profundizaba en su vida en el Tercer Reich. «No le podemos preguntar; está claro que no puede hablar», decía Miguel cada vez que escribían a Sebastián. Gracias a los archivos Arolsen, se sabe que durante su estancia en Berlín trabajó para una empresa de alimentación en la cual sufrió un accidente laboral por el que se vio obligado a estar ingresado en un hospital en 1943.

Al conocer la noticia de que Sebastián no había fallecido, Miguel y su esposa Catalina decidieron nombrarle padrino de María. Entre 1942 y 1943, mientras Europa se autodestruía en una cruenta guerra, la familia Santandreu había traído al mundo una nueva vida y había recuperado a un pariente desaparecido. Sin embargo, la toma de contacto resultó ser efímera. En 1945, con la guerra mundial prácticamente decidida, Sebastián recibió un sobre ligeramente abultado desde España. Al abrir la misiva, le sorprendió una fotografía de la pequeña María que su hermano había introducido en el sobre. Se trataba de una instantánea tomada el día de su segundo cumpleaños. La respuesta de Sebastián a esta carta fue contundente: escribió que estaba a punto de volver a España y que pronto conocería a su ahijada. Tras esas palabras, nunca más se supo de Sebastián. La familia pensó que había muerto por consecuencias de la guerra. Tuvieron que pasar décadas hasta que se documentó la presencia de Sebastián en los

campos de concentración soviéticos después de haber participado en la toma de la embajada en Berlín. Sobrevivió a tres años de cautiverio en el Gulag estalinista, y en 1948 firmó un documento que le permitía salir del recinto concentracionario con la condición de vivir en la Unión Soviética.

Ahora, pasadas las décadas, María es mayor y se pregunta qué pudo sucederle. Ha sido Antonia, sobrina nieta de Sebastián, quien ha intentado encontrarlo por todas partes, llamando a instituciones nacionales y extranjeras.

Francisco Sauri Cervera

Al estallar la Guerra Civil, Francisco defendió a la República en calidad de capitán de Aviación. Su nombre apareció junto a los de miles de pilotos en las listas de procedimientos de la justicia militar contra el personal que luchó en la aviación republicana durante la Guerra Civil, aunque jamás pudieron dar con él. Para entonces había marchado a Francia.

Sauri acabó instalándose en la 21/25 rue Chanteerit de la ciudad de Burdeos. Cuando comenzaron a fletar barcos con rumbo a América, Francisco intentó subirse a uno con todos los medios que tenía a su alcance. Escribió al ministro encargado de Negocios de México en Francia comunicándole su situación en el país galo y rogándole un pasaje «entre los españoles acogidos al amparo de su generoso país».

Por desgracia, Francisco no pudo salir de Europa y su destino estuvo ligado al desenlace de la guerra mundial. Tras el asalto a la embajada en 1945 y el cautiverio en el Gulag estalinista, finalmente firmó un documento en 1948 que le permitía salir del recinto concentracionario con la condición de vivir en la Unión Soviética. Para aquel entonces el aviador valenciano tenía cuarenta y un años.

Juan Segura Martín

Nació en 1915 en Barcelona. Se unió al grupo de los

berlineses y, junto a ellos, acabó en los campos de concentración de la Unión Soviética. Se le permitió salir en libertad con la condición de quedarse en el Estado socialista.

Jacinto Sires Garcés

Nacido en Zaragoza en 1914, fue militante del Partido Comunista, y cuando estalló la guerra en España combatió en el bando republicano en calidad de jefe de batallón. Aragón había quedado dividida entre republicanos y nacionales, y las ofensivas republicanas resultaron insatisfactorias. El frente se estabilizó, y recuperar Zaragoza se convirtió en misión imposible. El desarrollo de la guerra evidenciaba que escapar a Francia se volvería en la única opción de Jacinto si quería sobrevivir.

Terminó en Alemania, de donde pasó a la Unión Soviética tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Estuvo internado en el Gulag. Junto a él también se documenta la presencia de su hija Rosita. En 1948 fue puesto en libertad.

Antonio Torres Vinuesa

Nació en 1917 en Ciudad Real. Al igual que la mayoría de sus compatriotas republicanos, tuvo que marchar al exilio. Sufrió el Gulag estalinista hasta que se le permitió salir en 1948.

Timoteo Ubaldo Seco

Timoteo nació el 16 de mayo de 1916 en Ataquines, un pequeño municipio de la provincia de Valladolid. Timoteo tuvo que escapar de las garras de los golpistas, puesto que Valladolid había apoyado la sublevación. A los diez días del golpe de Estado, un grupo de falangistas de las localidades vecinas se presentó en Ataquines y acabó con la vida de una decena de personas. El vallisoletano pudo huir a Girona y, cuando la muerte le acechó nuevamente, abandonó España desde la frontera de Port-Bou el 10 de febrero de 1939.

Una vez en suelo francés, las autoridades galas lo internaron en Saint-Cyprien. Ante la avalancha de refugiados y la imposibilidad de alojarlos en Argelès-sur-

Mer, se abrió este recinto rodeado de alambre por todas partes excepto por el lado que daba al mar. El 25 de diciembre, como si de un regalo de Navidad se tratara, consiguió la libertad con tal de trabajar para los franceses, y en 1940, con la ocupación nazi del territorio francés, fue destinado a Berlín. Pasó allí la guerra, bajo los bombardeos que azotaban la capital germana, y durante la caída de la ciudad participó en la ocupación de la embajada franquista. Después de que el Ejército Rojo decidiera arrestar a todos los españoles, fue enviado al Gulag soviético, de donde salió en 1948.

Ya en la década de los cincuenta, Timoteo se embarcó en la quinta expedición con rumbo a España en 1957. Arribó a Castellón y fijó su residencia en Granollers (Barcelona).

Diego Valera Sánchez

Nació en 1909 y formó parte del grupo de los berlineses. Al igual que la mayoría de los integrantes, obtuvo la libertad de los campos de concentración soviéticos en 1948.

Emilio Vilaró Ustrell

Sin duda uno de los hombres más politizados y activos del grupo, antes de la guerra formó parte del Club d'Escacs Gràcia, donde competía jugando al ajedrez. Tras el golpe de Estado, dejó el deporte y entró en el Servicio de Información Militar creado en 1937. Afiliado a Esquerra Republicana, en el asalto a la embajada franquista en Berlín de 1945 fue el encargado de enarbolar la bandera de la Segunda República en lo alto del balcón. A su lado, izó la bandera de la Unión Soviética como gesto de amistad.

Durante la ocupación de la legación, formó parte del comité presidido por José Mariño y cuyo secretario era Florencio Navas. No obstante, toda actividad que tuvieran en mente se desmoronó cuando el Ejército Rojo decidió arrestar a los españoles que se encontraban en la embajada.

Antonio Viñuales Gracia

El único dato que se conoce sobre él es la firma que

estampó sobre el documento que lo liberaba del recinto concentracionario ruso.

AGRADECIMIENTOS

A María, por dedicarme tanta paciencia, atención y amor cuando menos lo merecía. A mis padres, por subvencionar a este joven precario mientras buceaba entre libros. A mi hermana Paula, por llamarme más veces de lo que yo lo hago. A Juanma, Mireya, Rodrigo, Lucía, Marta y Carmen, por escuchar hasta la saciedad esta historia que ahora ve la luz. A Candela, porque el inicio de este libro le corresponde —los comienzos siempre fueron lo suyo—. A Leonor, que sin entender la mitad de lo que le estaba contando, se levantó de una cama desnuda, dejó a un hombre que la abrazaba y me llamó para felicitarme por la publicación de este libro. A Jaime, por sus consejos racionales, siempre con el esfuerzo en el horizonte. A Juan, por asegurarme sus palabras halagüeñas antes de leer este libro. A Andrea, por lo mismo y por robar un pomelo en una tarde de invierno. A Isa y Adri, por conocerme tarde y subirse a este carro en el último momento. A Lola, mi editora, por confiar en mí sin conocerme de nada. En definitiva, a todo aquel que se interesó por mí estos años 2021 y 2022; Eric, Fernanda, Juanvi, Ari, Wally, Pablo —gallego y vallecano—, Martín, Perikín y Gustavo. Tampoco me olvido de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, que me ayudó a ponerme en contacto con Antonia Florit Santandreu y Mónica Pérez; ni de Miguel, que me ayudó a traducir información valiosísima del ruso.

BIBLIOGRAFÍA

ADLER, Nanci, *Keeping faith with the Party. Communist Believers Return from the Gulag*, Indiana University Press, 2012.

ALTED VIGIL, Alicia, «El Exilio español en la Unión Soviética», *Ayer*, núm. 47, 2002, págs. 129-154.

APPLEBAUM, Anne, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Debate, Barcelona, 2019.

BAHAMONDE, Ángel y VILLARES, Ramón, *El mundo contemporáneo: del siglo XIX al XXI,* Taurus, Barcelona, 2012.

BLASCO COBO, Juan, *Un piloto en la U.R.S.S.,* Antorcha, Madrid, 1960.

CABALLERO JURADO, Carlos, *La División Azul. De 1941 a la actualidad. Historia completa de los voluntarios españoles de Hitler*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2019.

CALAVIA BELLOSILLO, Eusebio y ÁLVAREZ COSMEN, Francisco, *Enterrados en Rusia*, Saso, Madrid, 1956.

CALVO JUNG, Carmen, *Los últimos aviadores de la República: la cuarta expedición a Kirovabad*, Ministerio de Defensa, Secretaría Técnica General, Madrid, 2010.

CASTAÑO PEREA, Enrique y BUSTOS JUEZ, Carlota (eds.), «Pedro Muguruza Otaño (1893-1952). Arquitecto y académico», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Anexo II, 2015, págs. 227-234.

CHILDERS, Thomas, *El Tercer Reich. Una historia de la Alemania nazi*, Crítica, Barcelona, 2019.

EGIDO LEÓN, Ángeles, «Republicanos españoles en la Francia de Vichy: mano de obra para el invasor», *Ayer*, núm. 46, 2002, págs. 189-208.

EIZAGUIRRE, Ramón P., *En el abismo rojo. Memorias de un español, once años prisionero en la URSS*, Reyma, Madrid, 1955.

ELPÁTIEVSKI, A. V., *La emigración española en la URSS. Historiografía y fuentes. Intento de interpretación (segunda redacción complementaria),* Exterior XXI, Madrid, 2008.

GALLEGO, Ferrán, *Barcelona, mayo de 1937*, Debate, Barcelona, 2007.

GARCÍA PÉREZ, Rafael, «Las relaciones hispano-alemanas en la época totalitaria (1936-1945)», *Iberoamericana*, VII, núm. 26, 2007, págs. 95-107.

García Sánchez, César y Oroquieta Arbiol, Gerardo, *De Leningrado a Odesa,* AHR, Barcelona, 1958.
Grandas Sagarra, Carme, «Arquitectura para una exposición: Barcelona, 1929», *Artigrama*, núm. 21, 2006, págs. 105-123.
Guillamón, Agustín, *La revolución de los comités. Hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria. De junio a diciembre de 1936*, Aldarull, Madrid, 2013.
Heine, Hartmut, «El envío de trabajadores españoles a la Alemania nazi, 1941-1945», *Migraciones y Exilios*, núm. 7, 2006, págs. 9-26.
Holland, James, *El auge de Alemania. La Segunda Guerra Mundial en Occidente 1939-1941,* Ático de los Libros, Barcelona, 2020.
—, *El contraataque Aliado. La Segunda Guerra Mundial en Occidente (1941-1943)*, Ático de los Libros, Barcelona, 2021.
Iordache Cârstea, Luiza, *Republicanos españoles en el Gulag (1939-1956)*, ICPS, Barcelona, 2008.
—, *En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*, RBA, Barcelona, 2014.
Koestler, Arthur, *Escoria de la tierra*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951.
López Sánchez, Pere, *Rastros de rostros en un prado rojo (y negro),* Virus, Barcelona, 2013.
Luca de Tena, Torcuato, *Embajador en el infierno. Memorias del capitán Palacios, once años de cautiverio en Rusia,* Rivadeneyra, Madrid, 1955.
Mesquida, Evelyn, *Y ahora, volved a vuestras casas*, Ediciones B, Barcelona, 2020.
Moreno Hernández, Ramón: *Rusia al desnudo. Revelaciones del comisario comunista español Rafael Pelayo de Hungría. Comandante del Ejército Ruso*, Ediciones de Actualidad Mundial, Madrid, 1956.
Moreno Juliá, Xavier, *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Crítica, Barcelona, 2005.
—, «La División Azul en el contexto de las relaciones entre la España de Franco y la Alemania nazi», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34, 2012, págs. 65-90.
Moreno Moreno, Miguel Antonio, *Españoles en el Gulag de Stalin*, La Biblioteca del Guripa, Alicante, 2017.
Negro Castro, Juan, *Españoles en la U.R.S.S.,* Escelicer, Madrid, 1959.
Núñez Seixas, Xosé M., *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945),* Crítica, Barcelona, 2016.
—, «Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005», *Pasado y memoria. Revista de Historia*

Contemporánea, núm. 4, 2005, págs. 83-116.
ORWELL, George, *Homenaje a Cataluña,* Debolsillo, Barcelona, 2013.
POPOFF, Alexandra, *Vasili Grossman y el siglo soviético*, Crítica, Barcelona, 2020.
PRESTON, Paul, *El final de la guerra: la última puñalada a la República*, Debate, Barcelona, 2014.
PUENTE FERNÁNDEZ, José Manuel, *Atrapados en el Tercer Reich. Trabajadores cántabros en la Alemania nazi (1942-1945),* Librucos, Torrelavega, 2018.
REVERTE, Jorge M., *La División Azul: Rusia, 1941-1944*, RBA, Barcelona, 2011.
RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *De héroes e indeseables: la División Azul*, Espasa, Madrid, 2007.
SALAMANCA, Ángel y TORRES GARCÍA, Francisco, *Esclavos de Stalin. El combate final de la División Azul (Memoria Histórica de un prisionero en la URSS)*, Fuerza Nueva, Madrid, 2002.
SÁNCHEZ FERRAGUT, Pitusa, *También se vive muriendo,* Círculo Rojo, Roquetas de Mar, 2014.
SCHLÖGEL, Karl, *El siglo soviético. Arqueología de un mundo perdido*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021.
SERRANO, Secundino, *La última gesta. Los republicanos que vencieron a Hitler (1939-1945)*, Debolsillo, Barcelona, 2005.
—, *Españoles en el Gulag. Republicanos bajo el estalinismo*, Península, Barcelona, 2011.
TODOROV, Tzvetan, *Memoria del mal, tentación del bien: indagación sobre el siglo XX,* Península, Barcelona, 2002.
TORRES, Francisco, *Cautivos en Rusia: los últimos combatientes de la División Azul,* Actas, San Sebastián de los Reyes, 2018.
VALL, Amanda, *Hotel Florida,* Turner, Madrid, 2020.
VELASCO PÉREZ, Miguel, *Invitado de honor*, Opera Prima, Madrid, 1995.
VILANOVA, Antonio, *Los olvidados. Los exiliados españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Ruedo Ibérico, París, 1969.
VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República*, Crítica, Barcelona, 2006.
—, *El escudo de la República*, Crítica, Barcelona, 2007.
—, *El honor de la República*, Crítica, Barcelona, 2008.

FONDOS DOCUMENTALES

Archivo General de la Administración (AGA).
Archivo General Militar de Ávila (AGMA).
Archivo Histórico del Ejército del Aire (AHEA).
Dirección General del Acervo Histórico Diplomático (DGAHD).

Notas

1. Alexandra Popoff, *Vasili Grossman y el siglo soviético*, Crítica, Barcelona, 2020, pág. 240.

2. Enrique Castaño Perea y Carlota Bustos Juez (eds.): «Pedro Muguruza Otaño (1893-1952).Arquitecto y académico», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Anexo II (2015), págs. 227-234.

3. Xavier Moreno Juliá, «La División Azul en el contexto de las relaciones entre la España de Franco y la Alemania nazi», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34 (2012), pág. 76.

4. Rafael García Pérez, «Las relaciones hispano-alemanas en la época totalitaria (1936-1945)», *Iberoamericana*, VII, núm. 26 (2007), págs. 95-107.

5. «Ha fallecido el embajador de España en Alemania», *ABC*, 1 de mayo de 1945, pág. 12.

6. Secundino Serrano, *La última gesta. Los republicanos que vencieron a Hitler (1939-1945)*, Debolsillo, Barcelona, 2005, pág. 79.

7. David López Frías, «Rivesaltes, el Auschwitz francés que mató de hambre a los refugiados españoles», *El Español*, 31 de diciembre de 2017, en https://www.elespanol.com/reportajes/20171231/rivesaltes-auschwitz-frances-mato-hambre-refugiados-espanoles/273472907_0.html

8. Arthur Koestler, *Escoria de la tierra*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951, págs. 107-108.

9. Ángeles Egido León, «Republicanos españoles en la Francia de Vichy: mano de obra para el invasor», *Ayer*, núm. 46 (2002), págs. 189-208.

10. Hartmut Heine, «El envío de trabajadores españoles a la Alemania nazi, 1941-1945», *Migraciones y Exilios*, núm. 7 (2006), pág. 15.

11. Secundino Serrano, *Españoles en el Gulag. Republicanos bajo el estalinismo*, Península, Barcelona, 2011, págs. 64-68.

12. Torcuato Luca de Tena, *Embajador en el infierno. Memorias del capitán Palacios, once años de cautiverio en Rusia*, Rivadeneyra, Madrid, 1955, págs. 107-113.

13. Xavier Moreno Juliá, *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Crítica, Barcelona, 2005, págs. 322-323.

14. Tzvetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien: indagación sobre el siglo xx*, Península, Barcelona, 2002, pág. 127.

15. Anne Applebaum, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Debate, Barcelona, 2019.

16. «Arriba a Barcelona el 'Semíramis' con los españoles rescatados», *La Vanguardia*, 3 de abril de 1954, págs. 3-4.

17. Miguel Antonio Moreno Moreno, *Españoles en el Gulag de Stalin*, La Biblioteca del Guripa, Alicante, 2017, pág. 206.

18. Joaquín Poquet Guardiola, *4045 días cautivo en Rusia, 1943-1954*, Hermandad Provincial de Combatientes de la División Azul, Madrid, 1987, pág. 102.

19. Pitusa Sánchez Ferragut, *También se vive muriendo*, Círculo Rojo, Roquetas de Mar, 2014, pág. 392.

20. Luiza Iordache Cârstea, *En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*, RBA, Barcelona, 2014, pág. 197.

21. Archivo General de la Administración, 44/11062 y 44/11063.

Un amigo en el infierno
Julen Berrueta Magariño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Fotografía de la cubierta: Fine Art Images/Heritage /Getty Images

Imágenes de interior: © DR. AESA; © Carlos Pérez de Rozas/ Agencia EFE; Agencia EFE; Peter/Sputnik/ACI.
Iconografía: Grupo Planeta.

© Julen Berrueta Magariño, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-670-6893-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!